INTRODUCCION A LA LECTURA DE LA BIBLIA - 6

André Paul

# El mundo judío en tiempos de Jesús

## *historia política*



## INTRODUCCION A LA LECTURA DE LA BIBLIA

Dirigida por † E. Charpentier y A. Paul

Aspira a ser el instrumento de trabajo y reflexión esperado por grupos bíblicos, comunidades o simples lectores. No se dirige a especialistas, sino a ese amplio público que desea *leer y comprender* la Biblia. De ahí que se hayan redactado todos sus volúmenes en forma eminentemente didáctica y formativa.

### Plan de la obra

*Antiguo Testamento*

1. Historia de Israel hasta Alejandro Magno
2. Escritos del Oriente Antiguo y fuentes bíblicas
3. Pentateuco, Josué, Jueces, Samuel, Reyes
4. Profetas y libros proféticos
5. Salmos y restantes libros

*Nuevo Testamento*

6. El mundo judío en tiempos de Jesús
7. Los escritos judíos en tiempos de Jesús
8. Cartas de Pablo, Santiago, Pedro y Judas
9. Evangelios sinópticos y Hechos
10. Los escritos de Juan

Vol. 0. Introducción general a la Biblia

ANDRÉ PAUL

# EL MUNDO JUDIO EN TIEMPOS DE JESUS

## *HISTORIA POLITICA*



EDICIONES CRISTIANDAD
Huesca, 30-32
MADRID

Título original: *Le monde des juifs à l'heure de Jésus. Histoire politique*

Lo tradujo al español
EMILIO PALACIOS

Depósito legal: M. 31.272.—1982
ISBN: 84-7057-320-9

*Printed in Spain*
Fotocomposición: Grafilia. - Pajaritos, 19. - Madrid
IMPRESO EN ARTES GRÁFICAS BENZAL, S. A. - Virtudes, 7 - MADRID-3

*CONTENIDO*

SEGUNDA PARTE

## *LA DIASPORA*

TERCERA PARTE

## *EL TERRITORIO NACIONAL*

CUARTA PARTE

## *LA SINAGOGA*

# *PRESENTACION*

Este trabajo es el primer volumen de una obra que constará de dos. Se ocupa de *historia política,* mientras que el siguiente tratará de *historia literaria.* Los escritos judíos que constituyen la inmensa literatura llamada «intertestamentaria» se presentarán, por consiguiente, en una segunda fase, en estrecha relación con los hechos históricos y su interpretación. De este modo, el «ambiente del Nuevo Testamento» quedará aclarado en sus dos dimensiones esenciales.

*El título*

Hemos llamado al período que estudiamos aquí «tiempo de de Jesús». Pero la fórmula, paradójicamente, abarca varios siglos. El espacio a que nos referimos es un conjunto complejo, que hemos denominado «mundo judío». El primer siglo de la era cristiana señala y significa un cambio total en ese mundo, De una situación de ruptura —que provocó en el 70 la desaparición del templo de Jerusalén, el «Segundo Templo», construido después del exilio— brotaron, casi simultáneamente, dos religiones. Una de ellas, el judaísmo, fruto de una reorganización, con su Escritura y sus Leyes, es decir, su Torá. La otra, el cristianismo, religión de nuevo cuño, con sus ritos y su Biblia, es decir, su fe[1].

*El objeto*

Se pretende en este volumen presentar, describir y reunir la

[1] Las palabras *Torá* y *fe* se toman aquí en el sentido técnico y casi sinónimo de *doctrina,* que ambas, a la par, han tenido durante largo tiempo.

mayor parte de los hechos significaticos que empujaron a la comunidad judía, del 66 al 70, a la desastrosa guerra contra Roma y a la ruina definitiva de su santuario central. Con altibajos e incluso momentos de gloria, el proceso que condujo a esa catástrofe comenzó a finales del siglo IV a.C., a raíz de la muerte de Alejandro Magno. En ese momento la nación judía salió, a pesar suyo, de un aislamiento casi institucional y se vio envuelta en una oleada política, militar y cultural, cuyas numerosas corrientes atravesaron sin tregua sus fronteras para ir a estrellarse dentro de su territorio. La historia política judía es también la de la relación, a menudo conflictiva, entre el ideal religioso particular que se llamó *judaísmo* y la novedad cultural universalizada que recibió el nombre de *helenismo*.

Una de las particularidades de este libro consiste en el intento de hacer revivir la comunidad judía como un todo, no sólo en el territorio nacional, conocido en la época con el nombre de Judea, sino también en el conjunto de los territorios de Oriente Medio y cualquier otro lugar adonde habían emigrado los judíos y donde proliferaban. La existencia de extensos imperios como los reinos helenísticos acarreó entre los judíos el rápido establecimiento de una inmensa institución, la *diáspora* o «dispersión». De hecho, la provincia de Judea no fue durante largo tiempo sino pura y simple colonia de una u otra de las potencias hegemónicas: los Lágidas de Egipto y luego los Seléucidas de Siria, a la espera de que el desgraciado fin del Estado independiente de los asmoneos atrajera allí durante siglos la presencia dominadora de Roma. Tanto si consideramos la política interna de los judíos de Judea, como sus necesarios e intensos intercambios internacionales, la solidaridad de todos los judíos de la época se impone al historiador como un dato capital para comprender el hecho judío. En esta época de crisis, de transformaciones, mas también de gestación, hay que considerar globalmene a la comunidad judía. Esta se presenta ante nosotros como una máquina única y vulnerable dentro del amplio y movedizo sistema político que crearon el mundo helenístico, nacido de la obra de Alejandro, y el universo geopolítico controlado y codiciado por Roma.

Este libro intentará mostrar, con ayuda del conjunto de informaciones razonadas que lo componen, cómo la comunidad judía pasó de un equilibrio político a otro, de una a otra organización social, en el preciso momento en que la comunidad cristiana *se separaba* de ella y sorprendentemente *nacía con ella*.

*El método*

La concepción y redacción de esta obra nos ha obligado a distinguir y seleccionar. Se trata, en efecto, de *historia política,* y hemos tenido que limitarnos al marco específico que dicha disciplina impone. Ello explica que ciertos temas no hayan sido más que insinuados o tratados fragmentariamente. El próximo tomo, de *historia literaria,* aportará en más de una ocasión los esperados complementos. Tal es el caso, por ejemplo, de la Sinagoga. Se la presenta aquí como factor esencial de construcción, de equilibrio y salvaguardia de la originalidad del judaísmo a partir del mismo hecho judío. Las actividades de la sinagoga: lectura, traducción y exégesis de la Escritura, lo mismo que descripción de las obras escritas que de aquellas brotaron, se examinarán allí cumplidamente. Otro tanto cabe decir de la lengua utilizada por los judíos. Nos hemos limitado aquí a las condiciones de comunicación de la vida política, social y económica. La cuestión volverá a tratarse con cierta amplitud a propósito de las obras literarias de la época, de su origen y su evolución. Cabe mencionar todavía el delicado problema del «antisemitismo»[2], planteado en varias ocasiones al analizar los conflictos entre distintos grupos de una misma ciudad. Se replanteará, en el plano literario, al cotejar algunas obras de propaganda de los judíos de lengua griega con los textos que atestiguan el vigor de las tradiciones antijudías en la antigüedad precristiana. En cuanto al extenso y nuevo dominio de Qumrán, ha quedado asimismo reservado para la segunda parte de la obra.

Por lo demás, en cada sección, al igual que en el conjunto del libro, la exposición de los hechos y la observación de los cambios, desembocan en conclusiones cuyo objetivo es reunir las piezas sueltas en un conjunto y, al mismo tiempo, explicarlas. En última instancia, vendría bien leer previamente dichas conclusiones, que pretenden hacer de la historia algo elocuente y, por lo mismo, vivo. Hemos intentado mostrar construyendo, para después aclarar relacionando. Porque la organización del mundo judío que hemos escogido como camino y como meta constituye un auténtico *mundo.*

[2] Este término, henchido de ambigüedad, no se forjó hasta finales del siglo pasado, en Alemania. Es preferible emplear «antijudaísmo», por resultar más adecuado.

*Los lectores*

Esta obra puede utilizarse de diversas maneras. Cabe leerla horizontalmente como cualquier libro de historia. Hemos procurado que su lectura, si no agradable, resulte al menos cómoda. El uso de abreviaturas evita la acumulación de notas excesivamente pesadas. El primer capítulo, «Los acontecimientos», tiene como meta familiarizar, de entrada y sin esfuerzo, al lector poco informado sobre esos lugares y tiempos remotos, con las tierras, los hechos y las figuras que luego aparecerán en las secciones que reinciden en su análisis y descripción.

Pero el libro será también instrumento de trabajo y estudio para más de uno. A este fin, se proponen múltiples vías de investigación. Las referencias bibliográficas, a pesar de su sobriedad, están ahí únicamente, como otras tantas pistas, para continuar explorando. El índice analítico situado al final del libro proporciona una serie de claves de cara a una amplia utilización temática. Las notas más extensas·colocadas a modo de anexo, profundizan en determinados puntos y aportan una documentación que puede omitirse en una primera lectura. Hemos procurado, a veces, aclarar los hechos históricos con ayuda de las tradiciones posteriores que los han interpretado tardíamente. El sentido de la historia emana también de la posteridad.

En resumidas cuentas, se ha buscado a la vez la utilidad y el atractivo pedagógico. El intento casi constante de articular los ejes y fijar las relaciones, pretende ayudar a comprender los hechos. Es incluso una invitación a reflexionar sobre ellos y, por consiguiente, a tomar postura. La historia está hecha de síntesis y no de exhaustividad, de opciones y no de indiferencia. Por eso este libro manifiesta, por añadidura, un interés intrínseco: al lector que lo desee, le suministrará alguna luz en el camino de una aproximación quizás más serena a varios de los problemas políticos (y religiosos) más cruciales, tanto de hoy como de ayer. Y, por encima del hecho judío, le gustaría ayudar a encontrar al *hombre judío.*

Esta obra y el tomo siguiente sobre la historia literaria, que será su complemento, son frutos de actividades y tareas a las que el autor ha consagrado, desde hace más de diez años, apasionados esfuerzos: el curso sobre el «Entorno del Nuevo Testamento» impartido en la Facultad de Teología del Instituto Católico de París de 1969 a 1977 y el boletín crítico de «literatura intertestamentaria» que el autor publica desde 1972 en la

revista «Recherches de Science Religieuse». Pero la presente «historia política» es más directamente el eco escrito del curso universitario 1979-1980 en la Escuela de Estudios Superiores en Ciencias Sociales. El manuscrito ha sido revisado en sus correspondientes secciones por la benévola y sabia mirada de J. Briend, Ch. Perrot y P. Vidal-Naquet, a quienes deseo expresar mi más viva gratitud.

París, febrero de 1981

ANDRÉ PAUL

# PRIMERA PARTE

# *LA SITUACION*

## LOS ACONTECIMIENTOS
## LAS FUENTES
## LOS NOMBRES

CAPITULO PRIMERO

# *LOS ACONTECIMIENTOS*

## *HISTORIA POLITICA DE LOS JUDIOS DESDE ALEJANDRO MAGNO* (336-323 a C) *HASTA ADRIANO* (117-138)[1]

## ALEJANDRO MAGNO (336-323 a. C.)

Elevado al trono de Macedonia en el 336 a.C., a la edad de veinte años, el jovencísimo Alejandro inició en el 334 la guerra contra los persas. Se empeñó en la conquista del Oriente. La dinastía persa de los aqueménidas, entonces sofocada, había dominado la política internacional desde el 560 a.C., Alejandro se apoderó de todas las satrapías, una tras otra: Asia Menor, Fenicia, Palestina, Egipto, Mesopotamia, Irán e incluso una parte de la India cayeron sucesivamente en sus manos. Respetó las estructuras administrativas y religiosas existentes, pero, en contrapartida, impuso la cultura helénica y la organización griega de la ciudad en los diversos centros que colonizó.

En el 332 bordeó Alejandro el litoral que une Siria a Egipto. Su objetivo era asegurarse, de entrada, el control del mar. Tras prolongados asedios, tomó Tiro y Gaza y luego se adueño de Egipto, donde, en el invierno del 331, fundó Alejandría

[1] *Bibliografía a)* Will I² y II, Preaux I y II, P Goukowsky, *Essai sur les origines du mythe d'Alexandre (336-270 a C) I Les origines politiques* (Nancy 1978)

*b)* R H Pfeiffer, *History of the New Testament Times* (Londres 1950), Bo Reicke, *The New Testament Era The World of the Bible from 500 B C to A D 100* (Londres 1969, reimpr 1978), D S Russel, *The Jews from Alexander to Herod* (Londres 1967), A Caquot, *Le judaisme depuis la captivite de Babylone jusqu'a la revolte de Bar Kokhéba*, en *Histoire des Religions* II (París 1972) 114-184, Hengel, *Judentum*, Vidal-Naquet *Les juifs*, Schurer I, Schalit, *Konig*, J Leipoldt/W Grundmann (eds ) *Unwelt des Urchristentums* (trad esp *El mundo del Nuevo Testamento*, 3 tomos, I *Estudio histórico-cultural*, II *Textos y documentos de la epoca*, III *El mundo del NT en el arte* (Ed Cristiandad, Madrid 1973-75)

(cf.p.131). Hay que decir que los egipcios, dominados desde hacía tiempo por los persas, lo acogieron como libertador. No hubo enfrentamientos entre las tropas macedónicas y las poblaciones judías de Palestina. Estas pasaron de oficio y sin tropiezos, por así decirlo, del control de los persas al de los macedonios. Josefo y con él otras fuentes, incluido el Talmud, han conservado el relato del encuentro entre Alejandro y el sumo sacerdote de Jerusalén (*Ant* 11,304-307; extracto citado en pp.65-66). Se trata de una simple leyenda[2], que acentúa dos hechos: por una parte, el comportamiento habitualmente favorable de Alejandro respecto a los cultos locales de los países conquistados; por otra, el optimismo de los judíos, que reconocieron en Alejandro y sus primeros sucesores a los dueños providenciales y, por tanto, legítimos del mundo (como habían hecho dos siglos antes a la llegada de Ciro: Is 44,28; 45,1).

El reinado de Alejandro supuso una verdadera revolución en las relaciones entre judíos y griegos. Hasta entonces apenas había existido diálogo entre ambos pueblos. Es cierto que la arqueología, entre otras, nos suministra huellas de intercambios[3], sobre todo comerciales, anteriores a la conquista macedónica, pero parece que no se salió de un cierto anonimato. Si los judíos de la edad bíblica conocían a Yaván (cf.Gn 10,2; Ez 27,13; Is 66,19, etc.), término con el que designaban al conjunto de los griegos, éstos, en cambio, ignoraban hasta el nombre de los judíos[4]. La distancia lingüística influía en gran medida. Los judíos, hablando arameo (y a veces hebreo), podían comunicarse con persas, babilonios e incluso egipcios, pero no con los griegos, que no conocían más que su propia lengua. Pero el heredero del rey de los persas, el macedonio Alejandro, hablaba griego e impondría irreversiblemente su propia lengua a su inmenso imperio, desde el Nilo al Indo.

El griego profusamente practicado tras la conquistas de Alejandro es la «(lengua) común» denominada *koiné*, sustantivo femenino del adjetivo *koinos*, «común». La *koiné* fue el vehículo esencial de comunicación en el conjunto del amplio imperio re-

[2] Alejandro no estuvo jamás en la capital de los judíos ni siquiera en Judea.

[3] Cf. Momigliano, *Sagesses*, 88-93; W. F. Albright, *De l'âge de la pierre à la chrétienté* (París 1951) 247-248; Préaux II, 566.

[4] Ver los sentimientos del autor de la *Carta de Aristeas* (31 y 32) acerca de esta omisión; en Dn 3,5 (texto de mediados del siglo II a.C.) se encuentran las primeras palabras griegas en la Biblia.

constituido, De hecho, el griego de la *koiné* era la lengua de los funcionarios, de los hombres de negocios y leyes, de oradores y escritores, y se encuentra documentada en inscripciones y decretos. Fue por doquier la lengua de la política y de la administración, del comercio y la educación[5].

Como lengua internacional, tendió a suplantar al arameo, que se había impuesto desde el 700 a.C. en la diplomacia, el ejército y los negocios[6]. Sin embargo, bastantes regiones conservan el uso local de su idioma indígena, dándose con frecuencia el fenómeno del bilingüismo. Este fue el caso de Siria y Mesopotamia, Palestina y Egipto y, más tarde, de Roma. La primera traducción de la Biblia se hizo al griego y se vio acompañada y seguida de una abundante literatura judía en ese idioma también. Los escritos del Nuevo Testamento redactados en dicha lengua son de por sí testigos o herederos de esa revolución.

El griego de la *koiné* es una forma simplificada del dialecto ático, con mezcla de elementos jónicos[7]. Sobrevivió hasta la época bizantina, en la que las lenguas nacionales orientales (el copto en Egipto, el siríaco en Siria, el hebreo incluso fuera de Palestina, etc.) experimentaron un renacimiento literario. En realidad, este griego vive todavía en cierto modo, puesto que de él nacieron las dos variantes del griego moderno: la lengua «demónica» o popular y la «purista» u oficial.

Durante el verano del año 331 entró Alejandro en Babilonia, tras haber vencido al último rey aqueménida Darío III (quien se dio a la fuga y fue asesinado al año siguiente). Sus campañas hacia el este duraron aún ocho años. Murió en el 323, sin haber tenido tiempo de fundar realmente su dinastía. Ese será el motivo de las duras guerras de sucesión que no tardarían en estallar.

## LA SUCESION DE ALEJANDRO: LOS GRANDES IMPERIOS HELENISTICOS

Alejandro había integrado en un conjunto político y administrativo único a Macedonia, su patria, Grecia, la totalidad del inmenso Imperio persa y una parte de la India. Era difícil para un solo hombre reinar sobre un mundo diverso y complejo de semejante amplitud. Tras la muerte del macedonio en el 323,

[5] Cf. Préaux II, 555-562.
[6] A. Paul, RSR 68 (1980) 469.
[7] Cf. IDB II, 479-484.

se intentó mantener esa imposible unidad mediante un reinado puramente formal, el del frágil hermanastro del difunto rey y el de su hijo póstumo, nacido de la iraní Roxana. Ambos serán rápidamente asesinados. Pero enseguida, los generales de Alejandro, gobernadores de los distritos macedonios y griegos, y algunos administradores de las satrapías persas, entablaron una lucha encarnizada por la conquista del poder. Las armas decidirían quiénes habían de ser los «sucesores» (en griego: *diadochoi*) del gran monarca[8]. Entre ellos se encontraba Pérdicas, primer ministro de Alejandro en Babilonia. Nombrado regente, morirá en la frontera egipcia en el 321. En esta fecha, se lleva a cabo un primer reparto del imperio entre un grupo de jefes llamados *Diádocos*. La distribución es como sigue:

— *Macedonia* para Antípatro, que falleció en el 319.

— *Egipto* para Tolomeo I Soter, hijo de Lago y uno de los generales más brillantes de Alejandro. Con gran astucia, aceptó en el 323 la satrapía de Egipto, se proclamó rey en el 306 y fundó la dinastía de los Lágidas. Murió en el año 283.

— *Tracia* para Lisímaco, que será asesinado en el 281.

— *Asia Menor* para Antígono (apodado el Tuerto), el más fuerte de todos los «sucesores» de Alejandro. Adoptó el título de rey en el año 306 y murió el 301 en Ipso, en la cuarta «guerra de los Diádocos» emprendida contra él.

— *Babilonia* para Seleuco I Nicátor. Ayudó en Gaza a Tolomeo en el 312 a combatir a las tropas de Antígono, capitaneadas por su hijo Demetrio. Regresó triunfante a su capital Babilonia e inauguró una nueva era, la *seléucida,* al tiempo que fundaba también la *dinastía de los Seléucidas.* Murió en el año 281.

Los conflictos armados entre los Diádocos fueron incesantes. Durante medio siglo, constituyeron la trama de la historia griega y, en parte, de la oriental. El sueño más o menos compartido de un único imperio unificado se desvaneció para siempre. Se asistió entonces, más bien, al nacimiento de grandes imperios[9] en el sentido casi moderno de la palabra. Extensas

[8] Sobre la historia política de los Diádocos y los Epígonos, consultar sobre todo Will, *Histoire* I[2].

[9] Cf. P. Lévèque, *Empire d'Alexandre et empires hellenistiques,* en *Le concepte d'empire* (París 1979) 103-120.

unidades territoriales se impusieron en la política y en la historia. Sus dueños no tenían pretensiones de universalidad política, sino que buscaban, cada cual dentro de su propia casa, la mejor de las coexistencias; es lo que ocurrió y ocurrirá siempre en el equilibrio inestable de las relaciones y las fronteras. En cambio, la cultura helenística se instaló resueltamente con gran uniformidad. Se declaraba universal y así lo sería a pesar de todos los conflictos y por encima de todas las fronteras.

Este período de gestación coincide con el de los Diádocos. Comienza en el 323 y dura hasta la muerte del último de ellos, Seleuco I, asesinado en el 281. Nacieron tres monarquías helenísticas, encabezadas por los sucesores directos de los Diádocos, denominados *Epígonos* (en griego: *epigonoi,* «nacidos después»). Son los siguientes:

— *Macedonia,* con Antígono, nieto de Antígono el Tuerto. La conquista romana acabará con él en el año 146 a.C.

— *Egipto,* con Tolomeo II Filadelfo (282-246). Los romanos cancelarán la dinastía de los Lágidas tras la victoria de Actium (31 a.C.) y la muerte de Cleopatra.

— *Siria y Asia Menor,* con Antíoco I Soter (281-261 a.C.). Roma pondrá fin al reino de los Seléucidas en el año 64 a.C.

Esta división territorial determinará durante siglos la política de Oriente Medio. Sólo bastante más tarde la llegada de los partos por el este y sobre todo la de los romanos a Asia Menor, Egipto y Siria-Palestina, modificarán la estructura de las relaciones establecidas. La situación de los judíos de Palestina se vio afectada también por la evolución de un mundo político y un universo cultural del que llegó a ser fuertemente solidaria. Para ella suponía un gran cambio.

Los judíos salieron de su aislamiento durante el período de los Diádocos. Dejaron en ese momento de ser unos desconocidos. Hacia el 300, los autores griegos[10] se fijaban por fin en ellos y los incluían en sus escritos con una curiosidad no exenta de simpatía. *Teofrasto,* el más grande discípulo de Aristóteles, fue quizás el primero[11] en mencionarlos expresamente como «filósofos» sirios. *Megástenes,* embajador de Seleuco I en la India, los describe más o menos del mismo modo. *Clearco de*

[10] Consultar: Reinach, *Textes,* 7-20; Stern, *Authors* I, 8-52.
[11] Para la discusión en torno a dicha prioridad, cf. JEA 59 (1973) 159-168.

*Soles*, en un texto de pura ficción, hace dialogar a su maestro Aristoteles con un judío linguística y filosóficamente helenizado, y presenta al conjunto de los judíos como descendientes de los filosofos de la India. Por último, *Hecateo de Abdera*, griego convertido en egipcio, redactó (?) el más antiguo relato que encontramos en la literatura griega[12] sobre el origen de los *judíos* (*llamado también del* Exodo).

El paso de la administración persa a la macedónica en el año 331 no había alterado prácticamente las condiciones de vida de las poblaciones judías de Palestina. Provincia de la satrapía «del otro lado del río» (cf.pp.92s), Judea fue gobernada por Laomedonte, oficial de Alejandro. A partir del 320 fue depuesto por el sátrapa Tolomeo, futuro rey de Egipto. Ello dio origen a una serie de batallas, del 320 al 301, entre el fundador de los Lágidas y Antígono. Palestina no se mantuvo ajena a esos enfrentamientos ni, a su pesar, neutral. Tras la victoria obtenida por Tolomeo en Gaza (312), los habitantes de Judea y Jerusalén se rindieron espontáneamente a él (según Josefo, *Ant.* 12,5-7). Los aliados de Egipto, entre los que se contaba Seleuco, vencieron a Antígono en la batalla de Ipso. Tolomeo se adueñó entonces de Fenicia y Palestina. Permaneció hasta el año 200, en que el seléucida Antíoco III el Grande (222-187) lo expulsa de esas tierras, con la ayuda en ocasiones de los judíos. Es preciso decir que, durante ese siglo de ocupación, Palestina no dejó de ser testigo y escenario de numerosos enfrentamientos entre los Lágidas de Egipto y los Seléucidas de Siria [13]. Durante todo el siglo III a.C., mantuvieron los reyes de Egipto *cinco guerras contra los reyes de Siria*, ávidos de extender su dominio hasta el Mediterráneo.

He aquí un cuadro sinóptico de los *reinados* y las *guerras* de ese siglo.

[12] J G Gager, *Moses in Greco-Roman Paganism* (Nueva York 1972) 26-37 De hecho es la primera versión de la famosa «Historia de los Impuros» que, probablemente de origen egipcio (cf Yoyotte, RHR 147, 1963, 133-143) evolucionara en los autores greco-romanos posteriores en la línea de un antijudaísmo muy marcado Sobre la autenticidad de los fragmentos de Hecateo, cf el panorama de las discusiones y los argumentos en Stern, *Authors* I, 20-25

[13] A propósito de las guerras de Antíoco III con Egipto, Josefo aporta este testimonio lleno de tristeza «Tanto si resultaba vencedor (Antíoco) como si era vencido, los judíos sufrían y participaban de su misma suerte, hasta el punto de parecerse a un navío zarandeado por la tempestad » (*Ant* 12,130)

| *Lágidas* | *Guerras* | *Seléucidas* |
|---|---|---|
| Tolomeo I Soter (323-283) | Guerra común contra Antígono (320-301). Victoria de *Gaza* (312) | Seleuco I Nicátor (312-281) |
| Tolomeo II Filadelfo (283-246) | Primera guerra siria (274-271) Segunda guerra siria (260-253) | Antíoco I Soter (281-261) Antíoco II Theos (261-246) |
| Tolomeo III Evergetes (246-221) | Tercera guerra siria (246-241) | Seleuco II Gallinicus (246-225) Seleuco III Soter (225-223) |
| Tolomeo IV Filopater (221-204) | Cuarta guerra siria (221-217), Victoria egipcia en *Rafia* (217) | Antíoco III el Grande (225-223) |
| Tolomeo V Epífanes (204-181) | Quinta guerra siria (202-195) Derrota egipcia en *Paneas* (200) | |

## JUDEA BAJO LA DOMINACION SELEUCIDA (200-164 a.C.)

La quinta guerra siria terminó en el 200 a. C. con la victoria de Antíoco III en Paneas. Fue el fin de la dominación de los Tolomeos en Siria y Judea. Roma intervino entonces para ordenar al rey seléucida que no tocara Egipto, como parece que eran sus intenciones. Antíoco alcanzó en esta fecha la cumbre de su poder. Había combatido sucesivamente y con éxito contra armenios y partos. A imitación de Alejandro, había llevado sus campañas hasta la India, y la posteridad le reservará también, como recompensa, el título de «Grande». Se mostró bien dispuesto respecto a los judíos de Judea e incluso de otros sitios, pero cometió el grave y aún fatal error de atraer sobre él la atención ofensiva de Roma a causa de sus pretensiones sobre Asia Menor y Grecia. Para colmo, había

recogido a Aníbal, cuyos deseos de revancha estimulaba. Los romanos, lanzados a la conquista del Oriente mediterráneo, habían derrotado a Filipo V de Macedonia en el 197, proclamando la «libertad de los griegos». La guerra con Antíoco estalló. El seléucida fue expulsado de Grecia en la batalla de las Termópilas y definitivamente derrotado en Magnesia del Sípilo a comienzos del 189 a.C. Negoció la paz con Roma, que quedó luego ratificada en Apamea en el 188 antes de Cristo.

Las cláusulas de paz eran especialmente severas. Entre otras cosas, Antíoco debía pagar fuertes indemnizaciones de guerra, en concreto, doce mil talentos en doce anualidades. La poderosa casa seléucida quedaría así arruinada.

El rey de Siria intentó entonces remediar la situación confiscando el dinero de los templos, que eran, en cierto modo, los establecimientos bancarios de la época (cf. p.172). Por lo demás, encontró en el 187 una muerte vulgar en el transcurso de una de esas operaciones. Su hijo y sucesor Seleuco IV Filopátor (187-175 a.C.) heredó la enorme deuda. Por eso, no es de extrañar que codiciara el importante tesoro del templo de Jerusalén, reserva de Estado engrosada también por aportaciones privadas (como las de la poderosa familia de los Tobiaditas: cf. pp. 166-169). Seleuco envió a su canciller Heliodoro a Jerusalén para apoderarse de los fondos en depósito con la complicidad de Simón, alto funcionario del templo. Pero Heliodoro no pudo cometer su fechoría, puesto que ciertas fuerzas que la tradición judía presenta como milagrosas (2 Mac 3,1-40) se le opusieron y lo expulsaron del santuario, volviendo a Siria con las manos vacías. En el 176 asesinará a Seleuco IV con la probable intención de usurpar el poder. Pero Antíoco IV Epífanes (175-164), hermano del difunto rey, hizo lo posible por salvar la dinastía, y se proclamó innediatamente rey con la aquiescencia de Roma. Entregado como rehén tras el tratado de Magnesia, este otro hijo de Antíoco III había vivido en Roma, quedando seducido por la ciudad y sobre todo por el helenismo que cultivaban allí los medios diplomáticos. Demasiado joven para reinar, el príncipe heredero, futuro Demetrio I, fue enviado a Roma en su lugar.

Antíoco IV se esforzó en restaurar el poderío del reino seléucida. Solamente él fundó más ciudades que todos sus

predecesores juntos y se convirtió en el adalid de una intensa helenización (por lo que a Jerusalén se refiere, cf. p. 171). Intentó proseguir la política expansionista de su padre, Antíoco III, pero, a diferencia de éste, tuvo mayor cuidado en mantener buenas relaciones con Roma y sus aliados en Asia Manor. Su objetivo inmediato fue controlar Egipto, cuya influencia y poder estaban en franca decadencia. Así nació la *sexta guerra siria* (170-168 a.C.), cuyos orígenes y pormenores son bastante mal conocidos[14].

Tolomeo V (205-180 a.C.), yerno de Antíoco III, había muerto en el año 180. Su viuda Cleopatra I, regente durante la minoría de edad de Tolomeo VI, murió en el 176. Tolomeo VI fue declarado mayor de edad en el año 170 y tomó como esposa a su hermana Cleopatra II. Ambos asociaron a la realeza a su joven hermano Tolomeo VIII Physkón. Ese mismo año Antíoco IV se hizo prácticamente dueño de Egipto, a excepción de Alejandría. Al entablarse conversaciones entre él y su sobrino Tolomeo VI los alejandrinos echaron a este último y proclamaron único rey de Egipto a Physkón. Antíoco IV intentó restaurar en el trono a Tolomeo VI, pero fracasó y, sin que sepamos el motivo, se retiró. Corría el año 169 y, al siguiente, comenzaría la segunda fase de la sexta guerra. Antíoco IV, en efecto, invadió Egipto de nuevo en el 168, pues la reconciliación de los dos Tolomeos y Cleopatra debió inquietarle. Llegado a Menfis, adoptó el título de rey de Egipto. Pero, al tratar de apoderarse de Alejandría, los romanos exigieron que se retirase de tierras lágidas. Informado de la decisiva victoria del cónsul Lucio Emilio Paulo sobre las tropas macedonias (en Pidna), obedeció y regresó a sus tierras.

## INSURRECCION DE LOS MACABEOS· MATATIAS Y JUDAS (167-160 a.C.)

Mientras esto sucedía en Egipto, Antíoco IV tuvo problemas con los judíos de Judea. La situación político-social de Jerusalén era entonces la de guerra civil latente, preparada desde bastante atrás por la división en capas sociales creadas

[14] Cf O Morkholm, *Antiochus IV of Siria* (Gyldendal 1966) 64-87, para el estado de la cuestión y las discusiones, cf Hayes-Miller, 562-585

por las profundas divisiones entre partidarios o adversarios más o menos pronunciados de la helenización (se tratará este punto en detalle en las pp. 176-177). Antíoco, cuya muerte había sido falsamente anunciada, intervino para restablecer el orden. Estaba interesado en eliminar todo foco de disturbios, antes de comprometerse en Asia en expediciones de dudoso éxito debido a los recientes reveses políticos. Se entregó a una represión sistemática sin precedentes contra los judíos y, por último, declaró (en el 167) la abolición pura y simple de la religión judía (cf. p. 171). Se trataba, para él, de una operación radical que pretendía extirpar las raíces de un grave tumor político. Esta operación provocaría una auténtica guerra por parte de los representantes del partido más ortodoxo de los judíos, que quedarán inmortalizados, con el nombre de Macabeos (cf. nota complementaria, p. 191).

La rebelión macabea estalló en el 167/166. La bandera fue enarbolada por un tal *Matatías,* de familia sacerdotal, refugiado con sus hijos en Modín, pueblo situado entre Jerusalén y Jafa. Fue el comienzo de un movimiento que llevaría a Judea, ya independiente, y luego a Palestina entera a constituir un reino judío de excepcional amplitud. Matatías murió en el año 166. Antes de su muerte, designó a su tercer hijo, *Judas,* apodado *Macabeo* (1 Mac 2,4)[15], como sucesor suyo al frente de la insurrección. Judas fue un jefe militar excepcional. Murió en combate el año 160 a.C., convirtiéndose en un héroe nacional («igual que un león en sus hazañas», 1 Mac 3,4), fuente de inspiración para la creación literaria y artística.

Judas Macabeo ha inspirado a numerosos escritores, artistas y compositores, aunque habrá que esperar al siglo XVII para que su figura se imponga en las letras. Se considera que la obra perdida de William Houghton, *Judas Maccabaeus* (hacía 1601) es el primer drama en que aparece como protagonista. Luego, en el mismo siglo, vinieron otras creaciones literarias. En el XIX, el tema rebrotó vigorosamente: uno de los escritos más conocidos es el *Judas Maccabaeus* del poeta americano Henry Wadsworth Longfellow, de 1872 (una versión en hebreo se publicó en 1900). Varios autores judíos del siglo XIX volvieron sobre el tema.

[15] Es difícil precisar el significado de este término. La conexión de la palabra griega *Makkabaios* con el hebreo *maqqebet,* «martillo» (que hace pensar en Carlos Martel) es más sugestiva que segura.

Judas Macabeo fue considerado, en el arte medieval, como uno de los héroes del Antiguo Testamento, a juzgar por la ilustración de varios manuscritos. De especial interés es el cuadro de Rubens (1577-1640) que representa a Judas rezando por los muertos (pintado primitivamente para la catedral de Tournai y hoy en el museo de Nantes). Existe también un grabado de Gustavo Doré (1833-1883), donde aparece el héroe victorioso persiguiendo a las tropas en desbandada del enemigo sirio.

En música hay que recordar sobre todo el célebre oratorio de Haendel *Judas Macabeo* (Londres 1747), interpretado con frecuencia en Israel. La melodía del célebre coro «See, the conqu'ring hero comes» es un canto que ha sido adoptado para la fiesta judía de la *hanuká* o «Dedicación».

Antíoco IV, en campaña contra los partos, dejó a Lisias, gobernador militar de los territorios orientales, el encargo de frenar la rebelión de los judíos. Pues bien, Judas, utilizando la táctica de la guerrilla, infligió varias derrotas a las tropas sirias (1 Mac 3,10-4,35). Exactamente tres años después del inicio de la rebelión, en el 164, consiguió tomar Jerusalén (excepto la ciudadela griega o *akra*) y devolvió el templo a su uso sagrado. La fecha del 25 de Kisleu (alrededor de diciembre) sigue siendo para los judíos la de la *hanuká,* fiesta que conmemora, durante ocho días, la nueva «dedicación» del templo instituida bajo el dominio macabeo (1 Mac 4,19; cf. Jn 10,22). Antíoco IV murió en Persia este mismo año (1 Mac 6, 1-16) [16]. Lisias se invistió a sí mismo del cargo de protector del jovencísimo Antíoco V (164-162) y se propuso castigar severamente a los guerreros judíos. Cayó sobre ellos desde Idumea y Judas fue derrotado. Pero Jerusalén y los judíos se salvaron gracias a la rivalidad interna que amenazó al trono de Siria y al propio Lisias, que se vio obligado a regresar precipitadamente a su país. Con el fin de reforzar su posición por el costado sur, hizo que su rey decretase la libertad religiosa para los judíos (1 Mac 6,55-63).

Judas habría de sufrir pronto graves reveses, que le costarán la vida. En el año 162 el hijo de Seleuco IV, que en calidad de rehén había tenido que reemplazar a su tío Antíoco IV, dejándose guiar por sus amigos romanos de ambientes intelectuales muy helenizados, entró inesperadamente en Antioquía y

[16] Sobre la *Hanuká,* cf. EJ 7, 1280-1288; los comentarios documentados de 1 Mac 4,36-59 y de Jn 10,22; Josefo, *Ant.* 12,316-326.

reclamó la sucesión de su padre Seleuco IV, que consideraba usurpada. Habiendo sido asesinados Antíoco V y Lisias, el nuevo rey, Demetrio I (162-150), se inclinó por el grupo de judíos helenizantes y decidió una nueva expedición contra los judíos rebeldes. Esta fue confiada a Nicanor, quien murió muy pronto en combate (el «día de Nicanor» fue celebrado como fiesta anual por los judíos). Dur :nte un nuevo ataque sirio, Judas sufrió una terrible derrota al noroeste de Jerusalén (1 Mac 7,1-9,22) y sucumbió con muchos de sus partidarios. Durante algún tiempo, los helenistas prosirios controlaron la situación (1 Mac 9,23-28).

Paralelamente a sus incesantes acciones militares, Judas Macabeo procuró granjearse los favores diplomáticos de Roma, cuyos enemigos directos en Oriente eran los Seléucidas. Dos textos, cuya autenticidad es hoy aceptada, son testimonio de dichas gestiones. Conocemos, en primer lugar, una carta del 163 a.C., que los legados romanos residentes en Siria escribieron a los judíos para proponerles intervenir en su favor ante el rey seléucida (2 Mac 11,34-38). Un segundo documento, del 161, se encuentra reproducido en 1 Mac 8,23-30 y en *Ant.* 12,417. Es el *senatusconsultum* («dogma»), mediante el que los romanos establecieron el primer tratado de amistad con Judea, más concretamente con el partido que encabezaba Judas Macabeo. Dichos textos resultan esclarecedores de la política romana en Oriente, política que se irá manifestando cada vez con mayor vigor. «Con su apoyo diplomático, los romanos habían intentado favorecer, a bajo costo, el proceso de desintegración del Imperio seléucida, cuyos primeros síntomas en la parte oriental aparecieron en el reinado de Demetrio I. La eventual separación de Judea del Imperio seléucida llevaría consigo no sólo una reducción territorial de dicho Imperio, sino también la creación, entre éste y Egipto de una zona capaz de separar a los dos Estados más poderosos del Mediterráneo oriental»[17].

## TRIUNFOS DE LOS MACABEOS: JONATAN Y SIMON (160-142 a.C.)

El sucesor directo de Judas fue su hermano *Jonatán,* el quinto y más joven de los hijos de Matatías. Dirigirá la lucha

[17] Th. Liebermann-Frankfort, *Rome et le conflict judéo-syrien (164-161 avant notre ère);* «L'Antiquité classique» 38 (1969) 115.

de los Macabeos desde el año 180 al 143 a.C. (1 Mac 9,28-12, 53). La presión siria se fue debilitando progresivamente y el nuevo jefe judío sacó buen provecho de ello. Se desencadenó entre los seléucidas una guerra dinástica. Alejandro Balas, presunto hijo de Antíoco IV, desembarcó en Tolemaida y comenzó a reinar con el apoyo del Senado romano. Se produjo entonces por parte de los dos monarcas una demencial sobrepuja de promesas: se trataba de ver quién podría comprar la alianza de los Macabeos en exclusiva (1 Mac 10,21). Pues bien, Jonatán se puso del lado de Balas, quien le nombró «sumo sacerdote», y a partir del 152 apareció en calidad de tal en la fiesta de las Chozas (1 Mac 10,21). Demetrio fue muerto en el 150. Inmediatamente después Alejandro Balas invitó a Jonatán a su boda con Cleopatra, hija de Tolomeo VI Filometor. En el transcurso de la ceremonia lo revistió de púrpura y lo hizo «estratega»: le había conferido de este modo un rango casi igual al de rey. Jonatán explotó luego con gran habilidad la lucha por el trono en la que se enzarzaron Demetrio II, hijo de Demetrio I, y Antíoco VI, hijo de Balas. Obtuvo el apoyo de Tolomeo VI, Roma y Esparta. Su territorio se amplió en forma sensible. Comenzó a afluir el dinero y, además de la importante llanura costera conquistada por su hermano Simón (1 Mac 11,59), controló regiones no judías y ciudades fortificadas (1 Mac 12,31-38). Pero terminó por caer en una emboscada en Tolemaida (1 Mac 12,39-53) y fue ejecutado en el año 143. A pesar de sus clamorosos éxitos militares y políticos, no consiguió liberar la ciudadela de Jerusalén, tarea que correrá a cargo de su hermano y sucesor *Simón* (143-134 a.C.; 1 Mac 13,1-6,17).

Igual que Jonatán, Simón obtendrá grandes éxitos militares y políticos. Como el partido de Antíoco VI fue el causante de la desdicha de su hermano, buscó la alianza del rival, Demetrio II, quien reconoció en el 142 el poder de Simón, «condonándole» los impuestos (1 Mac 13,34 y *Ant.* 13,213). Dicho año fue celebrado como el primero de una era de autonomía política. Suponía una verdadera revolución. No se había visto nada igual desde la caída de Jerusalén en el 587 a.C. Se instauró, pues, una nueva era y los documentos oficiales llevarán su fecha. No obstante, el último símbolo de la recobrada independencia fue la toma de la ciudadela de Jerusalén en el 142/141. Simón transformó la acrópolis conquistada en un palacio (1 Mac 13,51). Se trataba del último resto de la presencia siria y helenística en la capital de los judíos.

El período de insurrección de los hermanos Macabeos había terminado y comenzaba el del *Estado de los Asmoneos.* El primero había estado marcado por tres hechos significativos, a diez años de distancia uno de otro: la *libertad religiosa* de los judíos, reconquistada por Judas en el 162; el título de *sumo sacerdote,* concedido a Jonatán en el 152; la *exención de los impuestos* otorgada a Simón en el 142. Faltaba el título formal de «rey» para que la ascensión política alcanzara su cima.

En rigor, la palabra asmoneo (en griego: *asmonaios*) se aplica a la dinastía de los sumos sacerdotes (Simón, Juan Hircano) y luego a los reyes (Aristóbulo I, Alejandro Janeo, Salomé Alejandra, Aristóbulo II), que aseguraron el cargo del poder supremo de los judíos entre el 142 y 63 a.C. Habitualmente se reserva el apelativo de Macabeo (en griego: *makkabaios*) a los tres caudillos de la rebelión judía, los gloriosos hijos de Matatías: Judas (el único que lógicamente debía llevar ese nombre, y que constituyó su apodo), Jonatán y Simón (hasta el 142). Si hemos de dar crédito a Josefo (*Ant.* 12,265), «asmoneo» vendría del bisabuelo de Matatías, un sacerdote originario de Jerusalén llamado «Asmoneo» *(asmonaios).* Apenas se sabe nada de este personaje, cuyo nombre hay que vincularlo probablemente a una localidad: Jesmón (Jos 15,27), Jusín (1 Cr 8,11) o Jasmoná (Nm 33,29). «Asmoneo» no se encuentra en los libros de los Macabeos. Josefo, en cambio, lo emplea en fórmulas como «hijo de Asmoneo», «familia asmonea» o «Asmoneos» (*Ant.* 16,187, etc.). Aunque raras veces se encuentra también en la Misná y el Talmud.

En el cuadro siguiente pueden verse las *ejecutorias* y *reinados* que conviene recordar para el estudio de este período (por Seléucidas A y B se designan las dos ramas rivales del trono dinástico sirio).

| *Seléucidas A* | *Seléucidas B* | *Macabeos* |
|---|---|---|
| Antíoco III (222-187) | | |
| Seleuco IV (187-175) | | |
| | Antíoco IV (164-162) | |

| | | |
|---|---|---|
| | | Matatías (167-166) |
| | Antíoco V (164-162) | Judas (166-160) |
| Demetrio I (162-150) | | |
| | | Jonatán (160-143) |
| | Alejandro Balas (150-142) | |
| Demetrio II (145-138) | Antíoco VI (145-142) | Simón (143-134) |

La lista de los Lágidas contemporáneos es la siguiente: Tolomeo V (205-180), Tolomeo VI (180-145) y su hermano Tolomeo VIII (164-163), Tolomeo VII (145) y de nuevo Tolomeo VIII (145-116).

## «SUMOS SACERDOTES» ASMONEOS: SIMON Y JUAN HIRCANO (142-105 a.C.)

Simón el Asmoneo, nuevo caudillo de los judíos desde el año 143, dispuso de sus propios recursos financieros, lo que le permitió conseguir las armas necesarias para sus campañas y mantener una diplomacia (1 Mac 13,16; 14,32). Se comportó como un auténtico jefe de Estado, con un ejército de mercenarios parcialmente integrado por elementos «helenistas». Prosiguió la conquista de Palestina: se apoderó de Gazara, la antigua Guézer, punto estratégico en el ángulo de la rica llanura costera, la hizo judía por la fuerza (1 Mac 13,43-48) y habiendo nombrado gobernador a su hijo Juan Hircano (1 Mac 13,11) avanzó hasta el puerto de Gaza (1 Mac 13,11).

Judea vivió cierto tiempo de paz y alcanzó en el contexto político de Oriente Medio una importancia que nunca había tenido desde la caída del reino. Los sirios continuaban minando su poder con una guerra dinástica interminable. Roma acentuaba su influencia en el Oriente y los partos amenazaban

con repetidos ataques los territorios de unos seléucidas en decadencia. Simón reforzó las alianzas ya establecidas con Roma y Esparta (1 Mac 14,16-24). En el año 140 la propia nación judía homologó y proclamó los títulos de su caudillo. Una asamblea pública (*synagoge*) lo aclamó, de por vida y hereditariamente, «sumo sacerdote, estratega y etnarca de los judíos» (1 Mac 14,47). Este acto se grabó en unas tablas de bronce que se colocaron en el recinto del templo, y obtuvo el apoyo del Senado romano (1 Mac 5,15-24). Desde ese momento, quedaba definitivamente fundada la dinastía asmonea. Era sacerdotal y militar, aunque no real todavía, pero es indudable que había quedado inaugurado un Estado independiente.

Durante la segunda mitad de la carrera de Simón, la independencia judía viose nuevamente amenazada. Antíoco VII Sidetes (138-129) subió al trono de Siria e intentó despertar al debilitado imperio seléucida. Sus relaciones con Simón se deterioraron peligrosamente, pero los hijos del etnarca defendieron con eficacia su país atacado (1 Mac 15,25-16,10). Poco tiempo después, Simón fue asesinado, durante un banquete, con dos de sus hijos, cerca de Jericó. El asesino era su propio yerno, probablemente a sueldo de los sirios. Intentaron acabar también con su otro hijo, Juan Hircano, pero éste consiguió huir de Gazara y fue acogido calurosamente por el pueblo de Jerusalén, que le proclamó sumo sacerdote y, por tanto, sucesor de su padre. Será además etnarca de los judíos desde el 134 al 105 a.C.

*Hircano,* que había aprendido de su padre el manejo de las armas y la administración, fue el más brillante de los jefes asmoneos. Dejará un excepcional recuerdo en la memoria judía (cf. nota complementaria, en p. 189). Como el primer Libro de los Macabeos concluye con el relato de su venida tras el asesinato de Simón, la descripción de sus hazañas se la debemos, sobre todo, a Josefo (*Ant.* 13,229-297; *Bell.* 1,54-69).

Juan Hircano se enfrentó desde el principio con graves dificultades y estuvo a punto de ser depuesto, al intentar Antíoco VII controlar de nuevo toda Palestina. Exigió a los judíos el pago de un tributo por Jafa y demás ciudades fuera de la provincia de Judea de las que se habían apoderado los asmoneos. Recabó incluso la ayuda de Hircano para combatir a los partos. El sirio volvió a tomar Jafa y Gazara y durante largo tiempo asedió Jerusalén con sus tropas. La ciudad pudo salvarse gracias a la intervención de Roma, que prohibió a Antíoco in-

vadir los territorios de los «amigos» y «aliados» judíos (*Ant.* 13,259-266). Hircano mantuvo constantes y excelentes relaciones con Roma (cf. *infra,* p. 185) y, a veces, con Egipto (con Cleopatra III). En el 130 Antíoco VII tuvo que partir a guerrear contra los partos, encontrando la muerte en el 129 a.C. Subió entonces al trono Demetrio II, liberado por los partos que lo tenían prisionero. Pero la difícil situación a la que debía hacer frente le disuadió de inquietar a su vecino Hircano, quien de este modo quedó con las manos libres.

El asmoneo estableció entonces la independencia total de Judea y se orientó hacia conquistas de gran envergadura en toda Palestina. Idumea al sur, Samaría en el centro, algunas ciudades de Transjordania al este y parte de Galilea al norte fueron anexionadas a lo que muy pronto habría de ser el «reino» judío de los asmoneos. La toma de Samaría en el 107 a.C. quedará como una de sus hazañas más sonadas (cf. el relato de Josefo citado en p. 180). «Etnarca» y «sumo sacerdote», Hircano se comportó con frecuencia como un príncipe secular, al estilo brutal de los soberanos de la época. No es, pues, de extrañar que, hacia el fin de su vida, los fariseos, probables herederos del partido de los «piadosos» (*hassidim*), que había apoyado a los Macabeos en los comienzos, se separaron de él. Entonces decidió acercarse a sus enemigos los saduceos.

## REYES ASMONEOS. ARISTÓBULO Y ALEJANDRO JANEO (104-76 a.C.)

A Juan Hircano le sucedió su primogénito *Aristóbulo I* (104-103 a.C.). Hizo encarcelar a su madre, que murió de hambre en la cárcel, y a sus hermanos, a uno de los cuales mandó matar (pertenecía legalmente a la viuda del difunto rey asegurar el cargo político del Estado, con lo que Aristóbulo habría tenido que contentarse con el sumo pontificado). Murió al cabo de un año de reinado. Según Josefo (*Ant.* 13,301), fue el primero de los asmoneos en denominarse «rey» en las relaciones con los demás países. No obstante, Estrabón atribuye ese acto inagural al hijo y sucesor de Aristóbulo, Alejandro Janeo, que, tal vez, sea lo más seguro. En las monedas que se han encontrado se designa, efectivamente, a Janeo como «rey», mientras que a Aristóbulo no se le llama más que «sumo sacerdote». El sucesor de Hircano siguió la política militar

y cultural de su padre. Con la complicidad de Cleopatra III, consumó la anexión de Galilea, donde se empeño en «judaizar» a viva fuerza a la población.

A Aristóbulo le sucedió su hermano (tercer hijo de Juan Hircano) *Alejandro Janeo* (en griego: *Innaios,* helenización de Yannai). Reinará desde el 103 al 76 a.C. Desde el punto de vista político, su reinado puede dividirse en tres períodos.

1. *Desde el 103 al 95 a.C.* Janeo consiguió apoderarse del conjunto de la región costera de Palestina, desde el monte Carmelo al norte hasta la frontera egipcia al sur. La situación de los países vecinos favorecía sus éxitos. Es verdad que sus ataques contra Tolemaida fueron rechazados por Tolomeo IX Látiro, primogénito de Cleopatra III, a quien su madre había alejado de Egipto nombrándole gobernador militar de Chipre, pero recibió la eficaz ayuda de la citada Cleopatra y el apoyo de las fuerzas nabateas de Aretas I. Su más prestigiosa victoria fue la de Gaza, en el 96 a.C. (cf. el relato de Josefo, pp. 180s). *Obtuvo otros éxitos militares en Transjordania y en Gadara* (cf. p. 202).

2. *Desde el 95 al 83 a.C.* Fue un período de dificultades internas y externas. En Judea hubo graves disturbios. Una parte de la población judía era opuesta a la política militar de Janeo y, sobre todo, no aprobaba los estrechos y privilegiados lazos entre este personaje que acumulaba los cargos de rey y sumo sacerdote y los saduceos. Los fariseos, que ejercieron de oposición al régimen en los últimos días de Hircano, se mostraron enemigos declarados y a veces violentos de Alejandro Janeo.

Hacia el año 90, durante la fiesta de las Chozas, la muchedumbre predominantemente farisea lanzó una lluvia de limones contra Janeo cuando éste se disponía a sacrificar en el templo. Lo injuriaron declarándolo indigno de realizar ese acto sagrado (*Ant.* 13,272). Ese movimiento, sin precedentes en la historia judía, fue reprimido con gran dureza. Según Josefo, Janeo exterminó a seis mil personas (*Ant.* 13,273). Mientras tanto, Tolomeo IX Látiro reforzó su posición, hasta el punto de recuperar el trono de Alejandría, sobre el que su madre Cleopatra había colocado a su hijo menor Tolomeo X. Por otro lado, los nabateos, deseosos de frenar el avance asmoneo al este del Jordán, realizaron incursiones en los territorios ocupados por

los judíos. Janeo, que sufrió una dura derrota en el Golán por parte del rey nabateo, huyó a Jerusalén. Entonces (año 90), el pueblo judío se rebeló contra él. Fue el comienzo de una guerra civil que duró seis años. En la lucha murieron por lo menos cincuenta mil judíos.

En el año 89 intervino de nuevo Demetrio II de Siria, a quien pidieron ayuda los adversarios de Janeo, siendo éste derrotado cerca de Siquén. Otros ataques sirios y nabateos se sucedieron, pero tales reveses tuvieron la virtud de volver los sentimientos de la masa judía en favor de Alejandro Janeo, quien consiguió, de este modo, enderezar la situación. Demetrio fue obligado a abandonar Palestina. Regresó a Siria del Norte, donde su hermano lo derrotó con la ayuda de los partos.

Este período estuvo marcado por una crisis política en Roma y, simultáneamente, por la asombrosa emergencia de reinos orientales. Durante los años 90 se manifestó en la población romana una grave tensión entre los diferentes grupos sociales. Como consecuencia, las ambiciones romanas, sobre todo en Oriente, se debilitaron. Pudo observarse entonces el ascenso de Mitrídates VI, rey iranio del Ponto. Deseoso de extender su poder y su influencia, se alió con Armenia, los partos, Siria e incluso Egipto, y en el 88 ocupaba casi toda Asia Menor, las islas y ciertas partes de Grecia. En este contexto hay que situar la segunda fase del reinado de Janeo, otro rey «oriental» (cf. *infra,* pp. 187-188) que intentó afirmarse como tal omitiendo toda relación diplomática con Roma. Rompió con ello la política de su padre Hircano y de los Macabeos desde Judas.

3. *83-76 a.C.* La tercera y última etapa del reinado de Janeo fue de recuperación. Más aún, señaló la cima de la expansión territorial de los asmoneos. Fue contemporánea de la restauración del poder político de Roma con Sila (del 86 al 79 a.C.) y del repliege de Mitrídates, rechazado por los romanos.

Tras la muerte de Látiro en el 80 a.C., Janeo ya nada tuvo que temer de los Tolomeos. En cuanto a Seléucidas y Nabateos, quedaban neutralizados por el armenio Tigrano, quien desde el 83 controlaba Siria y Fenicia. El rey asmoneo supo aprovecharse de esta situación, para recuperar la mayor parte del territorio palestino al este y al noroeste del Jordán. Se produjo entonces la paz dentro del reino: la muchedumbre de Jerusalén acogió a Alejandro Janeo calurosamente «a causa de sus éxitos» (*Ant.* 13,394). Murió al frente de un inmenso reino,

probablemente a causa de una borrachera. Según Josefo (*Ant.* 13,401), el testamento que dejó a su mujer Alejandra incluía la reconciliación con los fariseos, «hombres influyentes entre los judíos, capaces de hacer daño a quienes odian y servir a quienes aman». Se trataba, desde luego, de un acto político, porque Janeo añade la siguiente precisión: «si se había enfrentado con el pueblo —dice— era porque los fariseos, ultrajados por él, lo habían difamado» (*Ant.* 13,402).

*Salomé Alejandra* sucedió a su marido en el trono real, desde el 76 al 67 a.C. Su primogénito, Hircano II, fue sumo sacerdote sin ejercer el poder civil. Su segundo hijo, más capaz y vigoroso, quedó en cambio, relegado.

## FIN DEL REINO ASMONEO: SALOME ALEJANDRA Y SUS HIJOS (76-63 a.C.)

El reinado de *Salomé Alejandra* fue relativamente pacífico. La reina cultivó el favor popular que se había granjeado en vida de su marido. Josefo la describe como una piadosa mujer en los siguientes términos: «Esta frágil mujer, gracias a su reputación de piedad, se impuso en el ejercicio del poder. Observaba, efectivamente, las costumbres ancestrales de la nación con la más escrupulosa exactitud y apartaba del poder a cuantos se tomaban libertades con las leyes religiosas» (*Bell.* 1,108; cf. *Ant.* 13,408).

Los fariseos tuvieron gran influencia en Alejandra. Josefo escribe incluso que «detentaron el poder» (*Ant.* 13,409). Instigaron para que se proscribiera a los consejeros de Janeo, verdaderos responsables, a sus ojos, de la persecución de gran número de ellos (*Ant.* 13,411; *Bell.* 1,113). Las relaciones de la reina con los Estados extranjeros fueron amplias y fructíferas. Alejandra continuó reclutando mercenarios e incluso duplicó los efectivos de su ejército. Los fariseos la disuadieron en varias ocasiones de reemprender las guerras de sus predecesores. Sin embargo, se lanzó a una expedición contra Damasco, capitaneada por su hijo Aristóbulo. Fue un fracaso (*Ant.* 13,418). Hubo que entablar negociaciones y aportar regalos, con el fin de evitar la ocupación del reino asmoneo por Tigrano, rey de Armenia, que había invadido Siria y avanzaba sobre Judea (70 a.C.). Alejandra cayó enferma poco después y el país se convirtió en escenario de gravísimas disensiones. Su joven hijo

Aristóbulo, descontento por haber sido ladeado por su hermano mayor, el incapaz Hircano (cf. *Ant.* 13,423; 14,13), buscó el apoyo de los saduceos, excluidos también políticamente. Los saduceos eran discriminados por los poderosos fariseos. Con la ayuda de los primeros, Aristóbulo se apoderó de veintiocho plazas fuertes, reclutó numerosos mercenarios y se dispuso a someter Judea. Quería impedir que subiera al trono su hermano, quien se había proclamado rey nada más morir la reina.

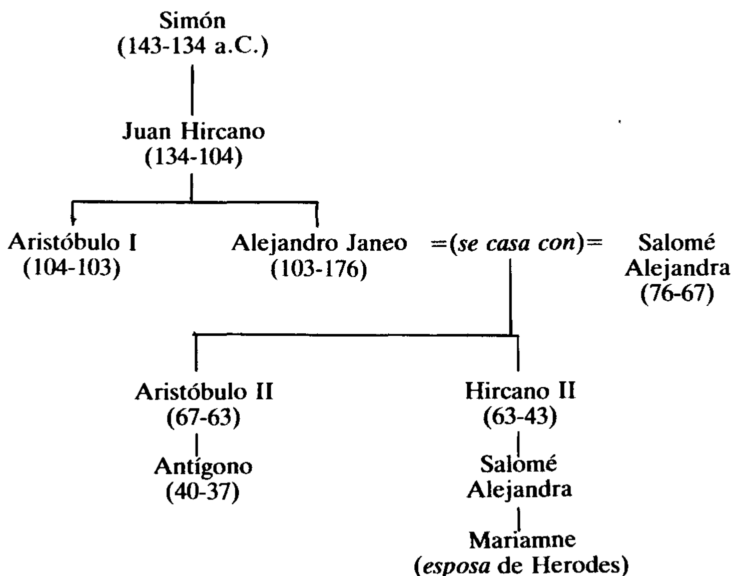
Tras la muerte de Alejandra en el 67, *Aristóbulo II* declaró la guerra a su hermano Hircano, lo derrotó cerca de Jericó y le obligó a abdicar. Reivindicó para sí los títulos de sumo sacerdote y de rey, que conservará hasta el 63 a.C., pero fue atacado y vencido por los nabateos en el año 65. Se refugió en el recinto del templo, donde le cercaron los aliados: Aretas, rey de los nabateos, y su hermano Hircano (*Ant.* 14,4-21). Bajo la presión del adjunto de Pompeyo, Escauro, dueño reciente de Damasco, el rey nabateo se vio obligado a regresar a su país. De hecho, esta operación extranjera contra Aristóbulo había sido montada con la participación de un «nuevo personaje», *Antípatro,* hijo del gobernador de Idumea en tiempos de Janeo y padre del futuro Herodes el Grande. Según Josefo (*Ant.* 14,8-10), Antípatro pertenecía a una importante y acaudalada familia idumea[18], cuyos miembros se habrían convertido a la religión judía en tiempos de Juan Hircano. No cabe duda que este personaje estaba dominado por una inmensa ambición política, y se convirtió en la eminencia gris e incluso en jefe de un grupo de ricos aristócratas, para quienes Hircano no era más que un peón táctico.

El contencioso entre los dos hermanos no terminó con estos acontecimientos, ya que la lucha estaba ligada a la oposición de distintos grupos sociales. Sólo la intervención de una gran

[18] La información de Josefo es la más segura. En *Bell.* 1,123 se lee: «Era de estirpe idumea y uno de los primeros de la nación por antepasados, riqueza y otros elementos de poderío». Para Nicolás de Damasco, Antípatro descendía de una familia de judíos influyentes que vino a Judea desde Babilonia (*Ant.* 4,9), lo que le emparentaba con los exiliados del siglo XI. Justino lo considera un ciudadano de Ascalón, y Eusebio de Cesarea nos dice lo siguiente: «Unos ladrones idumeos asaltaron Ascalón, ciudad de Palestina; de un templo de Apolo, construido delante de los muros, se llevaron cautivo, además de los otros despojos, a Antípatro, hijo de cierto hieródulo llamado Herodes. No pudiendo el sacerdote pagar un rescate por su hijo, Antípatro fue educado en las costumbres de los idumeos, y más tarde trabó amistad con Hircano, el sumo sacerdote de Judea» (*Historia Eclesiástica* I, VII, 11).

potencia exterior podía ponerle fin. Roma, o más exactamente Pompeyo, se encargará de ello.

*Los asmoneos*




## HEGEMONIA ROMANA SOBRE JUDEA: POMPEYO Y CESAR (63-44 a.C.)

En el 64-63 a.C. estableció Pompeyo (106-48) el dominio de Roma sobre Siria y Palestina. Se lanzó a una campaña militar en Oriente con la idea de extirpar del Mediterráneo una piratería que resultaba muy perjudicial para la economía romana, llegó a Damasco en el año 64. Tomó el relevo de Lúculo y culminó victoriosamente la guerra contra Mitrídates del Ponto y Tigrano de Armenia, quien controlaba la Siria seléucida. Pompeyo declarará su fin, organizándola en provincia romana, convirtiéndose en árbitro de las dos causas asmoneas contrapuestas: la de Aristóbulo y la de Hircano (siempre sostenido

por Antípatro). Ambos hermanos acudieron, con profusión de regalos, a abogar por sus respectivos intereses. Se unió a ellos y a sus representantes un grupo distinto de emisarios, los enviados de la «nación» (*ethnos, Ant.* 14,41), quienes deseaban que los judíos quedasen libres de la realeza y recuperaran el gobierno exclusivo de un sumo sacerdote, como antes. Pero Pompeyo, que hizo prisionero a Aristóbulo, marchó sobre Jerusalén, según veremos más adelante (pp. 184-188). Los partidarios de Hircano le abrieron las puertas. Resistieron, por el contrario, quienes se mantenían fieles a Aristóbulo, parapetados en el recinto del templo, un asedio de tres meses. Según Josefo, el prestigioso romano penetró un día de fiesta con su estado mayor en el interior del santuario (*Ant.* 14,72). Era el fin del reino asmoneo. Corría el año 63 a.C. Aristóbulo y sus hijos fueron deportados a Roma. A Hircano, practicamente inofensivo, se le mantuvo como sumo sacerdote de los judíos, quienes se vieron obligados a pagar un tributo al ocupante. Pero el antagonismo de los dos partidos rivales no quedó zanjado con eso.

Judea ya no era más que una parte de la provincia romana de Siria. El territorio sobre el que Hircano ejercía su modesta jurisdicción quedaba reducido a Judea en sus estrictos límites: Perea y Galilea, comarcas que la política asmonea había contribuido a poblar de judíos. Pompeyo y sus sucesores locales (sobre todo Gabinio, gobernador de Siria entre el 57 y 55 a.C.) se dedicaron a reconstruir las ciudades asoladas o destruidas por los asmoneos. Sobre la base de las estructuras políticas y administrativas, restauraron la cultura helenística más auténtica, del máximo interés para la política romana (cf. pp. 187-188, 203-205).

Merced a hábiles intrigas, Antípatro puso los sólidos cimientos de la futura monarquía de su hijo Herodes, pero tanto el padre como el hijo dependieron siempre de la voluntad política de las grandes personalidades que dominaron el mundo de su época: Pompeyo y César, Antonio y Octavio (Augusto).

Antípatro siguió influyendo en el sumo sacerdote Hircano, de quien era consejero. Antes de la caída de Pompeyo (el 48 a.C.), había sido nombrado intendente de Judea por el gobernador de Siria. Siendo Gabinio procónsul de Siria, estalló la rebelión en Judea en tres ocasiones. La primera y la tercera se produjeron a instigación de Alejandro, primogénito de Aristóbulo. El responsable de la segunda fue el propio Aristóbulo, evadido de Roma en el 56 con su joven hijo Antígono. Con la

ayuda de Antípatro e Hircano, Gabinio y su general de caballería Antonio (futuro miembro del segundo triunvirato) abortaron las tres rebeliones. Aristóbulo y su hijo Antígono fueron devueltos a Roma cargados de cadenas.

Durante la guerra civil que le enfrentó con Pompeyo (en el 49 a.C., tras el paso del Rubicón) César liberó a Aristóbulo y le proporcionó dos legiones para enviarlo a combatir contra Pompeyo, pero los partidarios de éste envenenaron al asmoneo antes incluso de que saliera de Roma. Se desembarazaron igualmente de su hijo mayor Alejandro. Hircano y Antípatro permanecieron fieles a Pompeyo, enviándole tropas de refuerzo en la batalla de Farsalia (48 a.C.), que le resultó adversa. Mas, tras la victoria de César, se pusieron de lado del vencedor.

Del otoño del 48 a la primavera del 47, tuvo César que hacer frente a una dura guerra contra Egipto. Asediado en el barrio griego de la capital por el ejército egipcio y los egipcios de Alejandría, anduvo muy cerca de la derrota. Debió su salvación y la de su carrera, en gran medida, a Hircano y Antípatro (*Ant.* 14,127-136). El último, que acudió en persona a la cabeza de un ejército de tres mil hombres armados hasta los dientes, obtuvo para César la ayuda militar de los vecinos sirios. Hircano, mediante una carta, exhortó a los judíos de la «Tierra de Onías» (cf. pp. 111s) a que dejasen vía libre al ejército romano e incluso le prestasen ayuda logística (*Ant.* 14,131). César, en recompensa, a su regreso victorioso hacia Siria en el 47, confirmó el título de «sumo sacerdote» de Hircano, a quien nombró «etnarca de los judíos» (se le concedía un puesto de honor en los juegos de gladiadores, etc.). A Antípatro le otorgó la ciudadanía romana y la exención de impuestos. A pesar de sus esfuerzos, el joven hijo de Aristóbulo, Antígono, no consiguió que los sentimientos del romano cambiasen de rumbo. Por el contrario, a través de una serie de decretos y disposiciones del Senado inspiradas por el propio César, implantó éste una nueva administración en Judea. Permitió que se restauraran las murallas del templo, restituyó a los judíos el puerto de Jafa y confirmó nuevamente los títulos de «gran sacerdote» y «etnarca» para Hircano y sus sucesores. El país de los judíos abarcaba en ese momento Judea, Jafa, los asentamientos judíos en Galilea y Transjordania y el «Gran valle de Ysreel».

La política oriental de César fue, por consiguiente, netamente favorable a los judíos y, en este aspecto, será continua-

da por sus sucesores, Antonio y Octavio Augusto. Favoreció mucho también a los judíos de la diáspora (cf. pp. 133-134, etc.), pero sobre todo permitió, de hecho, la irresistible ascensión de la casa de Antípatro, llamada también de Herodes. En efecto, desde el año 47 a.C., aunque daba la impresión de no actuar nunca independientemente de la voluntad de Hircano, Antípatro era el dueño efectivo de Judea, de la que entonces fue nombrado «procurador» (*epitropos*). Sus hijos fueron gratificados también con los más elevados cargos administrativos: Fasael fue nombrado gobernador (*strategos*) de Jerusalén y Herodes de Galilea. Tras la muerte de César (44 a.C.), el clan idumeo reforzó más todavía su poder en Palestina. Se puso a disposición de Casio, dueño momentáneo de Oriente, en la guerra contra los sucesores de César. En el 43, Antípatro fue envenenado, con la complicidad, sin duda, de Hircano. Su obra política, sin embargo, continuará consolidándose y extendiéndose. Con ello, embarcaba a la nación en la etapa más equívoca de su historia, el reinado de Herodes.

## HERODES EL GRANDE[19]
## (40/37 - 4 a.C.)

Al aniquilar el segundo triunvirato a los asesinos de César el 42 a.C. en Filipos (Macedonia), Antonio se encontró nuevo dueño de Oriente. Avanzó hacia Siria pasando por Asia Menor. Los judíos terciaron ante él para que los desembarazase de Herodes. Pero éste, invocando anteriores alianzas del general romano con su padre Antípatro (como ya vimos), supo mantener sus prerrogativas. Antonio prorrogó igualmente los privilegios que César había concedido a los judíos. En el 41 nombró a Herodes tetrarca de Galilea y Samaría, y a Fasael de Judea.

En el año 40 saldría de nuevo a la superficie Antígono, hijo menor de Aristóbulo. Tras la muerte de César en el 44, había intentado ya penetrar en Galilea para conquistar Jerusalén y ocupar el trono, pero fue rechazado por el gobernador Herodes y tuvo que volver a Calcis, donde vivía. Pues bien, la invasión de Siria por los partos le ofrecía ahora la ocasión de elimi-

[19] El epíteto «el Grande», utilizado ya por Josefo (*Ant.* 18,130, 136), se debe a la necesidad de distinguir al fundador de la dinastía de sus descendientes y homónimos de reinados menos gloriosos.

nar al «idumeo» y restaurar la monarquía asmonea. Se alió con los partos, quienes le ayudaron a controlar la capital judía y sus territorios circundantes. El viejo Hircano y Fasael cayeron prisioneros: el primero fue mutilado para que no pudiera ejercer sus altas funciones y trasladado después a Babilonia, donde recibió una calurosa acogida por parte de los judíos, el segundo se suicidó o fue asesinado.

Antígono consiguió presentarse como el último rey asmoneo, del 40 al 37 a.C. Acuñó monedas (cf. EJ 5,700-701) con símbolos patrióticos y apareció como líder del partido nacionalista tradicional opuesto a la casa de Antípatro. Herodes consiguió huir. Puso a su familia a buen recaudo en Masada y luego se trasladó a Alejandría y de allí a Roma. En el otoño del 40, por consejo de Antonio y Octavio, el Senado le nombró rey de Judea y le proclamó «rex amicus et socius populi romani»[20]. Del 39 al 37 intentó, sin éxito, varias veces desbancar a Antígono y tomar posesión del trono. Movilizó un ejército de mercenarios y emprendió la conquista de Galilea, donde chocó con la oposición del pueblo, fracasando finalmente. Regresó entonces hacia la costa hasta llegar a Idumea. Mientras Herodes se entrevistaba con Antonio para pedirle refuerzos, Antígono derrotó y mató a José, otro hermano de Herodes, siendo necesaria la intervención masiva del ejército romano (posible gracias a que la guerra con los partos había terminado) a las órdenes de Sosio, para reducir a Antígono. Jerusalén fue asediada durante cinco meses por las tropas romanas y las de Herodes, y cayó a finales del verano del 37. Antígono fue enviado a Antioquía ante Antonio, que lo mandó ajusticiar. Durante el asedio, Herodes se alió con el partido de Hircano mediante su boda con Mariamne, nieta del sumo sacerdote.

Rey efectivo de los judíos al fin, Herodes, hijo de idumeo, controló entonces el poder. Hizo ejecutar de golpe a cuarenta y cinco miembros del Sanedrín que habían apoyado a los asmoneos, con lo que el Sanedrín quedó debilitado. Durante todo su reinado nombrará y destituirá a su antojo a los sumos sacerdotes. Los romanos le concedieron muchos privilegios, incluido el derecho de guerrear, en ciertos casos, contra países extranjeros. Sin embargo, a pesar de estas apariencias impresionantes, permaneció siempre —al haber sido instituido rey por la gracia de Roma— como instrumento político perfecto del imperialis-

[20] En *Ant.* 17,246, se llama a Herodes «amigo y aliado» de Roma (en griego: *philos kai symmachos*).

mo romano en Oriente. El hecho de que viviera y administrara el país como un auténtico monarca helenista contribuía en gran manera a esa función.

Herodes reinó desde el año 37 al 4 a.C. Este largo período puede dividirse en tres fases.

1. *Del 37 al 27 a.C. (consolidación del poder).* Durante este período se esforzó Herodes en liquidar físicamente a los miembros o partidarios de la casa real asmonea. Uno tras otro fueron desapareciendo: en el 35, Aristóbulo III, hermano de Mariamne y, por tanto, su cuñado (había sido nombrado sumo sacerdote con el apoyo de su madre Alejandra y gracias a la intervención de Cleopatra VII); en el 30, Hircano, el sumo sacerdote mutilado que había regresado de Babilonia; en el 29, la propia Mariamne, acusada de adulterio; en el 28 (?), Alejandra, madre de Mariamne y suegra de Herodes.

Por lo que al exterior se refiere, Herodes prestó atención a las ambiciones políticas de la reina de Egipto, Cleopatra. Tras la batalla de Farsalia, en que fue vencida por César, se convirtió en su amante. Cleopatra era, en esos momentos, amante de Antonio con quien aspiraba a constituir un imperio helenístico cuyo centro radicase en Alejandría. La guerra contra los partos echó abajo esos planes, mas, una vez concluida, Cleopatra soñaba con restaurar el dominio tolemaico sobre Siria y Palestina. Pero Herodes se cruzó en su camino, utilizando como gran baza su acrisolada lealtad a Antonio. Alquiló a Cleopatra el distrito de Jericó, precioso desde el punto de vista económico, que la egipcia había recibido de Antonio junto con otras ciudades costeras.

Cuando estalló la guerra civil entre Octavio y Antonio, en el 32 a.C., éste exigió a Herodes, a instancias de Cleopatra, que guerreara contra los nabateos. La reina de Egipto esperaba apoderarse de este modo de los dos reinos beligerantes, que quedarían debilitados por la guerra. Tras una severa derrota inicial, Herodes venció a los nabateos cerca de Filadelfia y, por fin, los sometió por completo el 31 a.C. Unos meses más tarde, en septiembre del mismo año, Antonio fue derrotado por Octavio en Actium, lo que significó su fin y el de Cleopatra. Partidario de Antonio, dio Herodes por un momento la impresión de estar perdido. Pero supo situarse del lado del vencedor, quien le mandó acudir a Rodas, para dar explicación de sus actos y aclarar sus intenciones. Octavio se percató del be-

neficio que el reinado de Herodes representaba para Roma. A partir de entonces, lo mismo que había hecho con los demás príncipes orientales a quienes mantuvo en su puesto como táctica política, le confirmó su título y mantuvo sus prerrogativas. Más aún, le restituyó los territorios que Antonio había regalado a Cleopatra. Más tarde, acogió Herodes pomposamente a Octavio en Tolemaida y fue a felicitarle luego a Egipto por la muerte de Antonio y Cleopatra. Con motivo de este último encuentro, le cedió Octavio ciudades marítimas y algunas otras de Transjordania.

2. *Del 27 al 13 a.C. (prosperidad).* Por su número y dimensiones, las impresionantes construcciones de Herodes fueron el hecho más destacado de este período. Ante todo, las ciudades construidas o reconstruidas en Palestina según el modelo helenístico (lo trataremos con más detención en pp. 205-210). Construyó su palacio en Jerusalén y edificó la fortaleza Antonia sobre el antiguo emplazamiento del *akra* (ciudadela). Su realización más grandiosa fue el templo, levantado en el sitio de la modesta edificación posterior al exilio. La obra se inauguró el 20/19 a.C. y el santuario estuvo dispuesto para el culto a partir del año siguiente, aunque la dedicación no tuvo lugar sino nueve años más tarde. Los trabajos, sin embargo, no acabarán hasta el 64, dos años antes del inicio de la gran rebelión del 66-70 y apenas seis antes de que ese suntuoso y vasto edificio fuera destruido por Tito. Es de destacar también el famoso palacio-fortaleza sobre el promontorio rocoso de Masada (cf. p. 220) y el Herodium, mausoleo situado al sureste de Belén, donde serán transportados con gran pompa los despojos mortales del rey. Los contemporáneos debieron a Herodes un sistema de riego a base de acueductos, el desarrollo del comercio terrestre y marítimo, la seguridad en los nudos de comunicación (cf. la historia de Zamaris, pp. 123s), etc.

Imitando el estilo suntuoso del helenismo, Herodes intentó extender su reputación de «bienhechor» (*evergetes*) más allá de las fronteras de su reino, en virtud de su largueza y sus iniciativas respecto a las ciudades de Fenicia, Siria, Asia Menor y Grecia (cf. *infra,* pp. 137-138). Esa política de liberalidad, además de servir a la causa personal del monarca, resultó beneficiosa para el establecimiento y la expansión de los judíos de la diáspora. Al actuar de este modo, Herodes aportaba una orgullosa pero seria contribución a la cultura helenística, contribución, por lo demás, terriblemente onerosa para el pueblo judío

que, contra sus profundos deseos, se veía en la obligación de financiarla con su esfuerzo. Se comprende así que, a pesar de sus admirables realizaciones, nunca fuera Herodes querido por el pueblo. En determinados círculos, se le llegó a considerar incluso como un nuevo Antíoco Epífanes. Los fariseos, con los que al principio no tuvo fricción alguna, se le volvieron cada vez más hostiles. En lo que a los saduceos respecta, la evolución fue distinta. Representando al partido pragmático, apoyaron a los asmoneos, en especial a Aristóbulo durante su efímero reinado del 40 al 37 a.C. Cuando Herodes dominó la situación, hizo ejecutar a más de uno y reemplazó constantemente a los altos funcionarios, sobre todo a los sumos sacerdotes, reclutados ordinariamente de entre ellos. Los despojó así de todo poder, hasta convertirlos en serviles instrumentos suyos.

3. *Del 13 al 4 a.C. (crisis doméstica).* Los diez últimos años de su reinado estuvieron marcados por multitud de conflictos familiares, cuya importancia política era tanto más acusada cuanto que los hijos del monarca se iban haciendo adultos, influyentes y ambiciosos. De Mariamne la asmonea (ejecutada el 29 a.C.) tuvo Herodes dos hijos: Alejandro y Aristóbulo. Herederos legítimos del reino, se les envió a Roma para recibir una educación propia de príncipes. Llamados a la corte en el 18/17 a.C., no faltaron motivos para las disensiones entre ambos y su padre. Su hermanastro Herodes Antípatro, nacido del matrimonio de Herodes con su primera mujer Doris (quizás idumea), constituía un serio rival para la sucesión del trono. Era de prever una lucha dinástica, incluso ya latente. Herodes, amigo y servidor de Augusto le consultó y éste le sugirió que, a la muerte del rey, el reino se repartiera entre los tres herederos. Pero, a pesar de los repetidos intentos de conciliación, Herodes, obsesionado por la idea de una conspiración, hizo condenar y estrangular a Alejandro y Aristóbulo, con el beneplácito de Roma (el 7 a.C.). Por último, Herodes Antípatro, acusado de haber conspirado contra su padre, fue condenado a muerte y ejecutado, siempre con la aquiescencia de Augusto. Esto ocurría apenas cinco días antes de que el rey expirase en Jericó (4 a.C.).

Desapareció entonces, a la edad de setenta años, el que, después de David, fuera objetivamente el más grande y prestigioso de los jefes de la tierra nacional judía. El 37 a.C. su reino no abarcaba más que la Judea de Antígono. Gracias a los sucesivos favores de Augusto, siguió extendiéndose y a su

muerte comprendía (cf. mapa n.4): toda Palestina por encima de la línea que va del Mediterráneo al Mar Muerto (al sur de Masada), a excepción de Ascalón y el litoral circundante; importantes territorios transjordanos, desde el Maqueronto al sur, hasta las fuentes del Jordán al norte; un ancho espacio hacia el noroeste (Batanea, Traconítida, Auranítida) exceptuando, no obstante, la Decápolis. Aparte de los judíos, la población estaba formada por griegos y gran número de sirios helenizados.

En cuanto a lo que constituye la naturaleza original de un auténtico Estado judío, el reinado de Herodes el Grande estaba aquejado de un triple mal congénito, lo que explica, en gran medida, las dificultades, primero graves y luego fatales, que no dejarían de aparecer e incrementarse desde la muerte del rey el 4 a.C. hasta la destrucción del templo en el año 70. En primer lugar, su origen idumeo; luego, su manera helenística de vivir y gobernar; y por último, su constante dependencia respecto al poder de Roma. Esta dependencia fue una trampa para la autonomía política de los judíos, tanto más cuanto que era precisa la autoridad personal y el genio diplomático de Herodes para sacar partido de ella. Pero las cualidades de Herodes no fueron hereditarias.

## SUCESION DE HERODES EL GRANDE· REPARTO DEL REINO (4 a.C.)

En su definitivo testamento, dividió Herodes el Grande su reino para que fuera repartido entre sus tres hijos: Arquelao y Antipas, hijos ambos de Maltace, y Filipo que lo era de Cleopatra. El título de rey lo heredaba únicamente el primero por ser el primogénito. Los otros dos eran simplemente *tetrarcas.* Estas disposiciones debían ser ratificadas por Augusto.

Apenas concluidos los funerales del rey, *Arquelao* tuvo que enfrentarse a una grave rebelión, con motivo de la Pascua, antes de partir hacia Roma para recibir la investidura real. Por Pentecostés estallaron otros conflictos. Eran muchos los aspirantes al trono y éste fue un período particularmente sangriento.

Augusto ratificó el testamento de Herodes, pero negó a Arquelao el título de rey. Nombrado *etnarca,* recibió Judea, Samaría e Idumea. Será depuesto enseguida, en el año 6, por los

# LA FAMILIA DE HERODES

*Antipatro*
príncipe idumeo casado con Cipros, princesa arabe, † 43 a C

| | | | | |
|---|---|---|---|---|
| *Fasael* muerto a manos de los partos (40 a C ) | *Herodes el Grande* † 4 a C casado diez veces, en especial con | *José* † 38 a C | *Feroras* † 5 a C | *Salomé* † hacia el 10 d C |

| | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|
| *Esposas de Herodes* | *Doris* | *Mariamne la asmonea* nieta de Hircano II | *Mariamne* hija del sumo sacerdote Simón | *Maltace* la samaritana | *Cleopatra* |
| *Hijos de Herodes* | *Antípatro* ejecutado en 4 a C | *Alejandro y Aristobulo* ejecutados juntos el 7 a C | *Herodes Filipo* primer marido de Herodías | *Arquelao* † 18 d C y *Antipas* † 39 d C esposo de Herodías en segundas nupcias | *Filipo* tetrarca de Iturea y Traconitida † 34 d C |
| *Nietos de Herodes* | *Agripa I* † 44 d C | *Herodes* rey de Calcis † 48 d C — *Aristóbulo*; *Herodías* esposa de Herodes-Filipo y luego de Antipas | *Salome* hija de Herodias, esposa del tetrarca Filipo en primeras nupcias | | |

Hijos de *Agripa I*: *Agripa II* † 93 d C, *Berenice*, *Drusila*

romanos con motivo de una queja común de judíos y samaritanos. Fue exilado a Vienne, en la Galia, donde murió el año 18. Su territorio fue confiado a un *prefecto* o *procurador*, dependiente del gobernador de Siria (cf. p. 218).

Tras haber sido depuesto su hermano, Antipas tomó el nombre dinástico de Herodes (Herodes-Antipas). Gran constructor como su padre, aparece en Mt 14,4. Impulsado por su segunda mujer Herodías, intentó obtener de Roma el título de rey, pero Calígula (37-41) le destituyó en el 39 exilándolo a la Galia, en Lugdunum Convenarum («Lyon des Convènes», hoy Saint-Bertrand-de-Comminges, en los Pirineos centrales). Se entregó su territorio o tetrarquía a Agripa I, hermano de Herodías y nieto de Herodes el Grande y Mariamne.

En cuanto a Filipo, tercer hijo de Herodes, controló prácticamente a individuos no judíos fuera del territorio nacional, donde su vida transcurrió sin relieve alguno. Fue también gran constructor (cf. p. 208). Casó con Salomé, hija de Herodías y murió el 34 sin descendencia. Sus tierras fueron incorporadas por Tiberio (14-37) a la provincia romana de Siria. En el 37, Calígula se las cederá a Agripa I.

*Agripa I* (41-44)[21] se encontraba en Roma en el año 41, en el momento del asesinato de Calígula. Nieto de Herodes, era hijo de Aristóbulo, ejecutado el 7 a.C. Fue cómplice del nombramiento de Claudio (41-54). Recibió de éste el título de rey que conservó hasta su repentina muerte en el año 44. A la llegada de Claudio, se encontró a la cabeza de un reino tan extenso como el de Herodes el Grande. Ya desde el 37 había recibido la antigua tetrarquía de Filipo y la Abilene (región entre Damasco y el Antilíbano); en el 39 la de Herodes Antipas, añadiendo Claudio a estos dominios los territorios gobernados por los procuradores tras la deposición de Arquelao: Judea-Samaría e Idumea. Fue el último rey semi-independiente de la nación judía.

Al término de su efímero reinado negó Claudio a su hijo Agripa II [22], de diecisiete años, el trono de su padre. Toda

[21] Sobre el apacible y próspero reinado de Agripa I, consultar Paul, IB III/1, 70-72.

[22] Conocido con el nombre de Agripa II, el hijo de Agripa I será el último representante de la dinastía herodiana. En el 48 Claudio lo nombró rey de Calcis y luego, al año siguiente, inspector del templo, con el derecho de nombrar sumos sacerdotes. Mantuvo una inquebrantable fidelidad a Roma. Al reino inicial de Agripa II, añadió Claudio en el 53 la antigua tetrarquía de Herodes-Antipas. La guerra del 66-70 afectará poco a ese monarca. Los Hechos de los Apóstoles se refieren a él a propósito del proceso de Pablo (Hch 25-26).

Palestina fue entonces incorporada a la provincia de Siria bajo el nombre de *Judaea*. Quedaba bajo la autoridad directa de un prefecto o procurador[23] imperial.

## LOS «PROCURADORES» ROMANOS (6-66)

Los prefectos o procuradores eran los gobernadores puestos por Roma, primero *a)* en *Judea* (que comprendía también Samaría e Idumea) del 6 al 41 (desde el derrocamiento del «rey» Arquelao por Augusto hasta la llegada de Agripa I, gracias al favor de Claudio, y luego *b)* en toda *Palestina* desde el 44 al 66 (desde la muerte de Agripa I al estallido de la gran rebelión).

En tiempo de Augusto y de Tiberio el título habitual de gobernador de Judea era el de *praefectus* («prefecto»; en griego: *eparchos*). Por una inscripción descubierta en el teatro de Cesarea en 1961 se sabe, en efecto, que Poncio Pilato (26-36) era *praefectus Judaeae*[24]. A partir de Claudio, se adoptó con bastante frecuencia el término *procurator* (en griego: *epitropos*, «tutor», «administrador»). Pero en las fuentes de la época hay otros términos: *hegemon*[25] («jefe»; en latín: *praeses*) o *epimeletes* («comisario»; en latín: *curator*), como aparece en Josefo[26].

El gobernador se encargaba de los asuntos militares, jurídicos y financieros. Para las cosas de mayor importancia, el alto funcionario debía informar al legado de Siria, de la que Judea venía a ser un «anexo» (*prostheke, Ant.* 18,2). En la práctica, no obstante, actuaban con plena libertad. Su residencia habitual (*praetorium*) estaba en la Cesarea marítima. Durante las grandes festividades judías, venía a Jerusalén con una escolta para prevenir eventuales incidentes. Residía entonces en el antiguo palacio real o en la fortaleza Antonia, en las proximidades del templo. Disponía de una modesta ayuda militar: tropas auxiliares (*auxilia*) reclutadas en Siria e incluso Palestina, pero nunca entre los judíos, que estaban exentos del servicio de las armas. El grueso de dichas tropas permanecía estacionado en

[23] El «procurador» era el representante personal del soberano.
[24] Texto y documentación en Schürer I, 358. Safrai-Stern I, 316. cf. Pelletier II, 190-191.
[25] Término que el Nuevo Testamento emplea con mucha frecuencia, alrededor de una veintena de veces: cf. Mt 10,18; Mc 13,9, etc.
[26] Cf. A. Paul, IB III/1, 68.

Cesarea. Había también soldados en Jerusalén (una cohorte) y en las antiguas fortalezas herodianas. El ejercicio de la justicia estaba regulado según la ley judía por el Sanedrín («Consejo» supremo) y los tribunales locales. En los casos que llevaran aneja sentencia de muerte, el *jus gladii*[27] (derecho de vida o muerte) se reservaba, a veces, al gobernador (cf. Jn 19,31 y *Talmud de Jerusalén,* San 1,1; 7,2).

Por lo que respecta al culto oficial del templo y la práctica pública de la religión, Roma no había modificado sus anteriores disposiciones respecto a los judíos. Las creencias ancestrales y las exigencias legales eran escrupulosamente respetadas. Como los judíos no toleraban ninguna imagen, la administración romana decidió incluso que las tropas no sacaran sus insignias en Jerusalén. Las monedas de cobre acuñadas localmente tampoco llevaban efigie alguna. Sin embargo, era obligatorio rezar por el emperador y por la prosperidad de Roma. A ejemplo de Herodes, el gobernador nombraba y deponía a su antojo a los sumos sacerdotes, lo cual sucedió ocho veces desde el año 6 al 41.

*a)* Primeros procuradores (6-41).

| *Emperadores* | *Judea-Samaría* | *Legados de Siria* | *Galilea* |
|---|---|---|---|
| Augusto (31 a.C.-14) | Arquelao (4 a.C.-6) | Varo (6-3 a.C.) | Antipas (4 a.C.-39) |
| | *Procuradores* | | |
| | Coponio (6-9) | Quirino (6-11) | |
| | M. Ambivio (9-12) | | |
| | Annio Rufo (12-15) | | |
| Tiberio (14-37) | Valerio Grato (15-26) | | |
| | Poncio Pilato (26-36) | | |
| Calígula (37-41) | Marcelo[28] (36-37) | Vitelio (35-39) | |

[27] Esta cuestión no está clara. Cf. Pelletier II, 187 respecto a Coponio, quien recibió del César «*incluso* la jurisdicción capital» (*Bell.* 2,117).

[28] No es seguro que Marcelo y Marulo sean dos personajes distintos.

| | | | |
|---|---|---|---|
| | Marulo (37-41) | Petronio (39-42) | Agripa I (39-44) |
| Claudio (41-54) | Agripa I (41-44) | | |

Nada se sabe de los tres primeros prefectos o procuradores de Judea: Coponio, Ambivio y Rufo. Josefo (*Ant.* 17,355; 18,1-3; *Bell.* 2,117; cf. Lc 2,1-5) relata, sin embargo, que el año 6, al constituirse la provincia romana de Judea, es decir, antes de la llegada del primer gobernador, se produjeron algunos disturbios a propósito de un empadronamiento general para la percepción de un impuesto directo. Dicha operación[29], promovida por el legado de Siria Quirino, provocó un movimiento de rebeldía instigado por un tal Judas, llamado el Galileo. Suele considerarse este suceso como el origen de uno de los movimientos nacionalistas radicales que llevarán a la guerra contra Roma en el año 66 (*Bell.* 7,253-256; *Ant.* 18,3-10, 23-25; cf. *infra,* pp. 217-222).

Los relatos del Nuevo Testamento y los historiadores sitúan la ejecución de Jesús de Nazaret[30] bajo el mandato de *Poncio Pilato.* Gobernó Judea durante diez años (26-36) y es conocido por Josefo (*Ant.* 18,55-89; *Bell.* 2,169-177) y por Filón, quien lo enjuicia con gran severidad (*De Leg.* 299-305)[31]. Desde su llegada a Judea causó la irritación de los habitantes de Jerusalén al decidir que sus tropas entraran en la ciudad con las enseñas descubiertas y la imagen imperial en ellas. Era la primera de una serie de provocaciones que romperían con el comportamiento habitual de los gobernadores anteriores. Pilato se hizo impopular entre los judíos (cf. Lc 13,1). Fue suspendido de sus funciones por el legado de Siria Vitelio y enviado a Roma para explicar su conducta. Calígula le condenó al exilio o al suicidio.

En el año 41, Claudio, nombrado emperador a la muerte de Calígula, suprimió la función de gobernador de Judea, provincia que entregó en calidad de «reino» a su amigo Agripa I.

[29] Dicho empadronamiento plantea problemas a los historiadores. Cf. Schürer I, 399-427; Safrai-Stern I, 372-374; Benoit, DBS IX, 693-720.

[30] Cf. Perrot, *Jésus,* 82-83, 92.

[31] Filón atribuye a Pilato: «malversaciones..., violencias..., rapiñas..., brutalidades..., torturas..., ejecuciones sin juicio previo..., crueldad espantosa e inacabable» (*ibid.* 302).

*b)* Procuradores posteriores (44-66).

| *Emperadores* | *Procuradores* |
|---|---|
| Claudio (41-54) | |
| | Cuspio Fado (44-46?) |
| | Tiberio Alejandro[32] (46?-48) |
| | Ventidio Cumano (48-52) |
| | Antonio Félix (52-60?) |
| Nerón (54-68) | Porcio Festo (60?-62) |
| | Lucceyo Albino (62-64) |
| | Gesio Floro (64-66) |

Bajo el gobierno de estos siete procuradores, siguió degradándose la situación en Palestina. Los errores y excesos de los representantes de Roma se multiplicaron y agrandaron. Los conflictos entre los judíos se sucedieron uno tras otro. Los movimientos de rebeldía, relativamente limitados en número y alcance bajo los dos primeros gobernadores, fueron haciéndose más serios bajo el tercero. A partir de Félix, el cuarto, se normalizó la rebelión, que fue haciéndose cada vez más intensa, hasta alcanzar su punto álgido con el último de ellos, Gesio Floro. El país entero llegó a encontrarse envuelto en un clima de revolución generalizada. Todo estaba a punto para que estallase la guerra, y así sucedió efectivamente en junio del año 66.

## GUERRA DE LOS JUDIOS CONTRA ROMA (66-70)

Expondremos en otro lugar (cf. pp. 210-214, 217-233) con suficiente detalle los motivos y razones de la rebelión del 66-70. Nos limitaremos aquí a mencionar los hechos más importantes de esta terrible guerra entre los judíos y Roma.

El clima se encontraba seriamente deteriorado por doquier, en las ciudades y en el campo. Por una parte los judíos nacionalistas, por otra los romanos y cuantos deseaban o aceptaban su presencia. Un grave suceso precipitaría los acontecimientos[33].

[32] Sobrino de Filón de Alejandría. Fue también «Prefecto de Egipto».

[33] Las próximas páginas recogen sustancialmente las de A. Paul, IB III/1, 211-213.

El gobernador Gesio Floro había pedido a los judíos que salieran al encuentro de los refuerzos que él mismo había hecho venir de Cesarea. Siguiendo probables instrucciones del procurador, los soldados no respondieron a los saludos. La muchedumbre indignada, reaccionó con fuertes insultos, por lo que fue maltratada duramente y en forma sangrienta. Los judíos se rehicieron y organizaron con éxito la resistencia en Jerusalén. Floro tuvo que abandonar la ciudad, dejando en ella tan sólo una cohorte. A su regreso de Egipto, Agripa II intentó restablecer el orden, pero fue obligado a huir de Jerusalén y refugiarse en sus territorios. Desde este momento la rebelión fue «in crescendo». Se ocupó la fortaleza de Masada, aniquilando a la guarnición romana. Además, el responsable del templo, Eleazar, sumándose de repente a las ideas del bajo clero, mandó suspender el sacrificio cotidiano en favor del emperador. Era una abierta declaración de rebeldía contra Roma.

El partido pacifista, compuesto por notables, fariseos y representantes del alto clero (pro-saduceos) reaccionó con la ayuda de las tropas de Agripa. Pero el grupo rebelde endureció sus posiciones y pasó decididamente a la acción. Se enfrentó con gran dureza a los moderados y consiguió vencer por fin. La lucha se propagó a otras ciudades. Esto sucedía en septiembre del 66. En octubre del mismo año, el gobernador de Siria, Cestio Galo, intervino militarmente atacando a Jerusalén. Fue obligado a batirse en retirada, tras el descalabro de sus tropas. A partir de este momento hubo unanimidad entre los judíos a favor de la guerra. Los elementos pro-romanos se alejaron y los partidarios de la paz enmudecieron o se sumaron a la rebelión.

La guerra se organizó entonces de forma metódica. Los judíos se prepararon para hacer frente al inevitable ataque romano que se esperaba por el norte del país. Fueron designadas como responsables las más altas personalidades. El sacerdote y diplomático José ben Matías (futuro historiador Flavio Josefo) quedó encargado de la defensa (de una parte?) de Galilea. Intentó, en primer lugar, calmar la efervescencia que existía, para lo cual dotó a la región de un ejército regular y un sanedrín local. Pero chocó con la temible oposición de partidarios incondicionales de la guerra, como Juan de Giscala (cf. p. 228). Este último, decidido a una feroz resistencia, contaba con apoyos seguros entre las autoridades de Jerusalén, aunque sospechó que Josefo estaba en connivencia con el enemigo. Es cierto que el futuro historiador de esta famosa guerra conocía Roma

por haber estado allí en el año 64 y, como más tarde confesará, no creía en la posibilidad de una victoria judía. Probablemente le hubiera gustado evitar la guerra, representando en este aspecto la opinión generalizada de los miembros de su esfera social[34]. Durante este tiempo, se reforzó en Jerusalén el sistema defensivo preparando armas y hombres.

En la primavera del 67 las tropas romanas invadieron Galilea a las órdenes del prestigioso general Vespasiano, quien desembarcó en Tolemaida. Eran unos sesenta mil hombres: tres legiones de Vespasiano, la legión quinta mandada por su hijo Tito y numerosas cohortes de auxiliares aportadas por los reyes de los alrededores, entre los que se contaba Agripa II.

## CRONOLOGIA DE LOS HECHOS

Séforis se alió, de entrada, con los romanos. Vino, a continuación, el asedio de Yotapata, localidad fortificada que fue tomada, gracias a una traición, el 20 de julio del 67. Josefo, que había participado en su defensa, cayó prisionero, pero salvó la vida (según un relato no muy fiable, consiguió salvarse por haber vaticinado a Vespasiano su próxima subida a la cabeza del imperio)[35]. Tito terminó inmediatamente después la pacificación de Galilea.

Comenzó entonces en Jerusalén una lucha feroz entre judíos de opiniones políticas diferentes. Juan de Giscala, que se había refugiado en la capital con los que lograron escapar de sus tropas, se enfrentó, entre otras, a las ambiciones de un agitador, Simón bar Giora, con su ejército de guerrilleros. Numerosos miembros de la aristocracia fueron ejecutados o cayeron asesinados entonces.

La muerte de Nerón, el 9 de junio del 68, interrumpió las operaciones que Vespasiano llevaba a cabo en Judea. Este volvió a Italia, dejando el mando a Tito. Durante esta tregua, la guerra civil hizo estragos en Jerusalén.

En julio del 69, las legiones romanas de Oriente aclamaron a Vespasiano, proclamándole emperador. El «generalísimo» confió entonces a su hijo la misión de terminar la guerra en

[34] Ver la obra: Sh.J.D. Cohen, *Josephus in Galilee and Rome. His vita and development as a historian* (Leyde 1979).

[35] *Bell.* 3,400-402. La tradición rabínica atribuye esa misma predicción a Yohanán ben Zakkay (cf. p. 232), importante personaje contemporáneo de Josefo. Consultar Pelletier II, 197-198.

Judea. Josefo, liberado y manumitido con el nombre de Flavio, se convirtió en amigo de Tito y desempeñó, en más de una ocasión, el papel de intérprete entre los beligerantes.

En mayo del 70, marchó Tito sobre Jerusalén, donde reinaba el hambre. La amenaza reconcilió a los dos enemigos, Juan de Giscala y Simón bar Giora. El 25 de mayo, la tercera muralla, comenzada por Agripa I y terminada a toda prisa por las necesidades bélicas, cedió. Luego, el 30 de mayo, la segunda. La Antonia cayó el 24 de julio. Comenzó entonces el asedio del templo, donde se habían refugiado las fuerzas judías. El 10 de agosto el edificio era pasto de las llamas y a finales de septiembre quedaba sometida la ciudad entera, que no era más que un montón de ruinas. Se hizo una selección entre los prisioneros: unos fueron destinados a trabajos forzados o a los juegos del circo, muchos fueron vendidos como esclavos y setecientos jóvenes de hermoso aspecto quedaron reservados para la triunfal presentación de Tito en Roma en la primavera del 71 (léase el relato de Josefo citado en p. 68). Simón bar Giora se encontraba entre los vencidos y fue ejecutado luego. Juan de Giscala murió en la cárcel.

Quedaban tres fortalezas por reducir. La décima legión se encargó de ello. Cayó primero sin dificultad el Herodium y Maqueronte se rindió después, tras un asedio. Más largo y difícil resultó reducir a Masada (más adelante nos extenderemos sobre el famoso suicidio colectivo de los sicarios atrincherados allí, pp. 220s). La fortaleza fue tomada en el año 74, convirtiéndose entonces Palestina en una provincia del Imperio romano, administrada por un legado que, al menos en los primeros tiempos, no fue otro que el comandante de la décima legión estacionada en Jerusalén.

## EL FIN DE JUDEA: SEGUNDA REBELION JUDIA CONTRA ROMA (132-135)

La presencia de una guarnición romana en la ciudad santa en ruinas presuponía la práctica de cultos paganos, pero no parece haber impedido totalmente la estancia de los judíos en la que seguía siendo su capital ni el acceso a los restos del templo. Las fuentes para el estudio de la historia de Palestina en este período, dado que en él concluye el relato de Josefo, son muy escasas y hay que recurrir a veces a conjeturas. No

obstante, sabemos que en el 115, bajo Trajano, los romanos reprimieron duramente una sublevación que, iniciada en Egipto y Cirenaica, había contagiado a Chipre, Mesopotamia y Judea (cf. *infra*, pp. 240-241 y nota complementaria de p. 69). Se especula con que fue en esta ocasión y en esa fecha cuando Judea se convirtió en provincia consular[36]. Si hemos de dar crédito a un antiguo testimonio, el agente romano de la represión, el lugarteniente de Trajano Lucio Quieto, erigió en el templo de Jerusalén un «ídolo llamado César»[37].

Pero los judíos de Judea no tardarían en levantarse nuevamente, aunque sin el menor éxito. En el año 130 decidió el emperador Adriano (117-138) reconstruir Jerusalén y, con el fin de proporcionar un magnífico eco a su nombre (Aelius Hadrianus) y honrar a la tríada capitolina (Júpiter, Juno y Minerva), le dio el nombre romano de *Aelia Capitolina.* Prohibió además, bajo pena de muerte, la circuncisión. Frente a estas medidas surgió entre los judíos otro movimiento revolucionario, dirigido por *Simón de Kosiba,* apodado *Bar Kokba* («hijo de estrella», como réplica a la profecía de Nm 24,17). Dicho caudillo, en quien el célebre rabí Aquiba creyó ver al Mesías, ocupó con sus guerrilleros durante cerca de dos años gran parte del país y su capital, En las ruinas del santuario se restableció probablemente el culto. Intervino entonces Roma con cuatro legiones y, al cabo de tres años (132-135) de sangrientos combates por ambas partes, la rebelión fue total y cruelmente aplastada por Roma en el 135. Los vencidos corrieron peor suerte que en el 70. Tras la victoria, Adriano prohibió el acceso a Jerusalén a todo circunciso y la ciudad se convirtió en la *Colonia Aelia Capitolina.* Sobre el emplazamiento del antiguo templo judío se alzó un templo a Júpiter y en su interior se erigió una estatua ecuestre del emperador. Esta colonia romana dependía de la provincia de Siria-Palestina. La palabra «Judea» fue suprimida para siempre en beneficio del término «Palestina» (cf. p. 88).

[36] Avi-Yonah, IEJ 23 (1973) 209-213.
[37] P. Prigent, *La fin de Jérusalem* (Neuchâtel 1969) 91.

## NOTAS COMPLEMENTARIAS

### 1. *Encuentro de Alejandro Magno con el sumo sacerdote de los judíos* (relato de Flavio Josefo)

«Una vez llegado a Siria, Alejandro tomó Damasco, se apoderó de Sidón y asedió Tiro. Desde allí envió una carta al sumo sacerdote de los judíos pidiendo que le enviasen refuerzos y provisiones para su ejército y que, aceptando la amistad de los macedonios, le entregase a él los presentes que antes daba a Darío. Añadía que los judíos no se arrepentirían de ello. El sumo sacerdote respondió a los mensajeros que había prometido a Darío bajo juramento no alzarse en armas contra él y que no violaría su juramento mientras éste viviera. Alejandro montó en cólera ante esta respuesta. No obstante, no consideró oportuno abandonar Tiro, pues temía no poder tomarlo...

»Tras apoderarse de Gaza, Alejandro se apresuró a subir a Jerusalén. El sumo sacerdote Yadús, al enterarse, se llenó de angustia y miedo, no sabiendo cómo presentarse ante los macedonios. Ordenó al pueblo que hiciera rogativas y ofreciera con él un sacrificio a Dios, a quien suplicó defendiera a su pueblo y alejara los peligros que se cernían sobre él. Cuando se encontraba descansando tras el sacrificio se le apareció Dios en sueños y le recomendó que tuviera confianza; que adornase la ciudad de flores, abriera sus puertas y tanto el pueblo, vestido de blanco, como los sacerdotes, revestidos con sus ornamentos sagrados, salieran al encuentro de Alejandro sin temer mal alguno, puesto que estarían protegidos por la providencia divina (*pronoomenou tou Theou*).

»Cuando despertó Yadús, se llenó de viva alegría y contó a todos la visión que había tenido. Luego, tras cumplir todo cuanto en sueños se le había ordenado, esperó la llegada (*parousian*) del rey. Al enterarse de que éste se encontraba ya cerca de la ciudad, salió con los sacerdotes y los habitantes en pleno al encuentro de Alejandro (*hypantesin*), formando un cortejo digno de sus funciones sagradas como nunca se había visto en los demás pueblos...

»Al divisar Alejandro a lo lejos esa muchedumbre vestida de blanco, encabezada por los sacerdotes con su indumentaria color jacinto recamada en oro y tocado con la tiara coronada con áurea lámina en la que se hallaba escrito el nombre de Dios, se adelantó personalmente, se prosternó (*proskynese*)[38] ante dicho nombre y, tomando la ini-

[38] La *proskynesis* («postración»), impuesta por Alejandro a cuantos le visi-

ciativa, saludo al sumo sacerdote Entonces todos los judios saludaron a Alejandro rodeandole

»Los reyes de Siria y los demas se quedaron mudos de estupor ante este espectaculo Parmenio, acercandose a solas a Alejandro, le pregunto por que cuando todos se postraban en su presencia se inclinaba el ante el sumo sacerdote de los judios 'No me he prosternado ante el, contesto, sino ante el Dios de quien tiene el honor de ser sumo sacerdote Cierto dia, en Dion de Macedonia, vi en suenos a este hombre, con la misma indumentaria que ahora lleva y, encontrandome yo cavilando de que forma podia apoderarme de Asia, me aconsejo que me pusiera en camino de inmediato con toda confianza El mismo se encargaria de conducir a mi ejercito y me entregaria el Imperio de los persas Ademas, hoy que contemplo a este hombre y me acuerdo de la aparicion y el consejo que recibi en suenos, creo que es una inspiracion divina la que ha decidido mi expedicion y que, por tanto, vencere a Dario, quebrantare el poderio de los persas y llevare a buen termino todos mis proyectos'

»Tras hablar de este modo a Parmenio estrecho la mano del sumo sacerdote y, flanqueado por los restantes, se dirigio hacia la ciudad Una vez alli, ofrecio un sacrificio a Dios en el templo, siguiendo las instrucciones del sumo sacerdote a quien honro sobremanera lo mismo que a los demas sacerdotes Le mostraron el libro de Daniel, en el que se anuncia que un griego vendria a destruir el Imperio de los persas, y el rey, creyendo que con ello se aludia a su persona, se alegro mucho y despidio al pueblo

»Al dia siguiente se reunio con los judios y les invito a que pidieran los favores que deseasen El sumo sacerdote pidio para ellos la libertad de vivir segun las leyes de sus antepasados y quedar exentos de impuestos cada siete anos El rey se lo concedio todo Le pidieron tambien que permitiera a los judios de Babilonia y de Media vivir segun sus propias leyes, y Alejandro prometio de buen grado que cumpliria sus deseos Y como dijera a los habitantes que si alguno queria sumarse a su ejercito, conservando sus costumbres nacionales y plegando a ellas su vida, estaba dispuesto a llevarlo consigo, un numero muy elevado de ellos se decidio espontaneamente a formar parte de la expedicion» (*Ant* 11,317-339)

*N B* Este hermoso, aunque legendario, texto esta plagado de anacronismos e inexactitudes, pero posee su homogeneidad y su funcion (cf *supra,* p 26) No es el unico en la literatura judia que relata la tradicion del encuentro entre Alejandro Magno y el sumo sacerdote de Jerusalen Existen ademas

1 *La Recension C del Pseudo Calistenes* (adiciones al famoso «Roman d'Alexandre» atribuible a un judio de cultura helenistica del siglo I),

taban se encuentra aqui invertida Sobre esta practica real oriental y su significado para Alejandro ver Preaux I 242 243 cf Goukowsky *op cit* 47 49

2 El *anexo* tardio al *Megillat Taanit* o «Rollo de los jovenes»,
3 El *Talmud de Babilonia* (*Yoma* 69a)

## 2 *Fariseos y saduceos*

Los *fariseos* constituyen una de las cuatro sectas judias (junto a saduceos, esenios y zelotas) descritas por Josefo, quien los opone sistematicamente a los saduceos

«De las dos primeras, la de los fariseos es la superior y tiene fama de suministrar los interpretes mas rigurosos de las leyes Atribuyen todo al destino y a Dios Creen que depende esencialmente del hombre hacer el bien o el mal pero en uno y otro caso interviene tambien el destino Consideran que el alma de todo hombre es inmortal, pero unicamente la de los justos pasa a otro cuerpo, mientras que la de los malvados sufre castigo eterno

»En cuanto a los saduceos, la segunda secta, niegan por completo la existencia del destino y afirman que, cuando un hombre decide hacer el mal o no hacerlo, Dios no interviene para nada La eleccion del bien y del mal depende de los hombres Cada cual se encamina a uno u otro por decision propia Niegan la inmortalidad del alma al igual que los castigos y recompensas del mas alla Los fariseos se llevan bien entre si y viven en armonia para el bien comun Los saduceos, por el contrario, son de caracter esquivo aun entre ellos mismos y sus relaciones con los compatriotas estan tan desprovistas del sentido del humor como las que mantienen con los extranos» (*Bell* 2,162-166)

La palabra *fariseos* es la transcripcion del griego *pharisaioi* calco directo de la forma enfatica aramea *perishayya,* que traduce el hebreo *perushim,* «separados» Esta es la etimologia mas probable El origen de la palabra continua, sin embargo, oscuro y proliferan los intentos de explicacion Algunos ven en «fariseos» la simple transposicion de «persas» Otros vinculan el termino a *parash,* en el sentido de «dividir», «explicar» la Escritura, etc En los textos rabinicos figuran los fariseos como *hakme Ysrael* «sabios de Israel» o tambien como *haberim,* «companeros» «socios»

Parece que el origen historico de esos «separados»[39] hay que buscarlo en los *hassidim* o «piadosos», hombres «dedicados en cuerpo y alma a la Tora» que se unieron a Matatias y sus companeros durante la rebelion macabea (cf 1 Mac 2 42) Grupo minoritario en sus comienzos los fariseos se multiplicaron y extendieron muy pronto numerica y doctrinalmente, por Palestina y otros lugares Segun Josefo fueron seis mil los que se negaron a prestar juramento a Herodes (*Ant* 17,42), a los que hay que anadir la nutrida masa de sus simpatizantes

[39] «Separados» de cuantos desconocian o no aplicaban la Tora es decir de los impios que los rabinos denominaran *am ha arez* «pueblo del pais» entre los que se encontraban los saduceos

A diferencia de los saduceos, aristocratas proximos al templo, los fariseos eran un movimiento piadoso bastante popular, laico sobre todo, vinculado a las clases medias y hasta indigentes del pais Su característica fundamental era la preocupación por la autonomía religiosa Bajo el reinado de Juan Hircano aparecían ya como un grupo sólidamente organizado, pero se apartaron de la dinastía asmonea e incluso se opusieron a la misma (cf pp 41-43) Su papel político declinará paulatinamente a partir del 63 a C (intervención de Pompeyo en Judea), aunque se recuperará después de la gran rebelión judía del 66-70 En efecto, ellos defendian la independencia contra Roma y, paradójicamente, la caída de Jerusalén les permitira revivir y conocer un nuevo destino. Al desaparecer en esa coyuntura los saduceos, esenios y zelotas, quedaron únicamente ellos en el escenario judio Como no había razón alguna para seguir llamándose fariseos, puesto que su diferenciación respecto a los otros judíos carecía de objeto, pasaron a ser y siguieron siendo simplemente «los judíos»[40]

## 3 *La toma de Jerusalén en el 70* (relato de Josefo)

«Cansados ya los soldados de matar, quedaba todavia ante ellos una multitud de supervivientes Cesar ordenó matar unicamente a los que estuviesen armados y continuasen resistiendo, y hacer prisioneros a los demás Los soldados, amén de aquellos que tenian orden de matar, suprimían también a los viejos y debiles Los hombres en la flor de la edad y aptos para el servicio fueron llevados al templo y encerrados en el patio de las mujeres Cesar hizo que los vigilase uno de sus libertos y encargó a su amigo Frontón que decidiera la suerte de cada uno de ellos. Frontón hizo ejecutar a todos los rebeldes y a los pícaros que mutuamente se denunciaban De entre los jovenes escogio a los más corpulentos y hermosos, reservandolos para la entrada triunfal. Del resto hizo encadenar a quienes tenian más de diecisiete años y los envió a Egipto a trabajos forzados Tito regalo gran numero de ellos, además, a las diferentes provincias, destinados a perecer en los anfiteatros bajo la espada o entre los dientes de las fieras Los menores de diecisiete años fueron vendidos

»En los dias en que Fronton procedia a este reparto, once mil prisioneros murieron de hambre, unos porque sus guardianes no les daban de comer, otros por rechazar el alimento Por lo demas, con semejante gentío faltaba hasta el trigo El numero de los prisioneros de guerra ascendia a noventa y siete mil y el de los muertos durante el asedio a un millón cien mil » (*Bell.* 6, 414-420)

[40] *Bibliografía* Michel y J le Moyne, DBS VII, 1022-1115, Schurer II, 381-414 J le Moyne, *Les Sadduceens* (Paris 1972)

## 4 *La rebelion judía bajo Trajano* (relato de Eusebio de Cesarea)

«Mientras la enseñanza de nuestro Salvador y su Iglesia florecian cada día y progresaban más y más, la ruina de los judios llegaba a su colmo en sucesivas calamidades Corría ya el año dieciocho del emperador (Trajano) cuando estalló de nuevo una rebelion de los judios que llevó a la ruina a una ingente muchedumbre de entre ellos

»Efectivamente, en Alejandría, lo mismo que en el resto de Egipto y aún de Cirene, como azuzados por un espiritu terrible y faccioso, se amotinaron contra sus convecinos los griegos Crecio enormemente la rebelión, y al año siguiente, siendo entonces Lupo gobernador de todo Egipto, provocaron no pequeña guerra

»Y ocurrió que en el primer choque vencieron ellos a los griegos, los cuales, refugiándose en Alejandría, apresaron a los judios de la ciudad y los mataron Mas los judios de Cirene, al no recibir la ayuda que esperaban de éstos, se dedicaron a saquear el pais de Egipto y a devastar sus nomos bajo el mando de Lucua[41] Contra ellos envio el emperador a Marcio Turbón con fuerzas de infanteria y de marina e incluso de caballería

»Este, después de empeñar dura lucha contra ellos en muchas batallas y durante no poco tiempo, dio muerte a muchos miles de judios no sólo de Cirene, sino también de los que procedían de Egipto, sublevados con Lúcua, su rey

»Mas, sospechando el emperador que también los judios de Mesopotamia atacarían a sus habitantes, ordenó a Lusio Quieto que limpiara de ellos la provincia Este organizo tambien una batida contra ellos y asesino a una gran muchedumbre, hazaña por la cual le nombro el emperador gobernador de Judea Estos hechos los relatan tambien con términos idénticos los griegos que pusieron por escrito los acontecimientos de su tiempo» (*HE* IV, 2,1-5)[42]

[41] Dión Casio lo llama Andres

[42] Traducción de A Velasco (Madrid 1973) 197-198

CAPITULO II

# *LAS FUENTES*

La palabra «fuente» significa aquí tanto los documentos escritos o no, como las disciplinas que se dedican a descubrirlos, estudiarlos y transmitirlos.

Suele distinguirse entre fuentes «no literarias» y fuentes «literarias». Las primeras llegan al historiador por medio de los descubrimientos de la *arqueología,* la *epigrafía,* la *numismática* y la *papirología*[1]. Las segundas por el canal de la llamada historia literaria, es decir, de los textos propiamente dichos, tanto firmados como anónimos. La frontera entre ambas clases de fuentes no siempre es nítida, en cuyo caso la decisión se reserva a la práctica y al uso.

## FUENTES NO LITERARIAS

### *Arqueología*

La palabra arqueología designa el estudio de los restos materiales del pasado, más exactamente de la Antiguëdad y a veces también de la Edad Media, (aunque la arqueología medieval es difícilmente separable de la historia del arte).

El descubrimiento de materiales escritos no literarios (papiros) o literarios (rollos y manuscritos) es, con frecuencia, el resultado de expediciones arqueológicas. Este ha sido el caso, por ejemplo, de los manuscritos del desierto de Judá. Sin embargo, el estudio de dichos materiales no es objeto de la arqueología, sino de otras disciplinas que cubren distintos campos de investigación.

En lo que se refiere al período helenístico y al romano a partir de Pompeyo, la arqueología ha concentrado sobre todo

[1] La *paleografía,* dedicada al estudio de los manuscritos antiguos, no interviene aquí. La trataremos en el tomo siguiente: *Los escritos judíos en tiempos de Jesús,* en «Introducción a la lectura de la Biblia» 7.

sus esfuerzos en los emplazamientos de Corinto y las grandes ciudades de Asia Menor, como Pérgamo, Sardes, Mileto y Tarso. En Palestina se ha dedicado principalmente a los vestigios de la época del antiguo reino de Israel y sus antecedentes. A partir de 1900 se inician las excavaciones de Maresá (cf. p. 198). Las ruinas de las devastadoras campañas de los Asmoneos, las construcciones de Pompeyo y Gabinio, las fortalezas herodianas, etc., han acaparado ampliamente su atención, etc.[2]

## *Epigrafía*

Es una de las ciencias más importantes en que se apoya la historia [3]. Estudia las inscripciones sobre materiales no perecederos (piedra o metal) los *graffiti* o dibujos trazados en los muros (los *óstraka* suelen atribuirse a la papirología). Las inscripciones, objeto propio de la epigrafía, pueden clasificarse en dos categorías.

En primer lugar, los documentos públicos relacionados con *asuntos religiosos o civiles: dedicaciones oficiales, listas de funcionarios,* honores rendidos, etc. (por ejemplo, la inscripción de Mileto, cf. p. 133)[4]

En segundo lugar, los documentos privados: piezas funerarias o epitafios, ex-votos, oraciones, etc. (como las estelas de Delos, cf. p. 136).

Las inscripciones poseen valor de rigurosa autenticidad. Son testimonio directo de hechos y acontecimientos que nada ni nadie, salvo el desgaste del tiempo, ha modificado. No hay otro intermediario técnico en su transmisión más que el hecho de descubrirlas. Sin embargo, su estado suele ser defectuoso y se impone la labor de reconstruirlas, con el margen de hipótesis que ello comporta[5].

[2] Cf Schurer I, 6-7; Safrai-Stern I, 46-55; IDB I, 203-207, EJ 3,303-333, y para una visión general, EU 2,280-287; A Schnapp (ed ), *L'Archeologie aujourd'hui* (París 1980).

[3] El mejor instrumento de trabajo es el «Bulletin épigraphique», publicado por J. y L Robert en REG desde 1938

[4] Y también la inscripción descubierta en 1961 en el teatro de Cesarea, con la mención de Poncio Pilato como *Praefectus Judaeae* (cf. p 57)

[5] Para la epigrafía judía y las inscripciones más directamente relacionadas con el período que aquí estudiamos, consultar la imperfecta obra de Frey, *Corpus* (con las advertencias críticas de J. Robert, REJ 101 (1937) 73-86 y REG 67 (1954) 101-104, cf Safrai-Stern I, 55-58, Schurer I, 11-16, EU 6, 361-365

*Numismática*

Es la ciencia de las monedas. Estudia dichos objetos en su aspecto formal, su valor de signo y su desarrollo histórico. Sin pecar de demasiado sistemáticos, podemos decir, sin embargo, que la moneda no siempre ha existido. Según la tradición y el testimonio de la arqueología, acuñaron monedas por primera vez en el siglo VII a.C., los reyes de Lidia (en Sardes, ciudad helenizada ya a finales del siglo VII), en Asia Menor. Las ciudades-Estado griegas y poco después los reyes de Persia y los centros de negocios fenicios[6] las adoptaron inmediatamente.

Bajo el dominio de los Tolomeos, del 301 al 200 a.C., circulaban en Palestina monedas de los Lágidas de Egipto acuñadas en los establecimientos locales: en Akra (Tolemaida), Jafa, Ascalón y Gaza. Cuando los Seléucidas de Siria dominaron a su vez el país, a partir del 200 a.C., hicieron lo mismo: circularon sus monedas en Palestina, hasta que fueron sustituidas por las de los Asmoneos[7]

Las contribuciones de la numismática a la historia son considerables. Las monedas, de por sí, son documentos de indiscutible autenticidad, aunque a veces se planteen problemas de atribución[8]. Contienen, por lo demás, inscripciones de gran interés histórico y ello sin omitir los símbolos que, para los romanos, por ejemplo, eran eficaces medios de propaganda entre las masas iletradas de Oriente Medio y otros lugares. Hay también en ellas informaciones precisas sobre la datación de los reinados, etc.[9]

*Papirología*

La papirología es una disciplina relativamente reciente. El término nació en Inglaterra en 1898. Se convirtió en disciplina independiente a raíz de los importantes descubrimientos reali-

[6] Cf EU 11, 262-274

[7] EJ 5, 695-721.

[8] La serie de monedas *Shenat Arba* («Cuarto año») acuñadas durante la guerra del 66-70 se había atribuido a Simón Macabeo, primer jefe asmoneo independiente (142-135 a C ) Ultimamente ha quedado establecido que Simón no puso en circulación moneda alguna Lo hará, al final de su reinado, su hijo Juan Hircano, probablemente en el año 110

[9] Obra de referencia Y Meshorer, *Jewis Coins of the Second Temple Period* (Tel Aviv 1967) (y del mismo autor IEJ 24, 1974, 59-61), cf también Schurer I, 11 y 602-606, Safrai-Stern I, 58-61; IDB III, 426-435

zados en Egipto a finales del siglo XIX. Ha llegado a decirse que el siglo XX sería el de la papirología, como el XIX había sido el de la epigrafía. La papirología estudia los documentos escritos en materias perecederas: papiro, trozos de cerámica (en griego: *óstraka*) o residuos de madera, que sirven de soporte a un escrito.

Los papiros son cartas privadas, actas legales y contratos, facturas y recibos, etc. Su contenido se caracteriza por lo espontáneo de las informaciones, relacionadas con hechos ocasionales y destinatarios concretos. Son, por tanto, un eco directo de la vida social en lo que tiene de institucional, pero también de concreto y particular. En ocasiones su descubrimiento modifica e incluso contradice opiniones basadas únicamente en fuentes literarias.

El descubrimiento de numerosos papiros en Egipto ha ayudado mucho a los historiadores del judaismo e incluso de la Antigüedad. Las fuentes literarias circunscribían con frecuencia sus informaciones y comentarios a la vida oficial y ciudadana. Con los papiros se penetró en lo más vivo del «país» (*chora*), es decir, en la vida real de los pueblos y las ciudades. Sin embargo, el uso y descubrimiento de los papiros depende de las condiciones climatológicas de cultivo y de conservación de los mismos. Si Egipto (y en menor grado Palestina) es en ambos aspectos una tierra privilegiada, conviene advertir, no obstante, que los papiros que poseemos proceden únicamente del alto Egipto y del Fayum. No hay ninguno originario de Alejandría, demasiado húmeda para conservarlos. Ello implica una invitación a la cautela, a la hora de generalizar o sistematizar una información papirológica.

Es notoria la importancia de los célebres *papiros de Elefantina* (cf. p. 107), descubiertos a comienzos de siglo, para la época más antigua, desde el siglo VII hasta finales del V a.C. En lo que respecta a los períodos helenístico y romano (e incluso bizantino, hasta la conquista árabe), más de quinientos papiros y *óstraka* griegos y latinos han arrojado una luz amplia y precisa. La economía y el régimen fiscal, la demografía y la onomástica judías se han encontrado de pronto documentadas y mucho mejor conocidas. Los papiros han servido también para el estudio de la lengua, al menos de la cotidiana y popular. La historia política también se ha enriquecido gracias a ellos. Por ejemplo, el descubrimiento de la famosa *carta de Claudio a los alejandrinos* (cf. p. 146) ha venido a esclarecer el delicado problema del estatuto jurídico de los judíos de Alejandría, que las

contradicciones de Josefo hacían hasta entonces poco menos que insoluble.

Entre los papiros de Egipto hay que mencionar en lugar preferente los «archivos» o *papiros de Zenón*. Zenón era un griego de Caria, llegado de Asia Menor. Se estableció en Egipto bajo el reinado de Tolomeo II (284-248 a.C.) y se puso al servicio del ministro de hacienda Apolonio, de quien llegó a ser el brazo derecho. Hizo un importante viaje de negocios a «Siria y Fenicia» entre finales del año 260 hasta comienzos del 258. Los papiros que hoy llevan su nombre, varios centenares en un griego muy aceptable, fueron descubiertos en 1915 en el emplazamiento de la Filadelfia helenística, al este del Fayum. Muchos de ellos aclaran la vida de los judíos en el Fayum y también en Palestina, en el ambiente del siglo III a.C.[10]

El conjunto de los papiros de Egipto no debe hacernos olvidar los de Palestina, en especial los encontrados en el desierto de Judá y en Masada[11].

Del importante lote de los papiros de Egipto hay que seleccionar una serie que se utiliza como un conjunto de piezas semiliterarias e incluso literarias: los *Hechos de los mártires paganos* o *Acta Alexandrinorum*. Estos documentos relatan la pugna entre el partido de los griegos de Alejandría, cuya causa defienden, y los altos funcionarios romanos e incluso los emperadores de Calígula a Cómodo. Abarcan así un período de 150 años, desde el 40 hasta el 190 aproximadamente. Se les considera, no obstante, como un *corpus* unitario. Constituidos como tal en el momento de su hallazgo, pertenecen a un género único: son textos patrióticos, no exentos de ficción, que glorifican a Alejandría, sus ciudadanos griegos y sus dirigentes frente a las intransigencias del poder romano. Algunos de estos *Hechos* ponen en tela de juicio a los judíos y puede apreciarse en ellos indicios evidentes de lo que se llama antisemitismo antiguo[12].

## FUENTES LITERARIAS

### 1. *Autores griegos y latinos*

#### *Polibio* (finales del siglo III, aproximadamente el 120 a.C.)

[10] Han sido publicados en Tcherikover, *Corpus* I.
[11] Cf. Safrai-Stern I, 43-45.
[12] Cf. Tcherikover, *Corpus* II, 55-107; edición completa en H. A. Musurillo, *The Acts of the Pagan Martyrs* (Oxford 1972).

Natural de Megalópolis en Arcadia, Polibio está considerado, junto con Tucídides, como el más grande historiador de la antiguëdad. Fue llevado a Roma como rehén el 167 a.C. Tras dieciséis años de exilio, baños culturales y conquistas mundanas, se convirtió políticamente a la causa de sus vencedores, convencido de que la dominación del mundo por Roma era inevitable. Expresó sus sentimientos en sus *Historias (Historiae),* en las que, en cuarenta libros redactados en griego, describe la progresiva ascensión de Roma hacia el poder universal, desde el 220 al 146 a.C. Los cinco primeros libros se han conservado casi por entero. Del resto de la obra no quedan más que fragmentos. Para la historia de los judíos sólo interesan los quince últimos libros (del 26 al 40).

Se ha establecido la comparación entre el «traidor» Josefo y el «traidor» Polibio. En la historia europea y hasta el siglo XIX muchos «traidores políticos» se sirvieron del precedente de Polibio, político, guerrero (su primera formación fue militar) y luego historiador pro-romano, como Josefo. Hay, sin embargo, una diferencia entre ellos[13]: Polibio justificó su comportamiento únicamente ante sus conciudadanos, los aqueos. Josefo, además de eso, tuvo que justificarse ante el Dios de sus padres. Por otra parte, no sólo escribió la historia contemporánea (*Guerra judía*) como lo había hecho Polibio dos siglos antes, sino también y sobre todo la historia de su pueblo, con objeto de defender, por medio del argumento de antiguëdad, el valor y la verdad de sus tradiciones religiosas (las *Antiguëdades judías,* que comienzan con el relato de la creación del mundo).

Cuando describe la lucha entre los Tolomeos de Egipto y los Seléucidas de Siria, Polibio discute frecuentemente los acontecimientos de la historia de Palestina. Josefo lo cita en *Ant.* 12,135-136 y en *Apion.* 2,83-84[14].

*Diodoro de Sicilia* (en tiempos de César, siglo I a.C.)

El siciliano Diodoro escribió una inmensa historia universal, basándose sobre todo en sus viajes por Europa y Asia. Se trata de la *Biblioteca Histórica,* que él denominó en griego *Bibliotheke.* Esta obra se compone de cuarenta libros, que cubren 1.100 años, desde los tiempos mitológicos hasta la conquista de la

[13] La observación que sigue es debida a P. Vidal-Naquet, *Il buon uso del tradimento. Flavio Giuseppe e la guerra giudaica* (Roma 1980) 49-51.
[14] Cf. Reinach, *Textes* 51-52; Stern, *Authors* I, 110-116.

Galia y Bretaña por César. Los libros del 1 al 5 y del 11 al 20 se han conservado en su totalidad. De los otros no se conservan más que fragmentos.

El pasaje más amplio que trata de los judíos es el relato de la toma de Jerusalén el año 63 a.C. Diodoro aprovecha esta ocasión para extenderse sobre la historia y la religión del pueblo judío[15].

*Nicolás de Damasco* (hacia el 64 a.C., comienzos del s. I)

Nacido en Damasco de una importante familia, fue historiador, retórico y escritor polígrafo. Pertenece a la escuela peripatética. Orador y diplomático distinguido, mantuvo relaciones con personalidades eminentes de la época. Fue preceptor de los hijos de Antonio y Cleopatra y, a la caída de éstos, acudió a la corte de Herodes. Fue amigo, consejero político y biógrafo del monarca. Acompañó a Herodes en misiones diplomáticas ante las autoridades romanas. Así, en el 14 a.C., viajó a Asia Menor para defender los intereses de las comunidades judías contra las injusticias de los ciudadanos griegos de Jonia ante el gobernador Marco Agripa, amigo de Augusto (*Ant.* 16,27-58). El 12 a.C. volvió allí de nuevo por un motivo similar.

La obra más importante de Nicolás es la *Historia Universal (Historiae)*, en ciento cuarenta y cuatro libros. Arrancando de muy lejos, con la historia antigua de los reinos orientales, Nicolás de Damasco va preocupándose cada vez más de los detalles a medida que se acerca a su época. Herodes, quien le habría solicitado probablemente que escribiera dicha *Historia*, debió de leer sin duda y hacer leer en su corte algunos pasajes. De esta inmensa obra sólo han sobrevivido algunos fragmentos sobre los judíos. En la *Guerra Judía* y en las *Antiguëdades* (sobre todo en los libros 12,13,14 y 16), Josefo se refiere a ella. Depende mucho de Nicolás en todo lo relacionado con Herodes y sus sucesores, así como también en lo relativo a los Asmoneos. Es, por tanto, deudor de Nicolás de Damasco para el conocimiento de la historia del Segundo Templo[16].

*Estrabón* (hacia el año 64 a.C.-25 d.C.)

[15] Reinach, *Textes* 69-77; Stern, *Authors* I, 167-189.

[16] Reinach, *Textes* 78-87; Stern, *Authors* I, 227-260; los fragmentos están reunidos en Jacoby, TGH 90 y (comentario) II C, 229-291.

Nacido en el Ponto en el seno de una familia de alto rango, viajó mucho y visitó numerosos países. Excelente conocedor de Asia Menor, vivió también algún tiempo en Roma.

Fue geógrafo e historiador. El penúltimo de los diecisiete libros de su Geografía (*Geographica*), conservados en su totalidad, contiene una descripción de Palestina y una presentación del origen, religión e historia del pueblo judío. Desde este punto de vista, nos encontramos ante una fuente única, a excepción de Filón y Josefo.

Existe también la *Historia (Historica Hypomnemata,* «Comentarios históricos», en cuarenta y siete libros. Comienza donde acaba la de Polibio. El hecho más antiguo relacionado con la historia judía es la intervención de Antíoco Epífanes contra el templo de Jerusalén, y el más reciente la ejecución de Antígono (37 a.C.), último de los Asmoneos con el título de «rey». Josefo conservó varios pasajes significativos de esta obra[17] en los libros 13 y 14 de sus *Antiguëdades* y en su *Contra Apión* (2,83-84).

*Tolomeo* (finales del siglo I a.C.)

En un libro de gramática de finales del siglo I o comienzos del II atribuido a Ammonio se menciona una historia del rey Herodes escrita por un tal Tolomeo. Es difícil identificarlo, puesto que el nombre es muy frecuente en la onomástica griega. Se ha aventurado que se trataría de una de las fuentes principales de los relatos de Josefo sobre Herodes, pero no existe ninguna prueba sólida para afirmarlo[18].

*Plinio el Viejo* (23/24-79)

Rico cortesano, muy vinculado a los Flavios, desempeñó un cargo administrativo en las provincias occidentales del Imperio romano. Atraído por la curiosidad, mas impulsado también por el deseo de participar en el socorro de los damnificados al ocurrir la erupción del Vesubio en el 79, murió probablemente de una crisis cardiaca provocada por vapores deletéreos (según relata su sobrino e hijo adoptivo Plinio el Joven en una carta a Tácito: cf. *Epistulae* VI, 16).

Plinio dejó una producción de historiador y naturalista. Sus

[17] Reinach, *Textes* 89-113; Stern, *Authors* I, 261-315.
[18] Reinach, *Textes* 87-89; Stern, *Authors* I, 355-356.

obras históricas, en parte extraviadas, son la principal fuente de Tácito. La única que se conserva es la *Historia Natural (Naturalis Historia)*, enorme enciclopedia en latín publicada en el 77, con una larga dedicatoria al emperador Tito. Hay en ella numerosas referencias a los judíos y multitud de datos sobre Palestina y sus recursos naturales (como el Mar Muerto y su betún, Judea y su monopolio del bálsamo, Jericó y sus datileras).

Las secciones de la *Historia Natural* que se ocupan de Judea (5,66-70) contienen una relación de la división administrativa en toparquías[19] distinta de la que propone Josefo (*Bell.* 3,54-56; cf. Stern, *Authors* I, 475-476). Describe a los esenios (5,73), siendo el único autor antiguo, junto con el retórico y filósofo griego Dión Crisóstomo (hacia el 40-112), que los vincula al Mar Muerto. En cuanto a Jerusalén, declara que es «con mucho la ciudad más ilustre de Oriente y no sólo de Judea» (*longe clarissima urbium Orientis non Iudaeae modo:* 5,70).

En las informaciones de Plinio se deslizan errores. Las fuentes que utiliza sobre Judea están basadas en datos administrativos contemporáneos de Herodes, que adapta a la situación de su época. También emplea fuentes anteriores. Por lo demás, aunque hace referencia a la destrucción de Jerusalén en el 70 y a la fundación de colonias romanas por Vespasiano en territorio judío (Cesarea, Neápolis), no puede aceptarse por ello la hipótesis de su participación en el asedio de Jerusalén como oficial de Tito[20].

*Tácito* (hacia el 55-¿120?)

Se sabe poco sobre su vida. Nacido durante el reinado de Nerón, era quizás de origen galo, más concretamente de la Narbonense, donde inició su carrera con un ventajoso matrimonio con la hija del cónsul Agrícola, natural también de Fréjus. Hizo una brillante y rápida carrera. Siendo aún muy joven, accedió a los más altos cargos públicos bajo Vespasiano y fue luego pretor en tiempo de Domiciano en el 88. Escribió numerosos libros y otras obras, algunas de las cuales nos son desconocidas.

[19] La división administrativa de Judea en «toparquías» (*toparchiai*) se remonta a la época helenística, como luego veremos. Se empleaba también el término «nomos» (*nomoi*) para las mismas unidades: 1 Mac 10,38 y 11,34. La palabra «toparquía» estaba generalizada para la Judea romana.

[20] Reinach, *Textes* 267-283; Stern, *Authors* I, 465-501.

Debemos a Tácito dos obras históricas mayores:

1. Los *Anales*. En dieciséis o dieciocho libros trata de los reinados de Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón. Los escribió bajo Trajano y fueron publicados hacia el 117, después de las *Historias,* su segunda obra importante. Es una fuente esencial para la historia de este período (en especial del 14 al 68) y también para la historia de Siria. No se conservan más que algunas partes, ya que el grueso, en lo esencial, ha desaparecido. Lo que subsiste se refiere al reinado de Tiberio, salvo del 29 al 31, al de Claudio a partir del 47 y al de Nerón hasta el 66.

2. Las *Historias*. Tácito las publicó en doce o catorce libros hacia el 108/109. Se han conservado los cuatro primeros, y el quinto inacabado. Narran los sucesos que van desde la caída de Nerón a la muerte de Domiciano. La obra entera abarca los reinados de Galba, Otón, Vitelio, Vespasiano, Tito y Domiciano (o sea, desde el 68 al 96). En el libro V (1-13), introdujo Tácito un famoso excurso sobre la nación judía, sus orígenes y la naturaleza de su religión. Describe también la tierra de los judíos y su historia, hasta la rebelión del 66-70. Se hace eco de Plinio cuando califica Jerusalén de *famosa urbs* (V,2). En esta sección emplea una auténtica filosofía de la historia y un método parecido al de la etnología, como había hecho ya en su *Germania,* sobre los germanos.

Varios capítulos de las *Historias* se dedican al asedio de Jerusalén durante la guerra judía. A este respecto se plantea el problema de la relación de Tácito con la *Guerra* de Josefo. Ciertos detalles son comunes a ambos autores, pero hay entre ellos demasiadas diferencias para que se acepte que Tácito depende, al menos directamente, del historiador judío. Tácito forma parte de los autores que se estudian en el marco de una aproximación al «antisemistismo» antiguo[21].

*Suetonio* (70 - hacia el 140)

Su vida es poco conocida. Nació probablemente en Roma hacia el año 70 de una familia de rango ecuestre. Fue amigo de

[21] Safrai-Stern II, 1153-1158. Cf. Reinach, *Textes* 295-325; Stern, *Authors* II, 1-93.

Plinio el Joven y contemporáneo de Tácito. Renunció muy pronto a la carrera administrativa, para llevar una vida retirada al servicio de las letras, la investigación biográfica sobre los emperadores, los poetas, etc., y de las ciencias. De este activo retiro surgieron numerosas obras literarias.

Una de ellas se ha conservado íntegramente en lo esencial: las *Vidas de los doce Césares (Vitae Duodecim Imperatorum)*. Los doce emperadores van de Julio César a Domiciano.

En dicha obra se encuentran preciosas informaciones sobre los judíos del Imperio romano. Algunas están también en otros lugares, pero no pocas carecen de paralelo, por ejemplo, la aflicción de los judíos de Roma tras el asesinato de César[22] («En ese inmenso duelo público, se veía desfilar la muchedumbre de las naciones extranjeras lamentándose cada una a su modo, sobre todo los judíos, que estuvieron en vela en torno a la hoguera durante varias noches consecutivas», *Divus Julius*, 84). Las biografías de Vespasiano y de Tito poseen particular interés, puesto que contienen numerosos informes sobre la guerra judía en Galilea y en Judea[23].

*Dión Casio* (hacia el 160-235)

Nacido en Nicea, Bitinia, hizo una carrera de alto funcionario romano. Fue pretor y cónsul. Escribió en lengua griega y en ochenta libros una *Historia romana*, que abarca la historia de la gran urbe desde la llegada de Eneas (padre de la estirpe de los romanos) al Lacio en el año 229. Sólo se han conservado de ella algunos fragmentos.

La *Historia romana* trata de los judíos y de muchos acontecimientos de su historia. Dión Casio es la principal fuente de la tradición historiográfica posterior, de la máxima importancia para muchos de ellos, por ejemplo, para las rebeliones judías que estallaron bajo los reinados de Trajano y Adriano (cf. EJ 6,58-59). Dión Casio se ocupa por primera vez de los judíos a propósito de la toma de Jerusalén por Pompeyo (XXXVII, 15,2-17,4). Describe entonces los rasgos característicos de la religión judía, cuyos fieles, según él, obtuvieron la libertad de culto en el Imperio romano. Desde más de un punto de vista, su relato de la guerra judía del 66-70 es más favorable a los

[22] Semejante actitud se explica por la simpatía que César había demostrado para con los judíos de Judea, Alejandría y Asia Menor.

[23] Reinach, *Textes* 327-333; Stern, *Authors* II, 108-131.

judíos que el de Josefo. Se muestra también especialmente impuesto en la cuestión del proselitismo y señala que el nombre de «judío» se aplica también a los no judíos que han adoptado sus costumbres. Es asimismo el primero en informarnos de que entre los soldados romanos que asediaban Jerusalén a las órdenes de Tito hubo quienes desertaron y se pasaron al bando de los judíos, creyendo que la ciudad era inexpugnable[24].

## 2. *Autores judíos*

### *Libro de Daniel*

Obra bíblica redactada en el ambiente del siglo II a.C., y, por tanto, contemporánea de los Macabeos. Es una fuente importante para el período helenístico, en especial para el reinado de Antíoco IV. A pesar de su oscuro estilo apocalíptico, los capítulos 7, 8 y 11 conservan indicaciones históricas de gran interés[25].

### *1 y 2 Macabeos*

El *Primer Libro de los Macabeos* desarrolla la historia de la rebelión macabea, a la que sitúa en un contexto más amplio: desde la llegada de Antíoco IV al poder en el 175 a.C., hasta la muerte de Simón, el jefe asmoneo, en el 135 a.C. Contiene numerosas cartas y documentos intercalados a lo largo de la narración, cuya autenticidad y valor histórico son hoy ampliamente aceptados. El autor, desconocido, es un judío de Jerusalén, partidario resuelto de la causa asmonea. Escribió su obra probablemente en hebreo hacia el año 100 a.C. El texto sobre el que se hizo la traducción griega que poseemos, desapareció rápidamente, pero los Padres de la Iglesia aluden a él.

El *Segundo Libro de los Macabeos* describe los acontecimientos que van desde el 180 al 161 a.C. No se extiende más allá de la actividad de Judas. Se presentó como «síntesis» (*epitome,* 2 Mac 2,26 y 28) en griego de una publicación en cinco

[24] Reinach, *Textes* 179-201, Stern, *Authors* II, 347-407

[25] Hayes-Miller, 539-541, con *bibliografía,* Momigliano, *Sagesses,* 121-126 En castellano puede verse L Alonso Shokel, *Daniel,* en «Los Libros Sagrados» 18 (Ed Cristiandad, Madrid 1976)

libros que habría compuesto, también en griego un tal Jasón, judío letrado de cultura helenística, que vivía en Cirene, Libia. Jasón debió de escribir su obra poco antes del 160 a.C. y su sintetizador terminaría la suya en el 124 [26].

*Filón de Alejandría* (hacia el 20 a.C. - ¿45 d.C.?)

Autor judío de lengua griega muy interesante sobre todo para el estudio del desarrollo del pensamiento teológico y el método exegético del judaísmo alejandrino. Su *Exposición de la Ley* y su *Comentario alegórico* reagrupan dos grandes series de importantes escritos. Escribió también *Preguntas y respuestas sobre el Génesis y el Exodo,* sin olvidar un grupo de tratados exclusivamente filosóficos, algunos en forma de diálogo. Pero su obra contiene también informaciones muy amplias sobre la historia de la sociedad judía y la política de su tiempo. Hijo de una importante familia de Alejandría, Filón participó en la vida pública de la ciudad, gracias a la autoridad de que gozaba en el seno de su propia comunidad. Hizo un viaje al menos a Palestina y una peregrinación a Jerusalén y fue al frente de una delegación de judíos a Roma bajo el reinado de Calígula.

Dos obras de vejez están relacionadas con acontecimientos de los que él mismo fue testigo o en los que estuvo involucrado. Las escribió después del 41, fecha de la subida de Claudio al poder imperial.

1) *In Flaccum* («Contra Flaco», prefecto de Egipto; cf. OPA 31). Filón describe en esta obra la manera en que Flaco desempeñó su cargo antes de la llegada de Calígula y el cambio radical de conducta que se produjo en él cuando aquél subió al trono. Hace una descripción minuciosa de los dramáticos acontecimientos, auténticos «pogroms» de gran envergadura, de los que fueron víctimas los judíos de Alejandría en el año 38. A continuación relata la caída de Flaco.

2) *Legatio ad Gaium* («Legación a Gayo Calígula»; cf.

[26] Hayes-Miller, 541-544, con *bibliografía,* Abel, EB, Abel-Starky, fascículo BJ[3], Goldstein, AB 41 Lo más importante sobre 1-2 Macabeos en castellano se debe a L Alonso Schokel, en «Los libros Sagrados» 7 (Ed Cristiandad, Madrid 1977)

OPA 32). Filón describe la subida de Calígula al trono romano con los acontecimientos subsiguientes y sus penosas secuelas para toda la nación judía. Encabezó personalmente la delegación que los judíos de Alejandría enviaron a Roma con objeto de defender sus derechos seriamente comprometidos. En su libro relata el encuentro con Gayo Calígula, los sucesos de Alejandría y la intención del emperador de erigir su estatua en el templo de Jerusalén. Econtramos también en esta obra una carta de Agripa I en defensa de los derechos de los judíos[27].

*Flavio Josefo* (37 - ¿100?)

Para las épocas helenística y romana (hasta el 74, caída de Masada), Josefo sigue siendo la fuente insustituible sin la que sería imposible la historia de este amplio período.

Aristócrata judío descendiente de los Asmoneos, Josefo recibió una educación farisea. Luego fue diplomático con destino en Roma y más tarde alto funcionario y general encargado de organizar la defensa contra la invasión romana en Galilea (en el 66). Hecho prisionero por Vespasiano, a quien se había rendido (en el 67), se convirtió muy pronto en su protegido, quien lo emancipó con el nombre de Flavio. En los treinta años que permaneció en la capital del imperio como cortesano intelectual, escribió dos grandes obras históricas y dos libros polémicos.

1) *La Guerra judía*[28]. Es una obra que redactó primero en arameo y luego tradujo al griego. Se publicó entre el 75 y el 79. Abarca desde la intervención de Antíoco Epífanes en Palestina (175 a.C.) hasta la caída de Masada. Es casi la única fuente para el estudio de esos dos siglos de historia judía.

2) Las *Antigüedades judías*. Amplia colección de veinte libros, que Josefo terminó el año decimotercero del reinado de

[27] De la obra de Filón y de la de Josefo nos ocuparemos ampliamente en el tomo 7 *(Historia literaria)* de la presente Introducción. Se mencionan aquí, por contener fuentes para la historia de los judíos a finales del Segundo Templo. Cf. Safrai-Stern I, 18-19 y 35 para Filón; Schürer I, 43-61 para Josefo.

[28] Hay una traducción completa y reciente en francés: P. Savinel, *La guerre des juifs* (París 1977), con una larga introducción a Josefo de P. Vidal-Naquet: «Du bon usage de la trahison», pp. 7-115, y A. Pelletier I y II.

Domiciano (93-94). Recorre la historia de Israel, desde el relato de la creación del mundo, hasta el gobierno del procurador romano Gesio Floro en Judea (64). Consta de dos partes, cuya línea divisoria es la consumación del exilio, con que finaliza el décimo libro. La segunda parte (libros 10 al 20) cubre lo que suele llamarse historia del Segundo Templo, desde Ciro a la gran rebelión contra Roma.

Si bien llena el vacío que los relatos bíblicos dejan entre Nehemías y Antíoco IV (del 440 al 175) a base de fuentes a menudo legendarias, sus informaciones desde el 134 al 37 a.C. proceden, por el contrario, de historiadores habitualmente seguros, como Estrabón y Nicolás de Damasco.

3) *Contra Apión.* Tratado en dos tomos. Es, en el aspecto moral y literario, el escrito más atrayente de Josefo. Constituye una apología del judaísmo como país y religión y una respuesta a las críticas que la publicación de las *Antigüedades* había suscitado. También es una fuente privilegiada para el estudio del antisemitismo en el siglo I. En él se encuentran frecuentes alusiones a obras desaparecidas.

4) La *Vida de Josefo* (o *Autobiografía*)[29]. Apéndice a la segunda edición de las *Antigüedades* (hacia el año 100). De las obras que conocemos de Josefo es la menos convincente. Hay en ella breves resúmenes sobre la juventud del autor y sus años romanos y, sobre todo, una justificación de su conducta en Galilea en el 66 y 67.

Los escritos judíos llamados «rabínicos»[30] son de poca utilidad para el historiador, a pesar de su abundancia. No pueden considerarse como auténticas «fuentes». No obstante, es preciso recordar aquí el *Megillat Taanit*[31]. «Rollo de los jóvenes», obra cronológica escrita en arameo durante el siglo I. En él se encuentran, en su sucesión histórica, los treinta y seis días del año judío en los que no había que ayunar. Dichos días se dedicaban a conmemorar las victorias más significativas y los acontecimientos jubilosos de la historia judía bajo el Segundo Templo. A pesar de su carácter ritual y sistemático, esta obra posee un

[29] Traducción francesa de A. Pelletier, *Autobiographie* (París 1958). Del mismo traductor, *Contre Apion* (París 1972).

[30] Serán presentados en A. Paul, *Los escritos judíos en tiempos de Jesús,* tomo 7 de esta Introducción.

[31] Cf. A. Paul, *Los escritos judíos en tiempos de Jesús,* tomo 7 de esta Introducción.

interés histórico real, en virtud de los paralelismos o cotejos de hechos con las informaciones que suministra Josefo.

Hay que señalar también la *Carta de Aristeas*[32], donde se encuentran alusiones o resúmenes históricos de cierta importancia. Se trata de un libro judío de propaganda, redactado en griego en el siglo II a.C. en Alejandría. En él se encuentra por vez primera el famoso relato legendario de la traducción de las «Escrituras» por setenta sabios llegados de Jerusalén (de ahí el hombre de Setenta con que se conoce tradicionalmente esa Biblia griega).

[32] Editada por A. Pelletier, SC 89; cf. A. Paul, libro cit. en nota 31.

CAPITULO III

# *LOS NOMBRES*

## JUDIO

La palabra «judío» procede del latín *judaeus,* traducción del griego *ioudaios.* Esta última es la transcripción más o menos exacta del hebreo *yehudi* (en plural: *yehudim*) o del arameo *yehudai* (en plural: *yehudain*). Adjetivo primero y luego sustantivo, dicho término se basa en primera instancia en el hebreo *Yehudah* (que se convierte en arameo en *Yehud;* luego en griego *Iouda;* en latín *Judaea* y en español *Judea*), nombre del antiguo Reino del Sur o «Judá». En cierto modo, «judío» era, en su origen, el equivalente a «natural de Judea».

Ya en tiempos del Primer Templo, el hebreo *yehudim,* «judíos», designaba a los naturales del Reino de Judá, del 940 al 587 a.C. (por primera vez en la Biblia en 2 Re 16,6). Por el contrario, durante la segunda mitad del siglo VIII a.C., Isaías (5,7, etc.) y Miqueas (2,12, etc.) incluían también el Reino del Sur en «Israel». El concepto era para ellos étnico y religioso, no político. Lo aplicaban al pueblo y no al Estado (cf. TWNT III, 358). Más tarde, «judío» servirá para designar al pueblo de Israel en su conjunto. Por otra parte, cuando lo único que quedaba tras el exilio asirio estaba concentrado en Judá, «judío» *(yehudi)* fue sinónimo de «israelita» o «hebreo». Así, en el Libro de Jeremías se lee: «que cada cual manumitiese a su esclavo *hebreo* y a su esclava *hebrea,* de modo que ningún *judío (yehudi)* fuera esclavo de un hermano suyo» (Jr 34,9). Al desaparecer el Reino del Norte o Israel, la vinculación específica entre *yehudi* y el Reino del Sur o Judá quedaba ya trasnochada, como se refleja claramente en el Libro de Ester, donde Mardoqueo es llamado «judío», aunque procedente de la tribu de Benjamín (Est 2,5; 5,13). La palabra se aplicará tanto a la religión como al pueblo judío. En el mismo libro (Est 8,17) se lee: «Muchos gentiles se convirtieron *(mityahadim),* sobrecogidos ante los judíos *(yehudim).*»

Bastante después de la ruina del templo, los predicadores judíos de la sinagoga propusieron una interpretación muy significativa de dichos pasajes, tanto por lo que se refiere a su doctrina (monoteísmo estricto), como a su método (recurso al juego de palabras para justificar las contradicciones del texto bíblico). He aquí un ejemplo, extraído del Midrás *Esther Rabbah*[1] VI,2: «¿Por qué se le ha llamado judío (a Mardoqueo)? ¿No era de la tribu de Benjamín? Ello se debe a que proclama la *unicidad (yiḥud)* divina ante todo el mundo, tal y como está escrito: 'Mardoqueo no rendía homenaje (a Amán) doblando la rodilla' (Est 3,2). ¿Acaso pretendía Mardoqueo oponerse a la orden real o transgredirla? Cuando Asuero ordenó a todos arrodillarse ante Amán, éste colocó sobre su pecho la imagen de un ídolo, con el fin de obligar a todos a prosternarse ante un ídolo... Mardoqueo le dijo: 'Hay un solo Señor por encima de todo. ¿Cómo podría abandonarlo y doblar mis rodillas ante un ídolo?' Por haber proclamado la unicidad divina *(yiḥud),* se le llamó judío *(yeḥudi),* que es sinónimo de *yeḥidi* (único)... En los días de Mardoqueo, los hombres reconocieron la grandeza del Altísimo, hasta el punto de que se afirma: 'Muchos gentiles se convirtieron' (Est 8,17). Y él (Mardoqueo) proclamó la unicidad *(yiḥud)* divina y reverenció a Dios. También se le llamó *yehudi,* es decir, «judío». No hay que leer *yehudi,* sino *yeḥidi*».

Durante el período del Segundo Templo se utilizó ampliamente «judío» para designar tanto a los judíos como a los no judíos que vivían en las tierras de la diáspora de la misma forma que en Palestina (cf. 1 Mac 10,23 y 11,50, etc.). Simón Macabeo fue llamado «general y caudillo de los *judíos»* en 1 Mac 13,42 y Josefo lo declara «bienhechor y etnarca de los *judíos* en *Ant.* 13,214. Puede leerse, además, la inscripción «Consejo *(ḥeber)* de los *judíos»* en las monedas de los jefes asmoneos, desde Juan Hircano (134-104 a.C.) hasta Antígono (40-37 a.C.) [2]. Esto se explica porque el territorio del Estado asmoneo, muy reducido geográficamente al principio se conocia política y administrativamente en el conjunto del mundo no judío como «Judea». La palabra «judío» era entonces una designación oficial. Los propios judíos de Palestina la utilizaban

[1] El Midrás *Esther Rabbah,* en su primera parte (secciones I a VI), es el comentario exegético versículo por versículo de los dos primeros capítulos del libro de Ester. Parece que se terminó de redactar en Palestina muy a comienzos del siglo VI. Contiene numerosos elementos que se remontan a los rabinos del siglo II, los «tannaím» (cf. Strack, *Introduction,* 221 y 331; EJ 6,915).

[2] Cf. Schürer I, 603-605 y EJ 5, 699-712.

como tal en sus relaciones o intercambios políticos (1 Mac 8,21-32; 12,1-23; 15,16-24).

En cambio, cuando los judíos se designaban en la misma época como entidad propiamente étnica y religiosa rehabilitaron el tradicional «Israel», como atestigua 1 Mac 13,41: «*Israel* se sacudió el yugo extranjero el año ciento setenta ( = 142 a.C.)». Esto no es extraño ni contradictorio, al menos aparentemente. En efecto, al producirse la restauración religiosa en el territorio nacional en especial con Esdras, los judíos de lengua hebrea (o aramea) se llamaron precisamente «Israel». Era un movimiento reaccionario vinculado a la valoración de los datos religiosos tradicionales y a la vuelta al patrimonio cultural antiguo. La comunidad nacional judía se identificaba con el grupo inicial que había creado su nombre. «Israel» designó, por tanto, una unidad colectiva y social y la palabra significó exactamente «los israelitas» (así en 1 Mac 1,58).

El libro canónico de Esdras (1,4; 5,41, etc.) utiliza «Israel», y tras él toda la literatura judía escrita originalmente en lengua hebrea: libros incorporados tardíamente a la Biblia (deuterocanónicos), como *Judit, Tobías* y *Eclesiástico;* Manuscritos del Mar Muerto *(Regla de la Comunidad, Regla de la guerra, Documento de Damasco,* etc.); libros pseudoepigráficos *(Testamentos de los Doce Patriarcas, Salmos de Salomón, 4 Esdras,* etc.); luego la Misná y las partes hebreas del Talmud[3].

Las monedas judías acuñadas durante las dos grandes rebeliones manifiestan un nuevo uso político formal, entusiasta aunque efímero, del término «Israel». Por ejemplo, las monedas de la guerra del 66-70, en las que puede leerse : «Shekel de *Israel*» (EJ 5, 706-707; Schürer I, 605-606) y las de la insurrección de Bar Kokba (132-135), fechadas desde el año 1 al 3 con estas palabras: «Año primero de la redención de *Israel*» o «Año segundo de la liberación de *Israel*» (EJ 5, 707; Schürer I, 606).

La doble denominación, «judío» e «Israel», se encuentra en los relatos de la pasión. Por un lado (Mc 15,32), los responsables de la comunidad judía dirigen a Jesús el irónico «rey de Israel». Por otro, los romanos clavan en la cruz el famoso rótulo con las palabras «rey de los *judíos*» (Mc 15,26)[4].

[3] Cf. el término «Israel» en Charles, *Pseudepigrapha,* Index; Kuhn, *Konkordanz;* Kasovsky, *Thesaurus.*

[4] En el siglo XIX (incluso ya en el XVIII), volvieron los judíos a llamarse «hebreos» o «israelitas», dentro de un movimiento de intención renovadora.

Desde la Antiguëdad, la palabra griega *ioudaios,* judío, dio lugar a *ioudaismos,* judaísmo. Este término (cf. TWNT III, 385) aparece por primera vez en textos del siglo II a.C. a través de la pluma del judío de lengua griega Jasón de Cirene, autor de la obra que el libro segundo de los Macabeos pretende «sintetizar». En él se trata de los «bravos combatientes por el *judaísmo»* (2 Mac 2,21). El término se toma aquí en «el sentido objetivo de aquello que constituye la esencia y vida de los judíos» (Abel, *Macaabées,* 311). Más adelante se lee, en el mismo libro, lo siguiente en relación con Nicanor: «Denunciaron ante Nicanor a un tal Razis, del senado de Jerusalén, un hombre que amaba a sus conciudadanos *(philopolites),* muy estimado... Al principio de la secesión había sido acusado de practicar el *judaísmo* y se había entregado al *judaísmo* en alma y cuerpo, sin reservas» (2 Mac 14,37-38). «Judaísmo» designa aquí, también según Abel, «las creencias y hábitos que caracterizan al judío» *(ibid.).* Este sería, por tanto, el punto de vista subjetivo. Los dos aspectos, objetivo y subjetivo, que constituyen el contenido y determinan el alcance del término «judaísmo», se encuentran al comienzo de la carta a los Gálatas, donde escribe Pablo: «Sin duda habéis oído hablar de mi conducta pasada en el *judaísmo;* con qué saña perseguía yo a la Iglesia de Dios tratando de destruirla; y hacía carrera en el *judaísmo* más que muchos compatriotas de mi generación...» (Gál 1,14: único pasaje del Nuevo Testamento donde se encuentra el término).

«Judaísmo» implica, por consiguiente, una dimensión religiosa y moral (con una doctrina y una enseñanza, con reglas y costumbres), pero asimismo fusión de fronteras culturales y límites sociales. Es decir, designa la vida judía en su conjunto, en cuanto que concierne a la vez a los individuos llamados «judíos» y al grupo específico y determinado que los configura y define como tales.

El equivalente hebreo de «judaísmo», *yahadut,* no se encuentra ni en la Biblia (sólo existe la fórmula aproximada *mityahadim*[5], en Est 8,17) ni en la literatura rabínica. Comenzó

Una muestra muy clara de ello es la creación de la «Alianza Israelita Universal».

[5] Traducido al griego por el verbo *iudaizein,* «judaizar», que se encuentra sólo una vez en el Nuevo Testamento en Gál 2,14; cf. también Josefo, *Bell.* 2,454.

a aparecer en los textos judíos medievales y luego se convirtió en algo habitual. La palabra corriente para designar la dimensión religiosa y moral del judaísmo era *Torá,* «ley» en el sentido de doctrina y enseñanza, o mejor, «regla» de vida.

## HELENISMO

En la Antigüedad judía, el rival del judaísmo era el «helenismo», en griego *hellenismos.* Como antítesis del judaísmo, el término helenismo apareció, también por vez primera según los documentos de que disponemos, en el libro segundo de los Macabeos. En efecto, en el capítulo 4,13 se lee: «El *helenismo* llegaba a tanto, y estaba tan en boga la moda extranjera, por la enorme desvergüenza del impío y pseudopontífice Jasón...». Resulta llamativo que dicha palabra, empleada primeramente por Teofrasto (372-288 a.C.) en el sentido propio y original de uso correcto en la lengua griega (TWNT II, 502-503), haya pasado a significar entre los judíos de la diáspora griega, en el ambiente del siglo II a.C., la cultura, instituciones y costumbres que ponían en peligro frontalmente o por ósmosis la originalidad y el valor intrínseco de la vida judía.

La historia del término «helenismo» y del adjetivo «helenístico», derivado de él, se identifica con la historia de las discusiones, investigaciones y propuestas que no dejaron de producirse desde finales del siglo I. Existe, en principio, la oposición que establece el autor de los Hechos de los Apóstoles entre «helenistas» *(hellenistai)* y «hebreos» *(hebraioi)*[6], dos categorías de judíos que vivían en Jerusalén. Los primeros hablaban griego, lengua que utilizaban también para el estudio y lectura de la Escritura en sus propias sinagogas. Los segundos practicaban el arameo y empleaban el texto hebreo de la Biblia para su servicio sinagogal.

En una prestigiosa publicación relativamente reciente, un excelente conocedor de la materia ha definido el «helenismo» en los siguientes términos: «Cultura de los 'tiempos de Alejandro', es decir, la lengua griega, las costumbres, los objetos, el arte, la literatura, la filosofía, y la religión que se extendieron por Oriente Próximo y Medio, desde Macedonia hasta las fron-

[6] Cf. E. Haenchen, *Die Apostelgeschichte* (Gotinga [6]1968) 213-218.

teras de la India, desde la ribera septentrional del Mar Negro y las orillas del Danubio hasta Nubia y el Sahara»[7].

En el siglo XVI surgió la auténtica discusión sobre el helenismo (con J. Scaliger), significado exacto del término y de sus derivados y antónimos. Se tendía a designar por lengua *helenística* —y esto persiste hasta mediados del siglo XIX— un dialecto particular, a saber, el griego bíblico nacido con la versión de los Setenta y empleado en el Nuevo Testamento. En el siglo XVIII, Herder aplicó el término alemán *Hellenismus* a la forma de pensar de los judíos y otros orientales de lengua griega. Pero fue Droysen quien convirtió en el siglo XIX «helenismo» en un concepto histórico de contornos precisos extendiendo su dominio al período que va desde el hundimiento del Imperio persa de los Aqueménidas por obra de Alejandro Magno (331 a.C.), hasta el fin del reino de los Tolomeos en la batalla de Actium (31 a.C.). Este período particular de la historia de la Antigüedad se caracterizaba también, a sus ojos, por la recuperación e incluso la intervención determinante de un «medium» universal constituido por la *koiné*, lengua griega «común» del mundo *(oikoumene)* ganado para el helenismo[8].

Fruto cultural y político de las conquistas y la obra de Alejandro Magno, el helenismo no terminó de hecho con la llegada de la dominación romana a Egipto (en el 31 a.C.). Su influencia siguió siendo profunda en el conjunto del mundo romano, tanto en su parte oriental como occidental, y persistió de alguna manera hasta el Renacimiento. No obstante, su época de mayor esplendor coincide con los siglos que preceden inmediatamente al nacimiento del *cristianismo.* A partir del siglo IV (incluso ya en el III) tomó éste el relevo del helenismo como antagonista del judaísmo.

## JUDEA

Según Heródoto (*Hist.* 3,91), la quinta satrapía[9] del Impe-

[7] Grant, ³RGG, 209.

[8] La obra más importante de J. G. Droysen es su *Geschichte des Hellenismus,* 3 vols., ²1877-78, traducida y publicada en francés por A. Bouche-Leclercq.

[9] La «satrapía» era la unidad principal del sistema administrativo del Imperio persa de los Aqueménidas. Instaurado por Ciro II (559-530 a.C.) y completado por Darío II (423-404 a.C.), el sistema fue mantenido por Alejandro Magno y sus sucesores. La satrapía era una superprovincia administrada por un gobernador, el «sátrapa».

rio persa comprendía los territorios que van desde el Eufrates y el Poseidón al Mediterráneo y las fronteras de Egipto. En otras palabras, abarcaba Siria y Palestina (consultar la nota «Siria y Celesiria», p. 96). En las fuentes se llama «zona del otro lado del río (Eufrates)», en hebreo *'abar-hannahar* (Esd 8,36; Neh 2,7) y en arameo *'eber-nahara* (Esd 4,10, etc.). Administrada desde Damasco, se dividía en «provincias» (*medinot,* Esd 7,16 o *medinan,* Esd 4,15) y se subdividía en «distritos» *(pelakim)*. *Judea* era una de esas provincias.

Si hemos de dar crédito a los documentos de la época persa, «Judea» se llamaba *Yehud* en arameo. El adjetivo griego *ioudaia* (femenino de *ioudaios,* «judío») acompañaba unas veces a *ge,* «tierra» (cf. Jn 3,22) y otras a *chora,* «país» (cf. Mc 1,5). Se independizó enseguida, para transformarse en sustantivo y significar «Judea» *(Ioudaia)*. Se llamaba también *Iouda* o *ge Iouda.* La palabra Ioudaia está atestiguada como tal desde el comienzo del período helenístico por el egipcio Manetón en el siglo III a.C. (cf. Josefo, *Apion.* 1,179; Stern, *Authors* I, 68-69), Clearco[10], hacia el 300 a.C. (en Josefo *Apion.* 1,179; Stern, *Authors* I, 49-51) y Hecateo de Abdera, en la misma época (citado por Dioro de Sicilia, *Bib. Hist.* 40,3; Stern, *Authors* I, 26-27).

Durante los períodos de ocupación persa y luego helenística, las fronteras de la provincia de Judea eran las que Nabucodonosor había impuesto a los judíos en el 587 a.C. Iban desde Betel, por el norte, a Bet-Zur por el sur, desde el Jordán por el este a Emaús por el oeste. Es decir, unos cuarenta kilómetros de norte a sur y cincuenta de este a oeste. La superficie total no excedía de los 1.800 km, el equivalente de una modesta privincia española (cf. mapa 2).

Judea estaba entonces poblada totalmente por judíos. Hasta los Asmoneos, no hubo otra concentración importante y significativa de población judía sobre territorio palestino. El dominio de los Tolomeos se extendió durante un siglo sobre toda Palestina y Fenicia del sur, hasta el río Eleuterio, la norte de Berytus (Beirut). Judea, incluida en ese territorio, era administrada desde Alejandría. Como el resto de las provincias que constituían las satrapías persas, fue transformada en «hipar-

[10] Clearco escribió: «Esta gente (los judíos) descienden de los filósofos indios. Se dice que los filósofos se llaman en la India 'calanes' *(kalanoi);* en Siria han adoptado el nombre territorial de 'judíos' *(ioudaioi),* porque el distrito en que habitan se conoce como Judea *(ioudaia)*».

quía» y subdividida en «toparquías» (los antiguos distritos o *pelakim*). Conservó una semi-independencia en el mundo geográfico del templo de Jerusalén y bajo la autoridad del sumo sacerdote.

Paralelamente a la utilización política y diplomática de la palabra judío, *Ioudaia* (Judea) seguirá designando oficialmente el territorio autónomo e independiente ocupado o controlado por los judíos. Esta práctica se mantendrá hasta que se lleve a cabo una gran ampliación de fronteras. En efecto, bajo los Asmoneos, Herodes el Grande y Agripa I, Judea se identificó por lo menos con la totalidad de las tierras tradicionales de Palestina (cf. *Bell.* 1,180).

Algún tiempo después de la destrucción del templo, hacia el 73-74, Palestina se convirtió en *provincia Iudaea,* unidad administrativa distinta de la provincia imperial de Siria. Durante los reinados de Vespasiano (69-79) y Tito (79-81) las monedas romanas que evocaban la victoria sobre los judíos llevaban como leyenda: *Judaea*, o *Judaea capta,* o también *Judaea devicta*[11].

Judea designó siempre una entidad puramente geográfica o administrativa, nunca religiosa. Para los judíos, sin embargo, la palabra poseía una dimensión fuertemente tradicional por su misma etimología, un valor casi patronímico, puesto que su «genealogía» se remontaba a *Judá* en persona, es decir, a uno de los hijos de Jacob o *Israel.* Por eso, no resulta sorprendente que en el 135, tras el aplastamiento de la segunda rebelión contra Roma, Adriano, que convirtió Jerusalén en la *Colonia Aelia Capitolina,* cambiara radicalmente el nombre de Judea por el de *Palaestina.* Será un cambio irreversible, ya que ésa fue la demonimación administrativa permanente para los ocupantes posteriores (romanos, bizantinos, árabes, cruzados, otomanos) hasta 1948.

«Palestina», en griego *Palaistine* (primero un adjetivo), deriva su nombre de la parte meridional de la costa mediterránea habitada por los filisteos, *Peleshet,* «Filistea» (en uso desde el siglo VII a.C., según Isaías 14,29 y algunos documentos asirios de la misma época: cf. Noth, ZDPV 62, 134).

En el siglo V a.C. empleó Heródoto las fórmulas «los fenicios y los sirios de Palestina» (*en tei Palaistinei: Hist.* 2,104/3; 7, 89/1). En otro pasaje habla de la «Siria Palestina» (*Syria he Palaistine: Hist.* 3,91; 4,39; o *Palaistine Syria: ibid.* 1,105;

[11] EJ 5, 713 y 720.

2,106). Aunque corrientemente se admite que Heródoto designa por «Palestina» la franja costera al sur de Fenicia, no se excluye que el término incluyera también para él esa zona interior del país.

La desaparición casi total de la palabra hebrea *Yehuda* o aramea *Yehud* (Judea) de la literatura judía posterior quedó compensada por el restablecimiento de la vieja fórmula hebrea *Erez Ysrael* (en arameo: *Ar'a de -Ysrael*), «Tierra de Israel». Fue adoptada por todas las lenguas habladas por los judíos diseminados por el mundo entero. No existía para ellos más que Judea. El término Palestina resultaba, cuando menos, inoportuno.

## *Siria y Celesiria*

La fórmula *'abar-hannahar,* «del otro lado del río» (que el griego traduce estrictamente por *peran tou potamou*), que está textualmente en el libro bíblico de Esdras, se interpreta y traduce también por *Syria* («Siria», *Apion.* 2,33), *Koile Syria* («Celesiria»: 1 Mac 10,69; Josefo, *Apion.* 1,179; etc.), *Syria kai Phoinike* («Siria y Fenicia»: 3 Esd[12] 2,16 y 13 otras veces; *Ant.* 10,220; *Apion.* 1,134), *Koile Syria kai Phoinike* («Celesiria y Fenicia»: 2 Mac 3,5-8; *Ant.* 14,80, etc.), e incluso en una ocasión *Syria kai Phoinike kai Samareia,* «Siria y Fenicia y Samaría» (*Ant.* 11,167). Todas estas denominaciones designan la misma satrapía del Imperio persa, es decir, la quinta. Son prácticamente equivalentes. A través de ellas da la impresión de que reaparecen los grupos étnicos naturales, cuyas fronteras fueron borradas ya por la antigua ruptura artificial de los asirios (Abel, *Geographie* II, 115).

*Celesiria*[13] fue para los Seléucidas la denominación oficial de los territorios que Antíoco III (222-187 a.C.) sustrajo al control de los Lágidas de Egipto en el 200 a.C. el Líbano, Siria meridional y Palestina. Siria era específicamente el país dominado por los Seléucidas. A partir de entonces apenas era aceptable para ellos la ambigua denominación «Siria y Fenicia» o simplemente «Siria» con las que los Tolomeos denominaban a ese conjunto de territorios.

La fórmula «Celesiria» no alcanzó, por tanto, una significación política y administrativa oficial sino a partir del siglo II a.C. No obstante, se encuentra en las fuentes desde el siglo IV, aunque con un contorno variable y flotante (ver la documentación adecuada en Stern, *Authors* I,14).

Hasta la creación del Estado independiente de los Asmoneos, estuvo Judea incluida en Celesiria, que, bajo la dominación seléucida, se extendía hasta Jerusalén y Ascalón. El contenido geográfico de dicha fórmula cambió durante el siglo I a.C. Para Estrabón constituía la Celesiria tanto el territorio comprendido entre el Líbano y el Antilíbano, como la región depresiva conocida hoy como el *Bekaa* (cf. Josefo *Ant.* 14,34). Para Josefo, en cambio, comprendía un espacio bastante mal definido al este del Jordán (*Ant.* 14,180; *Bell.* 1,213).

[12] Es el I Esdras en la clasificación inglesa de los apócrifos (el II Esdras sería el Apocalipsis llamado IV Esdras. Sobre la fórmula «Siria y Fenicia», cf. AB 42, *I-II Esdras,* 40-41.

[13] Sobre el origen de la expresión, cf. Stern, *Authors* I, 14.

SEGUNDA PARTE

# *LA DIASPORA*

## DIASPORA OCCIDENTAL
## DIASPORA ORIENTAL Y SEPTENTRIONAL
## LAS CIUDADES GRIEGAS

CAPITULO PRIMERO

# *VISION GENERAL DE LA DIASPORA*

La palabra griega *diáspora* («dispersión») y el término hebreo *galut* («exilio») designan, en la historia judía, dos situaciones radicalmente distintas.

Existe diáspora en la medida en que *a*) los judíos «dispersos» constituyen una entidad suficientemente representativa, numerosa y estructurada fuera de Palestina: pero también en cuanto que; *b*) los judíos, al mismo tiempo, son dueños al menos de una parte de la tierra de Palestina, bajo la doble autoridad de un Estado más o menos independiente y del único templo de Jerusalén. Ambas condiciones se reunieron durante la historia del Segundo Templo. Con mayor precisión: el período que va desde la muerte de Alejandro Magno (323 a.C.) hasta la caída de Jerusalén en el 70 fue testigo de cómo se organizaba y consolidaba la diáspora judía como una amplia y sólida institución.

Hay *exilio,* en cambio, cuando el Estado y el templo han desaparecido, como ocurrió entre el 587 y el 538 a.C. y luego a partir del 70[1].

La palabra *diáspora* surge con la traducción griega de la Biblia. No es, por tanto, anterior al siglo III a.C. Procedente del verbo griego *diaspeiro* («dispersar», «distribuir», «extender», «diseminar»), significa «dispersión». Sirve para designar, en el umbral de la era cristiana, al conjunto de los judíos establecidos fuera de Palestina (2 Mac 1,27; Jn 7,35), pero su aplicación es mucho más amplia, de modo que el término puede significar:

1. La *situación* de los judíos dispersos entre las naciones llamadas paganas. En las maldiciones que se recogen en Dt 28,25 y Jr 34,17, la expresión hebrea *za' awah,* «objeto de horror», se traduce por *diáspora* en los Setenta, con lo que se origina un singular cambio semántico.

[1] Este larguísimo período de exilio concluyó, sólo en cierto modo, en 1948 con la restauración de un Estado judío que vuelve a denominarse «Israel».

2. El *grupo o grupos de judíos* afincados fuera de Palestina. En Is 49,6; los «supervivientes *(netsire)* de Israel» del texto original se vierte al griego como «la dispersión *(diáspora)* de Israel». También en este caso se produce un evidente deslizamiento (en Sal 147,2 se ha traducido *nidehe,* «dispersos», por *diáspora,* al igual que *mizereh,* «horquilla de aventar», en Jr 15,7).

3. Los *lugares o territorios en que viven los judíos dispersos,* como ocurre en Jdt 5,19: «Pero ahora... han vuelto de la dispersión, de lo lugares por los que habían sido diseminados» *(diesparesan)*[2].

## ORIGEN: LAS DEPORTACIONES

La distinción estructural entre diáspora y exilio no obsta para que, al menos en sus comienzos, la diáspora nazca en buena parte de un exilio forzado o deportación. Esto es cierto sobre todo respecto a las tierras orientales, Mesopotamia y países circundantes. Desde luego, los originarios israelitas habían emigrado antes de que comenzase la serie de las grandes invasiones asirias y luego babilónicas. Según 1 Re 20,34, un grupo de israelitas se encontraba establecido en Damasco desde el reinado de Achab (874-852 a.C.). Pero fueron las deportaciones posteriores las que nutrirán, durante varios siglos, la población judía fuera de la tierra de Israel. He aquí un elenco de las mismas:

— en el 736-732, a *Asiria* (campaña de Teglat-Falasar III; cf. Anet, 282-283 y Briend-Seux, *Textes* 104): primera alusión a una deportación de habitantes del noroeste del reino de Israel (2 Re 15,29).

— en el 721, a *Asiria y Media* (campaña de Sargón II; cf. Anet, 284-285 y Briend-Seux, *Textes* 110-111): tras la caída del Reino del Norte y la toma de Samaría (2 Re 17,6) (EJ 6, 1034-36).

Las tribus que constituían el Reino del Norte desaparecieron como tales de la tierra de Israel, e incluso de la historia, con la caída de Samaría. Dicha desaparición quedó sorprendentemente compensada por el nacimiento, desarrollo y excepcional fortuna

[2] Cf. TWNT II, 98-104; [3]RGG II, 174-176.

entre los judíos y fuera de ellos de la famosa leyenda de «las Diez tribus perdidas» (las dos restantes eran Judá y Benjamín, tribus del sur). Esta leyenda «mítica» ha permanecido viva casi hasta nuestros días. Los autores bíblicos antiguos (Is 11,11; Ez 37,19-24; cf. 1 Cr 5,26) contribuyeron en gran medida a su elaboración inicial. La literatura judía de finales del Segundo Templo (4 Esd 13,34-45; *Ant.* 11,133, etc.) y más tarde los textos rabínicos (*Misná San.* 10,3, etc.) la cultivaron y mantuvieron (cf. Bogaert, SC 144, 340-352). Durante la Edad Media y los siglos siguientes, viajeros, exploradores y sabios, judíos y no judíos, fueron en busca de esas «tribus perdidas», que alguno de ellos creyó identificar con tal o cual pueblo contemporáneo (cf. EJ 15,1003-06)[3].

— en el 597, a *Babilonia* (Nabucodonosor) tras un primer asedio de Jerusalén. Exilio del rey Joaquín, de la familia real y de los notables (2 Re 24,14-16; Jr 52,18-30).

— en el 587-586, a *Babilonia* (Nabucodonosor). Tras la caída de Jerusalén y el incendio del templo, deportación del resto de la población local (2 Re 25,1-21; Jr 39,1-10) (EJ 6,1036-39).

— en el 582, a *Babilonia.* Nueva deportación como resultado (de efecto retardado) del asesinato de Godolías, godernador de Judea puesto por Nabucodonosor en el 586 a.C. Este asesinato provocó la huida a Egipto de numerosos refugiados judíos (2 Re 25-26; cf. el extenso relato de Jr 41,16-43, 7) que «constituyeron probablemente las colonias judías de Elefantina, Asúan, Alto Egipto y también del Delta en el siglo VI» (TOB AT, 728-729)[4].

*Se originan, de este modo,* los dos grupos mayores que se convertirán en los dos polos de la diáspora judía: uno occidental o egipcio, juzgado y condenado severamente desde sus comienzos por Jeremías (Jr 42,17; 44,11,24-30), y otro oriental o babilónico, cuya existencia, en cambio, acepta el propio Jeremías (Jr 29,1-9).

Cuando sonó la hora de la libertad con el edicto de Ciro, en el 538 a.C., la idea de regresar no entusiasmó, ni mucho menos, a todos los exiliados. Volvieron a Palestina, sobre to-

[3] Cf. bibliografía, en Charlesworth, *Pseudepigrapha*, 147-149.

[4] Sobre la miserable situación de Judea en ese momento, consultar Hayes-Miller, 479-480.

do, los sacerdotes, los empleados del templo y la gente sencilla de ciudades y pueblos. Pero muchos estaban instalados en Babilonia, se habían establecido y edificado allí su casa y no estaban dispuestos a abandonar las ventajas conseguidas (cf. Bright, *History,* 341-349; EJ 6,1039-41).

En la época de Darío I (521-486 a.C.) y de Artajerjes I (465-424 a.C.) hubo probablemente una nueva deportación de judíos a Hircania, región inhóspita a orillas del Caspio (en el siglo V había todavía judíos allí). Quizás hay alguna relación entre este acontecimiento y el hecho de que exista «Hircano» como nombre propio entre los judíos desde el siglo III a.C.[5].

Las fuentes judías no se hacen eco de esta deportación. El informe se debe a Eusebio de Cesarea (*Crónica* II,112) y otros autores eclesiásticos posteriores. Se ha intentado confirmarlo a través de la arqueología de Palestina: efectivamente, en siete emplazamientos, desde Hazor al norte, hasta Jericó al sur, se interrumpió e incluso desapareció la ocupación hacia finales del período persa y resulta difícil explicar estos hechos por la conquista de Alejandro, cuyo itinerario en dirección a Egipto siguió el litoral mediterráneo (cf. Hayes-Miller, 500-502).

* * *

El paso del exilio a la diáspora no significa únicamente un cambio de lugar, de situación, de cultura o de costumbres, sino que implica el progresivo advenimiento de una ideología nueva, que la misma Biblia enuncia y justifica[6].

Bajo la influencia de los grandes profetas de los siglos VII y VI a.C., como Jeremías (Jr 17,1-4) y Ezequiel (Ez 12,15), la deportación o exilio se interpretó primeramente como secuela de un justo y legítimo castigo divino. Este sentimiento quedó enseguida desdibujado y desapareció luego para dejar paso a otro tipo de valoración. El exilio se había transformado para muchos en un asentamiento libre de colonos, fuera e incluso lejos de la tierra de Israel. También los profetas del exilio y los primeros profetas posexílicos (cf. Is 60; Ag 2,6-7; Za 8,20-23) se esforzaron en aclarar y elucidar la nueva relación, esta vez positiva, desde una situación ya no de exiliados o deportados, sino de «dispersos» o «diseminados» entre las naciones. La dispersión de Israel o *diáspora* se debía, a partir de entonces, al «deseo divino» de «reunir a todos los pueblos». Esta interpretación de la historia, muy fuerte en el Deuteroisaías, se encuentra

[5] Neusner, *The Jews* I, 11-12; Barón, *Histoire* I, 176 y 489.
[6] Cf. Bright, *History,* 328-341.

en la raíz de las actividades propagandísticas o «proselitismo» que el judaísmo emprenderá más tarde. Al cabo de un proceso bastante prolongado, la teoría de la diáspora como «dispersión» [7] sustituirá a la interpretación del exilio como castigo divino.

Unos siglos más tarde, el docto y sutil Filón de Alejandría certificará a todos los judíos el carácter legal y ortodoxo de la situación de la diáspora: «Para quienes fundan una colonia —escribe— la tierra que los recibe se convierte naturalmente en su patria, reemplazando a la ciudad natal». (*De confusione linguarum*, 78).

## UN HECHO IRREVERSIBLE

Durante los dos últimos siglos de la historia del Segundo Templo, desde la llegada del Estado asmoneo hasta el cristianismo, la diáspora determinó, estadística e ideológicamente (cf. *infra*, p. 156), la constitución global del mundo judío. La siguiente declaración de Filón, contemporáneo de Jesús, revela un estado de hecho y una situación espiritual: «Los judíos, debido a su gran número, no caben en un solo continente. Por eso emigran hacia las regiones más favorecidas de Europa y Asia, a los continentes y las islas. Consideran a la ciudad santa, donde está el templo sagrado del Altísimo, su metrópoli, pero tienen *como patrias respectivas* las regiones que la suerte concedió como residencia a sus padres, a sus abuelos, a sus tatarabuelos e incluso a sus antepasados lejanos, aquellas en que nacieron y se educaron» (*In Flaccum* 45-46).

En el siglo I, la diáspora era para el judaísmo una situación política, social y religiosa ampliamente conocida y reconocida por judíos y no judíos. Dos autores, uno judío y otro cristiano, separados apenas por tres decenios, son brillantes testigos de la amplitud excepcional de la diáspora en esta época.

1. Filón de Alejandría, en su *Legatio ad Caium*, establece la siguiente lista de asentamientos judíos en las regiones naturales, ciudades tradicionales y líneas marítimas, partiendo de Alejandría: «Esta ciudad (Jerusalén) es, como he dicho, mi patria, mas también capital no sólo del territorio de Judea, sino de la mayoría de los demás territorios, en virtud de las colo-

[7] A. Paul, *Le fait biblique* (París 1979) 23-57.

nias que en diversas épocas ha enviado a los países limítrofes: Egipto, Fenicia, Siria y especialmente a la llamada Celesiria; otras a regiones más alejadas: Panfilia, Cilicia, la mayor parte de Asia hasta Bitinia y el Ponto; también a Europa: Tesalia, Beocia, Macedonia, Etolia, Atica, Argos, Corinto, a la mayoría de las mejores regiones del Peloponeso. Y no son sólo los continentes los que están llenos de colonias judías, sino las islas más renombradas: Eubea, Chipre, Creta. Y nada digo de las colonias de Transjordania[8], porque, a excepción de una mínima parte, Babilonia y todas las ciudades de las demás satrapías que poseen un territorio fértil en torno a ellas tienen habitantes judíos» (281-282)[9].

2. El evangelista Lucas, en sus *Hechos de los Apóstoles,* propone la siguiente relación de asentamientos judíos, a partir de Judea, en la que a las divisiones administrativas se sobreañaden las capas étnicas y lingüísticas: «Residían entonces en Jerusalén judíos devotos de todas las naciones de la tierra. Al oír el ruido, acudieron en masa y quedaron desconcertados, porque cada uno los oía hablar en su propio idioma. Todos, desorientados y admirados, preguntaban: ¿No son galileos todos esos que están hablando? Entonces, ¿cómo es que cada uno los oye hablar en su lengua nativa? Entre nosotros hay partos, medos y elamitas; otros vivimos en Mesopotamia, Judea, Capadocia, en el Ponto y en Asia, en Frigia o en Panfilia, en Egipto o en la zona de Libia que confina con Cirene; algunos somos forasteros de Roma, otros judíos o prosélitos; también hay cretenses y árabes, y cada uno los oye hablar de las maravillas de Dios en su propia lengua» (2,5-11)[10].

Siglo y medio antes o quizá dos, el autor judío del *III Oráculo sibilino* había escrito a propósito de su pueblo: «Toda región se llenará de ti, al igual que todo mar, y todos se horrorizarán de tus costumbres» (271-272). Además de una comproba-

[8] Comparar con Josefo, *Ant.* 11,133, para quien los judíos eran, más allá del Eufrates, «miríadas infinitas cuyo número es imposible determinar».

[9] Pelletier, OPA, 32,263.

[10] Como advierte E. Haenchen *(Die Apostelgeschichte,* $^{6}$1968, p. 134), no hay que desdeñar lo que pone el teólogo en la elaboración personal de una tradición recibida. Puede verse también con provecho: G. Schneider, *Die Apostelgeschichte* (Friburgo 1980), 252-253, sobre el reparto Este-Oeste en función de la distribución en capas territoriales de los Diádocos.

ción precoz, estos dos versos compuestos en griego en el Egipto tolemaico, eran además una asombrosa profecía.

## LA POBLACION JUDIA EN TIEMPOS DE JESUS

Los textos que acabamos de citar suscitan la difícil cuestión de la demografía (cf. EJ 13, 866-872). Al principio del período posexílico, cuando el territorio judío no llegaba apenas a los 2.000 km$^2$ y su población no debía de exceder de 70.000 personas (Esd 2,64-65). Esta cifra crecerá de manera fulgurante. Si hemos de dar crédito a Hecateo de Abdera (hacia el 300 a.C.), la ciudad de Jerusalén había tenido muy a comienzos del siglo III a.C. unos 120.000 habitantes[11] (en Josefo, *Apion.* 1, 197-Stern, *Authors* I, 36 y 39). Los grupos judíos se extendieron también fuera de las fronteras de la provincia de Judea, sobre todo en Galilea, en las localidades costeras y en Transjordania. Cuando estalló la rebelión de los Macabeos en el 167 a.C., el total de la población judía en todo el país era muy escaso, pero, tras la instauración del Estado independiente de los Asmoneos, gracias a la conquista y anexión de nuevas tierras, la cifra subió vertiginosamente: de grado, y a menudo por fuerza, la presencia judía se extendio e impuso en la casi totalidad de las tierras de Palestina. Así, Galilea (la antigua *gelil haggoyim,* «región de los paganos») era en tiempos de Jesús tan judía como el distrito de Jerusalén. El crecimiento demográfico no cesó ni en Palestina ni en la diáspora, en la que, hasta la segunda mitad del siglo I, los judíos proliferaban enormemente. Las consecuencias de las dos rebeliones palestinas, del 66 al 70 y del 132 al 135, pesaron mucho, al igual que las de la revolución generalizada que se desató bajo Trajano en el 115-117. El número de judíos descendió entonces rápidamente de forma muy considerable.

El cálculo de la población judía anterior a estas catástrofes no puede ser sino producto de estimaciones aproximativas. Cabe, sin embargo, tener por dato histórico auténtico la mención que hace Barhebraeus (cronista sirio, cristiano de origen judío, del siglo XIII) de un censo de todos los judíos ordenado por Claudio (41-54). A tenor de esta información, habría 6.944.000 judíos en todo el Imperio romano. Si añadimos los judíos de Babilonia, de la llanura iraní, del Yemen y de Etiopía, puede

[11] Cifra excesiva con mucho: cf. Broshi, RB 82 (1975) 5-14.

estimarse que, poco antes del 70, la población judía total podía exceder los ocho millones, de los cuales sólo una tercera parte vivía en Palestina. «El resultado de esta asombrosa expansión —ha escrito un excelente juez— fue que uno de cada diez romanos era judío...; uno de cada cinco habitantes «helenísticos» del mundo meditarráneo oriental lo era igualmente»[12].

Según la «American Jewish Year Book», citada por «Le Monde» (12 febrero 1980), la población judía mundial era en 1979 de 14.396.000 personas repartidas del siguiente modo: Estados Unidos, 5.860.900 (es decir, el 2,7 % de la población total); Israel, 3.135.000; Unión Soviética, 2.666.000; Francia, 650.000; Gran Bretaña, 410.000; Canadá, 305.000; Argentina, 300.000; Brasil, 150.000; Africa del Sur, 118.000[13].

[12] Barón, *Histoire* I, 232.
[13] Cf. EU, *Supplément* 1, 841.

CAPITULO II

# *LA DIASPORA OCCIDENTAL: EGIPTO Y CIRENAICA*

A diferencia de su homólogo oriental, constituido por un núcleo de deportaciones sucesivas en amplia constelación, la diáspora de Egipto se formó sobre todo a partir de Alejandro Magno y los primeros Tolomeos. Sólo muy parcialmente nació de las grandes deportaciones que precedieron y siguieron a la toma de Jerusalén. Hay que considerar seriamente, no obstante, la emigración judía a Egipto en el siglo VI a.C. En efecto, la gran catástrofe del 587 había obligado a los habitantes de la Judea arrasada a buscar tierras propicias en otras partes, y Egipto fue para ellos el asilo natural, por ser el más cercano. Pero hubo otros movimientos significativos y precursores de las fuertes inmigraciones de la época helenística.

## LOS COLONOS PIONEROS: GUARNICION DE ELEFANTINA

Bajo el dominio persa de Egipto (a partir del 525 a.C.), había compañías (literalmente: *degalim,* «banderas») de mercenarios judíos en el amplio campo militar de Elefantina, al sur de la isla del alto Nilo frente a la ciudad de Sun (Syene en Ez 29,10, la moderna Asuán). Algunos judíos fueron instalados allí por los faraones a principios del siglo VI, e incluso quizás desde el VII a.C., en los ejércitos de los soberanos saítas[1].

La *Carta de Aristeas* en el siglo II a.C. es un buen testimonio, aunque tardío, de ello. En dicha carta se lee lo siguiente: «... muchos (judíos) habían venido siguiendo al Persa (referencia muy probable a la conquista de Egipto por Cambises en 525) y, antes que ellos, otros fueron enviados como auxiliares para combatir al lado de Psammético (bien sea I,663-609 a.C. o II, 594-588 a.C.) rey de Etiopía» (§ 13).

[1] Cf. DBS II, 962-1032; EJ 6,604-610; [3]RGG II, 415-418; Hayes-Miller, 532-535.

Más que una guarnición en el sentido estricto o moderno de la palabra, se trataba de una *colonia militar:* «Los fundadores de la colonia, venidos a Elefantina como mercenarios, no tardaron en convertirse en colonos, viviendo en parte de los productos de la tierra que se les había asignado. Al tener descendencia, se transmitían de padre a hijo el *kleros* que les había caído en suerte en el reparto» (DBS II 983).

La colonia militar egipcia se llamará en griego, y sobre todo bajo los Lágidas, *clerouchia* («cleruquía»), ya que se establecerá en un territorio asignado «por sorteo» que se denomina *kleros*. El *klerouchos* («cleruco») era el colono que disponía de esa tierra.

Ya en tiempos de los Diádocos, los prisioneros se incorporaban voluntariamente al ejército del vencedor para instalarse luego como colonos. Los Tolomeos favorecieron las «cleruquías» desde finales del siglo IV a.C. Evitaban, de este modo, reclutar mercenarios. La instalación de un ejército en territorios cedidos, lo mantenía en estado de movilización permanente, sin necesidad de remunerarlo. De hecho, los clerucos apenas trabajaban la tierra por sí mismos. «A medida que Egipto renuncia a las guerras exteriores, forman una burguesía de rentistas, que ... conseguiría poco a poco de la realeza, primero la herencia y luego la plena disposición de las tierras» (Préaux I,312)[2].

El nombre griego *Elephantine* («Elefantina») traduce el original egipcio que se ha conservado en el arameo *Yeb* («ciudad de los marfiles»). Este lugar era importante desde el punto de vista religioso por ser la ciudad del dios egipcio Khnub y poseía además una función estratégica como fortaleza que defendía las fronteras meridionales de Egipto contra las devastadoras incursiones de los nubios. El mando militar persa residía allí. Es probable que desde el siglo VII a.C. se asentaran en ella elementos de lengua aramea llegados de Siria. Los contingentes de asiáticos, entre los que cabe incluir sirios, mesopotamios, iraníes y judíos, se reforzaron en los siglos VI y V a.C., para defender la legalidad persa en suelo egipcio. Por los *Papiros de Elefantina* [3] sabemos que la comunidad judía, de religión voluntariamente bastardeada[4], construyó un templo dedicado al dios Yahu (eco de Is 19, 19). Dicha comunidad desapareció hacia el 400 a.C.

[2] Cf. Cl. Préaux, *L'économie royale des Lagides* (Bruselas 1939) 463-480.
[3] Editados en francés por P. Grelot, LAPO 5.
[4] Cf. A. Vincent, *La religion des Judéo-Araméens d'Eléphantine* (París 1937).

## LA INMIGRACION JUDIA BAJO LOS TOLOMEOS

La emigración judía a Egipto alcanzó su cota más alta en la época helenística. Desde el comienzo del reinado de los Lágidas continuó produciéndose en oleadas sucesivas. El autor de la *Carta de Aristeas* recuerda la petición de «liberación de los hombres deportados de Judea por el padre del rey» (es decir, por Tolomeo I Soter, 323-285 a.C.), que «deportó cerca de cien mil hombres del país de los judíos a Egipto» y «de entre ellos ... armó a unos treinta mil seleccionados, instalándolos como guarnición en el país» (§ 13-13).

Josefo, por su parte, recogió el eco de estos acontecimientos a través de Hecateo de Abdera: «Tras la batalla de Gaza (312 a.C.), Tolomeo se apoderó de Siria y ... muchos habitantes, sabedores de su bondad y humanidad, decidieron partir con él a Egipto y unir a él su destino» *(Apion,* 1,186). El siguiente pasaje de la *Carta de Aristeas* describe sintéticamente la situación de una parte al menos de los judíos de Egipto en la primera etapa de los soberanos lágidas.

> «El rey Tolomeo[5] al sumo sacerdote Eleazar, salud y bienestar. Es un hecho que un número considerable de judíos, expulsados de Jerusalén durante el dominio persa, viven en nuestro territorio y que, en tiempos de mi padre, llegaron otros a Egipto como prisioneros de guerra, siendo muchos de ellos incorporados al ejército con una elevada soldada por mi padre. Igualmente, como conocía la lealtad de los que vivían ya en el país desde tiempo atrás, estableció guarniciones para mantenr a raya a la población egipcia y se las confió a ellos. En cuanto a mí, su sucesor, doy las más cordiales facilidades a todos, pero especialmente, a tus compatriotas: he devuelto la libertad a más de cien mil prisioneros de guerra, pagando a sus amos una justa indemnización pecuniaria, y me he esforzado en reparar los males de que hayan podido ser víctimas por las pasiones de la plebe... He incorporado, además, a las filas del ejército a quienes estaban en la flor de la edad, y he colocado al frente de ciertos servicios, incluido el mío personal, a quienes demostraban cualidades para ello y merecían que se les confiara un cargo en la corte»[6].

Hasta el año 200 a.C., fecha de la conquista de Palestina

[5] Tolomeo III Filadelfo (285-247 a.C.).

[6] *Apócrifos del AT* I (Ed. Cristiandad, Madrid 1982).

por el seléucida Antíoco III de Siria, la emigración judía hacia Egipto fue producto, en parte, de la unidad administrativa que garantizaba la ocupación egipcia[7] entre Siria meridional y Egipto. Algunos sirios, entre los que había gran número de elementos judíos, poblaron las guarniciones que los Tolomeos habían establecido en los puntos estratégicos de Siria meridional. Habían emprendido diversos trabajos que hacía necesaria la presencia de numerosos funcionarios, oficiales y comerciantes egipcios sobre el suelo de Palestina. Entre ocupantes egipcios y autóctonos se establecieron lazos civiles y militares. Esos vínculos explican el considerable flujo de población siria y judía hacia Egipto.

Los *Papiros de Zenón* (cf. p. 75) ofrecen preciosas informaciones sobre ese intercambio de bienes y hombres que acrecentó el efectivo y la vitalidad de la diáspora judía de Egipto. En los documentos que llevan hoy ese nombre hay referencias sobre la administración y economía de Palestina, el comercio de esclavos al que Zenón en persona se dedicó, la importación de aceite en Egipto, la exportación de especias a través del puerto de Gaza, etc.

## LA «TIERRA DE ONIAS»

La conquista de Palestina por el poder seléucida en el 200 a.C. rompió el equilibrio que los primeros colonizadores, los Lágidas, habían conseguido. Desapareció la unidad administrativa que aseguraba o imponía la ocupación egipcia entre Siria del sur y Egipto, y probablemente quedó suspendido, al menos de momento, el intercambio comercial. A pesar de todo, la inmigración judía no cesó. Al contrario, tras una breve interrupción se reanudó vigorosamente. La nueva situación política y cultural de Judea, sometida en ese momento a una sistemática helenización por parte de los seléucidas de Siria, que por lo demás encontró amplia aceptación en numerosos judíos, y los efectos luego de la rebelión de Judas Macabeo, con sus secuelas políticas y militares, explican en gran medida esta nueva oleada de emigrantes. Algunos de ellos eran de origen aristocrático, como ocurre con Onías, llamado Onías IV, que huyó a Egipto con un nutrido grupo de compatriotas partidarios suyos.

[7] Citando a Hecateo de Abdera (en *Apion.* I, 187,189), Josefo menciona a un sacerdote judío de alto rango, Ezequías, que se instaló en Egipto con numerosos inmigrados tras la victoria de Tolomeo en Gaza (311 a.C.).

Hijo de Onías III, que murió asesinado en el 160 a.C., Onías IV pertenecía a una familia que había ocupado durante largo tiempo el cargo hereditario de sumo sacerdote, del que fue desposeída por los judíos helenizantes (cf. p. 173). De acuerdo con el rey lágida Tolomeo VI Filométor (181-145 a.C.) y su mujer Cleopatra II, fundó un templo en Leontópolis, cerca de Menfis *(Bell.* 7,422-432) y se convirtió en jefe de una unidad militar judía autónoma. Actuaba así, en cierto modo, como los líderes asmoneos que en ese momento dominaban Palestina. Era, en efecto, general y sumo sacerdote al mismo tiempo. Se estableció con sus tropas y familias en el territorio en que se levantaba el templo, que pasó a llamarse «Tierra de Onías» (el nombre árabe actual es *Tel-al-Yahudiyya)* [8].

Se creó, pues, una colonia militar *(klerouchia)* de amplias dimensiones y con ella un auténtico patrimonio territorial en tierra egipcia, del que era beneficiario un importante grupo de judíos. Se reunían las condiciones políticas, sociales y económicas de un pequeño Estado dentro del Estado. Todavía más: lo que se había establecido en la diáspora de Egipto era más bien *un pequeño Estado judío, pero sólido, colonizador* y mercenario a la vez, con una real función política a la que se añade un gran valor simbólico.

La unidad militar de Onías desempeñó un importante papel en la vida política del Egipto tolemáico de la época. Al estar a disposición del poder central, intervino en las guerras de sucesión. Cuando murió Filométor (en Siria, 145 a.C.) defendió la causa de la reina Cleopatra, en seria pugna contra los alejandrinos que se dirigían contra ella a las órdenes de su joven cuñado Evérgetes II (Tolomeo VII). Onías acudió en socorro de la reina y de ahí se siguieron penosas consecuencias para los judíos *de Alejandría: fue el primer intento de persecución contra los* judíos en el Egipto helenístico (el libro III de los Macabeos y Josefo, *Apion,* 2, 53-55 se hacen eco directo de ello). El matrimonio entre Evérgetes y Cleopatra arregló las cosas y los judíos recuperaron la paz. El templo de Onías quedará clausurado en el 73 por orden de los romanos *(Bell.* 7,435-436).

Los rasgos de un Estado dentro de otro, típicos de la colonia militar de Onías IV, se acentúan con el carácter dinástico

[8] Baron, *Histoire* I, 552-553. Respecto a la identificación del templo de Onías en Leontópolis, conviene tener en cuenta las precisiones e incluso reservas de A. Barucq, DBS 5, 359-372.

que, también a imitación de los caudillos asmoneos (y más tarde de los sicarios), adoptó y mantuvo el doble ejercicio de la autoridad suprema, militar y religioso.

Onías tuvo, en efecto, dos hijos: Ananías y Helkias, generales en el ejército de Cleopatra III (reina desde el 116 al 110 a.C.). Estuvieron al frente de la colonia militar de Heliópolis y defendieron la causa de la reina en las guerras contra su hijo Tolomeo VIII (Látiro) por el trono de Egipto *(Ant.* 13,284-287). Aconsejada por Ananías, Cleopatra renunció, tras su victoria, a poner en práctica el proyecto de ocupar el reino asmoneo tal y como le habían sugerido algunos de sus consejeros. Incluso firmó un pacto con Alejandro Janeo. El hijo de Helkías, de idéntico nombre, es quizá el personaje que se menciona en una inscripción egipcia del 102 a.C. como caudillo *(strategos)* del nomo de Heliópolis.

Flavio Josefo alude también a las actividades de otro general judío, Dositeo, igualmente al servicio de los Lágidas bajo Filométor *(Apion. 2,49)*.

Sabemos que los militares judíos prestaron su ayuda poco menos de un siglo después a los generales romanos. En el 55 a.C., bajo Pompeyo, ayudaron a Gabino en su intento de restablecer a Tolomeo XIII en el trono de Egipto *(Bell.* 1,175). Unos años después, los judíos de la «Tierra de Onías» se aliaron con las tropas de Antípatro, padre de Herodes, para ayudar a César en persona en el mismo país de Egipto (cf. p. 46).

* * *

La instalación de los judíos en el país *(chora)* de Egipto había sacado partido, por consiguiente, del medio privilegiado de la colonia militar, verdadera institución en el sistema de dominio de los Tolomeos, al igual que en el de los Seléucidas. Del mismo modo que antes los faraones, los soberanos lágidas utilizaban regularmente para el mantenimiento de su hegemonía y la defensa de su trono el servicio de unidades de mercenarios establecidos en sus tierras como colonos titulares. Los judíos eran considerados como excelentes soldados, cotizados, además, por su lealtad. Ahora bien, todo cambiará con la llegada de los romanos a Egipto. Las legiones se encargarán ahora en exclusiva de mantener el orden y no ya de gobernar o reinar. A partir de entonces, se licenciará a los cuerpos de mercenarios, sedentarios o no, y el ejército de la «Tierra de Onías»

quedará disuelto como los demás. Los descendientes de Onías IV y de sus partidarios continuarán viviendo allí a pesar de todo.

## LOS JUDIOS EN LA CIUDAD GRIEGA

En las ciudades, y en especial en la gran Alejandría de Egipto, los judíos echaron raíces de una forma tan eficaz y, por así decirlo, tan apropiada como en la *chora,* por medio esta vez del *politeuma,* «ciudad *(polis)* dentro de la ciudad», como expresa su misma etimología. Si no inventaron el término, parece que los judíos contribuyeron en cierta medida a crear esa realidad, muy conocida, por otra parte, en el conjunto del mundo griego.

«Politeuma» se aplica, en primer lugar, al Estado, a la administración y órdenes estatales, o a un cuerpo de ciudadanos. El término designó también una cofradía, corporación, comuna o, de modo más amplio, una comunidad establecida dentro de una ciudad. En Egipto, por ejemplo, se encuentran varios casos de *politeumata,* constituidos por diversos grupos nacionales: idumeos, frigios, cretenses, etc.[9].

Bajo los Tolomeos y al comienzo de la ocupación romana de Egipto, el más importante *politeuma* judío era el de Alejandría. En el transcurso del siglo II a.C. la *Carta de Aristeas* lo saludaba formalmente como tal. Existen testimonios de que otro tanto sucedía con los de Cirene (cf. Estrabón citado por *Ant.* 14,115), Berenice en Libia, Antioquía de Siria y quizá Cesarea de Palestina[10].

El *politeuma* ofrecía y garantizaba a un grupo homogéneo de raza extranjera la posibilidad de integrarse legalmente en una sociedad política dada, conservando y afianzando su peculiaridad nacional, que suponía vínculos reales y permanentes con la nación-madre.

El *politeuma* de Alejandría[11] puede considerarse como el modelo de los restantes de la diáspora occidental de lengua

[9] Cf. Liddel/Scott, 1434; Bauer, 692-693; TWNT VI, 516-536; Schürer (1909) 3,72-73.

[10] Cf. Smallwood, *The Jews,* 225-235; Safrai-Stern II, *passim* e Index; Préaux II, 453-456.

[11] Sobre los judíos en Alejandría, cf. p. 143-148.

griega. Tenía como jefe, «cual si de una ciudad independiente se tratase» *(Ant.* 14,117) a un *etnarca.* Bajo su autoridad y luego en lugar suyo, a partir de una reforma aprobada por Augusto *(In Flaccum* 74), estaba la *gerousia,* «consejo» de setenta y un miembros. El *politeuma* definía y delimitaba las cualidades cívicas de todo judío de Alejandría o de cualquier otra ciudad. Se era legalmente «alejandrino» por la pertenencia al *politeuma,* «ciudad dentro de la ciudad», y ello sin gozar propiamente hablando de *politeia,* «ciudadanía» estricta o cualidad de «ciudadano» *(polites).*

Según la antigua tradición griega, el primer requisito para adquirir la «ciudadanía» o *politeia* era la educación recibida en un gimnasio con la formación propia del *Ephebeion.* En Alejandría ése era probablemente el medio habitual de obtener jurídicamente el título de ciudadano, que la Administración real confirmaba luego de manera casi automática. A diferencia de la época romana, muy rigurosa con los criterios raciales, el período de los Tolomeos mantuvo una cierta laxitud sobre el particular. Para los judíos, sin embargo, la *politeia* o plena ciudadanía griega *(isopoliteia)* equivalía a apostatar. Parece que los casos fueron raros y aislados, debidos a motivos profesionales. Conocemos por Josefo el caso del hermano de Filón, Alejandro (hacia el año 30), y de un tal Demetrio (en tiempos de Claudio), oficiales de aduanas o banqueros. Alejandro tuvo un hijo, Tiberio Julio Alejandro, que elevado al rango de *eques,* ocupó el cargo más alto al que un funcionario romano podía aspirar: «prefecto de Egipto».

* * *

En el funcionamiento del *politeuma,* como de toda comunidad judía por pequeña que fuese, era esencial una institución relativamente nueva: la *sinagoga* (cf. la nota: «La sinagoga y sus orígenes», pp. 158-160). Se imponía, efectivamente, sostener la cohesión ideológica del grupo «disperso», fuera y lejos de Judea. Además, era preciso mantener y justificar con ello la ortodoxia, en una situación culturalmente muy lejana. La peregrinación a la capital judía[12] y el pago del impuesto al santuario central no eran suficientes.

En cierto modo, la sinagoga era al templo lo que el *politeuma* al Estado. Aquélla llegó a imponerse como lugar de actividades específicas y contribuirá a salvar el judaísmo tras la desa-

[12] Cf. Safrai-Stern I, 191-204; II, 570-571 y 898-904.

parición de lo que constituía su identidad política: las fronteras nacionales y el templo de Jerusalén. Para los judíos de la diáspora habían ya desaparecido en cierto modo esos bienes debido a la lejanía y al trasplante, es decir, la aculturación. La religión judía se perpetuó por la sinagoga, y gracias a ella mantuvo su originalidad fundamental mientras hacía frente a las necesidades de una adaptación cultural a menudo urgente. Lejos del templo y sin él, la sinagoga era el establecimiento donde los usos de la Ley (o la Escritura), leída, estudiada o comentada, ocupaban el lugar de los inexistentes ritos y sacrificios del templo. Constituía, además, el centro exclusivo en que los judíos recibían su educación, equivalente a lo que eran el gimnasio y el *Ephebeion* en la misma ciudad para los griegos de la época. La sinagoga contribuía de algún modo a hacer del *politeuma* una verdadera ciudad (judía) dentro de la ciudad. Paralelamente, con el templo y su jefe militar supremo, que era al mismo tiempo sumo sacerdote, la colonia militar era, en la *chora,* una especie de Estado (judío) dentro del Estado. El *politeuma* tenía una estructura laica, mientras que la colonia militar conservaba voluntariamente, dentro de sus límites y a escala reducida, la estructura sacerdotal del grupo judío de Palestina. Pero la separación de ambas estructuras no era, de hecho, absoluta, ya que las sinagogas acompañaban rigurosamente a cualquier implantación de colonia militar en territorio rural, de igual modo que se desarrollaban y proliferaban en Judea y hasta en el recinto del templo de Jerusalén.

## DECADENCIA POLITICA DE LOS JUDIOS DE EGIPTO

El tránsito del sistema de dominio de los Tolomeos al distinto sistema de ocupación de los romanos el 31 a.C., fue, como hemos visto, la razón de mayor peso para que se produjese una profunda transformación en las condiciones generales de vida de los judíos de la diáspora egipcia[13]. Dos importantes medidas habrían de repercutir gravemente en la vida económica y, por tanto, en la social. En primer lugar, la supresión del ejército de los Tolomeos, que llevó aparejada la eliminación de todas las unidades de soldados judíos. Eso desequilibraba enormemente la situación económica y profesional de bastantes judíos egipcios, sobre todo en la *chora.* Los recaudadores de im-

[13] Cf. Tcherikover, JJS 14 (1963) 1-32.

puesto y otros agentes al servicio de los Lágidas, entre los que había numerosos judíos, fueron reemplazados también por funcionarios del gobierno, los *praktores*. Esta función, como algunas otras, se convertirá en una *leitourgia*, un «servicio público», que la administración romana preferirá que desempeñen los griegos. En términos generales, la conquista de Egipto por Roma canceló los principios «totalitarios» o por lo menos directivos, de la economía de los Tolomeos y abrió cauce a la iniciativa privada. De ahí nació un liberalismo que, unido a la estratificación social, si no creada sí agravada seriamente por aquel, determinó la variedad y multiplicación de las actividades profesionales de los judíos egipcios.

Al hablar de la paralización de los negocios a causa del movimiento popular antijudío que tuvo lugar en Alejandría y sus aledaños en el 38 (cf. p. 145), Filón describe la situación de sus compatriotas y correligionarios, a través de cinco clases profesionales. Escribe: «Habiendo perdido los financieros *(poristai)* sus capitales y en la imposibilidad de que nadie se dedicara a sus ocupaciones habituales, ni campesinos *(georgori)* ni armadores *(naukleroi)*, ni comerciantes *(emporoi)*, ni artesanos *(technitai)*, sobrevino la miseria por dos razones simultáneas: a causa del pillaje, que en un solo día los desposeyó y despojó de sus bienes, y por no poder encontrar recursos para ejercer su profesión habitual» *(In Flaccum* 57)[14].

* * *

Hay que añadir, a propósito del deterioro económico de los judíos de Egipto, las penosas secuelas de la política fiscal de Roma. En los primeros años del reinado de Augusto, se implantó en Egipto la *laographia* (literalmente: «inscripción del pueblo»), impuesto personal que debía pagar todo aquel que no fuera ciudadano de una ciudad griega o de Roma (a excepción de algunos privilegiados, como determinados sacerdotes). Esta imposición causó un triple efecto entre los judíos:

1. La opresión económica. Los lugareños, desprovistos de dinero, resultaban los más perjudicados.

2. Una discriminación insultante. La *leographia* constituía una barrera que desbarataba cualquier deseo y posibilidad de emancipación. Además, metía en un mismo talego de contribuyentes a los judíos y los egipcios autóctonos.

3. La estratificación social e ideológica, dentro del grupo judío, en dos capas distintas e incluso a veces opuestas: por una

[14] Cf. Tcherikover, *Corpus* I, 48-50.

parte la minoría de ciudadanos, más favorecidos y menos perjudicados, que persistían contradictoriamente en la apertura al helenismo y la coexistencia con los griegos (Filón constituirá, más tarde, un buen ejemplo de ello); por otra, la mayoría de la población rural, empobrecida por los impuestos, resignada al aislamiento y luego inducida a la reacción nacionalista por la influencia y con la ayuda de los primeros movimientos de resistencia de los judíos de Palestina (después de la muerte de Herodes y hasta el año 70).

La *laographia* de Augusto, por consiguiente, ponía en marcha un proceso y significaba una situación cuyo término y desenlace respectivos será, un siglo más tarde y en conexión con el destino de los judíos de Palestina, la decadencia casi total de la diáspora de los judíos egipcios, antes tan próspera y brillante (cf. lo que diremos sobre Alejandría, p. 147). Por eso el libro III de los Macabeos, obra judía en lengua griega, llama *paroikia*[15] no ya a la implantación, sino a la «estancia», es decir, al «exilio» (provisional) de los judíos en Egipto (3 Mac 6,36; 7,19).

Era la comprobación del fracaso de la diáspora como condición decisiva de vida auténticamente judía fuera de la tierra nacional. La palabra exilio parecía ser de nuevo más apropiada.

[15] La versión griega de los Setenta emplea *paroikia* para traducir el arameo *golah* («exilio» en Is 8,35), el hebreo *magor* («lugar de estancia» en Sal 55,16 y 119,54) u otros términos de la raíz *gur* («residir»), es decir, todas aquellas palabras que la Biblia griega nunca traduce por *diáspora*.

CAPITULO III

# *LA DIASPORA ORIENTAL Y SEPTENTRIONAL: SIRIA, BABILONIA Y ASIA MENOR*

Los judíos de la diáspora oriental y septentrional —de Babilonia y Mesopotamia, Media y Persia, Siria y Asia Menor— experimentaron un nuevo auge bajo el dominio de los Seléucidas. Su política, al menos en sus comienzos, fue muy colonial: fundación de nuevas ciudades, pobladas de inmigrantes macedonios, soldados griegos y comerciantes; instalación de ciudades fortificadas a lo largo de las rutas y ríos más importantes; asentamiento de colonias militares en los pueblos. Estos hechos originaron por doquier el desarrollo y la prosperidad, que los judíos supieron aprovechar ampliamente.

Desde el punto de vista étnico y cultural, según su modo de proceder, los judíos orientales formaban un grupo aparte. Pero se helenizaron con gran rapidez y profundamente, menos que sus hermanos de Egipto, pero tanto como los de Palestina. En Asia Menor y Siria, sin embargo, la lengua griega será su vehículo familiar de comunicación. El impacto del helenismo sobre ellos fue, por consiguiente, grande, lo cual no significa que la mayoría de los judíos de Mesopotamia y tierras vecinas hablaran el griego. Más bien hay que suponer lo contrario, si aceptamos que Josefo escribió la *Guerra judía* primero en arameo, para sus «compatriotas de allende el Eufrates» (1,6).

## LAS COLONIAS MILITARES JUDIAS

Resulta más difícil conocer la situación de los judíos en el sistema colonial de los Seléucidas que en el Imperio egipcio de los Tolomeos. No obstante, a partir de Antíoco III el Grande (223-187 a.C.) disponemos de más información, en especial sobre las regiones rurales. En lo que a las ciudades se refiere, Josefo sigue siendo una fuente honrada y pródiga.

Uno de los hechos significativos es la utilización de «colo-

nias» militares[1] judías por los soberanos de Siria, lo mismo que los Lágidas en Egipto. Se denominaban de ordinario *katoikiai*[2], plural de *katoikia* (equivalente de las *klerou-chiai* en Egipto).

Derivada del verbo *katoikein* («habitar»), *katoikia* significa, en primer lugar, «residencia» (2 Mac 3,39; Hch 17,26). En 1 Mac 1,10 el término designa la «colonia» (de extranjeros) que se convertiría por obra de Antíoco IV en la ciudad de Jerusalén. Josefo la emplea en *Ant.* 10,223 a propósito de las «instalaciones para acoger» a los deportados a Babilonia por Nabucodonosor; en *Ant.* 18,37 para designar la «nueva fundación» de Tiberíades por Herodes. En una inscripción encontrada en Asia Menor se aplica a la «colonia *(katoikia)* judía de Hierópolis» (Frey, *Corpus* II, 775).

* * *

Sabemos por Josefo (*Apion.* 1,200-204) que en los ejércitos de Alejandro formaban los judíos un contingente con prácticas religiosas particulares y severas reglas, que eran respetadas, no obstante, por las autoridades militares. Frente a la obstinada negativa por parte de los judíos a obedecer, Alejandro en persona hubo de resignarse a eximirlos de participar en la reconstrucción del templo de Bel en Babilonia (*Apion.* 1,192). Después de él, los soberanos seléucidas trataron con mucha tolerancia el particularismo de sus mercenarios judíos. Más aún, atribuían sus virtudes, en especial su lealtad, a su escrupuloso respeto de las prescripciones religiosas. Estas cualidades se denominaban *eusebeia,* «piedad», en las fórmulas convencionales de la época helenística, como la de Antíoco III: «por su *piedad* (la de los judíos) hacia Dios», *Ant.* 12,150. Por otra parte, la rebelión de los Macabeos no tuvo eco entre los judíos de la diáspora oriental, que sólo se movilizaron mucho más tarde, bajo Trajano.

La propia Biblia menciona la considerable ayuda de los soldados judíos al servicio de los Seléucidas (2 Mac 8,20). Judas Macabeo exhorta a seis mil de sus soldados a «combatir con valentía» y para ello evoca la aplastante victoria que ocho mil judíos consiguieron en Babilonia sobre veinte mil gálatas (ga-

[1] Cf. E. Bikerman, *Institution des Séleucides* (París 1938) 80-87.

[2] Existían otras denominaciones para designar esas poblaciones militares con estatuto legal, por ejemplo *stratopedon Ioudaion,* «campo de judíos», en *Ant.* 14,133 y *Bell.* 1,191.

los). Se trata de una proeza poco frecuente, puesto que la bravura de los galos era proverbial[3].

* * *

El ejemplo más sorprendente que conocemos de una colonia militar judía hay que situarlo hacia el año 210 a.C., en tiempo de Antíoco III. En dicha época, mientras el rey seléucida llevaba a cabo una brillante campaña de gran envergadura en las satrapías orientales (212-205 a.C.), se produjeron por segunda vez graves disturbios en Asia Menor, en Frigia y Lidia para ser más precisos. Antíoco, alertado, reaccionó inmediata y resueltamente. Entre las medidas que adoptó, cabe citar el traslado de dos mil familias judías a las regiones sediciosas. Su intención era colocar allí de manera permanente poblaciones nuevas y sosegadas, que fueran de fiar, en calidad de agricultores, pacificadores y tropas de guarnición en reserva. A este fin, escribió a Zeuxis, sátrapa de las dos provincias afectadas, mencionado por Polibio en varias ocasiones, la siguiente carta, que se conserva en Josefo, y cuya autenticidad, muchas veces discutida, es hoy casi unánimemente aceptada:

> «El rey Antíoco a su padre[4] Zeuxis, salud. Si tu salud es buena, me alegro. Yo también disfruto de ella. Enterado de que los habitantes de Lidia y Frigia se dedican a movimientos sediciosos, he creído que ello merecía por mi parte gran atención. Pedí consejo a mis amigos sobre lo que convenía hacer y he tomado la determinación de sacar de Mesopotamia y Babilonia dos mil familias judías con sus pertrechos, para enviarlas a las guarniciones y plazas más importantes.
>
> Estoy persuadido, efectivamente, de que serán excelentes guardianes *(eunous... phylakas)* de nuestros intereses, por su piedad hacia Dios *(dia ten pros ton Theon eusebeian)*. Me consta que mis antepasados contaron con su lealtad *(pistis)* y pronta obediencia *(prothymia)*. Deseo, pues, aunque no se me oculta la dificultad que ello conlleva, que se les traslade allí con la promesa de dejarles vivir según sus propias leyes *(nomois aoutous chrestai tois idiois)*.
>
> Cuando los hayas trasladado a los lugares indicados, darás a cada familia un solar para construir su casa, un campo para labrar y plantar viñas y les dejarás exentos, durante diez años,

[3] Abel, *Maccabées*, 391.

[4] La palabra «padre», dirigida por el rey a uno de sus altos funcionarios, se encuentra también en otro documento seléucida, en 1 Mac 13,32.

de todo tributo sobre los productos de la tierra. Y hasta que recolecten las cosechas se les distribuirá trigo para la manutención de sus esclavos. Que se les dé también lo necesario a los encargados del culto *(chreias)*[5], a fin de que, reconociendo nuestra benevolencia *(philanthropias)* muestren más celo por nuestros intereses. Vela igualmente con el máximo cuidado por el pueblo para que no sea molestado por nadie». (*Ant.* 12,147-153).

Esta carta es, por su forma, una de las mejores piezas escritas que poseemos del período helenístico en su fase de madurez. Contiene numerosas fórmulas o palabras técnicas de uso corriente, rastreables en otros documentos de la época. Así, *«eunoi phylakai»* («excelentes guardianes»), *pistis* («lealtad»), *prothymia* («obediencia pronta»), *eusebeia* («piedad»), *philanthropia*[6] («benevolencia»), *chreiai* («servicio cultural»). Las ventajas y privilegios concedidos a los colonos eran los que, en similares circunstancias, concedían no sólo los Seléucidas, sino también otros Estados, como Pérgamo. Por relevante que fuera el fenómeno del asentamiento de una *katoikia* o «colonia», de cara a garantizar los intereses seléucidas sobre un territorio dado, no era excepcional. Sabemos con certeza que una parte al menos de la población rural de Asia Menor, Siria y las provincias al este del Eufrates, se componía de militares granjeros con sus familias, es decir, de los naturales del país, a veces judíos, que gozaban de los privilegios correspondientes a esa situación concreta: la práctica del culto de sus antepasados constituía el aspecto moral o tradicional de sus privilegios, mientras que las ventajas materiales concedidas constituían el aspecto económico.

Hubo en esas regiones dos clases de comunidades judías: una urbana, con instalación de judíos en los aledaños de las ciudades griegas e incluso en su interior; otra rural, integrada por auténticos pueblos, con frecuencia fortificados y disfrutando de amplia autonomía. La organización de estas *katoikiai* se realizaba en torno a un núcleo sacerdotal compuesto por sacerdotes y levitas pagados con fondos reales (como afirma Antíoco III en su carta a Zeuxis). En ocasiones, los sacerdotes, jefes militares adjuntos, mandaban personalmente la fortaleza de la colonia. En este caso, dado el rango sacerdotal de su titular, el

[5] Sobre la traducción de este término y sobre el conjunto de dicho documento, cf. Schalit, JQR 50 (1959-60) 289-318.
[6] Cf. Pelletier, *Mélanges Simon*, 35-44.

puesto de comandante de la plaza era hereditario, lo mismo que en Egipto. La instalación de *katoikiai* fue también allí un factor eficaz para el desarrollo de las sinagogas y la consolidación de la práctica predominantemente laica de los servicios sinagogales.

## UNA COLONIA HERODIANA

Unos dos siglos más tarde, Herodes el Grande, dentro del espíritu y la tradición de los grandes soberanos helenísticos de Siria, asumió una iniciativa que recuerda curiosamente la de Antíoco III en Asia Menor. Un judío babilonio llamado Zamaris (o Zimri) huyó de su país, dominado a la sazón por los partos, con quinientos caballeros, todos ellos arqueros experimentados, y una amplia familia de unas cien personas. Refugiado en Siria, donde se le concedió un territorio cerca de Antioquía, su peripecia fue conocida por Herodes. Deseoso éste de reforzar eficazmente la presencia judía frente a los traconitas y parapetarse al este del Golán, hizo al jefe judío la siguiente proposición:

> «... prometió darle tierras en la toparquía de Batanea, en los límites de Traconítide. Quería convertir su asentamiento en una especie de muralla. Aseguró a Zamaris y sus seguidores la exención de todos los impuestos directos y cualquier otra contribución, ya que la tierra que le entregaba era baldía. Atraído por esas promesas, el babilonio se trasladó allí, ocupó el territorio en cuestión y levantó varios fuertes y una aldea que llamó Bathyra. Zamaris sirvió en efecto de escudo, simultáneamente a las gentes del país contra los traconitas y a los judíos que venían desde Babilonia a hacer sus sacrificios a Jerusalén, evitando que fueran molestados por los bandoleros traconitas. Llegaron a él de todas partes numerosos individuos fieles a las costumbres judías. El país aumentó su población, gracias a la seguridad que le confería la exención total de impuestos. Este privilegio se mantuvo mientras vivió Herodes...» (*Ant.* 17, 25-27).

Los sucesores de Herodes y después los romanos no mantuvieron el privilegio de la exención de impuestos, lo que significaba la asfixia económica de la colonia. Pero la familia de Zamaris se había asentado también en los territorios colindantes. Como los demás jefes militares judíos al servicio de un gran monarca con sus tropas y familia, Zamaris tuvo sucesores di-

rectos en las personas de su hijo y su nieto, «hijos excelentes» según Josefo (*Ant.* 17,29). El primero de ellos, Yacimos, «ilustre por su valentía» *(ibíd.)* formó y encabezó un escuadrón de guardias para los reyes Agripa I y Agripa II. Filipo se distinguió «por su valor en la guerra y otros méritos» *(ibíd.).* Pero en la guerra judía del 66-70 su papel fue muy ambiguo (lo que explica la simpatía con que los trata Josefo), al servicio de los descendientes de Herodes en la política pro-romana.

Este ejemplo ilustra la actitud y permanente disponibilidad de los judíos de la Antiguëdad para el oficio de las armas y su venalidad militar al servicio de un gran monarca (las semejanzas de Zamaris y su familia con Onías IV y la suya resultan muy elocuentes), y ello hasta en la instauración de un mando hereditario (a la manera de los jefes asmoneos y los futuros resistentes del siglo I). Esto demuestra además, a las claras, que la política de Herodes el Grande y sus sucesores imitaba la de los reyes helenísticos. Puede afirmarse de nuevo, a este respecto, que la diáspora había invadido políticamente el propio territorio nacional.

## BAJO EL DOMINIO DE LOS PARTOS: EL STATU QUO

La dominación romana transformó profundamente la situación política, económica y social de los judíos, tanto en Egipto y Cirenaica como en Asia Menor y luego Siria y Palestina. En cambio, la llegada de los partos a los territorios donde vivía la diáspora oriental, cuyo centro era Babilonia, dejó las cosas prácticamente como estaban.

Los *partos* eran originariamente una tribu nómada, los *parni,* establecida en Partia, al sudeste del Caspio. Poco a poco, adoptaron el nombre del territorio. Arsaces, en el 240 a.C., fue su primer monarca y el fundador de la dinastía parta de los Arsácidas. La expansión de su reino más allá de las fronteras de Partia, lenta en sus comienzos, se inició con la anexión de Hircania. Chocó hacia el este con la resistencia o presión de las poblaciones nómadas de las estepas. Tras una desesperada resistencia, los Seléucidas cedieron.

El verdadero fundador del Imperio parto fue Mitrídates I (171-138 a.C.). Se apoderó de Seleucia, a orillas del Tigris, en el 141 a.C. y capturó al rey seléucida Demetrio II. Aproximadamente después de medio siglo de dificultades y tanteos, los partos consiguieron por fin establecer su dominio en Babilonia

en tiempos de Mitrídates II, hacia el 120 a.C. Con breves intervalos de ocupación romana (Roma disputó a los partos sobre todo el Estado-tapón de Armenia, pero los arsácidas trataron de imponer, como frontera natural entre los dos imperios, al Eufrates) dominaron dicho territorio hasta el año 226. A partir del 229 y hasta la llegada de los árabes, lo ocuparon los sasánidas persas.

Los judíos de Babilonia no eran los primeros en vivir bajo el régimen de ocupación de los partos, que ya habían encontrado judíos en Hircanka y probablemente en Media. Los nuevos ocupantes deseaban establecer, en la región, étnica y culturalmente poco homogénea, de Babilonia, un gobierno efectivo primero, y luego una defensa segura de las fronteras. Homologaron también con bastante naturalidad los bienes culturales, predominantemente griegos, que encontraron en las tierras recientemente conquistadas. A partir de entonces, se abrieron y favorecieron a las comunidades judías, también muy helenizadas, allí donde las encontraron. A diferencia de sus hermanos de Egipto y sobre todo de Palestina, los judíos babilonios disfrutaron entonces de paz: durante los dos primeros siglos del reinado de los partos ningún ejército arrasó el territorio en que vivían ni tuvieron que tomar partido por nadie, militarmente o de cualquier otro modo.

Es preciso abordar el problema de las relaciones entre las autoridades judías de Palestina y la administración parta, aunque las fuentes sobre este punto son más bien escasas. Los dos poderes tenían un interés común: destruir la hegemonía e incluso el reinado de los Seléucidas. Ahora bien, el reinado de Mitrídates I (171-138 a.C.) y la rápida expansión de los partos en Mesopotamia coincidió con la instauración del Estado de los Asmoneos. Además, la victoria del sucesor de Mitrídates, Fraates II (138-128), sobre Antíoco VII Sidetes en el 129 a.C., ayudó de manera decisiva al movimiento independentista de los judíos de Palestina. Aunque hasta el siglo I a.C., no encontramos ninguna prueba fehaciente de alianza formal entre las dos potencias, es seguro que los judíos de Babilonia se beneficiaron de efectivas alianzas. Por otra parte, desde el 139 a.C. hubo contactos indirectos entre asmoneos y partos, mediante una circular que Roma envió a diversos Estados, reyes y ciudades de Oriente Medio, con el propósito de que respetaran los derechos peculiares de sus «amigos» judíos. Los partos figuran

entre los destinatarios de dicho decreto (como puede verse en dos documentos similares en *Ant* 14,145-148 y 1 Mac 15,15-24) Segun una informacion que Josefo desconoce, pero que recoge el Talmud de Jerusalén (*Berakot* 7,2), se habria enviado una misión parta a la corte de Alejandro Janeo[7]

## DOS HECHOS SIGNIFICATIVOS

Vamos a recordar dos hechos significativos de la historia de los judios bajo el Imperio parto, en el siglo I y en las regiones alejadas del territorio nacional El primero de ellos manifiesta la insistente aficion de los judíos por un Estado militar El segundo el exito del proselitismo en la misma epoca

### 1 *Un esbozo de Estado militar*

Dos hermanos judios de Babilonia, Anileo *(Anilaios)* y Asineo *(Asinaios)*, fueron protagonistas de una asombrosa aventura, a saber la fundacion de un verdadero Estado judio, que se mantuvo en territorio parto durante quince años, desde el año 20 al 35 El relato ha sido conservado por Josefo *(Ant* 18, 314-370), quien expresa en estos terminos el origen del caso

> «Habia dos hermanos, Asineo y Anileo, naturales de Nehardea Habiendo quedado huerfanos de padre su madre hizo que aprendieran a tejer, porque no resultaba deshonroso a los ojos de los indigenas que los hombres trabajasen la lana Pero el encargado de vigilar su trabajo, en cuya casa aprendieron el oficio, los golpeo, reprochandoles haber llegado con retraso Ellos consideraron injusto el castigo y, apoderandose de todas las armas que habia en la casa, huyeron a un lugar que sirve de separacion a los rios, apto para suministrar buenos pastos y forraje para almacenar de cara al invierno En torno a ellos se reunieron algunos jovenes carentes de recursos a quienes proporcionaron armas, erigiendose en jefes del grupo Nada impidio que se dedicasen al mal Habiendose hecho poco menos que invencibles, construyeron una ciudadela *(akropolis)* y exigian a los pastores un tributo en ganado para proveerse del suficiente alimento Ofrecian su amistad a quienes la aceptaban y su proteccion contra cualquier enemigo exterior A quienes se negaban a ello les amenazaban con liquidar su ganado Los pas-

[7] Se vuelve a encontrar esta tradicion en el Midras *Qohelet Rabbah* 7 11

tores no tenian otra alternativa que aceptar y enviarles el ganado establecido Aumento asi su fuerza y de repente decidieron dedicarse a maltratar a quien les viniese en gana Los que topaban con ellos se ponian a su servicio y eran temibles para quienes se atrevian a hacerles frente, hasta el punto de que su fama llego a oidos del rey de los partos» *(Ant* 18, 314-318)

El narrador, Josefo, no disculpa a sus dos protagonistas, *sino que manifiesta mas bien cierta animadversion hacia ellos*, como le ocurre con frecuencia cuando habla de judios que se alzan en armas Por lo demas, su relato prosigue sin que vuelva a preocuparse de la moralidad de sus heroes

Los dos hermanos y sus partidarios sufrieron el ataque de los partos, que intentaron sorprenderles en sabado Pero los jovenes caudillos no cayeron en la trampa y Asineo «considero mas certero recurrir a la fuerza y morir, si fuera preciso, resarciendose de la necesidad en que se encontraban de violar la ley» (323) El ejercito asaltante fue derrotado y parcialmente pasado por las armas Entonces Artaban, el vencido rey de los partos, propuso una entrevista a ambos hermanos, para entablar negociaciones con ellos Anileo se presento solo ante el monarca, quien le tendio la mano y le pidio que convenciera a su hermano para que acudiera tambien «El rey actuaba de este modo —escribe Josefo— porque pretendia utilizar el valor de los hermanos judios como un freno y granjearse su amistad dado que sus satrapias andaban revueltas o en efervescencia y que se disponia a marchar contra ellas Tenia miedo de que las huestes de Asineo, mientras el se encontrase ocupado en guerrear y dominar a los rebeldes, progresasen mas y mas y estuvieran en condiciones de someter a Babilonia o, en caso de que esto no les fuera posible pudieran dedicarse a depredaciones mas graves» (330-331)

La intencion de Artaban recuerda entre otros el comportamiento de Antioco III al enviar dos mil familias de judios babilonios a pacificar Frigia y Lidia (cf p 121) Pues bien, los hermanos respondieron a la peticion real El monarca les recibio como a principes y se despidio diciendole a Asineo «Te confio en deposito la tierra de Babilonia que quedara exenta de males y purgada de facinerosos gracias a tus cuidados Es justo que consiga tu ayuda, ya que te he demostrado que no quebranto mis promesas cuando no se trata de bagatelas, sino de tu salud» (337)

De vuelta a su residencia, Asineo reforzo las posiciones militares, hasta el punto de que Josefo continua escribiendo «Se hizo mas poderoso que cuantos se atrevieron antes que el a usurpar el poder con similares antecedentes» y «todos los asun-

tos de Mesopotamia dependían ahora de él y su bienestar creció durante quince años» (338-339).

Sobrevino a continuación la decadencia e incluso el súbito fin de este agresivo Estado judío, especie de colonia militar «pirata». El motivo fue un rapto, que recuerda sorprendentemente el episodio de David y Betsabé. Entre ambos hermanos surgieron, a raíz de ello, graves disensiones. La esposa «pagana» de Anileo envenenó incluso a su incómodo cuñado. Hubo luego nuevos enfrentamientos con las tropas de Mitrídates. Tras una victoria momentánea, conseguida por sorpresa, Anileo fue derrotado. Se vengó por medio del pillaje, ayudado por bandoleros reclutados sobre la marcha, pero los babilonios lo capturaron durante la noche y terminaron con él y sus partidarios (370).

La aventura de Anileo, con su trágico desenlace, provocó sangrientos asaltos, perpetrados por los babilonios contra sus compatriotas judíos. Estos se refugiaron en Seleucia, junto al Tigris. Tras un cierto tiempo de paz fueron aniquilados, según Josefo, «más de cincuenta mil» (*Ant.* 18,376; cf. *infra,* p. 141). Algunos consiguieron huir y se retiraron a Ctesifonte, a la orilla izquierda del Tigris. A la vista de estos sucesos, los judíos de la región se concentraron en su mayoría en Nehardea y en Nísibe, donde vivieron seguros en lo sucesivo (*Ant.* 18,379; cf. *infra,* pp. 142s).

Por marginal y condenable que fuese, el intento de imponer por medio de la violencia y la astucia una especie de Estado militar debe vincularse profundamente a otros hechos judíos más o menos análogos, tanto anteriores —los numerosos casos de colonias militares— como posteriores, en cierto modo los episodios de la aventura «sicaria» (hasta su desenlace palestino en Masada). Al margen de la anécdota adulterada y la epopeya rota, podemos encontrar un significado objetivo, a nivel estructural y global, del epifenómeno. La terrible matanza derivada de aquellos sucesos hay que relacionarla con las demás persecuciones populares en Egipto, Palestina y otros lugares, cuyas víctimas, casi en las mismas fechas, fueron los judíos.

## 2. *Conversión de los reyes de Adiabene*

Durante la primera mitad del siglo I se produjo en Adiabene, distrito oriental del alto Tigris, una conversión al judaísmo especialmente sorprendente. Aunque hasta entonces no había

sido sino un modesto vasallo del Imperio parto, ese pequeño reino se emancipó bajo su rey Izates (36-60). Adquirió el suficiente poder para que su soberano hiciera recuperar el trono al depuesto rey de los partos Artabán III. En recompensa recibió Izates el territorio de Nísibe con sus alrededores, y su influencia se fue acrecentando, hasta el extremo de intervenir en las luchas dinásticas que se produjeron a la muerte de Artabán.

Pues bien, antes de llegar a rey, Izates y su madre Helena se convirtieron al judaísmo. El relato se encuentra en Josefo (*Ant.* 20, 17-49). Incluye toda una polémica a propósito de la circuncisión del rey[8]: estaban en juego la conveniencia política por un lado, y la obligación ética por otro. Izates, finalmente, se plegó a las instancias de los judíos representantes de la tendencia rigorista, de la que él mismo participaba. Contra el parecer de su madre y a pesar de los temores políticos de ésta, apoyados por su propio consejero judío, se hizo circuncidar. Eso redundará en su beneficio personal y favorecerá sus empresas.

Después de su conversión, los soberanos de Adiabene establecieron sin perder tiempo sólidos lazos con los judíos de Palestina. Josefo (*Ant.* 20,50-52) y varias fuentes talmúdicas (cf. EJ 2,267-268) dejan constancia de su generosidad para con la población de Judea y el templo de Jerusalén, al que Helena acudió con gran cantidad de dinero (*Ant.* 20,50). Además, a diferencia de los judíos de Mesopotamia y regiones vecinas, que no se movilizaron, tomaron ellos parte activa, del lado judío, en la guerra del 66-70 (cf. *Bell.* 2,520, donde Josefo ensalza la valentía de los miembros de la familia real, y *Bell.* 6,356, en que se destaca a los hijos y hermanos de Izates, hechos prisioneros por Tito).

Hacia finales del siglo II, el judaísmo estaba muy enraizado en Adiabene, donde a continuación penetrará el cristianismo sin dificultad[9].

[8] Un eco exacto de la misma polémica se encuentra en el Midrás *Génesis Rabbah* 46.10.

[9] Sobre los judíos de Adiabene o la Adiabene judía, cf. Neusner, *The Jews*, 61-76 y Schalit, ASTI 4 (1965) 171-187.

CAPITULO IV

# *LAS CIUDADES GRIEGAS*

La expansión geográfica, sociológica y demográfica de la diáspora judía se realizó en gran medida, con el apoyo del proceso de urbanización[1] que los sucesores de Alejandro, sobre todo de los Seléucidas de Siria, impulsaron vigorosamente. El gran conquistador macedonio sembró personalmente su nuevo imperio de numerosas Alejandrías (pueden contarse unas treinta) destinadas a helenizar el Oriente. Sólo Seléuco I (312-281 a.C.) fundó unas sesenta ciudades, de las que dieciséis se llamarán Antioquía (del nombre de su padre) y nueve Seleucia. Antíoco IV (175-164 a.C.) dio un fuerte empujón a ese movimiento, que había disminuido en intensidad y a punto estuvo de detenerse después de Antíoco I (281-261 a.C.). La propia Jerusalén se llamará Antioquía en el momento más crucial de su helenización (cf. p. 174).

La multiplicación de las ciudades griegas restauradas o modificadas, es decir, construidas con todo tipo de piezas, fue un factor político, social y cultural de la máxima importancia para la vida y expansión de los judíos en el período helenístico, e incluso más tarde si tenemos en cuenta que Herodes el Grande y sus hijos fueron también grandes constructores.

Asia Menor abarca un primer grupo de ciudades, incluidas las islas griegas. Un segundo grupo se encuentra en el amplio camino que va desde Siria del norte (la región más urbanizada) hasta el Golfo Pérsico, sin olvidar, al oeste, Egipto con Libia o Cirenaica. Roma no forma parte de este conjunto, pero posee una importancia excepcional, para la historia de la diáspora judía e incluso para la misma historia judía.

[1] Sobre la ciudad griega, consultar EU 7,1019-1022, con bibliografía (P. Vidal-Naquet).

*Pérgamo*

Antigua ciudad próxima a la costa de Asia Menor, en Misia (hoy Bérgamo, Turquía), Pérgamo fue un reino independentista desde comienzos del siglo III (exactamente el 280) hasta el 133 a.C. en que el último de sus reyes atálidas legó el reino a Roma, convirtiéndose la ciudad en capital de la provincia romana de Asia.

Josefo ha conservado un «decreto del pueblo de Pérgamo» *(Psephisma Pergamenon,* en *Ant.* 247-255) concerniente a las relaciones con la nación judía. Dicho documento fue escrito probablemente bajo Juan Hircano hacia el 113-112 a.C. Remite a un decreto anterior del Senado romano, que renovaba la alianza con los judíos, «aliados de los romanos» *(ibíd.* 249). Termina con esta interesante fórmula de amistad, por más que adaptada al género de la correspondencia diplomática griega: «... recordando que en tiempos de Abrahám, padre de todos los hebreos, nuestros antepasados eran sus amigos, como consta en los documentos públicos» *(ibíd.* 255)[2].

Pérgamo forma parte de las ciudades que, según Josefo, «fueron colmadas de ofrendas» por Herodes el Grande *(Bell.* 1425). A mediados del siglo I a.C. su comunidad judía estaba fuertemente arraigada. Cicerón hace constar la confiscación de los fondos destinados al templo de Jerusalén por el pretor Flaco *(Pro Flacco* 28,68), debido probablemente a una prohibición no respetada de exportar oro[3].

*Efeso*

Ciudad griega en la costa oeste de Asia Menor (hoy el pueblo Ayah Soluk, en Turquía). En el siglo I había una importante comunidad judía, cuyo origen se remontaba con toda probabilidad a los primeros años del período helenístico. Josefo, Filón, los Hechos de los Apóstoles y las inscripciones ha-

[2] Esto recuerda 1 Mac 12,21. En la carta enviada a Onías por el rey de Esparta, efectivamente, se lee: «... en un documento relativo a espartanos y judíos se ha descubierto que son parientes, de la estirpe de Abrahán» (que se encuentran de nuevo en *Ant.* 12,266 y, a propósito de Jasón, después del 168 a.C., en 2 Mac 5,9; cf. Marcus, *Josephus* VII, Apéndice J.

[3] Stern, *Authors* I, 196-197, 198-200.

blan de ello. La información más antigua sobre los judíos de la ciudad se conserva en Josefo *(Apión.* 2,39). Se refiere a los privilegios de ciudadanía *(politeia)* que, según *Ant.* 12,125, se remontarían a Antíoco II (261-246 a.C.). Marco Agripa, amigo y cuñado de Augusto se los habría garantizado a los judíos de Asia Menor frente a los ataques de los jonios, que querían suprimírselos (situación análoga a la de los judíos de Alejandría en el siglo I).

### *Apamea*

Ciudad de la Frigia baja, en Asia Menor (hoy ciudad de Dineir, en Turquía). Fue fundada por Antíoco I (280-262 a.C.). A juzgar por las inscripciones, había judíos allí desde el siglo III a.C. (enlazar con el traslado de dos mil familias judías por Antíoco III, cf. p. 121). Según Cicerón *(ibíd.)*, el pretor Flaco confiscó allí, como en Pérgamo, «algo menos de cien libras de oro» reunidas por los judíos para que fueran depositadas en el templo.

### *Mileto*

Ciudad de Asia Menor de la que se apoderó Alejandro Magno en el 334 a.C. Los judíos estaban sólidamente afincados allí en la primera época del dominio romano. Josefo *(Ant.* 14, 244-246) ha conservado un interesante documento. Se trata de una carta del procónsul Publio Servilio Galba al «consejo» *(boule)* y a los «habitantes de la ciudad». Al enterarse de que estos últimos habían atacado a los judíos, impidiéndoles observar el sábado y otras obligaciones, el alto magistrado romano les comunica que «no debe prohibirse a los judíos que sigan sus costumbres»[4].

En la serie de asientos reservados del teatro romano de Mileto, una inscripción indica cuáles son las localidades de los judíos en estos términos: «Sitio para los judíos, llamados también temerosos de Dios» *(topos Eioudeon ton kai theosebion;*

[4] Cinco decretos emanados de la autoridad romana y destinados a las ciudades griegas de Paros, Laodicea, Mileto, Halicarnaso y Sardes, con objeto de defender los derechos de los judíos, se apoyan en la autoridad de la alianza de César con Hircano II (*Ant.* 14,213; 241-258).

cf. Deissmann, *Licht,* 291-192; Smallwood, *The Jews,* 510). Esta incripción demuestra que los judíos formaban un grupo distinto y reconocido en la ciudad, pero asimismo indica que frecuentaban sin problema los espectáculos paganos. En Alejandría, el propio Filón es testigo de semejante práctica: en su *Quod omnis probus* 141, se congratula de haber asistido a una excelente representación de Eurípides[5].

*Laodicea*

Ciudad al suroeste de Asia Menor, en Frigia, junto al río Lycus (hoy Eski Hissar, en Turquía). Antíoco II (261-246 a.C.) la fundó a mediados del siglo III a.C., dándole el nombre de la reina Laodice. Tras la batalla de Magnesia (190 a.C.), pasó de Antíoco III a Pérgamo. Será completamente controlada por Roma en el 133 a.C., tomada por Mitrídates del Ponto en el 88 a.C., y recuperada cuatro años más tarde por los romanos. En el 60 un fuerte temblor de tierra señalará el comienzo de su decadencia.

Puede asociarse la instalación de judíos en Laodicea con el asentamiento de las dos mil familias en Frigia por Antíoco III, en los últimos años del siglo III a.C. (cf. p. 121). Josefo *(Ant.* 14,241-243) ha conservado una carta de los magistrados de Laodicea dirigida, probablemente en el 45 a.C., al procónsul romano. En dicho documento aseguran las autoridades de la ciudad al representante de Roma, en respuesta a una gestión del sumo sacerdote Hircano (II) y conforme a sus propias disposiciones transmitidas epistolarmente, que actuarán de forma que los judíos, «amigos y aliados» *(philoi kai symmachoi),* puedan «observar el sábado» y cumplir «las demás observancias *(ta loipa hiera),* según sus leyes ancestrales *(kata tous patrious nomous)».* Cicerón, por su parte, relata que, hacia el 62-61 a.C., el gobernador de Asia, Valerio Flaco, confiscó veinte talentos destinados al templo de Jerusalén *(Pro Flacco* 28,68): Roma sufría ese año una grave crisis financiera (Stern, *Authors* I, 196-197).

Los privilegios y derechos particulares de los judíos de Laodicea fueron abolidos en el año 70.

[5] Cf. también *De ebrietate* 177 y *In Flaccum* 38. Sin embargo, Filón cambió más tarde de parecer *De agricultura* 35.

*Sardes*

Capital del antiguo reino de Lydia, en la costa oeste de Asia Menor. Se trata probablemente de la Sefarad[6] que menciona el libro de Abdías (v.20), lo que da a entender que la comunidad judía se remontaba a la época de la dominación persa (547-334 a.C.; puede verse Kornfeld, *Mélanges Robert,* 180-186). Antíoco III se apoderó de ella a finales del siglo III a.C. Derrotado por los romanos en la 188, se le cedió al rey de Pérgamo. En el 133 a.C pasó a ser propiedad directa de Roma. Quedará destruida por un terremoto en el año 17.

En el siglo I a.C., poseía Sardes una de las comunidades judías más importantes de Asia Menor. Al igual que en Efeso y otras ciudades mayores del Mediterráneo oriental, los judíos habían levantado en ella su sinagoga. Según Josefo *(Ant.* 14,235 y 260), «desde los primeros tiempos» *(ap' arches),* los judíos de Sardes «disponían de una asociación propia, de acuerdo con las leyes de sus antepasados, y un lugar de su propiedad» *(topon idion),* con toda seguridad su sinagoga. Una enorme sinagoga más tardía (siglo III), cuyas dimensiones permiten inferir que la población judía era numerosa, fue descubierta en 1962 (Kraabel, *Mélanges Simón,* 13-33).

Como en otras ciudades griegas de la diáspora e incluso de Palestina (cf. *infra,* p. 140), los judíos de Sardes estaban organizados en un *politeuma.* En un documento conservado por Josefo (*Ant.* 14,259) se les llama «los ciudadanos[7] judíos que habitan en nuestra ciudad» *(hoi katoikountes en tei polei Ioudaioi politai).*

En el 49 a.C., los judíos de Sardes fueron maltratados por los ciudadanos griegos. Estos pretendían evitar que se aprovechasen de los privilegios que les permitían observar las reglas especiales de su religión («las leyes de sus antepasados»). Con ello se intentaba socavar su posición en la ciudad sólidamente

[6] El Targum de Jonatán de Abías 20 traduce Sefarad por *Ispamiah* o *Spamiah,* y la Peschitta o Biblia siríaca por *Ispanis,* es decir, España Desde finales del siglo VIII, «Sefarad» es, en hebreo, la denominación habitual de la Península Ibérica

[7] Parece que a los miembros de un *politeuma* judío en una ciudad griega se les llamó «ciudadanos» (*politai*), no porque poseyeran «igualdad de derechos cívicos» (*isopoliteia*), sino por su pertenencia a la comunidad organizada, reconocida y relativamente autónoma denominada *politeuma* (sobre este problema consultar Marcus, *Josephus* VII, 587; Smallwood, *The Jews,* 225-226, cf. *supra,* p 113).

establecida. Los judíos apelaron a la autoridad romana en la persona del procuestor L. Antonio, quien declaró que debían mantenerse sus derechos *(Ant.* 14,235). Unos años más tarde, cuando por fin se aplicaron en las ciudades orientales las leyes romanas (de César) encaminadas a asegurar la libertad religiosa, un «decreto *(psephisma)* del pueblo de Sardes» confirmó los derechos cívicos y religiosos de las comunidad judía *(Ant.* 14,259-261, ya citado).

## LAS ISLAS GRIEGAS

### *Delos*[8]

Pequeña isla del Mar Egeo, en medio de las Cícladas. A partir del 130 a.C. fue gobernada por una federación de *politeumata* («communes», cf. p. 113) de mercaderes extranjeros. Dicha federación la administraba un gobernador ateniense. A juzgar por 1 Mac 15,23, vivía allí una colonia judía desde el 139 a.C. Un conjunto de inscripciones abona esta afirmación. Algunas proceden de un edificio próximo a la costa, que se identifica fácilmente como una sinagoga. Otras, también en griego, proceden del cementerio judío situado en la vecina isla de Reneia. Se trata de dos estelas de mármol del siglo II a.C. que atestiguan por vez primera la costumbre de rezar en memoria de los muertos (Frey I,725; Deissmann, *Licht,* 351-352). Josefo, por su parte, ha conservado dos documentos de gran valor. Uno (*Ant.* 14,231-232) contiene una «resolución *(psephisma)* del pueblo de Delos» aceptando que los judíos queden exentos del servicio militar «habida cuenta de sus escrúpulos religiosos». Corría el año 49 a.C. El otro *(Ant.* 14,213-216) menciona una queja de los judíos de Delos e islas vecinas al procónsul romano, porque los griegos les habían impedido «cumplir sus costumbres ancestrales y sus deberes religiosos» *(tois patriois ethesi kai hierois chresthai).* Este documento, según el cual la autoridad romana restablece los derechos de los judíos, pertenece a los últimos tiempos de César, probablemente al año 44 a.C.

[8] Cf. Préaux II, 511-524.

*Rodas*

Isla griega del Mar Egeo y ciudad del mismo nombre. Los judíos estaban bien instalados en ella en el período romano, pero dado el papel de primer orden que dicha isla desempeñó en la vida política y económica del Mediterráneo oriental en la época helenística, puede darse por seguro que debieron de vivir y trabajar allí desde esta última época, aunque no existen pruebas de carácter literario ni epigráfico de ello. El primer testimonio formal de los vínculos entre judíos y habitantes de Rodas sigue siendo 1 Mac 15,23. Varias inscripciones del período imperial proceden de la comunidad judía local (Safrai-Stern I, 154).

Herodes el Grande fue a Rodas en varias ocasiones. Primero en el 40 a.C. Debió de detenerse allí para reparar su nave cuando se dirigía por mar a Roma. Según Josefo, encontró a la ciudad «muy deshecha por la guerra contra Casio. Se alojó en casa de sus amigos Tolomeo y Safinio» *(Bell.* 1,280; cf. *Ant.* 14,377-382). Es probable que el monarca disfrutara de la acogida de la población judía. Tras la batalla de Actium (31 a.C.), se encontró en Rodas con el vencedor, Octavio *(Bell.* 1,387-388; *Ant.* 15,187-188). Además, aportó a la ciudad, como a otras ciudades y estados, una sustancial ayuda económica. Según Josefo, «entregó en repetidas ocasiones dinero a los de Rodas para sus construcciones navales y cuando se incendió el templo pitio lo reconstruyó mucho más hermoso a sus expensas» *(Bell.* 1,424; cf. *Ant.* 16,147).

Conocidos autores, que vivían y enseñaban en Rodas, escribieron sobre los judíos. Así, Posidonio de Apamea (135-¿51? a.C.; Stern, *Authors* I, 141-147; Safrai-Stern II, 1123-1125), una de las grandes figuras de la cultura helenística tardía, amigo de Pompeyo y de Cicerón. Josefo le acusa de haber suministrado argumentos contra los judíos a Apión *(Apion.* 2,79). Se encontraba, asimismo, allí Apolonio Molón (siglo I a.C.; Stern, *Authors* I,148-156; Safrai-Stern II, 1125-1126), uno de los mejores retóricos de la época, maestro de César y Cicerón y primer autor griego, después de Hecateo de Abdera, que parece haber escrito un libro dedicado especialmente a los judíos. Josefo le hace el mismo reproche que a Posidonio *(ibíd.).* Ambos escritores, sobre todo el segundo, figuran con justicia entre las fuentes utilizadas para el estudio del antisemitismo en la Antigüedad precristiana. Son ante todo una prueba de que en el siglo I a.C. el hecho judío estaba política y socialmente establecido más allá

de los límites territoriales y culturales de Judea. En su escuela se instruyó Cicerón acerca de los judíos[9].

### *Cos*

Isla y ciudad del mismo nombre en el Mar Egeo, en la costa de Caria. Situada en la encrucijada de Grecia, Asia Menor, Siria y Egipto, alcanzó gran pujanza gracias a su tráfico marítimo. Llegó a ser un gran centro judío en el Mar Egeo. Aparece por primera vez en la historia judía en el año 161 a.C., en relación con Judas Macabeo. Volviendo desde Roma a Judea, sus emisarios llevaban una carta de salvoconducto del procónsul G. Fanio para las autoridades de Cos *(Ant.* 14,233). Según 1 Mac 15,23, el cónsul de Roma, Lucio, había pedido a las autoridades locales que dejaran en paz no sólo a los judíos de Cos, sino a todos los judíos, cualquiera que fuese su procedencia. Esto sucedía en el año 139-138 a.C.

Estrabón (citado por *Ant.* 14,112) relata que, durante la guerra contra Roma (88 a.C.), Mitrídates del Ponto se apoderó de ochocientos talentos que las comunidades judías habían depositado en Cos. Y Josefo añade: «No hay dinero público entre nosotros, salvo el que pertenece a Dios. Y está claro que este dinero fue enviado a Cos por los judíos de Asia, por temor a Mitrídates» *(Ant.* 14,113). Herodes el Grande fue muy espléndido con Cos[10], cuyo puesto de gimnasiarca[11] financió *(Bell. 1,423)*. Su hijo Antipas, que siguió las huellas de su padre en sus relaciones con el mundo griego, se interesó también por Cos, como atestigua una inscripción local (cf. Safrai-Stern II, 285).

En Cos pasó su vejez Meleagro de Gadara (cf. p. 202).

## CHIPRE

La isla de Chipre, frente a las costas de Palestina, tuvo muy

[9] Cf J N Sevenster, *The Roots of Pagan Anti-Semitism in the Ancient World* (Leiden 1975)

[10] Respecto a los motivos financieros y el interés económico de las excelentes relaciones que Herodes cultivó con las islas griegas del Mar Egeo y las ciudades de Asia Menor, consultar Safrai-Stern II, 668-669

[11] Ciudadano acaudalado que hacía posible el mantenimiento de los gimnasios, pagaba a los profesores y organizaba los juegos atléticos en las fiestas

pronto un asentamiento judío, seguramente desde que pasó al control de los Tolomeos (con el conjunto de Palestina, a comienzos del siglo III a.C.). Los testimonios directos de esta presencia, a pesar de todo, no son anteriores a la mitad del siglo II a.C., con 1 Mac 15,23. Como afirma Josefo *(Ant.* 13,284), en tiempos de Hircano, la colonia judía era tan floreciente como la de Alejandría. Se han descubierto en la isla monedas asmoneas (y más tarde herodianas). Siendo todavía una provincia egipcia, Cleopatra envió a Chipre un contingente de tropas judías mandado por los hijos de Onías IV, Ananías y Helkías (cf. pp. 111s), junto con otros soldados, para expulsar a su hijo Tolomeo IX (*Ant.* 13,287).

En el 58 a.C. fue anexionada Chipre a la provincia romana de Cilicia. Durante el período romano mantuvo estrechos lazos con la dinastía herodiana: Herodes el Grande recibió de Augusto una parte de los ingresos de las minas de cobre de la isla, y el emperador le confió la explotación directa de algunas otras *(Ant.* 15,128). La nieta del monarca, Alejandra, se casó con un aristócrata judío de Chipre *(Ant.* 18,131). Y en la carta del rey Agripa a Calígula, conservada en Filón *(Caium* 282), se lee que Chipre es, con Eube y Creta, una isla «llena de colonias judías». La isla le Chipre se menciona también en los Hechos de los Apóstoles (Hch 11,20; 13,5; 21,16). Los judíos estaban presentes con sus sinagogas en muchos pequeños lugares y no sólo en las grandes ciudades.

Los judíos de Chipre tomaron parte muy activa en la rebelión generalizada[12] que estalló bajo Trajano (cf. p. 240). Parece que los motivos locales de este levantamiento fueron más los conflictos entre judíos y no judíos, que el deseo de luchar contra el ocupante romano. Según las fuentes, los judíos destruyeron, en dicha ocasión, la ciudad de Salamina y aniquilaron a todos sus habitantes. Una vez sofocada la rebelión por los generales de Trajano, se prohibió a los judíos residir en la isla (Dión Casio 68,32), pero esta medida no parece haberse llevado a la práctica más que durante poco tiempo.

[12] Cf Safrai-Stern I, 155 y II, 712

*Antioquía* (de Siria)

A orillas del Orontes, Antioquía de Siria[13] (actualmente en Turquía) fue fundada por Seleuco I en el año 300 a.C. Llegó a ser capital del Imperio seléucida. Desde el siglo II a.C. fue un importante centro judío, que crecería sin cesar en habitantes e influencia. Según Josefo *(Ant.* 12,119), Seleuco habría instalado allí mercenarios judíos, para recompensar sus servicios armados.

Cuando se levantaron en el 145 a.C. los habitantes de Antioquía contra Demetrio II, los soldados de Jonatán el Asmoneo fueron enviados a reprimir la sublevación (1 Mac 11,41-51; *Ant.* 13,135-144), incendiando la ciudad. La población siguió en aumento en tiempos de los últimos Seléucidas y en la época romana. La ciudad ocupaba una posición de gran relieve. Josefo alaba la belleza de la gran sinagoga. En el siglo I, el grupo judío de Antioquía, el más numeroso de Siria, era, con el de Roma y Alejandría, una de las mayores comunidades de la diáspora del mundo romano. Contaba con griegos «judaizantes» y prosélitos *(Bell.* 7,45; Hch 6,5). Diga lo que diga Josefo y a pesar de algunas excepciones individuales y amplísimos privilegios concedidos al conjunto de la comunidad, ni los judíos de Antioquía ni los de Alejandría gozaban de plenos derechos ciudadanos *(politeia;* cf. p. 135).

El crecimiento demográfico y la prosperidad de los judíos de Antioquía propiciaron un conflicto racial. El cronista del siglo VI Juan Malalas *(Crónica* X,315) afirma que en el 39-40 se desencadenó un movimiento antijudío especialmente sangriento. Este «pogrom» antioqueno, ignorado por Josefo, parece estar vinculado a los acontecimientos similares de Alejandría en el 38 y de Jerusalén en el 39-40 (cf. pp. 144s). Sin embargo, Josefo sí conocía dos hechos muy significativos, contemporáneos de la gran rebelión del 66-70. Por una parte, en el 67 un tal Antíoco, judío apóstata, hijo de un notable del *politeuma* local, calumnió a los judíos de Antioquía afirmando que querían prender fuego a la ciudad. Instigó a la muchedumbre griega a que se volcase contra ellos y les impidió guardar el

[13] Cf. Smallwood, *The Jews,* 358-364; C. H. Kaeling, JBL LI, 130-160; G. Downey, *A History of Antioch in Syria, from Seleucus to the Arab Conquest* (Cincinnati 1961).

sábado, tras haberles obligado a realizar sacrificios tal y como él los practicaba, es decir, «a la manera de los griegos» *(Bell.* 7,46-53). Por otra parte *(Bell.* 7,54-62) el incendio, esta vez real, de los barrios residenciales y comerciales de la ciudad fue de nuevo atribuido por Antíoco a los judíos. Pero la calumnia se descubrió gracias a una investigación de la administración romana. Sin embargo, escribe Josefo, «los judíos ..., con tales acusaciones planeando sobre sus cabezas y la incertidumbre del futuro, se sentían como zarandeados por las olas en medio de terribles angustias» *(Bell.* 7,62). No les faltaban motivos para ello, puesto que en la primavera del 71, los antioquenos pedirían a Tito, de paso entre ellos, la expulsión de los judíos de la ciudad, a lo que aquél se negó. El victorioso general se opuso también a la petición de «destruir las tablillas de bronce sobre las que estaban inscritos los derechos *(dikaiomata)* de los judíos» y no introdujo ningún cambio «en el estatuto anterior de los judíos de Antioquía» *(Bell.* 7,107-111).

*Seleucia* (junto al Tigris)

Ciudad helenística situada en la orilla occidental del Tigris, al sur de la moderna Bagdad. Fue fundada por Seleuco I (312-280 a.C.) en el emplazamiento de la antigua instalación babilonia de Opis. Fue desde un principio capital de la satrapía de la Babilonia seléucida. Su población estaba integrada sobre todo por un grupo autónomo y poderoso de griegos y sirios. También había babilonios y judíos. Según Plinio *(Hist. Nat.* 6,122), en el período parto vendría a tener unos seiscientos mil habitantes. El gobernador seléucida del este residía allí con sus funcionarios, su guardia y su ejército. Era una importante base naval y militar, en la que los autóctonos, que vivían aparte, influían poco en la marcha de los asuntos.

Seleucia se desarrolló y prosperó en detrimento de Babilonia[14], a la que abandonaron sus habitantes para poblar la nueva ciudad, destinada a convertirse rápidamente en el centro de la cultura helenística de la región. La conquista de ésta por los partos no frenó el crecimiento de Seleucia. Las relaciones entre griegos y sirios, los dos grupos importantes, fueron tensas. Sirios y judíos se aliaron en un primer momento, cuando

[14] A comienzos de la era cristiana no quedaban en Babilonia más que algunos astrólogos y matemáticos.

hacia el 35 muchos de estos últimos se refugiaron en la ciudad tras la derrota de su caudillo Anileo (cf. p. 126). Pero, gracias a determinadas maniobras de los griegos, fue gestándose y surgió luego a plena luz la común enemistad de griegos y sirios respecto a los judíos, cuya comunidad fue víctima de horribles matanzas. Los supervivientes huyeron a Nehardea y Nísibe (*Ant.* 18,374-379).

Seleucia será destruida por los romanos en el 164. En esta fecha «desapareció de estas regiones la última gran ciudadela de la cultura helenística» (Barón, *Histoire* II, 825).

*Nehardea*

Ciudad de Babilonia, situada junto al Eufrates, en la confluencia del río Malka («rey»). Estaba rodeada de murallas que, junto con el Eufrates, la hacían inexpugnable (*Ant.* 18,311). La instalación de judíos en ella data de muy antiguo. La tradición la remonta al siglo VI a.C. Los exilados de tiempos de Yoyakín habrían construido allí una sinagoga con piedras y tierra traídas del templo de Jerusalén. Según Josefo, en el siglo I a.C. los judíos de Babilonia recolectaban en dicha ciudad la ofrenda del *medio siclo* (cf. la nota especial a este respecto, p. 160) y los dones destinados al santuario de Jerusalén *(ibíd.)*. La importancia de Nehardea fue grande para los judíos orientales tras la destrucción del templo. A comienzos del siglo II, el célebre rabí Aquiba se personó allí para reglamentar la cuestión del calendario. Durante cierto tiempo fue sede del exilarca y alcanzó la cima de su influencia en el siglo III, con las actividades de Samuel, responsable de la Academia judía. Gozó de una autoridad excepcional en su época y presidió simultáneamente la *Bet Midrás* («casa de estudio» de la Ley) y el *Bet Din* («tribunal»). La Academia fue destruida en el 259 y sus maestros marcharon a Pumbaditha.

*Nísibe*

Ciudad que se menciona como centro de las localidades (se enumeran en 2 Re 17,6 y 18,11) adonde fueron deportadas las tribus del norte. Situada junto al al río Midonio, afluente del Babour, desempeñó, para los judíos en Mesopotamia del norte (antigua Asiria), idéntico papel al de Nehardea en Babilonia.

Según Josefo (*Ant.* 18,312), se recolectaban también allí los fondos destinados al templo de Jerusalén. En el siglo II, hubo un centro de estudio de la Torá, al que acudían también estudiantes de Palestina.

## EGIPTO Y CIRENAICA

### *Alejandría*

La ciudad egipcia de Alejandría fue fundada por Alejandro Magno en el 331 a.C., proporcionándole cuanto necesita una gran ciudad. Situada en el emplazamiento de un pueblo pesquero, Racotis, al oeste del Delta, experimentó un extraordinario auge, convirtiéndose muy pronto en el centro más importante del mundo helenístico. Fue prácticamente la única ciudad de Egipto en la Antigüedad, ya que las otras dos con estatuto de *polis* («ciudad») permanecieron en la sombra. El esplendor e influencia de Alejandría fueron tales que con harta frecuencia y equivocadamente se ha denominado alejandrino a todo lo helenístico (incluido el judaísmo). Capital prestigiosa del reino de los Lágidas, centro de intensa actividad económica y modelos de otras ciudades helenísticas, se mantuvo con su grandeza y prosperidad excepcionales bastante al margen de un Egipto estático. ¡Por algo se la llamó *Alexandria ad Aegyptum*, «Alejandría junto a Egipto»![15].

Bajo los Tolomeos y al comienzo del período romano, Alejandría fue con mucho el foco más importante y esplendoroso de la diáspora judía. Según Josefo, Alejandro Magno personalmente habría instalado allí en el momento de su fundación a grupos judíos. Veamos lo que escribe: «... Alejandro encontró en ellos (los judíos) aliados llenos de celo contra los egipcios y, en recompensa por su ayuda, les concedió autorización para residir en la ciudad con los mismos derechos que los griegos. Este privilegio fue mantenido por sus sucesores, quienes les asignaron un barrio para que pudieran preservar con más rigor sus costumbres, ya que estaban mezclados con extranjeros... Tras la conquista de Egipto por los romanos, ni el primer César ni ninguno de sus sucesores pensó retringir los privilegios concedidos a los judíos de Alejandría» (*Bell.* 2,487-488).

[15] Sobre Alejandría en general, cf. P Lévêque, *Le monde hellenistique* (París 1969) 70-75; EU 1, 620-623; Préaux II, 496-511; *Le monde de la Bible* 8

Unos veinte años más tarde, el mismo historiador situaba el barrio judío de Alejandría más allá del puerto, cerca de la residencia real (*Apion.* 2,33-36). Filón habló también de Alejandría en las dos obras suyas que se consideran fuentes históricas. En *In Flaccum* (55) escribe: «Hay cinco barrios en la ciudad, que se designan por las cinco primeras letras del alfabeto. Dos se llaman 'barrios judíos', porque en ellos viven muchos judíos. Pero no es infrecuente que habiten en los demás barrios, diseminados un poco por todas partes». Y en la *Legatio ad Caium* añade: «Había numerosas sinagogas en cada barrio de la ciudad» (132). Sobre la vida de los judíos de Alejandría disponemos también del testimonio directo de unos diez papiros (Tcherikover, *Corpus*, n. 142-149, 151-152).

Probablemente hay que rebajar la cifra de «cien mil» que Josefo asigna a la población judía de la ciudad, pero no cabe duda que fue numerosa. La organización original y sólida de la comunidad judía de Alejandría fue también significativa desde los comienzos, bajo los Tolomeos. Las ciudades griegas no aceptaban otra situación jurídica que no fuese la de sus propios ciudadanos, los griegos y la de los metecos. El grupo judío, con todo, se impuso en Alejandría como *politeuma* probablemente desde el siglo III a.C. (sobre el término *politeuma* y la realidad y función que implica, cf. p. 113). Y ese modelo organizativo será adoptado luego por numerosas ciudades de la diáspora griega y la Palestina helenizada.

* * *

Bajo los Tolomeos, la organización social y religiosa de los judíos de Alejandría y los privilegios de que disfrutaban permitieron la coexistencia pacífica de los diferentes grupos que constituían la población de la ciudad. Una vez anexionado Egipto por Roma tras la victoria de Octavio en Actium (31 a.C.) y, a pesar de la favorable acogida que los judíos dispensaron a los nuevos dueños del mundo, la situación quedaría claramente modificada. El equilibrio de las relaciones entre griegos, egipcios y judíos se deterioró progresivamente, hasta el punto de que pronto se manifestará un movimiento de hostilidad contra los judíos que adoptará la forma de violento ataque antisemita.

La subida de Calígula al trono en el 37 estuvo en la base

del primer *pogrom*[16] de la historia judía. Los griegos de Alejandría aprovecharon las intenciones que abrigaba el nuevo emperador de instaurar una monarquía helenística sumamente formal (con deificación del soberano, etc.) para atraer a su causa antijudía al prefecto de Egipto Flaco. Este se puso de su parte y proclamó «extranjeros e inmigrantes» *(In Flaccum* 54) a los judíos de la ciudad. La administración central confirmó su resolución. Se produjo entonces una oleada de coacciones y matanzas, de las que Filón nos ha dejado un minucioso relato de primera mano *(ibíd.* 53-57). Por primera vez en la historia de la diáspora judía quedaban abolidos la autonomía y el reconocimiento de los judíos, y el *politeuma* se transformaría en una desdichada alternativa que hubiera merecido ya el nombre de *ghetto*[17]. La respuesta fue rápida y adoptó una doble forma, reflejo de las diversas capas sociales existentes. Por una parte, la vía diplomática preconizada por Filón y sus amigos de alto rango: buscaban la manera de llegar a una reconciliación que restableciese la feliz experiencia de los dos o tres siglos precedentes. Por el contrario, no sólo de Alejandría sino también de la *chora* de Egipto, se sintió invadida de un odio contagioso a los romanos, el mismo que su homólogo palestino no dejó de cultivar desde el 63 a.C. (intervención de Pompeyo), y con mayor virulencia a raíz de los acontecimientos del año 6 (deposición del «rey» Arquelao con sus secuelas). Esta ósmosis «popular» entre judíos de Palestina y judíos de Alejandría y Egipto iba acompañada de suministros de armas de los primeros a los segundos. Al hacer esto se escapaba, por ambos lados, al control de los responsables judíos[18]. Los nacientes «sicarios» tenían en Egipto sus equivalentes. La noticia de la muerte vio-

[16] «Pogrom» es un término ruso que designa el ataque que parte de una población desencadena sobre otra, a base de pillaje, violaciones y episodios sangrientos, ante la pasividad e incluso con ayuda de las autoridades civiles y militares. En muchos idiomas el término sirve para designar las duras vejaciones y matanzas de que fueron víctima los judíos de Rusia en tres ocasiones: de 1881 a 1884, de 1903 a 1906 y de 1917 a 1921.

[17] La palabra «ghetto» se origina en Italia en el siglo XVI, en Venecia para ser más exactos. Designaba el barrio judío, situado quizás cerca de una fundición (en italiano «getto» o ‹ghetto»). Se aplica al sector de una ciudad, generalmente rodeado de muros, que sirve de forzosa residencia a los judíos, obligados a vivir separados de los demás.

[18] En Alejandría, la *gerousia* que dirigía el *politeuma*. Se introdujeron clandestinamente armas en los barrios judíos de la ciudad así como emisarios enviados a los judíos de la *chora* y de Palestina en demanda de ayuda. A pesar de ello, Filón afirma que no había armas entre los judíos de Alejandría (*In Flaccum* 90).

lenta de Calígula en el 41 desencadenó la rebelión de los judíos de Alejandría, reforzados por la masa de sus hermanos de Egipto e incluso de Palestina. Se abalanzaron sobre la población griega de la capital. La lucha fue durísima y para ponerle fin fue necesaria la intervención militar de Roma.

Claudio, sucesor de Calígula, restableció la paz, pero las medidas del nuevo emperador referente a los judíos cancelaban, por vía de autoridad, todo deseo de emancipación política y cultural. Dichas medidas están contenidas, sobre todo, en la famosa *Carta a los Alejandrinos*, uno de los documentos más importantes de la papirología, conservado y descubierto en Filadelfia y publicado por vez primera en 1924 (texto y estudio en Tcherikover, *Corpus* II, 36-55).

He aquí el pasaje de la carta, exactamente su parte cuarta, que concierne a los judíos de Alejandría:

> «. encarezco a los alejandrinos *(alexandreis men)* que se comporten benigna y humanitariamente con los judíos, que desde hace tanto tiempo viven en la misma ciudad; que no les impidan ninguna de las prácticas tradicionales con las que honran a la divinidad, y les permitan vivir según sus costumbres, tal y como realizaban su vida en tiempos del divinio Augusto y como yo mismo, tras escuchar a ambas partes, confirmé.
>
> Y, por otra parte, ordeno formalmente a los judíos *(Ioudeois de)* que no intenten aumentar sus antiguos privilegios, ni se les ocurra en lo sucesivo —cosa nunca vista anteriormente— enviar una embajada en competencia con la vuestra[19], como si vivieseis en dos ciudades distintas; que no intenten inmiscuirse en los concursos organizados por los gimnasiarcas o por el cosmetes, sino que se limiten a disfrutar de sus rentas y aprovecharse, como *habitantes de una ciudad extranjera (en allotriai polei)*, de la abundancia de todos los bienes de la fortuna...»[20].

Según este documento, de autenticidad indiscutible, el respeto de las costumbres y prácticas de los antepasados se consideraba un derecho adquirido y consolidado por los judíos de Alejandría. Pero cualquier medio de acceder a los derechos

[19] Mientras una delegación griega de Alejandría llevó a Roma la noticia del ataque judío contra los alejandrinos, los judíos enviaron también a Claudio una embajada para explicarle que no había sido más que una justa reacción

[20] Josefo ha conservado un documento, de discutible autenticidad, conocido como el *Edicto de Claudio* en favor de los judíos (*Ant* 19,280-283; cf dossier en Tcherikover, *Corpus* I, 70)

cívicos *(politeia)* resultaba ilegal. Más aún, los judíos alejandrinos se encontraban inapelablemente considerados como inmigrantes «en tierra extranjera». Se producía de este modo un cambio profundo entre los judíos de la comunidad más numerosa e influyente de la diáspora: para el emperador, como para los griegos de tendencia antisemita, los judíos se habían convertido en extranjeros[21].

El «cisma social» que se puso de manifiesto entre los judíos de Alejandría y Egipto bajo el mandato de Calígula, temporalmente solapado, se reavivó tras la gran derrota del 70. Los combatientes que consiguieron escapar al desastre palestino se refugiaron en Egipto y continuaron difundiendo sus ideas extremistas, con el fin de incitar a los miembros de la comunidad local a reanudar la lucha contra Roma. Ahora bien, estos sicarios toparon con la oposición de los judíos responsables de Alejandría y asesinaron a algunos de ellos. Ante estos violentos hechos la *gerousia* («asamblea») que dirigía el *politeuma* decidió entregar a los romanos a esos fanáticos partidarios de la guerra, que preferían morir entre torturas a resignarse a la victoria de Roma (*Bell.* 7,409-419)[22].

* * *

Los judíos de Alejandría y Egipto, como los de Cirene y otras regiones de la diáspora, no consiguieron rehacerse de las desastrosas consecuencias del movimiento generalizado de rebelión judía que se produjo en tiempos de Trajano, del 115 al 117[23]. En Egipto, la rebelión duró tres años y no pudo ser aplastada hasta el comienzo del reinado de Adriano (117). Al igual que en el 41, las primeras acciones judías se dirigieron contra los griegos, antes de transformarse en lucha armada contra Roma: estalló entonces la guerra entre ambos bandos, reprimida luego por Roma con la mayor severidad.

El grupo de Alejandría, modelo y guía durante largo tiempo de todos los grupos judíos del mundo griego, es decir, de la mayoría de los judíos, no fue capaz de asimilar el cambio de condiciones políticas impuesto con la llegada de los romanos, los mismos romanos cuya venida habían propiciado ellos mili-

[21] Simultáneamente, Filón declaraba «patria» auténtica cualquier tierra del mundo donde estuvieran instalados los judíos

[22] En Cirene tuvo lugar un acontecimiento parecido cf p. 148.

[23] Cf. Tcherikover, *Corpus* Prolegomena, 90-93 y JJS, 14,1-32.

tarmente y que ahora les asestaban un golpe de gracia, del que saldría beneficiado ante todo el naciente cristianismo.

*Cirene*[24]

Antigua capital de Cirenaica, en la costa noroeste de Africa (en Libia). Cayó bajo el dominio de los Tolomeos el 321 a.C. y formó parte del reino de Egipto hasta que pasó a manos de Roma. El último rey de Cirene, Tolomeo Apión, hijo natural de Tolomeo VII Fiscón, a su muerte en el 96 a.C., legó su reino a Roma. De hecho, durante varios años los romanos dejaron el gobierno en manos de las ciudades griegas de Cirenaica, que pasará a ser provincia romana en el 74 a.C.

Relata Josefo que los judíos fueron enviados a Cirene por Tolomeo I, cuando éste se «preocupó de reforzar su dominio sobre Cirene y las demás ciudades de Libia» (*Apion.* 2,44). Cita de buen grado las siguientes líneas del geógrafo Estrabón, escritas en tiempos de Sila, a propósito de los acontecimientos ocurridos en el 88-87 a.C.: «En la ciudad-estado de Cirene había cuatro grupos: el primero estaba compuesto por ciudadanos *(politai),* el segundo por agricultores *(georgoi),* el tercero por metecos *(metoikoi)* y el cuarto por judíos *(iodaioi).* Este pueblo había penetrado en todas las ciudades y no es fácil encontrar un lugar en el mundo que no los haya acogido y en el que no hayan ejercido su poder» (*Ant.* 14,115).

Las inscripciones tienden a confirmar el origen egipcio de una parte de los judíos de Cirenaica, al tiempo que informan con precisión sobre la profundidad y las modalidades de su instalación en esta tierra helenizada (Cf. Stern, *Authors* I, 279; Safrai-Stern I, 134-135). La obra de Jasón de Cirene, resumida en el libro segundo de los Macabeos, revela el alto nivel de cultura helenística de los judíos de la ciudad, por lo demás muy ortodoxos. A juzgar por los diversos decretos de la administración romana que garantizaban a los judíos de Cirene sus derechos (1 Mac 15,23), debió de haber grandes conflictos entre éstos, discriminados respecto a la igualdad cívica *(isonomia)* que los reyes les habían concedido en otras ocasiones (según *Ant* 16,160), y los griegos. En efecto, los judíos de Cirene fueron víctimas de atropellos por parte de la población local que, como en otras ciudades, les impidió enviar sus donativos al

[24] Cf. Sh. Applebaum, *Jews and Greeks in ancient Cyrene* (Leiden 1979).

templo de Jerusalén (*Ant.* 16,160). La intervención de Augusto y de su amigo Marco Agripa en el 14 a.C. fue decisiva para restablecer sus prerrogativas y privilegios (*Ant.* 16,161).

Los lazos entre los judíos de Cirene y Palestina se mantuvieron sólidos (2 Mac 2,23). En el siglo I, los judíos cireneos residentes en Jerusalén eran numerosos (Mt 27,32; Hch 2,10, etc.). No resulta extraño que, tras la caída de Jerusalén en el año 70, algunos «Sicarios», dirigidos por un tal Jonatán (quien acusó a Josefo ante el emperador de haberle suministrado dinero y armas, cf. *Vita* 424), intentaran incitar a los judíos de Cirene a levantarse contra Roma. La causa de dicho líder alcanzó cierto éxito entre las capas más humildes de la población judía, pero los jefes de la comunidad *(politeuma)* advirtieron de ello al gobernador romano Catulo, y el intento de rebelión orientado a proseguir a la desesperada la guerra contra Roma fue severísimamente reprimido (*Bell.* 7,436-450).

Mucho más serio será, en cambio, el levantamiento judío que tuvo su origen en Cirene en los últimos años del reinado de Trajano (115-117) y que debió de extenderse por todas partes (cf. p. 240).

### *Berenice*

Corresponde a la actual Benghazi en Libia (el nombre árabe que recibió en el siglo XIV). Antigua ciudad llamada primero Hespérides y rebautizada Berenice en honor de las reinas de Egipto, como otras muchas ciudades fundadas o restauradas por los Tolomeos. Era la segunda ciudad más importante de Cirenaica. Bajo dominio egipcio primero, formó parte después, a partir del 74 a.C., de la Cirenaica romana. Las inscripciones griegas nos informan acerca del *politeuma* judío de Berenice en tiempos de Augusto y Tiberio, y en los primeros años de Nerón (Safrai-Stern I, 135-136). Según una inscripción del 13 a.C., los judíos de Berenice eran considerados como «ciudadanos», aunque administrados por su propio «jefe» o *archon*, y no por el *ethnarca* como en otras partes de la diáspora. La mayoría de los nombres de personas que aparecen en las inscripciones no son judíos, lo que confirma su elevado grado de helenización, igual que en Egipto. Después de la época romana, el destino de los judíos de Berenice estuvo ligado al de los de Cirene.

*Teuqueira*

Ciudad de Cirenaica, de la costa mediterránea (más tarde Tokra), entre Tolemaida y Berenice. Algunos judíos se instalaron allí muy pronto. Las inscripciones funerarias que se han encontrado revelan huellas de la emigración de judíos egipcios subsiguiente a la fusión de Egipto y Cirenaica bajo Tolomeo VII (Evergetes II), durante la segunda mitad del siglo II a.C. (*Ant.* 14,116). La población era en gran parte rural y parece que se instaló allí una «colonia militar» o *katoikia* (cf. p. 120)[25]. El hecho de que judíos y no judíos compartieran el mismo cementerio da a entender que las relaciones entre ambas comunidades eran buenas.

## ROMA[26]

La primera mención de la presencia judía en Roma data del año 161 a.C., en virtud de los contactos diplomáticos de los enviados de Judas Macabeo (1 Mac 8,17-32; *Ant.* 12,414-419). No se excluye que en ese momento y aprovechando dicha misión se introdujeran en Italia algunos hombres de negocios. Simón envió otra embajada asmonea a Roma en el 142 o 139 a.C., con objeto de renovar el pacto caducado (1 Mac 12,16; 14,24; cf. *Ant.* 14,146). Exactamente en el 139 a.C., la comunidad judía de Roma estaba en actividad, a juzgar por el testimonio del historiador latino de comienzos del siglo I, Valerio Máximo (en su *De superstitionibus*). En esa misma fecha el *praetor peregrinus* expulsó a varios propagandistas judíos por difundir ideas y cultos orientales[27]. Este hecho sigue siendo un enigma. A pesar de que las fechas coinciden, no hay por qué vincularlo forzosamente con la misión diplomática asmonea hacia los judíos romanos. Sin embargo, a la vista de los resultados, hay que pensar que éstos no pararon de crecer y prosperar.

En el 59 a.C., Cicerón alude a la gran masa de judíos que asisten al proceso de Flaco, en los siguientes términos: «Sabes

[25] Safrai-Stern I, 425-426; II, 709-711; Applebaum, S Hi VII, 27; Smallwood, *The Jews*, 411.

[26] Para un punto de vista general, cf. H. J. Leon, *The Jews of ancient Rome* (Filadelfia 1960).

[27] Para la discusión, cf. Smallwood, *The Jews*, 128-130; textos y debates en Stern, *Authors* I, 357-360.

muy bien qué muchedumbre son, cómo se unen entre sí formando un solo cuerpo y cuál es su influencia en las reuniones...» (*Pro Flacco* 66; Stern, *Authors* I, 196-197). Dejando de lado el efecto retórico de un defensor que se anticipa a los ataques del adversario[28], no hay más remedio que refrendar, a través de este testimonio, el peso que la comunidad judía de Roma poseía. Su instalación no podía, por tanto, ser reciente. En el 41, es decir, un siglo más tarde, Filón alude al «amplio barrio de Roma, más allá del Tíber..., ocupado por judíos...; la mayoría de ellos —dice— eran libertos romanos y poseían sinagogas» (*Caium* 155-156).

La primera gran afluencia sistemática de judíos hacia Roma se produjo en el 62 a.C. Entre los miles de prisioneros que llevó Pompeyo había efectivamente muchos judíos. Diez años más tarde, otro acontecimiento provocaría una nueva oleada de prisioneros. En el 55 a.C., M. Licino Craso, sucesor de Gabinio como procónsul de Siria, «para financiar su expedición contra los partos, se apoderó del oro que había en el templo de Jerusalén» (*Bell.* 1,79; cf. *Ant.* 14,105-109). Esta operación provocó dos años después un movimiento revolucionario judío dirigido por un tal Pitolao, quien intentó reunir a los partidarios del asmoneo Aristóbulo en Galilea. El plan fracasó, y el cuestor C. Casio Largino (Craso había muerto combatiendo a los partos) reprimió enseguida la rebelión: «Llegó rápidamente a Judea, tomó Tarichea[29] y redujo a esclavitud a treinta mil judíos, a la vez que hacia ejecutar a Pitolao» (*Bell.* 1,180; cf. *Ant.* 14,119-121). Tras la toma de Jerusalén en el 37 a.C. tuvo lugar una nueva llegada de prisioneros judíos, según podemos inferir del triunfo de Sosio, general romano que ayudó con su ejército a Herodes a tomar su capital (*Ant.* 14,477-490; *Bell.* 1,351-357). Las monedas que conmemoran el hecho muestran a los prisioneros judíos al pie del trofeo.

A la muerte de Herodes el Grande en el 4 a.C., la comunidad judía de Roma era muy importante. Josefo señala en dos pasajes la manifestación de un grupo de más de «ocho mil personas» escoltando a los cincuenta delegados que habían ido desde Judea a pedir al Senado la abolición de la monarquía herodiana (*Bell.* 2,80; *Ant.* 17,300). Podemos también dar cré-

[28] Se acusaba a Flaco de haberse incautado del oro judío *(aurum judaicum)* destinado a Jerusalén, cuando era procónsul de Asia. En su alegato de defensa, Cicerón califica a la religión judía de *«barbara superstitio»*.

[29] Ciudad de Galilea cinco kilómetros al norte de Tiberíades.

dito a las fuentes que mencionan la existencia, en el 19, de cuatro mil jóvenes en edad militar descendientes de los prisioneros de guerra de Pompeyo (cf. Smallwood, *The Jews*, 208). Otro contingente de prisioneros engrosará el número de los judíos de Roma mucho más tarde, tras la toma de Jerusalén por Tito.

Ahora bien, «en el tiempo transcurrido entre esas inmigraciones forzosas, el comercio y el deseo de negocios siguieron llevando a Roma judíos de cualquier tipo de procedencia, cuyas vicisitudes no han pasado a la gran historia» (Pelletier, OPA 32,42)[30].

[30] Algunas familias distinguidas de judíos romanos, cuyos miembros eminentes se distinguieron a lo largo de los siglos, son considerados, según una antigua tradición, como descendientes de familias aristocráticas de Jerusalén, llevados por Tito a Roma en torno al año 70: así, los Anau (EJ 2, 934-935), los Pomi (EJ 13, 844-845) y los Rossi (EJ 14, 315-318).

## *CONCLUSIONES*

1. En la historia judía de finales del Segundo Templo, la diáspora se presenta como una situación de hecho aparentemente irreversible. Es una institución compleja, aunque auténtica, que, de manera empírica y según las circunstancias, consiguió encontrar su propia lógica y su propia ética tanto en lo social como en lo político. Algunos intelectuales judíos del siglo I se constituyeron, a posteriori, en hábiles teóricos de la diáspora. Filón de Alejandría considera «patria» (cf. p. 103) a los países que se encuentran fuera de la tierra nacional y en los que los judíos se han establecido, y habla de «nuestra lengua» refiriéndose al griego de la Koiné (*De congressu eruditionis gratia* 44). En cuanto a Josefo, en su libre versión de Nm 23, 10 pone en boca del «profeta» Balaán los siguiente: «Sólo unos pocos de vosotros dominarán la tierra cananea. Sabed que el mundo entero se extiende ante vosotros como morada permanente. La mayoría iréis a vivir tanto a las islas como al continente, más numerosos incluso que las estrellas del cielo» (*Ant.* 4,115).

2. En esta misma época, las comunidades judías de la diáspora se agrupaban en torno a dos polos esenciales: uno occidental, con Egipto y Cirenaica, y otro oriental, con Siria y Mesopotamia (al que hay que añadir una conexión septentrional[1] nada despreciable con Asia Menor y las islas griegas).

Bajo los Tolomeos de los siglos III y II a.C. el primer polo representó política, social y culturalmente un momento óptimo en la historia de la diáspora. Allí se elaboró un auténtico modelo «meta-político». Estado dentro del Estado y ciudad dentro de la ciudad. Eso permitió, durante bastante tiempo, el funcionamiento y sostén de las relaciones imprescindibles para que existiera institucionalmente la comunidad judía «dispersa»: relaciones *legales* respecto al poder hegemónico de los Lágidas y la autoridad judía de Jerusalén; relaciones de *ortodoxia* respecto a las «leyes nacionales» y el reconocimiento del templo central. Con la adopción del *politeuma* y la práctica de las *cleruquías* (habría que añadir la forma griega de hablar y, sobre todo, de escribir)[2], la diáspora egipcia se inspiró técnicamente

[1] Y más tarde Roma, que irá creciendo en importancia.
[2] Cf. A. Paul, *Los escritos judíos en tiempos de Jesús*, tomo 7 de esta Introducción.

en los modelos y usos de la sociedad griega. Su evolución, tanto en la prosperidad como en la decadencia, seguirá también la misma curva que el Imperio de los Tolomeos.

3. Con la instauración del sistema político romano, la estructura y el vigor de los modelos de asentamiento judío en Egipto perdieron sus lugares y medios de encuentro, y muy pronto desapareció su razón de ser.

Se había logrado un triple equilibrio: *equilibrio social,* basado en la relación entre judíos de Egipto, por una parte, y grupos locales, egipcios autóctonos y griegos por la otra; *equilibrio político,* basado en la relación entre *cleruquías* y *políteuma* por un lado, y trono real y ciudad por el otro; *equilibrio ideológico,* basado en la relación entre una situación cultural regulada por la actividad de la sinagoga y el cultivo de las «leyes ancestrales» y la referencia al territorio nacional. Pues bien, este triple equilibrio, aunque sólidamente establecido, quedó entonces profundamente alterado y hasta seriamente comprometido. Como el reino de los Lágidas, también él se encontraba minado sin remedio. Además, el sentimiento más o menos exteriorizado de una «vuelta» a Egipto o un «anti-Exodo» que acompañó a la espléndida experiencia de la diáspora, cedió su lugar al deseo colectivo más o menos latente de un nuevo éxodo: la *diáspora* o «diseminación» se transformó en *paroikia* o «estancia (en el exilio)». En la conciencia popular, la vivencia de ser «extranjeros» o habitar «en tierra extranjera» dejó oír vigorosamente su voz, expresándose no sólo a través de los libros, sino también por medio de las armas. Las afirmaciones contemporáneas del noble Filón resultaban ya contradictorias en su misma época o al menos inoportunas en relación con la historia social de su pueblo.

4. La decadencia del poder social y cultural de los judíos de Egipto se vio acompañada, en el siglo I a.C. y el siglo I de la era cristiana, por la multiplicación numérica y el desarrollo demográfico de los asentamientos judíos en otras muchas ciudades del Oriente Medio y la cuenca mediterránea. Fue entonces cuando destacó Roma claramente, convirtiéndose en un centro cada vez más importante de la diáspora. Su población judía fue sensiblemente reforzada por las oleadas de prisioneros que, desde el 63 a.C. al 70 d. C. (de Pompeyo a César), fueron llevados por los grandes vencedores de las guerras ju-

días. Entre esas dos fechas, los contactos (que se iniciaran con Judas Macabeo el 161 a.C.) tanto políticos, con Herodes y sus sucesores, como administrativos, con los prefectos o procuradores de Judea, no cesaron entre Jerusalén y Roma. Por otra parte, algunos aristócratas judíos —por ejemplo, el futuro Agripa I y Flavio Josefo (llamado a la sazón José Ben Matías)— frecuentaron la alta sociedad romana en su juventud, lo cual, en cierto modo, recordaba las relaciones mercantiles con la corte de Alejandría por parte de los acaudalados judíos de los siglos III y II a.C. (así Tobías y sus hijos, cf. página 166).

5. A diferencia de los judíos egipcios (y de Palestina), el polo oriental de la diáspora, centrado en Babilonia, vivió en paz durante mucho tiempo, tanto bajo los Seléucidas, como durante los dos primeros siglos de la ocupación parta. El modelo egipcio, cuya doble vertiente había permitido, a la vez, la *emancipación* y la *autonomía* relativas de los judíos en la sociedad griega y en el Estado tolemaico, no se estableció allí, al menos formalmente. Es preciso decir que, al vivir más apartados que sus hermanos de la diáspora occidental de la gestión política y administrativa del país, no constituía para ellos una necesidad urgente, radicando en esto su salvación (cf. p. 245). Desde el punto de vista cultural, sobre todo en lo que a la lengua se refiere, los judíos de Babilonia y territorios circundantes estaban más cerca de los judíos de Palestina, pero políticamente, es decir, teniendo en cuenta sus relaciones con el poder hegemónico local, se parecían más a los judíos de Egipto: unos y otros vivieron durante un largo siglo (del 301 al 200 a.C.) dentro de los límites administrativos del mismo imperio, el de los Lágidas.

6. Precisamente por eso, no es difícil comprender que, cuando la ocupación romana perturbó en el siglo I las relaciones políticas de los judíos, se produjera una fuerte solidaridad popular entre judíos de Egipto y judíos de Palestina, tanto en el plano ideológico como en el militar. Los judíos del este, apartados de la política de Roma y de Jerusalén, siguieron viviendo en paz, que durará hasta los terribles «pogroms» de Seleucia junto al Tigris. Por otra parte, la decadencia de los judíos de Egipto aparece nítidamente como un proceso irreversible en el preciso momento en que los judíos de Palestina, con

la preparación y luego las actividades de la guerra del 66-70, iban abocados a la ruina por propia iniciativa.

7. Contemplando el conjunto de la diáspora judía durante los tres siglos que preceden a la destrucción del templo con la suficiente atención, se nos muestra cómo, con diferentes acentos según se mire al oeste o al este, la nación judía «dispersa» («diseminada», según el sentido de la palabra *diáspora*) constituía un amplio y orgánico conjunto que englobaba también, de hecho, a Judea y Palestina. La diáspora es, en cierto modo, el sistema (la máquina, podríamos decir) por el que se inclinó ventajosamente todo el grupo o mundo judío, allí donde fue implantado, desde la llegada de la política y cultura denominadas helenísticas, hasta el derrumbamiento del Estado judío en el año 70.

8. El sistema constitutivo de la diáspora se edifica sobre varios planos y diversos ejes articulados entre sí, y se basa en condiciones sociales y políticas que forman un todo estructural. Sin esto, no hay diáspora, aunque haya exilio. Semejante sistema requiere un equilibrio sólido, con frecuencia difícil y arriesgado. Cierto grado de interferencias, modificaciones, omisiones o excesos compromete su obligado equilibrio y entonces el propio sistema de la diáspora se encuentra en peligro. Cualquier desajuste o avería grave en uno u otro punto conlleva la desarticulación, la alteración de los planos y la inversión de los ejes, lo cual significa desequilibrio grave y luego ruptura.

9. Mucho antes de declararse, esta ruptura se manifestó mediante determinados *síntomas* y *señales*.

Los *síntomas* fueron, sobre todo, los movimientos agresivos de los griegos contra los judíos, que se generalizaron casi simultáneamente en la mayoría de las ciudades. La situación de Palestina, a este respecto, no se diferenciaba de la de cualquier otro territorio habitado por judíos.

En cuanto a las *señales*, consistieron en la modificación del vocabulario empleado por los judíos para designar sus situaciones, entidades o bienes nacionales[3], así como en la transformación ideológica de sus obras literarias: una literatura impreg-

[3] Por ejemplo: *paroikia*, en lugar de *diáspora*, *Israel*, en vez de *judíos*, *tierra de Israel*, en lugar de *Judea*.

nada de reacción nacionalista fue reemplazando poco a poco, tanto en Egipto como en Palestina, a las obras en lengua griega que se habían caracterizado por la más amplia apertura cultural[4].

4 Así, ya en tiempos de Augusto, el libro III de los Macabeos.

# *NOTAS COMPLEMENTARIAS*

## 1. *Origen de la sinagoga*

La sinagoga es la institución más importante del judaísmo. Tuvo una decisiva influencia en la vida judía a lo largo de los siglos, como lugar de lectura de la Escritura y centro de oración. Su influjo fue más allá de la religión judía: el cristianismo la asumió y el Islam está en deuda con ella en muchos aspectos.

Dos términos, ambos griegos (*proseuche* y *synagoge*), sirvieron para designar a la sinagoga en la Antigüedad.

La palabra *proseuche* («plegaria») se usó metonímicamente como «casa de oración» (Is 56,7 LXX). Parece haber sido empleada sobre todo por los judíos de Egipto y luego de Grecia, Asia Menor y Roma. En Palestina, su uso fue muy limitado. Se la encuentra desde el siglo *III* a.C. en las inscripciones sinagogales de Egipto: hasta el siglo I a.C. se utilizó casi exclusivamente allí. Predomina en los escritos de Filón y Josefo y se encuentra en el Nuevo Testamento.

En Palestina se empleó *synagoge,* término que originariamente significaba «reunión», «asamblea». En la versión de los LXX, *synagoge* traduce el hebreo *'edah* («congregación», vertido al arameo de los targum por *kenishta,* que en hebreo moderno se transforma en *keneset*) y en ocasiones en *qahal* («asamblea»; en griego, *ekklesia*). A partir del siglo I, el término aparece en las fuentes literarias (Filón, Josefo, Nuevo Testamento) en el sentido cada vez más consolidado de «lugar de reunión», «casa de culto e instrucción» (en el hebro de los rabinos del siglo II, *bet hakkeneset* es «casa de reunión»).

Progresivamente, *synagoge* y su equivalente *keneset Israel* («asamblea de Israel») pasaron a designar bien la nación judía en su totalidad, bien el conjunto de los practicantes de la Torá. Entre los Padres de la Iglesia, *synagoge* fue empleado para referirse a la totalidad de la comunidad judía (la *Sinagoga*) en oposición a *ekklesia,* el cuerpo de los cristianos o *Iglesia.* Estos dos términos, sinónimos en sus orígenes, pasaron a significar bastante pronto, coincidiendo con la emergencia del grupo cristiano, dos realidades sociales y religiosas diferentes y aun opuestas.

Junto a esos dos términos, *proseuche* y *synagoge,* muy documentados en las fuentes literarias y no literarias, hubo otros cuyo principal testimonio reside, sobre todo, en el material epigráfico. Así, *topos* («lugar», cf. p.135) o *hagios topos* («lugar sagrado»); *to oikos* («la casa») e incluso *sabbateion* (*Ant.* 16,164).

Las opiniones sobre el origen de la sinagoga varían. Hay que reco-

nocer que estamos a oscuras en este punto y sólo nos es posible aventurar hipótesis. Al imponerse como institución central del judaismo, las autoridades judías colocaron muy atrás en el tiempo sus orígenes históricos, atribuyendo la fundación de la sinagoga al propio Moisés, considerado como fundador de su religión, y a quien la tradición rabínica atribuye la instauración de la lectura pública de la Torá en sábado y días festivos[5]. Ninguna de estas fuentes considera, por tanto, a la sinagoga como institución humana.

En el siglo XVI, el sabio Sigonio rompió definitivamente con esas creencias. En lo esencial su tesis se impuso y sigue dominando. Para dicho erudito, el origen de la sinagoga hay que situarlo en la Babilonia del exilio, como un sucedáneo del templo inexistente.

A continuación, en el siglo XVIII y, sobre todo, el XIX, se lanzó la hipótesis de que el establecimiento y universalización de la obra comenzada durante el exilio se habría consumado en el período persa, es decir, con las actividades de Esdras y sus sucesores los escribas.

Se ha pretendido también explicar la sinagoga recurriendo a la imitación por parte de los judíos, en el mundo helenístico y, sobre todo, en Alejandría, de las «asociaciones» o «cofradías» religiosas griegas llamadas *thiases,* lo que situaría su origen en época bastante más tardía. Algunos han pensado incluso en el período de los Macabeos. Otros, en cambio, consideran que habría que remontarse hasta el Primer Templo y situar la sinagoga primitiva en el marco secular de la vida municipal: habrían existido construcciones especiales, donde se llevarían a cabo las reuniones públicas y en las que los profetas habrían proclamado sus oráculos, etc. Poco a poco, esos centros de reunión se habrían convertido en sinagogas, lugar para el estudio y la plegaria comunes. Incluso se ha pretendido que las sinagogas fueran originalmente un vestigio de los santuarios locales cananeos o *bamot* («lugares elevados»).

Una cosa es cierta. En la diáspora se vivió la necesidad del culto local como algo más acuciante que en el territorio nacional. Se estaba lejos del templo, y los santuarios de Elefantina y Leontópolis no menoscabaron en absoluto la autoridad del edificio central de Jerusalén. En Egipto precisamente, los descubrimientos arqueológicos, han suministrado los restos de las sinagogas más antiguas. En 1902 se descubrió en Shedia, a veintiséis kilómetros de Alejandría, una losa de mármol que atestigua que los judíos dedicaron su sinagoga *(proseuche)* a Tolomeo II Evergertes (246-221 a.C.) y a la reina Berenice. Esta inscripción permite suponer que la institución era ya oficial bastante antes. Se han descubierto restos de sinagogas en las fortalezas herodianas de Palestina. La sinagoga de Masada, por ejemplo, conoció dos fases, una en tiempos de Herodes el Grande y otra durante la guerra del 66-74.

[5] Ver las referencias en Safrai-Stern II, 911: Targúm *Neophiti* Ex 18,20; *Apion.* 2,175-177; Hch 15,21, etc.

En el siglo I es cuando la sinagoga aparece por todas partes como una sólida institución entre los judíos, lo que significa que ya era antigua. Se había convertido en centro oficial de la vida religiosa y social, preparada ya desde tiempos remotos para tomar el relevo del templo. Sin establecimiento rival en la diáspora, cooperó con aquél armoniosamente en Palestina. Si hemos de creer al Talmud, habría habido, según las fuentes, cuatrocientas ochenta o trescientas noventa y cuatro sinagogas en Jerusalén durante la guerra de los años 66-70[6].

## 2. *El impuesto del «medio siclo»*

Según una tradición tanaimítica (es decir, de los maestros judíos del siglo II), todo varón adulto debía pagar anualmente al templo un modesto impuesto, el *medio siclo*. Las mujeres no estaban obligadas a ello, pero diversas fuentes indican que lo pagaban de buen grado. Ya en la Biblia se encuentran disposiciones legales concernientes a la tasa individual «para Yahvé» o «para el templo» (Ex 30, 11-16; 2 Re 11,5-10; Neh 10,33-34). Sin embargo, el «medio siclo», como institución específica instaurada en el mundo judío, se menciona por vez primera en el siglo I a.C. Josefo remonta su fundación a Moisés y precisa que estaban obligados a él «todos los hombres libres de veinte a cincuenta años» (*Ant.* 3,196). Seguramente la mayoría de los judíos de la diáspora se sometían a él.

El cuarto tratado *(Shekalim)* del orden *Moed* («Fiestas») de la Misná está dedicado principalmente a este impuesto. Las informaciones que se encuentran son, en parte, antiguas: todos los funcionarios de que habla en el capítulo quinto vivieron entre el 41 y el 70 y algunos de ellos los menciona Josefo. Filón habla en varias ocasiones del «medio siclo». Los dos pasajes que siguen son muy instructivos al respecto:

«... cada año son enviados delegados sagrados, que llevan al templo, en cantidad, el oro y la plata producto de las primicias. Han de seguir incómodos itinerarios, poco frecuentados e interminables, pero que ellos consideran como amplios caminos, porque piensan que conducen a la piedad» *(Legatio ad Caium* 216)[7].

«Se ordena... a cada uno, desde los veinte años, ofrecer anualmente deducciones. Esta ofrenda se denomina «rescate» *(lytra)*, y por eso se apresura la gente a llevar llena de gozo y alegría las deducciones, pensando que, gracias a esa contribución, podrán obtener la liberación

[6] *Bibliografía:* TWNT VII, 798-839; IDB 4,477-491; EJ 15, 579-628; Baron, *Histoire* II, 972-981; Safrai-Stern II, 908-944; Schürer II, 423-443; Ch. Perrot, *La lecture de la Bible. Les anciennes lectures palestiniennes du Shabbat et des fêtes* (Hildesheim 1973); K. Hruby, *Die Synagoge* (Zurich 1971).

[7] Pelletier, OPA 32,321; cf. *ibid.* 364-368: Excurso VI, «El dinero sagrado».

de su esclavitud o la curación de sus enfermedades y disfrutar de libertad segura y perfecta salud» (*De specialibus legibus* I,77)[8].

La sustitución del «medio siclo» sagrado» por el «impío» *fiscus judaicus* (cf. pp. 237s), obra de Vespasiano, significará para todo judío la pérdida de los beneficios físicos y espirituales anejos al cumplimiento de los ritos del templo: el dinero entregado contribuía al mantenimiento de la institución, a la subsistencia de los sacerdotes y empleados y a la provisión de todo lo necesario para los sacrificios. En la diáspora, el medio siclo ponía en marcha un importante movimiento de fondos, que excitó en más de una ocasión la avaricia de los gobernadores romanos locales (cf. pp. 132 y 151), y ello mucho antes de que Vespasiano lo asumiera totalmente en beneficio del tesoro central. En Judea, y principalmente en Jerusalén, constituía un factor económico de gran envergadura por todo lo que permitía financiar. La instalación por Herodes de la colonia militar de Zamaris al este del reino, se comprende de este modo mucho mejor: era importante garantizar la seguridad del séquito que transportaba elevadas sumas recolectadas en Mesopotamia.

[8] Daniel, OPA 24,57.

# TERCERA PARTE

# *EL TERRITORIO NACIONAL*

LA JUDEA COLONIZADA

EL SINDROME ASMONEO

LAS CIUDADES GRIEGAS

LA RESISTENCIA NACIONALISTA

CAPITULO PRIMERO

# *LA JUDEA COLONIZADA*

La impronta griega en los judíos de la diáspora desbordó ampliamente, como hemos indicado, los territorios nacionales de Lágidas y Seléucidas. La propia Judea, territorio nacional judío, no pudo resistir la oleada helenizante. De forma frecuentemente equívoca, se vio obligada a buscar los medios para situarse y sobrevivir. Nunca cesó de haber conflictos de intereses, complicidades y compromisos con los sucesivos ocupantes, llevados en ocasiones hasta un auténtico afán de emulación. Sus dirigentes, los sumos sacerdotes en primer término, pero también otros altos dignatarios, fueron los protagonistas, en un escenario político la mayoría de las veces movedizo. Cualquiera que fuese el grado de dependencia de las autoridades centrales jerosolimitanas respecto a las potencias vecinas ocupantes de Judea, dicha situación dio pie a rivalidades y luchas intestinas que se tradujeron en guerras: sociales y civiles primero y de independencia después. Porque junto a los aristócratas colaboracionistas vivía, cual si de una «colonia» de extranjeros se tratase, la masa popular de judíos largo tiempo vejada y silenciosa. Al final reaccionará brutalmente, para recordar su existencia y su peso y, al hacerlo, pondrá de manifiesto su fidelidad y, por lo mismo la fidelidad de toda la nación judía, a los principios ancestrales y las leyes nacionales.

## LA «COLABORACION» CON LOS LAGIDAS

Con la desaparición, hacia el 515 a.C., de Zorobabel, representante oficial de la estirpe de David, el control de Judea siguió siendo patrimonio casi exclusivo de la dinastía de los sumos sacerdotes.

Por eso, al comienzo de la era helenística, el griego Hecateo de Abdera (citado por Dioro de Sicilia 40,3/4) podía considerar impunemente a la sociedad judía como una auténtica

«teocracia», en la que los sacerdotes, personajes de alto rango, eran, en gran medida, los rectores de la vida pública.

Hay que hacer, no obstante, una importante salvedad. Se trata del papel que desempeñó, en la sociedad y en los asuntos judíos, la familia de Tobías y luego los «Hijos de Tobías» o Tobiaditas. La posición de esta poderosa familia no sacerdotal era muy sólida en tiempos de Nehemías (mediados del siglo V a.C.). Influyeron decisivamente en la situación social, económica y política de Judea, e incluso del conjunto de las tierras palestinenses, desde mediados del siglo III a.C. hasta la revolución de los Macabeos (167 a.C.). Conocemos las actividades de sus principales jefes por los *Papiros de Zenón,* los escritos de Josefo y los libros de los Macabeos.

## EL CLAN DE TOBIAS Y LOS TOBIADITAS

La familia de los Tobiaditas estaba establecida en el «país (o tierra) de Tobías»[1], especie de feudo situado al sur de Galaad, en Transjordania. Allí vivía habitualmente. Por emancipados políticamente y helenizados culturalmente que estuviesen, los Tobiaditas eran, a pesar de todo, judíos. El núcleo de su territorio era la *birta* («fortaleza») *de Ammón* (llamada en griego *baris* por Josefo). Las fuentes literarias y arqueológicas permiten identificarla con el actual 'Arak el-Emir. Sobre la colina subsisten los restos de una gran construcción de mediados del siglo III a.C. (en la actualidad Kasr el-'Abd)[2]. La inscripción *tubiah* (Tobías), en caracteres hebreos, está grabada dos veces en los peñascos de los alrededores. Los historiadores divergen sobre el origen de los Tobiaditas. Es prácticamente seguro que la familia era conocida en Judea en tiempo de Nehemías, pero algunos la remontan hasta el siglo VIII a.C.

Tobías, el «esclavo amonita», era adversario de Nehemías y hombre de elevada extracción (Neh 13,4). Otro Tobías, más antiguo, se menciona en Zac 6,10 (hacia el 520 a.C.) y pueden encontrarse algunos *bene Tobiah* o Tobiaditas entre los judíos que vuelven de Babilonia (Ez 2,59-60; Neh 7,61-62). En los *ostraka* de Lakish (Lemaire, LAPO 9,101 y 117), encontramos también un Tobías, quizá el sumo sacerdote de que habla Zaca-

[1] *hê Toubiou gê,* Tcherikover, *Corpus* I, 123; cf. *hê Oniou* u *Oniou chôra* en Egipto; *Ant.* 13,287; 14,131; *Bell.* 1,190; 7,421.

[2] Suele admitirse que había allí un templo.

rías. Ocupaba un puesto elevado como «servidor del rey». Hay quien cree que se remontan hasta los reinados de Ozías y Jotán (759-743 a.C.)[3].

El Tobías de los *Papiros de Zenón* era, por tanto, a mediados del siglo III a.C., descendiente de una noble y antiquísima familia de origen judío. Pues bien, en la época helenística se destacan tres miembros principales de dicha familia: Tobías, José e Hircano[4].

*Tobías*

Es el principal personaje palestino de los documentos de Zenón: su nombre aparece seis veces. Tobías facilitó en gran medida, tanto en su preparación como luego en su ejecución, el viaje de Zenón, de quien fue huésped en Transjordania y socio en los negocios. Envió asimismo obsequios a Tolomeo II Filadelfo (283-246 a.C.) y a su ministro de hacienda Apolonio. Residía entonces en la «Tierra de Tobías». Con el estatuto de un jeque autónomo y dentro de la mayor lealtad al rey de Egipto, encabezaba una guarnición de soldados de las más diversas nacionalidades, los «clerucos de Tobías» *(oi Toibiou kleroukoi).*

La sagaz política del gobierno de los Tolomeos buscaba la simpatía y alianza de los poderosos jefes de Siria meridional, y Tobías era uno de ellos. De este modo podían hacer frente a la difícil administración de las tierras ocupadas. Comandante de una *kleroukia* militar (en cuyo centro se encontraba la *birta* o «fortaleza» familiar, construida en sus orígenes para resistir las invasiones de los beduinos del desierto), Tobías era jefe de una importante tribu local. Desempeñaba además verdaderas funciones de prefecto del rey de Egipto, al servicio del cual ponía sus soldados, relaciones e influencias. Como sus antepasados de igual nombre, estaba vinculado al sacerdocio de Jerusalén: se casó con una hermana del sumo sacerdote Onías II *(Ant.* 12,160).

[3] Cf. Mazar, IEJ, 7 (1957) 137-145 y 229-238.
[4] Tcherikover, HC, 126-143.

*José*

Hijo de Tobías, fue la gran figura de la familia de los Tobiaditas bajo Tolomeo III Evergetes (246-211). Sus actividades se sitúan, sobre todo, entre el 240 y el 218 a.C. Josefo las presenta utilizando un género bastante novelesco, pero los hechos históricos de la misma época comprueban lo esencial de sus informaciones. Sobrino del sumo sacerdote Onías II, nacido en Judea en un pueblo de la familia (*Ant.* 12,161), conseguirá elevarse al rango de caudillo del pueblo judío. Debido a su vinculación con la familia de los sumos sacerdotes, a la nobleza de sus ascendientes y a su poderío económico, influyó mucho en la capital de Judea. Hábil en los negocios y la política, era de hecho en Jerusalén el segundo personaje después del sumo sacerdote. Sus actividades «internacionales» le llevaron en repetidas ocasiones a Egipto. Más ligado que su padre a la administración lágida, todos sus fondos dependían prácticamente de sus éxitos comerciales en Alejandría. Era el principal recaudador de impuestos de los colonos (una especie de recaudador general de impuestos) bajo Tolomeo III para Siria meridional.

Cuando estalló la tercera guerra entre Siria y Egipto, Onías II, partidario de los Seléucidas, se negó a pagar impuestos al tesoro real de Egipto. Como respuesta, el rey Tolomeo amenazó con reducir Judea a una simple colonia militar. Fue entonces cuando José, rival político del sumo sacerdote, fue designado y acreditado por una asamblea del pueblo como «jefe» *(prostates)*, con el fin de aplacar la cólera del soberano lágida. Con este título, al que se agregaba el principal puesto administrativo y financiero de Judea, se producía de hecho un traslado de poderes del sumo sacerdote pro-seléucida al tobiadita prolágida. José se convertirá entonces en el más alto funcionario civil de Jerusalén. Su misión en Egipto fue un éxito completo. Obtuvo, inclusive, que su cargo de recaudador general de impuestos se extendiera a toda la provincia tolemaica (Celesiria, Fenicia, Judea y Samaría). Para desempeñar dicho cargo, dispuso de una unidad militar que le ayudó en las exacciones y hasta, a veces, en el asesinato de los notables de las ciudades recalcitrantes (*Ant.* 12,175-185). José fue, en realidad, el primer banquero de la historia judía. Murió probablemente hacia el 200 a.C., cuando Palestina se convirtió de nuevo en objeto de luchas entre Tolomeos y reyes de Siria.

*Hircano*

Fue el más joven de los hijos de José. En lo que a él y a su padre respecta, el relato de Josefo está envuelto en la leyenda. Menos mal que otras fuentes, incluidas las arqueológicas, permiten contrastar las cosas y verificar un importante número de informaciones.

Hircano fue más hábil que su padre (*Ant.* 12,186-222). Según 2 Mac 3,11, era «hombre de excelente posición». El que haya llevado el nombre aristocrático iraní de Hircano es también muy significativo. Como su padre y abuelo, parece haber sido fiel soporte de los Tolomeos. Pero sus hermanos por un lado y el sumo sacerdote Simón (II) por otro, encabezaban el grupo judío partidario de los Seléucidas. Al fracasar, abandonó Jerusalén por Transjordania y se retiró a la residencia de sus antepasados. Allí permanecerá hasta su muerte. Actuará como un reyezuelo independiente, guerreando contra sus vecinos los árabes. Reconstruyó la vieja fortaleza familiar de 'Arak el-Emir e instaló en ella un gran sistema de fotificaciones, en parte subterráneas. Sin embargo, no renunció a intervenir en los asuntos políticos de Jerusalén, donde intentó restablecer el dominio de los Tolomeos. Parece que atrajo al sumo sacerdote Onías III (hijo de Simón) a sus planes (cf. p. 173), pero cuando Antíoco IV Epífanes subió al trono de Siria (175 a.C.) e intervino luego en Palestina, Hircano se suicidó[5].

La carrera política y financiera de la poderosa familia de los Tobías, en el siglo III y II a.C., fue muy útil a la causa de la helenización política, por los lazos mantenidos con la administración lágida: helenización social si tenemos en cuenta las operaciones financieras y los resultados de los negocios cuya desgraciada víctima fue la población palestina, sobre todo en Judea; helenización cultural también, ya que, en ese contexto, los intercambios implicaban procedimientos y medios, que se oponían a las costumbres ancestrales y a la lengua nacional de los judíos. Con todo ello, la rama de los Tobiaditas colaboró, en gran medida, en la preparación más o menos lejana de los acontecimientos de Jerusalén, que llevarán en Judea a la guerra civil, a la brutal intervención de Antíoco IV y, por último, a la rebelión macabea.

[5] De los otros hijos de José, dos fueron muertos en la lucha que enfrentó a Hircano con sus hermanos. Los cinco restantes vivieron en Jerusalén, directamente implicados en las luchas políticas (cf. pp. 172-176).

La lucha por la posesión de Palestina y Transjordania, que enfrentó al seléucida Antíoco IV y al lágida Tolomeo V hacia el 200 a.C., destruyó las estructuras económicas y sociales del pequeño Estado sacerdotal de Judea[6]. Con la victoria del rey de Siria en Panión (200 a.C.), el dominio sirio reemplazó a la dominación egipcia en Palestina. Ahora bien, mientras los elementos pro-egipcios se refugiaban probablemente en Egipto y otros eran reducidos a esclavitud, la mayoría de los judíos de Jerusalén parece que se decantó del lado de los Seléucidas. Cansada del dominio tolemaico, abrió las puertas de la capital a Antíoco III, ayudándole incluso a expulsar a la guarnición egipcia. Según Josefo, el rey seléucida recompensó a los judíos concediéndoles un conjunto de privilegios en relación con los impuestos, la libertad religiosa y hasta la restauración y mantenimiento del templo. A cambio les pidió una dócil colaboración. Esas disposiciones se contienen en los documentos que siguen. El primero de ellos es una carta de Antíoco III al gobernador de Celesiria y Fenicia:

> «Como los judíos han demostrado su buena disposición desde que entramos en su territorio para con nosotros y al llegar a su ciudad nos han dispensado una magnífica acogida..., además de ayudarnos a expulsar a la guarnición egipcia establecida en la ciudadela, hemos creído oportuno, por nuestra parte, reconocer sus buenos oficios, reconstruir su ciudad arruinada por las desgracias anejas a la guerra, y repoblarla haciendo que regresen los habitantes dispersos. En primer lugar, hemos decidido, debido a su piedad *(dia ten eusebeian),* suministrarles para sus sacrificios una partida de animales... Deseo que todas estas contribuciones les sean remitidas según mis instrucciones: que se concluyan los trabajos del templo, los pórticos y todo cuanto precise ser reconstruido... Cuantos forman parte del pueblo judío vivirán *según sus leyes nacionales (kata tous patrious nomous)*; su senado *(gerousia)*, los sacerdotes, los escribas del templo y los cantores sagrados quedarán exentos del impuesto personal, del impuesto a la corona y de otras tasas...» (*Ant.* 12,138-144).

El segundo documento se refiere más en concreto al templo de Jerusalén. Es el decreto cuyo texto citamos a continuación:

[6] Momigliano, *Sagesses*, 109-110.

«Para todo extranjero, va contra la ley penetrar en el recinto del templo, que también se prohíbe a los judíos, a excepción de aquellos que entran habitualmente tras haberse purificado según la ley del país. Nadie deberá traer tampoco a esta ciudad carne de caballo, mula, asno salvaje o domesticado, leopardo, zorro, liebre, o, en términos generales, de cualquier animal prohibido a los judíos» (*Ant.* 145-146)[7].

De todas estas disposiciones, la más central y que resume a las demás es la resolución de dejar vivir a los judíos «según las leyes de sus antepasados» *(kata tous patrious nomous)*. Este derecho se encuentra enunciado en la carta del mismo Antíoco III a Zeuxis, a propósito de los colonos judíos de Asia Menor (cf. p. 121). Probablemente con Alejandro Magno ocurría ya de ese modo. Es indudable que la noción de «leyes ancestrales» es más amplia que la de «ley de Moisés», puesto que comprende la religión en su conjunto, pero además las instituciones políticas y la organización social, con la autoridad del sumo sacerdote, el papel y el poder de los sacerdotes en torno al templo, el funcionamiento de las sinagogas y tribunales, etc.

Pues bien, unos treinta años más tarde, el segundo sucesor de Antíoco III, Antíoco IV Epífanes (175-164), decretaría la total y radical abolición de esos derechos. Sabemos, en efecto, que en el 167 a.C. marchó sobre Jerusalén, tomó la ciudad, arrasó sus murallas y luego mató o vendió como esclavos a varios miles de sus habitantes circuncisos. Edificó sobre sus ruinas una amplia fortaleza, el *akra* («ciudadela»)[8], en la que instaló una guarnición griega y una comunidad integrada por judíos ganados al helenismo: tratábase de una auténtica «colonia militar» o *katoikia* ciudadana, implantada en la misma capital judía. Jerusalén quedaba transformada en una ciudad extranjera, que incluso se llamó «Antioquía» (cf. p. 174), al tiempo que se proclamaba abiertamente la helenización total de Judea. La circuncisión y la observancia del sábado quedaban prohibidas. Se ordenó hacer sacrificios paganos en cada ciudad y, hacia la primavera del 167 a.C., se erigió un altar a Zeus Olímpico, en

[7] La autenticidad de los dos documentos citados por Josefo ha sido discutida, pero en la actualidad parecen fuera de toda sopecha; cf. Marcus, *Josephus* VII, Apéndice D y Momigliano, *Sagesses* 109. Ver los destacados estudios de E. Bickerman en sus *Studies in Jewish and Christian History*, vol. II (Leyde, 1980) 44-104.

[8] Acerca de esta «ciudadela», su identificación, etc., cf. Schürer I, 154, n. 39 y Goldstein, AB 41,214-219.

el mismo corazón del santuario central. Si exceptuamos las *Bacanales*[9], esta fue la primera persecución religiosa que se conoce en la historia: toda profesión o práctica del judaísmo podía ser castigada con la muerte.

Se trata, por consiguiente, de explicar a qué se debió ese cambio y cuál fue el proceso que desembocó en la abolición y negación de las medidas liberales de Antíoco III.

* * *

Se requiere un atento examen de los acontecimientos sucedidos en Jerusalén entre el 180 y el 167 a.C. Durante este período, las aspiraciones a la helenización, más o menos veladas o contenidas hasta entonces, brotaron a plena luz y, con ellas, graves conflictos en el seno de la comunidad judía. Dichos conflictos llevarán a la guerra civil y luego a la insurrección macabea, con sus consecuencias a largo plazo. Los capítulos 3 y 4 del libro 2 de los Macabeos son, a este respecto, la única fuente. El historiador no debe emplearlos como información fiable, sino después del trabajo crítico que exigen tanto su contenido específico como sus intenciones particulares.

El gran período del helenismo en Jerusalén está ligado a la actividad de los Tobiaditas, siempre en la brecha misma de los acontecimientos. Mientras Hircano vivía en Transjordania (cf. p. 169), dos de sus hermanos morían en la lucha fratricida y otros cinco, establecidos en Jerusalén, eran ganados a la causa de los Seléucidas. La palabra Tobiaditas (literalmente «hijos de Tobías», *hoi Tobiou paides* en griego) designa, en las fuentes, a los hijos de José y sus numerosos descendientes. Aparece dos veces en Josefo (*Ant.* 12,239 y *Bell.* 1,31). De estos textos se deduce que los Tobiaditas tenían una gran influencia y controlaban de cerca, como jefes del partido helenizante, el movimiento de los asuntos en la capital. Su poder les venía, inicialmente y sobre todo, de su riqueza. Se ejerció antes que nada en el terreno económico, pero también de manera inevitable en el plano político. Como necesitaban dominar la dirección del templo, establecieron alianzas con los sumos sacerdotes.

En la Antigüedad, el templo tenía una importancia económica y política considerable, tanto entre los judíos como en otros sitios

[9] Nombre del *senatusconsultum* que, veinte años después reprimió sin contemplaciones el desarrollo de los ritos dionisíacos.

(Babilonia, Egipto, Grecia y Roma). Era un centro religioso que se desdoblaba en institución financiera. En el templo de Jerusalén se acumulaban tesoros y grandes cantidades de oro y plata. El medio siclo que todo judío, sin importar dónde residiera, entregaba cada año para el culto servía para mantenerlo regularmente. Josefo escribe: «No hay que extrañarse de que haya tanta riqueza en nuestro templo, puesto que todos los judíos y hombres temerosos de Dios del mundo entero, tanto de Asia como de Europa, envían allí su contribución desde tiempos inmemoriales» (*Ant.* 14,110).

El tesoro del templo desempeñaba el papel de la banca privada (no había otra) y el tesoro público. Era resultado directo del sistema político judío, «teocrático» e «hierocrático». En efecto, los sacerdotes eran a un tiempo responsables del culto y altos funcionarios detentadores del poder secular. Pero existía un gran peligro: la confusión entre los fondos privados y públicos, sobre todo cuando la mayoría de los depositantes estaba compuesta por miembros de la aristocracia de Jerusalén, a la que también pertenecían los sacerdotes en el poder.

## LOS ARISTOCRATAS ENEMIGOS: LUCHA POR EL SUMO SACERDOCIO

Hay que destacar varios hechos importantes en la historia del cuerpo político de la capital judía entre el 180 y el 164 a.C.[10].

En primer lugar, la ruptura del tobiadita Hircano con su padre y sus hermanos. Estos defendían la Siria seléucida y aquél el Egipto tolemaico. Una lucha parecida se estableció en el clan sacerdotal de los Oníadas, es decir, dentro de la línea legítima de los sumos sacerdotes. Mientras Simón II colaboraba con los Seléucidas, su hijo Onías III se inclinaba por los Lágidas. Estas divisiones y antagonismos no concernían más que a las altas capas de la sociedad judía, las de los dirigentes. Por su parte, las ambiciones personales se manifestarían con gran viveza. Y, a la par, se ahondaba la distancia entre las familias ciudadanas y aristocráticas enemigas, todas ellas favorables al helenismo, por un lado, y el conjunto del pueblo judío, por otro. Este permaneció durante largo tiempo al margen de todo ese mundillo de combinaciones y compromisos.

Los focos conflictivos en la sociedad judía eran, pues, numerosos. Todos, sin embargo, de carácter político o social.

[10] Cf. Tcherikover, HC, 161-168.

Hay que mencionar, en primer lugar, las luchas intrafamiliares en la etapa inicial por el puesto de sumo sacerdote. Volvemos de nuevo a los Tobiaditas. Al no conseguir Heliodoro apoderarse de los fondos del templo (cf. p. 32) el sumo sacerdote de entonces, el pro-egipcio Onías III, pariente por alianza de la escindida familia de los Tobiaditas, fue acusado por la corte seléucida de ser responsable del fracaso de la misión-pirata. Cuando Antíoco IV subió al trono en el 175 a.C., Onías fue enviado a Antioquía y destituido. En su lugar se nombró a su hermano Jasón, quien helenizó su nombre hebreo Josué (en griego, *Iesous:* así le llama Josefo en *Ant.* 12,238). Pagó una elevada suma por su cargo y prometió aumentar el canon anual que los judíos entregaban al tesoro de Siria (2 Mac 4,8)[11]. Se produjo, de este modo, un gran cambio en el proceso para nombrar a los sumos sacerdotes, es decir, en la función suprema de los judíos: el soborno reemplazaba a la herencia. Y no acababa todo ahí: el sumo sacerdote, a partir de entonces, no era ya sino un alto funcionario como los demás, a merced del capricho del rey extranjero.

Siguiendo el testimonio de 2 Mac 4,9 suele admitirse que Jasón fue facultado por Antíoco IV para transformar Jerusalén en una auténtica ciudad griega, denominada Antioquía (de Jerusalén), con el estatuto y las instituciones características *(gerousia, ephebeion, gymnasion)* de toda fundación urbana en territorio helenizado. Se echaban con ello las bases de una profunda «reforma» helenizante que alcanzaría a Judea. Pues bien, esta nueva situación política y cultural de la capital judía no afectaba, de hecho, más que a la aristocracia helenizada de la ciudad, los «antioquenos de Jerusalén» (2 Mac 4,19). Por su parte, la masa de los judíos quedaba reducida a la situación legal de los metecos o de los *katoïkoï,* extranjeros «residentes», en una ciudad que a pesar de todo era la suya. Sin embargo, fue este pueblo el que mantuvo en su pureza la observancia de las leyes ancestrales.

A partir de entonces, la «reforma» helenizante de Jasón se manifiesta como una reforma política y no religiosa. En efecto, la transformación de Jerusalén en Antioquía significaba un cambio de estructura política: se pasaba del «pueblo» o de la «nación» (en griego, *ethnos*) a la «ciudad» *(polis).*

[11] Como consecuencia del tratado de Apamea, Siria hubo de enfrentarse a graves problemas financieros, y la deuda de Antíoco III se había transmitido a sus sucesores.

Tres años más tarde (172/171 a.C.) se produjo un nuevo cambio, que reavivó la lucha en el seno de los grupos dirigentes de Jerusalén. Jasón fue víctima, esta vez, de una maniobra similar a la que él había realizado para acceder a su cargo. Un tal Menelao, de familia totalmente ajena a la de los sumos sacerdotes de la dinastía institucionalizada, ocupará su puesto. Contaba con el apoyo de los Tobiaditas pro-seléucidas a quienes se sentía muy próximo (*Ant.* 12,239). Tenía, además vinculaciones con el templo (y por consiguiente con el tesoro), ya que su hermano Simón era gran capitán del mismo[12]. Disponía, por lo tanto, de importantes bazas. Pero Jasón no dio su brazo a torcer. Estalló entonces en Jerusalén un conflicto entre Menelao, los Tobiaditas y helenizantes a ultranza, por un lado, y Jasón con la mayoría de los habitantes de la ciudad por otro. Al principio, los primeros llevaron las de ganar. Menelao consiguió de los sirios —a quienes ofreció aumentar el tributo pagado por los judíos— que depusieran a Jasón y que Antíoco IV le nombrara a él sumo sacerdote (2 Mac 4,23-24).

Con ello, las relaciones entre Judea y el poder seléucida quedaban claramente modificadas: el sumo sacerdote ya no era el portavoz del pueblo judío ante el rey de Siria; el circuito discurría ahora en sentido inverso. A pesar de encontrarse en minoría, Menalo y sus partidarios llevaron la helenización hasta el límite. Ello dio como resultado la ruptura entre el partido de los helenizados y la clase sacerdotal, es decir, la ruptura de la misma vida judía. En la primera etapa del ejercicio de su cargo, Menelao echó mano de los objetos de oro del templo (2 Mac 4,32), para ofrecérselos al representante del rey de Siria Andrónico, deseoso de congraciarse con el rey (se había demorado mucho en pagar las sumas que adeudaba). Rechazado por el pueblo judío, se impuso por medio de la fuerza (mediante «el furor de un tirano cruel y la ira rabiosa de un animal salvaje», 2 Mac 4,25). El saqueo del templo, difícil de ocultar, fue conocido enseguida por Onías III, el antiguo sumo sacerdote residente en Antioquía, quien lanzó contra su impío sucesor una diatriba que impresionó probablemente a la comunidad judía de Judea (2 Mac 4,33). Con ello se comprometió en la lucha política y, temiendo con razón por su vida, se refugió en

[12] En arameo, *segan*, «gobernador»; en griego: *ho strategos tou hierou* (Hch 5,24-26). Era un sacerdote habitualmente de la alta sociedad, con frecuencia candidato al puesto de sumo sacerdote.

Dafne, cerca de Antioquía. Menelao utilizó los servicios de Andrónico para deshacerse de él (2 Mac 4,34)[13].

## GUERRA SOCIAL Y GUERRA CIVIL

A partir de ese momento, el eje de la lucha cambiaría. El conflicto por el poder, que enfrentaba a la familia de los Oníadas con la de los Tobiaditas, ambos helenizados, se transformó en un verdadero enfrentamiento entre el pueblo judío en pleno y las altas jerarquías de Jerusalén. Mientras se encontraba ausente en Siria, Menelao había dejado en Jerusalén como representante a su hermano Lisímaco, con el encargo de que sacara del tesoro del templo los fondos necesarios. Por la impiedad que esto suponía y el perjuicio que causaba a la nación judía, este acto desencadenó una gran rebelión. La gente de Jerusalén, el partido del pueblo y de la tradición, se enfrentaron a los hombres de Lisímaco; los derrotaron y éste fue muerto (2 Mac 4,42). El Senado de Jerusalén mandó luego tres emisarios ante el rey de Siria, acusando a Menelao. A base de corrupción, consiguió mantenerse en el cargo. Los tres emisarios fueron condenados a muerte en su lugar. Entonces consolidó su poder en Jerusalén. Transcurría el año 170, en vísperas de la primera campaña de Antíoco IV en Egipto (cf. p. 32).

Al correrse el rumor de la muerte del rey, Jasón y sus partidarios intentaron recuperar el control de la capital. Los judíos del pueblo se alzaron contra él y contra Menelao. Gracias al apoyo de los sirios, éste siguió en su puesto. Mostró su fidelidad a Antíoco enviándole gruesas sumas de dinero. En cuanto a Jasón, no se retiró de Jerusalén sin antes haber pasado a cuchillo a gran número de habitantes. Hecho prisionero en cierta ocasión por Aretas, rey de los árabes, acabará sus días de ciudad en ciudad en busca de refugio (2 Mac 5,8-10). El rey seléucida ordenó entonces una dura represión y saqueó el templo. Corría el otoño del año 169, tras la primera campaña egipcia de Antíoco IV[14]. Ayudado por los Tobiaditas, Menelao siguió en el poder todavía algún tiempo, pero cuando el templo

[13] Puede haber una alusión a este asesinato en Dn 9,26. Quizás a causa de estos acontecimientos, el hijo de Onías III, Onías IV, huyó a Egipto (cf. p.110), pero su emigración es más bien contemporánea de los Macabeos.

[14] Sobre el orden y cronología de estos acontecimientos y los difíciles problemas que plantean a los historiadores, cf. Hayes-Miller 562-585; Schürer I, 152-153 (n. 37); Goldstein, AB 41, 163-164.

fue purificado en el 165-164 (hay que advertir que el culto judío había cesado allí), no era ya sumo sacerdote. Reapareció bajo Antíoco V Eupátor (164-162 a.C.), cuyos favores no pudo granjearse fácilmente. Por fin dicho soberano lo mandará matar en el 163-162 en condiciones atroces (2 Mac 13,3-8).

Cuando volvió a Antioquía tras su segunda campaña egipcia (cf. p. 32), Antíoco dirigió una segunda expedición contra Jerusalén. Las quejas de Menelao y de los «antioquenos de Jerusalén» sobre la creciente amenaza del partido de los judíos «piadosos» y nacionalistas, y el temor de disturbios civiles peligrosos para el equilibrio político del reino seléucida, provocaron efectivamente la expedición de un ejército sirio capitaneado por el «misiarca»[15] Apolonio. Fue un momento de represión total y matanzas sistemáticas (2 Mac 5,23-27). Las órdenes de Antíoco IV decretando la famosa y terrible persecución vinieron poco después (cf. pp. 33s y 171). Fue establecido oficialmente el culto pagano, como único culto tanto en Jerusalén (2 Mac 6,2) como en cada una de las ciudades y pueblos de Judea (1 Mac 1,54).

La rebelión de Matatías, padre de los hermanos Macabeos, no tardará en producirse. Vino a la zaga de esos acontecimientos unos meses o incluso semanas después (cf. pp. 34 y 179). Aunque se manifestó como una rebelión contra el poder ocupante de los seléucidas, debe explicarse como efecto y prolongación de la lucha social y la guerra civil que tantos estragos hicieron entre los judíos de Judea. A la operación radical de Antíoco IV respondió el levantamiento no menos radical de los judíos que habían permanecido fieles a su ética nacional y largo tiempo en una oprimente marginación.

[15] General de los mercenarios de Misia, cf. 1 Mac 1,29.

CAPITULO II

# *EL SINDROME*[1] *ASMONEO*

Los protagonistas de la rebelión macabea se reclutaron entre los miembros de una familia judía descendiente de un tal Asmoneo, antepasado que dará su nombre a la dinastía de los «Asmoneos» (cf. p. 39). Su jefe era Matatías, un judío de Jerusalén refugiado en Modín. Cuando un oficial real, siguiendo las órdenes de Antíoco IV, quiso imponer los sacrificios paganos en su localidad, Matatías se rebeló, mató al oficial y a sus ayudantes, derribó el altar y luego huyó a las montañas con sus cinco hijos. Muchos de sus compatriotas (probablemente del grupo de los *ḥassidim* o «piadosos») se unieron a él. Tras algunos meses de combates encarnizados, murió Matatías, dejando a sus hijos el encargo de proseguir la lucha. Dos de ellos perecieron enseguida, pero los tres restantes irán reafirmándose uno tras otro como los caudillos indiscutibles del movimiento armado: Judas (165-160 a.C.), apoado «Macabeo» (¿«martillador»?), pasó a la posteridad; Jonatán (160-142 a.C.) y Simón (142-135 a.C.).

Al cabo de una guerra de insurrección de más de veinte años lograron los Macabeos liberar Judea y Jerusalén y purificaron el templo (cf. p. 35). Su victoria fue completa y evidente cuando se apoderó Simón en el 142-141 de la ciudadela o *akra,* último bastión del poder seléucida y sus cómplices helenizantes en la capital judía.

Durante los ochenta años que duró su reinado (hasta el 63 a.C.), principalmente con Juan Hircano (135-104) y Alejandro Janeo (103-76), los asmoneos o descendientes directos de Matatías y los Macabeos consiguieron suprimir de Judea toda presión exterior y restituir su país al culto del Dios «único». Pero además intentaron y consiguieron, sin duda, reconstruir un nuevo reino igual, como ya hemos indicado, al de David y

[1] Síndrome es una palabra que se emplea en medicina y psiquiatría. Designa un conjunto coherente de síntomas o fenómenos característicos de una enfermedad, cuya asociación habitual constituye una unidad patológica.

Salomón. Bajo su égida, una guerra de conquista de cariz netamente político tomó el relevo de la guerra de independencia que, civil en sus comienzos, tuvo, sin embargo, un objetivo abiertamente religioso.

### EL «ANATEMA» DE LAS CIUDADES GRIEGAS

Los éxitos de los Asmoneos fueron, sin duda, posibles gracias al profundo debilitamiento y luego a la auténtica agonía de la realeza seléucida. A partir del 129 a.C., fecha de la derrota de Antíoco VII, muerto por sus vencedores los partos, Juan Hircano y sus sucesores quedaron con las manos libres, hasta que en el 63 a.C. anexionó Pompeyo Siria, y con ella Judea, al Imperio romano. En ese intervalo se desarrollaron sin cesar tanto el resuelto deseo de expansión territorial, como los procedimientos, acordes con el imperialismo político, de los soberanos judíos. La mayor parte de las guerras concluyeron con la conversión forzosa de los vencidos y, con excesiva frecuencia, con mantanzas que recordaban el «anatema» practicado bajo el mandato de Josué[2]. Sabemos que Juan Hircano destruyó el templo del monte Garizín, devastó la ciudad helenística de Samaría y redujo a esclavitud a sus habitantes. Los idumeos y luego los itureos de Galilea fueron obligados a circuncidarse. Perea, conquistada por Alejandro Janeo, se vio forzada a convertirse al judaismo. Pella fue destruida al negarse sus habitantes a adoptar las prácticas judías, etc. Era preciso aniquilar no sólo las resistencias de la civilización griega, sino sus realizaciones. «O el judaismo o la muerte». Esta consigna podría resumir el programa político de los grandes caudillos asmoneos. Bastantes ciudades que desempeñaban una importante función económica y cultural, tanto para Palestina como para los demás territorios, fueron destruidas también. Ese fue, en especial, el destino de las grandes y prósperas ciudades costeras y de las ciudades helenísticas construidas al este del Jordán (cf. pp. 194-203).

Dos textos de Josefo resultan particularmente elocuentes a este respecto. El primero relata la toma de Samaría por Hircano, el segundo la devastación de Gaza por Janeo:

> «Habiendo avanzado hasta Samaría, en el lugar donde se encuentra actualmente la ciudad de Sebaste fundada por el rey

[2] Cf. Vidal-Naquet, *Les Juifs,* 853.

Herodes (Hircano) la aisló por los cuatro costados mediante una muralla, y encargó su asedio a sus hijos Aristóbulo y Antígono. Estos bloquearon el lugar tan estrechamente, que los habitantes, acuciados por un hambre extrema, llegaron a comer cosas inverosímiles. Llamaron entonces en su auxilio a Antíoco, apodado Aspendio[3], quien respondió con prontitud a su llamada, pero fue derrotado por las tropas de Aristóbulo. Perseguido por los dos hermanos hasta Escitópolis, consiguió escapar. De vuelta a Samaría, encerraron nuevamente a la multitud dentro de la muralla y, habiéndose apoderado de la ciudad, la arrasaron y redujeron a esclavitud a sus habitantes. La creciente ola de sus éxitos no enfrió su ardor. Avanzaron hasta Escitópolis con su ejército, surcando la región con sus incursiones y desvastándola por completo al sur del Monte Carmelo» (*Bell.* 1,64-66).

«Cuando entró en la ciudad (Gaza) adoptó al principio Alejandro una actitud pacífica, pero luego soltó sus tropas contra los de Gaza, permitiendo que sus hombres se vengaran en ellos. Unos por un lado y otros por otro salieron matando gazaneos. Estos se defendieron de los judíos utilizando cualquier arma que cayera en sus manos, y mataron tantos hombres como habían perdido. Algunos de ellos, al quedar solos, prendieron fuego a sus casas, para que el enemigo no encontrase nada qué saquear. Otros mataban a sus hijos y mujeres con sus propias manos. Era el único medio seguro de evitarles la esclavitud. Entre los miembros del senado hubo unos quinientos que se refugiaron en el templo de Apolo, puesto que el ataque se produjo en el preciso momento en que estaban reunidos en consejo. Pero Alejandro los aniquiló y, tras demoler la ciudad después de un año de asedio, regresó a Jerusalén» (*Ant.* 13,362-364).

Estas devastadoras hazañas de los Asmoneos recordaban de forma sorprendente una práctica arcaica, la del *hérem* o «anatema», es decir, la renuncia total al botín de guerra, a los bienes, personas o animales, que se «sacrificaban» de modo ritual destruyéndolos por completo (cf. Dt 7,1-2). Ahora bien, en el siglo II a. C. este rito guerrero de tiempos lejanos, que los libros históricos más antiguos de la Biblia alaban con complacencia (Jos 7,1; 8,26-29; 1 Sm 15,16-23, etc.), revestían un carácter doblemente contradictorio. Consistían, por una parte, en destruir todo rastro, incluidos los humanos, del helenismo político y cultural de las ciudades de Palestina, en el preciso momento en que la nutrida diáspora griega exhibía su legalidad e

[3] Se trata de Antíoco VIII.

imponía su validez a base de impregnarse profundamente de los modelos helenísticos de pensamiento, vida y expresión (y ¡qué decir del terrible contraste entre el proselitismo de los judíos dispersos que entonces se consolidaba y esas conversiones conseguidas mediante la violencia!)

Por otra parte, para un reino en fulgurante expansion, significaba el aniquilamiento de las infraestructuras y estructuras sociales de Palestina Ese «anatema», practicado tan anacronica e intempestivamente, constituia la negacion de las condiciones mismas de supervivencia para la nacion judia En efecto, tanto fuera como dentro del pais, esa vida era diaspora, y globalmente considerada no era otra cosa que diaspora (cf *supra,* p 156) Rechazarla como tal equivalía a condenarla enteramente al «anatema» Bastarán unas decadas, para que, con la repentina caida del Estado asmoneo en el 63 a C , la historia ponga de manifiesto que el proceso de su muerte estaba ya profundamente enraizado y generalizado en los tiempos de gloria

## DEBILIDAD DEL ESTADO CONQUISTADOR

Las citadas conquistas y los procedimientos de que iban acompañadas suscitaron por doquier la colera entre los pueblos que rodeaban Judea El renacido reino de los Asmoneos se considero como un «Estado ladron» Los judios, efectivamente, habian acosado a los legitimos habitantes de las ciudades de la costa mediterranea y de Transjordania, y expulsado o exterminado a las poblaciones autoctonas que se negaban a someterse a la circuncision y plegarse a su ley Por ejemplo, en Cisjordania solo la ciudad filistea de Gaza y las localidades ocupadas por los samaritanos, llamados tambien cutanos[4], no habian sido habitadas ni gobernadas nunca por los judios Un eco directo de las mismas se encuentra en el siguiente pasaje del libro I de los Macabeos, de suma importancia para comprender los hechos politicos

> «(Antioco VII) envio (a Simon Macabeo) uno de sus amigos, Atenobio, como parlamentario, con este mensaje 'Teneis en vuestro poder Jafa, Guezer y la acropolis de Jerusalen, ciuda-

[4] Nombre de los habitantes de Cuta en Babilonia Sargon II (721 705) envió a colonizar el reino del Norte, despoblado por la guerra y las deportaciones

des de mi imperio Asi que entregadme las ciudades que habeis ocupado y los tributos de las poblaciones que habeis sometido fuera de los limites de Juda O si no, dadme en cambio nueve mil kilos de plata, y otros tantos como indemnización por danos y perjuicios y por los impuestos de las ciudades En caso contrario me presentare ahi para atacarte'

Atenobio, amigo del rey, llego a Jerusalen y se quedo asombrado ante el esplendor de Simon, sus aparadores repletos de vajilla de oro y plata, y todo el fasto que lo rodeaba Entrego a Simon el mensaje del rey, y Simon respondio 'Ni hemos ocupado tierra extranjera ni nos hemos apoderado de bienes ajenos, sino de la heredad de nuestros antepasados, que ha estado algun tiempo en poder enemigo injustamente Aprovechando la ocasion hemos recuperado la heredad de nuestros antepasados En cuanto a Jafa y Guezer, que tu reclamas, eran una fuente de malestar para nuestro pueblo y nuestro pais Te daremos por ellas tres mil kilos (de plata)'

Atenobio no respondio Enfurecido, se volvio a donde el rey y le transmitio la respuesta, le hablo de la fastuosidad de Simon y de todo lo que habia visto El rey se puso furioso» (1 Mac 15,28-36)[5]

El texto evoca la situacion politica de los judios de Palestina en las postrimerias de la vida de Simon (muerto el 135 a C ), ultimo de los hijos vivos de Matatias Juan Hircano, hijo de Simon, estaba ya preparado para tomar el relevo[6]

Es evidente que este pasaje del libro I de los Macabeos proyectaba y anunciaba una evolucion que, teniendo en cuenta la naturaleza del proceso iniciado, no podia detenerse En

[5] Quedan persistentes huellas de este texto o del contexto que evoca en la literatura judia tardia como en el pasaje del midras *Genesis Rabbah* que comenta los primeros versiculos del Genesis «¿Por que revelo Dios a Israel lo que habia creado en el segundo dia? Para que las naciones del mundo no puedan atacar a Israel diciendole ¡Sois un pueblo de ladrones! Y para que Israel pueda responder El mundo y todo lo que en el se contiene pertenece a Dios cuando ha querido os lo ha dado y cuando le ha parecido os lo ha quitado para darnoslo a nosotros»

[6] «Hay que calibrar las reivindicaciones de Simon teniendo en cuenta las siguientes circunstancias se refieren sobre todo a los territorios invadidos por algunos vecinos hostiles en los limites del reino de Juda despues del exilio A cada cual le llega la oportunidad de aprovechar las circunstancias Juan Hircano y Alejandro Janeo sucesores de Simon amparados por circunstancias propicias extraeran amplias conclusiones del principio de recuperacion de la heredad de sus antepasados propuesto en forma moderada por Simon la reconquista del reino de Salomon la vuelta a las fronteras de la tierra prometida segun Numeros y Ezequiel o por lo menos de Dan al Torrente de Egipto» (Abel *Maccabees* 272)

efecto, se había pasado de la lucha por el restablecimiento de la paz ciudadana y luego de la independencia nacional, a la conquista, con objeto de garantizar la necesaria seguridad de las nuevas fronteras excesivamente vulnerables. Pero ello producía una espiral inevitable: toda seguridad adquirida por medio de las armas exigía la garantía de una nueva seguridad que había que adquirir con idéntico procedimiento.

Pues bien, por extenso y fuerte que fuera en apariencia el Estado judío de los Asmoneos, apenas sobrevivió una docena de años a la muerte de Alejandro Janeo (76 a.C.), su jefe más prestigioso. El año 63 a.C. señala, en efecto, el fin de la hegemonía asmonea y del reinado nacido de las guerras macabeas. Tras la muerte de Alejandra (67 a.C.), hábil esposa de Alejandro Janeo, que prolongó durante diez años el reino de su marido, estalló la guerra entre sus dos hijos y pretendientes al trono: Aristóbulo (II) e Hircano (II). Esta situación desembocó en la intervención de Pompeyo y sus tropas. Jerusalén fue tomada tras un largo y sangriento asedio. Pompeyo entró en el templo, cuyos tesoros respetó, pero impuso a Judea, que quedó muy reducida territorialmente, el pago de un tributo al vencedor.

Tras unos ochenta años de vida, el Estado asmoneo se había desplomado rápidamente, como si estuviera aquejado de una súbita y devoradora enfermedad. Hay que intentar explicar también ese derrumbamiento por causas externas.

## LOS ASMONEOS Y LA POLITICA ORIENTAL DE ROMA

Son diversos los motivos de las acciones emprendidas por Pompeyo contra los judíos de Palestina y varían según los historiadores. Para algunos, hay que colocar en primer plano la querella fraticida de los Asmoneos. Otros[7], en cambio, hacen hincapié sobre todo en la simpatía natural de los romanos por las ciudades griegas y el interés político que éstas revestían. No faltan, en fin, quienes[8] dan la primacía al desprecio absoluto de Pompeyo por los acuerdos previamente establecidos entre romanos y judíos. La ruptura de dichos acuerdos se explicaría por el hecho de que Pompeyo se consideraba a sí mismo como un «nuevo Alejandro», a la conquista de un mundo que confi-

[7] Schalit, *Konig*, 15-24.
[8] Bammel, ZDPV 75 (1959) 76-82.

guraría a su antojo. Todas estas razones son, al menos parcialmente, válidas. No obstante, las únicas explicaciones satisfactorias son, en definitiva, de carácter político[9].

El contraste entre la política internacional de Alejandro Janeo y la de Juan Hircano (y sus predecesores) resulta a este respecto muy elocuente. El profundo cambio de las relaciones entre el poder judío de los Asmoneos y la administración romana, es, efectivamente, digno de tenerse en cuenta como hilo conductor de una explicación auténtica.

Juan Hircano mantuvo y reforzó los lazos establecidos con Roma por los Macabeos, Judas el primero en el 161 a.C., como ya hemos visto. Conocemos tres tratados entre él y Roma que «manifiestan la existencia de sólidos lazos entre Roma y Judea y desvelan un complicado sistema de relaciones internacionales en el que la Judea asmonea ocupaba su lugar»[10]. Aristóbulo (104-103 a.C.), quizá el primero de los Asmoneos que utilizó el título de «rey», y sobre todo su hermano Alejandro Janeo (103-76 a.C.), que le sucedió en el trono tras un reinado muy breve, no renovaron las relaciones con Roma. Por otra parte, en el 47 a.C. Julio César concedió territorios y privilegios a Hircano II, basándose en la alianza establecida entre Roma y Judea en tiempos de Hircano I (135-104 a.C.) e incluso con anterioridad (*Ant.* 14,202-210). A pesar de su actitud habitualmente favorable a los judíos, César no reconoció las conquistas de Alejandro Janeo, sino sólo las de su padre Hircano.

Para entender esta omisión política de Janeo respecto a Roma conviene situar a este «rey» asmoneo en el orbe político del Oriente de su época, a finales del siglo II y comienzos del I a.C. Hasta entonces las relaciones entre Judea y Roma se habían situado en el marco del antagonismo que oponía a Romanos y Seléucidas: las fuerzas políticas, es decir, militares, de los judíos desempeñaban una función táctica para Roma, quien a su vez proporcionaba a los judíos, como contrapartida, una amplia y segura protección. Es menester mencionar, además, los lazos de amistad política que Hircano estableció con los Tolomeos (*Ant.* 14,250), vínculos que se reforzaban con la eficaz ayuda de los judíos de Egipto al trono de los Lágidas. Y ello sin olvidar las buenas relaciones con Pérgamo (*Ant.*

[9] Cf. U. Rappaport, *La Judée et Rome pendant le règne d'Alexandre Jannée:* REJ 127 (1968) 329-345.

[10] Rappaport, *ibíd.*, 329.

14,246-255). Pero en el siglo I a.C. las cosas cambiaron[11]. Una vez derrumbado, el poder seléucida ya no era el «enemigo» de Roma en Oriente.

Habían surgido, por lo demás, nuevas potencias: el reino del Ponto con Mitrídates IV, el de Armenia con Tigrano I y, sobre todo, el de los partos (cf. p. 124). Janeo situó, por consiguiente, su política y su reino frente al vacío seléucida, por una parte, y en el entramado de fuerzas nuevas que formaban esa «ola oriental», por otra. Sabrá simpatizar con la causa de Mitrídates, hostil a las ciudades griegas y a Roma. Su hijo Aristóbulo (II) se acercará más todavía a ese sólido rey del Ponto. Sabemos que una delegación parta fue calurosamente recibida en la corte de Alejandro Janeo (cf. p. 126).

Se impone, por tanto, situar la lucha despiadada de Alejandro Janeo contra las ciudades helenísticas y su decisión de imponer, por la fuerza o la muerte, el elemento judío en toda Palestina, dentro del impulso de «reorientalización» de los territorios y Estados de Oriente Medio, que coincide con la decadencia de los seléucidas griegos.

Roma daba gran importancia a las ciudades establecidas en aquellas regiones en que la cultura helenística no había reemplazado todavía lo suficiente a las estructuras tradicionales, como era el caso de Judea. Ahora bien, al contrario que sus predecesores, Janeo no se incorporó a la política pro-romana en Oriente, y no sólo eso, sino que se manifestó como destructor de lo que constituía la base estratégica y táctica de dicha política.

Cabe añadir otro factor explicativo del comportamiento de Pompeyo, a saber, la complicidad de Janeo con la piratería. En el siglo I a.C., los piratas ocasionaban graves perjuicios a la navegación y al comercio. Intervenían además en las guerras contra Roma. Ese fue uno de los principales objetivos de la misión de Pompeyo en Oriente en el 67 a.C. Hircano II acusó a su hermano Aristóbulo (II) ante el propio Pompeyo de dedicarse a la piratería (*Ant.* 14,43). Equivalía a identificar su actividad con la de los reyes antirromanos, Tigrano y Mitrídates,

[11] Las relaciones entre Roma y Egipto experimentaron, casi al mismo tiempo, un cambio idéntico a la de los judíos y Roma. En el siglo II a.C., Roma, de la que todavía eran aliados y amigos los Tolomeos (*Ant.* 14,250), penetró cada vez más en Egipto. Cirene había sido cedida a Roma desde el 96 a.C. (cf. p. 148).

que mantenían estrechos lazos con los piratas. Pero el reinado de Aristóbulo fue demasiado breve y tormentoso para que se le pueda achacar haber instaurado esa práctica. Es probable que se remontase a su padre Alejandro Janeo. Hay para ello un argumento: los piratas se reclutaban sobre todo en Cilicia, donde estaban sus bases de adiestramiento («cilicio» era sinónimo de «pirata»). Pues bien, entre los mercenarios[12] de Alejandro Janeo abundaban los naturales de Cilicia (*Ant.* 13,374). También los había en los ejércitos de Mitrídates. Así se explica fácilmente que Pompeyo sustrajera Jafa a la soberanía de Hircano II, ya que este puerto, el principal de los Asmoneos[13], sirvió efectivamente de asilo a las fortificaciones piratas. En cierto modo la misma piratería puede juzgarse un hecho «oriental» por sus orígenes y vínculos portuarios, pero sobre todo por la explicación política de sus diversas funciones: en cuanto tal, la piratería se ajustaba a la doctrina política esencialmente «oriental» de Alejandro Janeo.

## *JANEO, EL «ORIENTAL» RECUPERADO*

El movimiento que arrastró a Roma hacia Oriente encontró, pues, la oposición de un «rey» judío, Alejandro Janeo, cuya política venía determinada en función de un centro de gravedad geográfico, diplomático y hasta de ideología resuelta y unilateralmente «oriental». Pompeyo fue a Oriente con una misión política, cuyo objetivo táctico, en el preciso momento en que el poder griego de los Seléucidas se había desplomado, era el mantenimiento de la helenización, es decir, de la occi dentalización que Alejandro Magno deseara (desde este punto de vista, Pompeyo era un «nuevo Alejandro»). Por el contrario, Janeo hizo, por su parte, todo lo posible técnicamente para rehabilitar como oriental a toda Palestina. Resultaba imposible, por lo mismo, la relación entre esas dos perspectivas opuestas, tanto más cuanto que los motivos y los medios que «llevaban de nuevo»[14] al rey de los judíos a Oriente eran los

[12] Juan Hircano utilizó ya mercenarios. Según Josefo, fue el «primer judío en hacerlo» (*Bell.* 1,61).

[13] Su vocación marítima era muy fuerte (1 Mac 13,29; 14,5-34). Respecto a la importancia de los puertos en tiempos de Hircano, cf. *Ant.* 13,261; 14,147, 249-250. Cf. Safrai-Stern II, 679.

[14] Hay que dar a este verbo un sentido cultural y político y no propiamente geográfico.

mismos que dificultaban la venida de los romanos. Se comprende, pues, que Janeo no prorrogase las alianzas que sus antepasados y su padre Juan Hircano habían establecido con Roma. Más aún, se entiende que Pompeyo aprovechara la repentina debilidad[15] del Estado asmoneo a la muerte de Alejandro, para volver a poner las cosas en el sitio que le convenía. Lo logró por medio de las armas, en calidad de conquistador, pero también mediante la política, como hábil constructor (cf. pp. 203-205). En cierto modo, siguió, aunque a la inversa, el camino del «antioccidental» Janeo. El vacío que éste había creado con sus destrucciones hacía la labor más fácil al permitir un radical acondicionamiento cultural de las ciudades. En resumidas cuentas, puede afirmarse que, objetivamente, el reinado de los Asmoneos, y sobre todo el de Alejandro Janeo, fueron un espléndido trampolín para una etapa de «superhelenización de la tierra nacional de los judíos». De este modo, quedó eficazmente preparado el terreno para el reinado especialmente helenístico de Herodes el Grande, futuro «rey» de los judíos.

La potencia romana penetró y echó raíces, con ello, en la tierra nacional judía. Y no dejará de controlarla mediante reinados (desde Herodes) y administraciones (prefectos o procuradores), hasta que, al cabo de las dos guerras implacables que la enfrentaron directamente con los judíos (66-70 y luego 132-135), la convierta en una provincia romana con el nombre definitivo de «Palestina», nombre que rompía con todas las tradiciones nacionales.

No hay que olvidar tampoco que poco después sufrió la misma suerte el Egipto de los Tolomeos y, de rechazo, la situación de los judíos egipcios se convirtió en un calco de la de los judíos palestinos, ahora en días aciagos, como antes lo fue en los gloriosos. En cambio, por las razones ya apuntadas (p. 124), los judíos de los países orientales ocupados por los partos no sufrieron modificación alguna en sus condiciones de vida política y social. Esta diferencia explica el papel de primera magnitud que la comunidad de Babilonia desempeñará en el conjunto del mundo judío tras el aplastamiento de la segunda rebelión, la de Bar Kokba (cf. pp. 245-249).

[15] Debilidad explicable por las contradicciones de la política de Janeo (cf. p.182). Por lo demás, hubo coincidencia entre la misión oriental del general romano y la situación política de los judíos.

## 1. *Hircano y Janeo en la tradición judía*

Existe un gran contraste entre la figura de Juan Hircano y la de Alejandro tal y como las ha diseñado y reproducido la tradición o la leyenda judía. Sobre el segundo personaje las fuentes son más breves, pero intencionadamente severas. El Talmud afirma que era «impío» aún antes de cometer sus fechorías (según la tradición talmúdica se trata de la matanza de «sabios» fariseos). En el mismo pasaje, se le compara a Juan Hircano a quien se califica de «Justo por naturaleza» (*Berakot* 29a). Bien es verdad que Josefo, bastante antes del Talmud, presenta a Juan Hircano en términos más benévolos. El siguiente texto puede confirmarlo: «El resto de la vida de Juan fue feliz y después de treinta y un años completos de excelente reinado, murió dejando cinco hijos. Fue un hombre verdaderamente querido por Dios y a propósito del cual nada puede reprocharse a la fortuna. Poseyó a la vez los tres honores más elevados: el poder supremo sobre la nación, el cargo de sumo sacerdote y el don de profecía *(Propheteia),* ya que gozaba de tal intimidad *(homilei)* con la divinidad, que nada futuro le era desconocido. Por eso predijo y profetizó que sus dos hijos mayores no conservarían el poder. Vale la pena contar *(axion)* cómo perecieron y se alejaron de la bondad de su padre» (*Bell.* 1,68-69).

Si se compara esta presentación del etnarca, sumo sacerdote y sobre todo «profeta» asmoneo, con la que el mismo Josefo propone del profeta Daniel, queda uno vivamente sorprendido por la semejanza de los dos retratos. Júzguese por la siguiente cita:

«Conviene contar de este hombre los rasgos más dignos de excitar la admiración. Todo, en efecto, le salió extraordinariamente bien, como a uno de los más grandes profetas. Toda su vida estuvo rodeado de honores y estimado por los reyes y el pueblo. Una vez muerto, gozó de renombre eterno; ...y nosotros (en sus libros) sacamos la convicción de que Daniel conversaba *(homilei)* con Dios. En efecto, no se limitaba a anunciar los acontecimientos futuros como los demás profetas, sino que inclusive precisó la época en que se producirían» (*Ant.* 10,266-267)[16].

Todavía hay más respecto a Hircano. Según Josefo (*Ant.* 13,282-293) y luego el Talmud (*Sotah* 33a), habría sido el destinatario de una *bat kol* (literalmente «hija de la voz»), es decir, de una comunicación directa de Dios, en la que los judíos de la época creían como sucedá-

[16] Ver el estudio de este texto en A. Paul, *Le fait biblique,* op. cit. 83-104.

neo del profetismo inexistente (tras la muerte de los últimos profetas: Ageo, Zacarías y Malaquías). He aquí la historia: durante el asedio de Samaría, Hircano se encontraba cumpliendo sus deberes de sumo sacerdote en el templo el día en que sus dos hijos combatían contra Antíoco Cyciceno. Una revelación divina le comunicó la victoria en el preciso momento en que se producía.

La Misná atribuye a Juan Hircano el origen de ciertas prescripciones referentes al templo (*Sotah* 9,10). Puede resultar interesante también la alusión del Targum del pseudo Jonatán a «Johanán el sumo sacerdote» (en Dt 33,11; cf. *Le Déaut,* SC 271,289).

Los dos juicios que la tradición judía emite sobre Alejandro Janeo y su padre Juan Hircano, por legendarios que a veces resulten, reflejan, sin embargo, el lenguaje contrastado de los hechos históricos. Es verdad que el cambio de política internacional y la acentuación de la ideología oriental realizados por Janeo, no aparecen de manera expresa. Sin embargo, los títulos oficiales de Hircano, «etnarca» y «sumo sacerdote», quedan ampliamente reconocidos y homologados por la corriente farisea que casi todas las fuentes representan, hasta el punto de que su titular se describe, por añadidura, como un carismático excepcional. La «realeza» de Alejandro Janeo, por el contrario, no parece ser objeto de ninguna consideración particular.

La distinta actitud de los dos grandes caudillos asmoneos hacia los fariseos parece que explica adecuadamente este punto. Durante gran parte de su carrera, Hircano tuvo el apoyo del partido de los fariseos, que reconocía su autoridad religiosa. Más tarde, al adoptar el «sumo sacerdote» un comportamiento más secular, los fariseos se situaron en la oposición y el asmoneo se puso del lado de los saduceos, enemigos de aquellos. El Talmud ha conservado discretamente este hecho, compensándolo con esta exagerada información: «Juan (Hircano) ofició como sumo sacerdote durante 80 (!) años y al final se hizo saduceo» (*Berakot* 29a).

Con Alejandro Janeo sucede a la inversa. Los fariseos fueron inicialmente y durante lago tiempo enemigos encarnizados del «rey», que los trató con gran dureza e incluso los crucificó a centenares (*Bell.* 1,97). Ciertamente, Josefo por un lado (*Ant.* 13-401) y las fuentes rabínicas por otro mencionan la reconciliación de Janeo con los fariseos, hacia el final de su vida, pero ello no fue suficiente para borrar el triste y cruel recuerdo de los hechos anteriores. Las cosas sucedieron de forma muy distinta respecto a Hircano: la memoria farisea (identificada con la memoria judía después de la derrota del 70 y la desaparición casi física de los saduceos, hombres del templo destruido) ha conservado casi exclusivamente lo que le favorecía, que era mucho. No hay que sorprenderse por eso de que Josefo se abstenga de todo comentario moral, e incluso de cualquier apreciación, cuando relata cómo Hircano hizo abrir la tumba de David, tomó más de tres mil talentos, compró a su enemigo Antíoco con trescientos de ellos y

«con el resto... financió el mantenimiento de un cuerpo de mercenarios» (*Bell.* 1-61).

En síntesis, aunque continuador del etnarca y sumo sacerdote Hircano, el «rey» de los judíos Alejandro Janeo se adentró en un camino político propio y original en lo esencial; la tradición posterior sancionará su alejamiento. El concepto de «rey» se había convertido en algo exclusivamente oriental bajo Janeo. Además, la ideología farisea que, antes y después del 70, no fue nada «pro-monárquica», será de hecho «antioriental». (No hay que olvidar que el concepto real del Mesías judío que el cristianismo hará suyo, era inicialmente de carácter oriental).

## 2. *La tradición de los Macabeos en la historia política del Occidente cristiano*

El título de *«libro de los Macabeos»* no es primitivo. La extensión de este nombre propio al escrito se debió a una evolución de la que son responsables los ambientes cristianos. *Makkabaios* era, en sus orígenes, el sobrenombre de Judas, tercer hijo de Matatías. Sólo a la larga, la palabra se aplicó a los hermanos de Judas en primer lugar, luego a sus partidarios y, por último, a todas las víctimas de la persecución de Antíoco Epífanes. «Su empleo ahorraba una larga perífrasis. De las cosas *macabeas* se pasaría naturalmente a los grupos de hombres *macabeos*»[17].

La Iglesia admitió como bíblicos los dos primeros libros (son cuatro en total), a los que ella misma dio nombre. Los homologó en su Canon[18] de las Escrituras en virtud de los relatos edificantes referentes a los mártires que resistieron sin desfallecer las persecuciones sirias. Entre los Padres de la Iglesia, se presentan esos héroes como una prefiguración de los sufrimientos de Cristo y se proponen como modelo a los cristianos sometidos a la tormenta de las persecuciones. La persecución de Antíoco Epífanes se interpreta también como una fase de la lucha eterna entre Dios y sus enemigos, interpretación que llegó a ser clásica e incluso se mantuvo como oficial. Se encuentra en la raíz de los comentarios medievales sobre los mártires macabeos y vuelve a encontrarse en Lutero y Calvino.

Pero no sólo están los mártires macabeos, sino también los resistentes del mismo nombre, militantes judíos que combaten con las armas en la mano «por la causa de Dios». Inspirándose en ellos, se justificarán todas las «cruzadas» y multitud de insurrecciones. Así, se compara con los Macabeos tanto a Ruperto, evangelizador de Baviera en el 700, como a Simón de Monfort, vencedor de los «herejes» del Languedoc. Antes de comenzar la batalla decisiva contra los perseguidores persas de los cristianos, Vardán, héroe nacional armenio, leyó

[17] Abel, *Maccabées* II. Cf. D. F. Winslow, *The Maccabean Martyrs: Early Christian Attitudes:* «Judaism» 23 (1974) 78-86.

[18] Abel, *Maccabées*, VIII-IX; Goldstein, AB 41, 3-4.

ante sus compañeros de armas el libro de los Macabeos. Pero en sus orígenes, el combate de los Macabeos fue una insurrección contra el poder político establecido. Se acudirá también, en más de una ocasión, a este ejemplo sagrado, para justificar las revoluciones populares o los golpes de Estado. Este argumento ha sido utilizado por autores eclesiásticos para apoyar la resistencia cristiana contra el poder de un déspota, al igual que por algún movimiento en rebeldía contra la Iglesia oficial: por ejemplo los Valdenses o los Taboritas (una de las dos ramas de los partidarios de Juan Hus). La literatura dedicada a legitimar el protestantismo, que se rebeló contra las disposiciones imperiales, empleó los mismos argumentos, heredados de las sectas medievales.

La historia de la interpretación de los libros de los Macabeos está vinculada, de hecho, a la historia política del Occidente cristiano, desde la Antigüedad hasta nuestros días. Más allá de los hechos y comportamientos que acabamos de evocar, entre muchos otros disponibles, transcurre la correspondiente polémica sobre la relación entre los poderes[19] religioso y secular en la organización y gobierno de la ciudad.

[19] Cf. E. Bickerman, *The God of Maccabees* (Leiden 1979) 24-31.

CAPITULO III

# *LAS CIUDADES GRIEGAS*

El efecto más visible y persistente de la helenización del territorio judío fue la multiplicación de ciudades griegas[1]. Puede diseñarse con bastante exactitud una historia política de la Palestina helenística y luego romana siguiendo la suerte y los avatares de las ciudades que las sucesivas potencias colonizadoras (Diádocos, Lágidas, Seléucidas y Romanos) edificaron o reconstruyeron. El mapa del reino asmoneo, con sus fronteras más amplias en el momento en que muere Alejandro Janeo en el 76 a.C., será el punto de partida más adecuado para hacerlo, ya que servirá de base para trazar una panorámica del conjunto de las ciudades griegas importantes y conocidas. Esta ojeada a los centros urbanos helenizados, que los grandes príncipes asmoneos, Hircano y Janeo sobre todo, conquistaron y frecuentemente arrasaron, será muy reveladora: podremos ver la amplitud y profundidad de la huella griega en Palestina en el siglo II a.C. al sesgo del proceso de urbanización.

## CIUDADES GRIEGAS EN PODER DE LOS ASMONEOS

«A su muerte (de Janeo)... poseían los judíos junto al mar y en la llanura marítima la torre de Estratón (más tarde Cesarea), Apolonia (Arsuf), Joppe, Jamnia, Azoto, Gaza, Antedonte, Rafia y Rinococure (El-'Aris). Las dos ciudades principales de Idumea, Adora y Marisa, estaban en su poder; al norte de Judea, Samaría, el Monte Carmelo, el Tabor, Escitópolis, Gaba y Filoteria. Su dominio en Transjordania, conseguido a costa de los nabateos, comprendía Esbón, Medeba, Libba, Oronaim, Agalaim, Atona, Zara o Zoara; en Perea, Pella y el valle de los cilicios, sin contar Amatunte, destruida por Alejandro Janeo;

[1] Sobre las ciudades helenísticas, cf. A. M. Ohler, *Israel Volk und Land* (Stuttgart, 1979) 152-175; para las ciudades palestinas, Tcherikover, HC, 90-116 y Schürer II, 85-183 y mapa 3.

en Galaadítica, Gadara, Abila, Dión; en Gaulanítida, Hippos, Seleucia y Gamala»[2].

COSTA MEDITERRANEA Y LLANURA MARITIMA

*Joppe*

(en griego, *Iope* o *Ioppe;* en hebreo, *Yapo,* Jos 19,46; hoy día Jaffa, cerca de Tel-Aviv.)

Del 323 al 301 cambió varias veces de dueños militares. Convertida en ciudad griega, estará bajo el dominio de los Tolomeos desde el 301 a.C. hasta la conquista de la región por Antíoco III (muy a comienzos del siglo II a.C.). Fue atacada por Judas Macabeo (2 Mac 12,3-7), tomada por Jonatán y anexionada más tarde (en 142 a.C.) por Simón al Estado judío. Este la fortificó (1 Mac. 14,5-34). Ejerció un importante papel en el despliegue de la vocación marítima de los Asmoneos (cf. página 187).

*Azoto*

(en griego, *Azotos;* en hebreo, *Ashod,* Jos, 11,22.)

Antigua ciudad filistea situada a cuatro kilómetros del litoral meridional (la ciudad moderna se halla en la costa), fue capital de la región y fortaleza hasta los Asmoneos. Su utilidad para con los judíos le valió que fueran saqueados sus arrabales por Judas Macabeo (1 Mac 5,68) y más tarde incendiados por Jonatán. La ciudad primitiva será tomada por Juan Hircano (*Ant.* 13,324) y formará parte del reino judío hasta la llegada de Pompeyo en el 63 a.C. En este intervalo parece que su población fue predominantemente judía.

*Dora*

(en griego, *Dora,* lo más frecuente; según Polibio, *Doura;* en latín *Dorum,* según Plinio; en semítico, *Dor.*)

[2] Abel, *Géographie* II, 138. Cf. mapa 3.

Antiguo puerto fenicio, situado en Kirbet y Burdj cerca de Tanturah, veintinueve kilómetros al sur de Haifa, la ciudad poseía una instalación portuaria. En la época persa era una ciudad sidonia, donde vivía sin duda una colonia griega. En la época helenística tenía astilleros y se convirtió en una auténtica fortaleza casi inexpugnable. Antíoco III la asedió sin éxito en el 219 a.C. En el 139, Trifón resistió en ella el asalto de la poderosa armada de Antíoco VII Sidetes (1 Mac 15,10-14). Dora pasó más tarde a manos de Alejandro Janeo (*Ant.* 13,334-335) y formará parte del territorio dominado por los judíos hasta el final del reinado de los Asmoneos. Hay constancia de que en el siglo I todavía había allí una comunidad judía[3].

*Apolonia*

(en griego, *Apollonia;* situada a 15 kilómetros de Jaffa, actualmente sobre las ruinas de Tel Arshaf o Arsuf.)

Aunque Josefo la nombra entre las numerosas ciudades ocupadas por Alejandro Janeo (*Ant.* 13,395), fue probablemente Juan Hircano quien se apoderó de ella. Su fundación parece remontarse al tormentoso período (de los Diádocos) que siguió a la muerte de Alejandro. Su nombre puede explicarse por homonimia con el del dios Roshef (Apolo) que se veneraba en dicho lugar. Se llama también así una ciudad del noroeste de Macedonia.

*Torre de Estratón*

(en griego, *Stratonos pyrgos;* es la moderna Kaisariyeh.)

Antigua ciudad costera entre Tel-Aviv y Haifa. Bajo Herodes el Grande se llamará Cesarea. Suele admitirse que se remonta a la época persa: habría sido fundada por un rey sidonio llamado Estratón. La referencia más antigua se encuentra en los papiros de Zenón: el famoso hombre de negocios egipcio habría desembarcado allí. Alejandro Janeo se apoderó de ella en el 96 a.C. (*Ant.* 13,334-335) y seguirá en manos judías mientras los Asmoneos permanezcan en el poder.

[3] Cf. Foerster, EAE I, 334-336; Raban, RB 85 (1978) 410-412.

*Jamnia*

(en griego, *Iamnea* o *Iamina;* en hebreo, *Yabneh,* 2 Cr 26,6 y textos rabínicos; es la moderna Yebna.)

Situada en la llanura costera en la parte meridional de Palestina, 19 kilómetros al sur de Jaffa, debió de tener puerto. Cuando la rebelión de los Macabeos había ya una comunidad judía. Judas atacó el puerto e incendió las naves (2 Mac 12,8-9). Jonatán sostendrá en la región circundante una de sus batallas decisivas (1 Mac 10,69-89), repetida a continuación por Simón (1 Mac 15,40-16,10). Pero la ciudad sólo cayó en poder de los judíos con Alejandro Janeo *(Ant.* 13,324 y 395). La mayoría de su población sería entonces judía.

*Gaza*

(en griego, *Gaza;* en hebreo, *'Azzah,* Jos 11,22.)

Gran ciudad filistea, citada frecuentemente en el Antiguo Testamento, está situada 72 kilómetros al sur de Jaffa y a 5 kilómetros del mar. Alejandro se apoderó de ella tras dos meses de trabajoso asedio (en el 332 a.C.). Después de Tiro era la más temible fortaleza de la costa fenicio-filistea en la época. Antígono la conquistó de nuevo en el 315 a.C. Durante el período helenístico fue una avanzadilla táctica de los Tolomeos (cf. los papiros de Zenón), hasta que el seléucida Antíoco III la tomó en el 198 a.C. Este último la reconstruyó e hizo de ella una gran ciudad helenística. La importancia comercial de Gaza, consolidada ampliamente con anterioridad, se acrecentó todavía más: la ciudad se convirtió en puerta de entrada de la influencia griega en el sur de Palestina y puerto de embarque de los productos que traían las caravanas nabateas.

Gaza fue asediada por Jonatán en el 145 a.C. (1 Mac 11,61). Alejandro Janeo se apoderará de ella el 96 a.C.[4] tras un prolongado asedio, destruyéndola por completo (*Ant.* 13,356-365; *Bell.* 1,87).

*Antedonte*

(en griego, *Anthedon.)*

[4] Cf. Schurer I, 221 y 134. Cf. el relato de Josefo, en pp. 180s.

Ciudad próxima a Gaza, hacia el noroeste y cerca de la costa. Su nombre (literalmente «Ciudad-flor») hace pensar que fue una fundación helenística. Se menciona por vez primera a propósito de Alejandro Janeo, quien la conquistó prácticamente a la vez que Rafia (*Ant.* 13,357 y *Bell.* 1,87.)

*Rafia*[5]

Antiquísima ciudad, citada primero en las inscripciones egipcias (Sethi I) y luego en las asirias. Próxima al Mediterráneo, está situada a 35 kilómetros al sur de Gaza y puede rastrearse en nuestros días en las ruinas de Tel Rafah. Durante las guerras de los Diádocos fue centro de importantes operaciones. Antígono la atacó el año 306 a.C. y Antíoco III será derrotado allí por Tolomeo IV en el 217 a.C. El matrimonio de Tolomeo V Epífanes y Cleopatra, hermana de Antíoco III, se celebrará en Rafia el 193 a.C. La ciudad fue tomada por Alejandro Janeo en el 96 a.C. (*Ant.* 13,357; *Bell.* 1,87).

*Ascalón*

(en griego, *Askalon;* en hebreo, *Ashqelon,* Jue 1,18.)

Constituye una excepción, ya que fue la única ciudad costera que no cayó bajo el yugo de Alejandro Janeo. Al igual que Gaza, fue una importante ciudad filistea de la llanura costera[6], 19 kilómetros al norte de la misma. Se cita en las tablillas de Amarna, en la Biblia hebrea y por Heródoto. La moderna Ashkelón está situada a 3,5 kilómetros al noroeste de las ruinas de la antigua ciudad, cuyo emplazamiento, incluido el arqueológico, se ha convertido en parque nacional.

Durante el siglo III a.C. formó parte de las posesiones de los Tolomeos, y se desarrolló en ella una comunidad judía. Luego cayó bajo el dominio de los seléucidas con Antíoco III y se consolidó como importante núcleo de civilización griega. Resistió con medios pacíficos al expansionismo de los Asmo-

[5] Esta ciudad se menciona *(rpyh)* en el Targúm de Onkelos y el Targúm del Pseudo-Jonatán de Dt 2,23.

[6] La ciudad pasó a ser filistea bajo Ramsés III (1184-1153 a.C.), pero es anterior a esa ocupación. Se la menciona con el nombre de *Ashqelôn* en los textos egipcios de execración.

neos: mantuvo a raya dos veces a Jonatán. La decadencia del reino seléucida le permitió declararse independiente hacia el 140 a.C., empezando en ese momento para ella una nueva era[7].

## IDUMEA

### *Adora*

(en griego, *Adora,* 1 Mac 13,20; en hebreo, *Adoraim,* 2 Cr 11,9.)

Una de las principales ciudades de Idumea, a 8 kilómetros al suroeste del Hebrón. Zenón la visitó el año 259 a.C. Fue tomada por Juan Hircano al mismo tiempo que Maresá y el conjunto de Idumea *(Ant.* 13,257; *Bell.* 1,63). El procónsul Gabinio instaló allí una de sus «asambleas» *(synedrion, Ant.* 14,91), pero la ciudad conservó su carácter judío hasta el fin de la rebelión de Bar Kokba.

### *Maresá*

(en hebreo, *Mareshah,* ciudad de las tierras bajas de Judá: Jos 15,44.)

En el período persa, y luego en tiempos helenísticos, hubo en ella una colonia sidonia. En esa época fue un centro administrativo (cf. los papiros de Zenón). Su población, sin embargo, era de mayoría edomita. Los ejércitos seléucidas la utilizaron como base en su guerra con Judas Macabeo, quien asoló su territorio (1 Mac 5,66; 2 Mac 12,35). Juan Hircano la conquistó a la par que al resto de Idumea, y se mantuvo en poder asmoneo hasta la llegada de Pompeyo. Los descubrimientos arqueológicos revelan una asimilación progresiva de los sidonios a las poblaciones idumea y judía. Las excavaciones de la ciudad helenística tuvieron lugar en 1900. En 1902 y 1925 y luego entre 1961 y 1963 se descubrieron tumbas decoradas. En 1972 se encontró un columbario[8].

[7] Cf. Avi-Yonah, EAE I (1975) 121-130.
[8] Cf. Avi-Yonah y Kloner, EAE III, 782-791.

*Samaría*

(en griego, *Samareia;* en hebreo, *Shomron,* 1 Re 16,24; la moderna Sebastiyeh.)

Fue radicalmente helenizada por Alejandro Magno, que instaló allí una colonia de seis mil macedonios para reprimir una revuelta. El auténtico fundador *(kistes)* de la ciudad griega fue probablemente Perdiccas. Tras un año de asedio, fue tomada por los hijos de Juan Hircano en el 107 a.C. y completamente destruida (*Ant.* 13,275-283; *Bell,* 4-65). Para conmemorar esta victoria, se estableció como día festivo el 25 de Marheshawn[9].

*Itabyrion*

(en griego, también *Atabyrion.)*

Es la denominación griega del monte Tabor. Bajo los Tolomeos fue un conocido centro administrativo, una fortaleza helenística y probablemente una de las capitales de Galilea. Antíoco III se apoderó de ella en el 218 a.C. (Polibio, 5,70), pero algo más de un siglo después será posesión asmonea[10].

*Escitópolis*

(en griego *Skythopolis;* el antiguo nombre hebreo es *Beth Shean,* Jos 17,11.)

Ciudad de Cisjordania, al sur del Mar de Galilea (actualmente Tel el-Husn, en el ángulo suroeste de la llanura de Esdrelón, donde se ha encontrado cerámica de la época helenística). El nombre griego le fue impuesto ya bajo los Diádocos (¿literalmente «ciudad de los escitas»?; cf. Jue 1,27 en los LXX; Jdt 3,10; Polibio 5,70). En poder de los Tolomeos en el

[9] *Megillat Taanit* 8. En la misma fiesta se acumulaba la celebración de la victoria de los fariseos sobre los saduceos. Acerca de la fecha de dicha victoria, cf. Schürer I, 210 (n. 20). Cf. el relato de Josefo, en pp. 180s.

[10] Josefo, defensor de Galilea en el 66, fortificó Itabyrion, que será tomada por Vespasiano (*Bell.* 2,573).

siglo III a.C., pasó a manos seléucidas hacia el 200 a.C., reafirmándose como una auténtica *polis* griega bajo Antíoco IV (175-164 a.C.). Las fuentes la mencionan como una ciudad de «paganos» sin hostilidad hacia los judíos (2 Mac 12,29-31). Los hijos de Juan Hircano se apoderaron de ella en el 107 a.C. Durante el resto del período asmoneo será un centro administrativo de importancia. Alejandro Janeo lo dotará de fortificaciones. Fue uno de los mayores focos de helenización en Palestina[11].

### *Filoteria*

Ciudad cuya identificación[12] no resulta evidente para todos. Su nombre árabe, Khirbet el Kerak, se considera equivalente de Beth Yerah, ciudad cananea en las orillas meridionales del Mar de Galilea. No se encuentra rastro alguno de población durante los mil quinientos años que preceden al período persa. Resucitó en la época helenística con nombre griego. Fue un centro tolemaico que cayó en poder de Antíoco III en el 200 a.C. Se la cita entre las ciudades conquistadas por Alejandro Janeo (Jorge Síncelo[13] 1, 559).

## TRANSJORDANIA

### *Esbón*

(en griego, en los LXX y luego Eusebio, *Esebon* y *Esbous;* en hebreo, *Hashbon,* Nm 21,26.)

Ciudad transjordana de Moab, a 80 kilómetros al este de Jerusalén (el emplazamiento corresponde a la moderna Heshban). Juan Hircano la conquistó probablemente al principio de su reinado. Formará parte de las posesiones de Alejandro Janeo (*Ant.* 13,396), pero parece que Hircano II se la cedió al rey nabateo Aretas III (según *Ant.* 14,18).

[11] Cf. art. «Beth Shean» EAE I, 207-229.

[12] Cf. art. «Beth Yerah» EAE I, 253-262.

[13] Cronista bizantino de la segunda mitad del siglo VIII, cuyas informaciones, contenidas en su *Crónica* (desde la creación del mundo a la muerte de Diocleciano en el 284), son con frecuencia muy útiles al historiador de la Antigüedad.

La historia y el destino de Esbón están vinculados a los de Medeba (en griego, *Medaba)*, ciudad vecina de Moab (Nm 21,30).

### *Pella*[14]

Localidad muy antigua situada al este de Jordania a 13 km. de Beth Shean-Escitópolis, sobre el emplazamiento actual de las ruinas de Tabagat Fahil. La ciudad resurgió en el período helenístico con el nombre griego de Pella, como el de la capital macedonia (lo que hace suponer que Alejandro en persona fue su fundador). Pero «Pella» pudo ser escogido por su similitud con la denominación originaria del lugar: Fahil o Pehal (en cuyo caso sería preferible atribuir la fundación helenística a uno de los Diádocos, quizás Antígono, quien mantuvo una fuerte influencia sobre Palestina del 311 al 301 a.C.). Tomada por Antíoco III (Polibio 5,70), la ciudad fue destruida por Alejandro Janeo (*Ant.* 13,397; *Bell.* 1, 104).

### *Dión*

(en griego, *Dión,* del nombre de una ciudad macedonia.)

Ciudad transjordana próxima a Pella, mencionada por Plinio (*Hist. Nat.* 5,16). Se sabe muy poco sobre su historia y su identificación es incierta (quizás Tel al-Ashari, 24 km. al noroeste de Edrei). Algunas fuentes permiten suponer que, al igual que Pella, pudo ser fundada por Alejandro Magno. Fue tomada por Alejandro Janeo (*Ant.* 13,393).

### *Gerasa*

(en semítico, *Garshu,* atestiguada por una inscripción nabatea; no se encuentra en el Antiguo Testamento. Es la moderna Jerash, a 60 km. al norte de Ammán.)

Localidad muy antigua de Transjordania, al norte del río Yabboq, a 55 km. al sureste del Mar de Galilea. Una tradición atribuye la fundación de la nueva ciudad a Alejandro, y otra

[14] Cf. Fenasse, DBS VII, 605-626.

(una estatua erigida en el siglo I) parece venerar a Perdiccas como a su auténtico *ktistes,* «fundador». La fórmula que sirve para designarla: «Antioquía del (río) Chrysorhoas», descubierta en una pesa de plomo fechada el año 170 de la era seléucida, parece indicar la influencia helenística de los Seléucidas. Antíoco IV fue prácticamente su segundo fundador. Al final de su reinado, Alejandro Janeo se apoderó de ella tras un duro asedio (*Bell.* 1,104; *Ant.* 13,393). Hubo en ella una comunidad judía, que mantuvo cordiales relaciones con los demás habitantes.

*Abila*[15]

(*Abel* o, en griego, *Abila;* toponimia muy frecuente en Palestina.)

La menciona Polibio (citado en *Ant.* 12,136) por vez primera, a propósito de las conquistas de Antíoco III, quien se apoderó de ella, a la vez que de su vecina Gadara, en el 218 y 200 a.C. Se encuentra a unos 15 km. al noroeste de Gadara, algo al oeste de Yarmouk. Fue conquistada por Alejandro Janeo (Jorge Síncelo 1,559).

*Gadara*

(al suroeste del Mar de Galilea, hoy sobre las ruinas de Um el-Queis).

Ciudad situada a 364 m. de altitud. Desde ella se disfruta una hermosa vista sobre el Mar de Galilea, el valle del Jordán, Galilea y el monte Hermón. La menciona por primera vez, igual que Abila, Polibio (citado en *Ant.* 12,136), a propósito de la conquista de Palestina por Antíoco III. Su nombre, de raíz semítica, es el de una ciudad macedonia. Fue una poderosa fortaleza durante la ocupación griega, lo cual explica que Alejandro Janeo invirtiera diez meses de asedio en someterla (*Ant.* 13,356,396; *Bell.* 1,86). Constituyó un importante foco de cultura helenística (en ella nacieron el poeta Meleagro, Menipo y el filósofo Filodemo).

[15] Cf. Briend, DBS IX, 678-682.

*Hippos*[16]

Ciudad griega situada, según Plinio (*Hist. Nat.* 5,15), en la orilla oriental del Mar de Galilea, treinta estadios al este de Tiberíades (cf. Josefo, *Vita* 349).

El nombre griego Hippos («caballo», es exactamente el nombre de la colina sobre la que estaba la ciudad) corresponde al arameo *Susitha,* mencionado con frecuencia en los textos rabínicos para designar una ciudad pagana de Palestina. Se ha conservado en la Susiyya actual, ciudad situada al este del lago de Tiberíades. Se sabe muy poco sobre su historia. Suele aceptarse su emplazamiento en las ruinas de Qal'at el-Husn. Oficialmente se la conoció como «Antioquía de Hippos», lo que da a entender sus lazos, quizás fundacionales, con los Seléucidas. Fue conquistada por Alejandro Janeo (Jorge Síncelo 1,559).

*Amatunte*

(la moderna Tel 'Ammata, a pocos kilómetros de la confluencia del Yabbuq y el Jordán, en la misma latitud que Siquén.)

«La mayor fortaleza de cuantas fueron ocupadas al otro lado del Jordán» (*Ant.* 13,356), conquistada y destruida por Alejandro Janeo (*Ant.* 13,374).

## LA POLITICA DE POMPEYO: REHABILITACION DE LAS CIUDADES GRIEGAS

Tras acabar definitivamente con el poderío asmoneo sobre Palestina en el 63 a.C., Pompeyo emprendió una reorganización política de los territorios recientemente sometidos. Pero antes quiso reconstruir las ruinas producidas por las devastadoras victorias de los asmoneos, en especial de Juan Hircano y Alejandro Janeo. Sustrajo al control judío, en primer lugar, las ciudades costeras, Samaría y los extensos territorios de Transjordania. En expresión de Josefo, las «liberó» *(apheken eleutheras* o *eleutherosen)* y, al tiempo que organizaba su re-

[16] Cf. art. «Hippos (sussita)», EAE II, 521-523.

construcción, las anexionó a la provincia de Siria[17]. Su obra fue continuada y concluida por Gabinio, gobernador romano de Siria del 57 al 55 a.C. (*Ant.* 14,87-88; *Bell.* 1,166). En el caso de Pompeyo, se trataba de medidas políticas y estratégicas acordes con los métodos imperialistas empleados por la administración de Roma a finales de la República.

## *La Decápolis*

Uno de los resultados de la labor reconstructora fue la creación de la *Decápolis* («las Diez ciudades»), una especie de confederación de ciudades, que subsistía aún en el período bizantino. Conocemos la palabra Decápolis por Josefo (*Bell.* 3,446), Plinio (*Hist. Nat.* 5,74) y los evangelios (Mc 5,20). Se ha visto en ella, con toda razón, el efecto de la política de Pompeyo, consistente en «reducir las tendencias indígenas, mediante la difusión e intensificación de la cultura helenística», para «oponer una barrera a los elementos árabes y judíos fácilmente levantiscos respecto al poder de Roma»[18]. Se trataba también con ello de facilitar el comercio y asegurar la defensa de la nueva provincia romana de Siria, lo que la distribución geográfica de las ciudades confederadas pone de manifiesto con toda evidencia. A excepción de Escitópolis[19], cuyo territorio permitía la comunicación con las ciudades «liberadas» de Samaría y la costa mediterránea, las demás ciudades de la Decápolis se encontraban en Transjordania. «El territorio de la Decápolis —escribe Abel— formaba una región bastante coherente, desde Filadelfia al sur, hasta Dión en los confines de Batanea e Hippos en el Golán. Damasco y Canata estaban más separa-

[17] He aquí el relato resumido de Josefo: «(Pompeyo) arrebató a la nación judía las ciudades que había conquistado en Celesiria y las puso bajo la autoridad del general romano encargado de esa región, confinando a los judios dentro de sus propias fronteras. Reconstruyó Gadara, destruida por los judíos... Liberó asimismo *(eleutherosen)* del dominio de éstos a las ciudades del interior que no habían tenido tiempo de destruir: Hippos, Escitópolis, Pella, Samaría, Jamnia, Maresá, Azoto, Aretusa y, en el litoral, Gaza, Joppe, Dora y la denominada antiguamente Torre de Estratón, que el rey Herodes reconstruyó posteriormente dotándola de espléndidas edificaciones y rebautizándola como Cesarea. Restituyó dichas ciudades a sus anteriores ciudadanos y las incorporó a la provincia de Siria. Esta última, lo mismo que Judea y el territorio que va de Egipto al Eufrates, le fue confiada a Escaurus, con dos legiones...». (*Bell.* 1,155-157).

[18] Abel, *Géographie* II, 145.

[19] Según Josefo, «la ciudad más grande de la Decápolis» (*Bell.* 3,446).

das, de no ser que sus distritos estuvieran muy desarrollados» (*ibíd.* 146).

Aunque advierte que hay distintos elencos, Plinio propone la siguiente lista de las ciudades que formaban la Decápolis: Damasco, Filadelfia, Rafana, Escitópolis, Gadara, Hippos, Dión, Gerasa y Canata. En tiempos de Adriano, Abila formaba parte de la liga, cuya cifra primitiva de diez quedará ampliada poco después: en el siglo V, según a qué listas se recurra, oscilaba entre catorce y dieciocho ciudades.

A pesar de estar incorporadas a la provincia de Siria, las ciudades de la Decápolis conservaron cierta autonomía respecto a los asuntos internos, con derecho a acuñar moneda. Muchas de ellas adoptaron la «era de Pompeyo».

La Decápolis constituyó también un lugar privilegiado para el desarrollo intensivo de la cultura helenística en la época romana. En efecto, en dicha época muchas de esas ciudades produjeron hombres eminentes que hablaban y escribían en griego: en Gadara, Teodoro, maestro del emperador Tiberio; Menipo, poeta cínico; Oenomeo el estoico y el poeta Meleagro. En Gerasa, el historiador Estéfano, el retórico Platón y el filósofo Nicómaco. En Pella, el retórico Aristóteles y en Damasco, el historiador Nicolás, amigo y consejero de Herodes.

Desde la época en que los asmoneos conquistaron la mayoría de las ciudades, hubo en todas ellas una comunidad judía. Parte de dichos judíos estaba constituida por los descendientes de los vencidos que fueron obligados a viva fuerza a aceptar el judaísmo y circuncidados por orden de los caudillos asmoneos (cf. p. 180). Eso explica, al menos en parte, los sangrientos disturbios de mediados del siglo I y comienzos de la guerra del 66-70.

## HERODES Y SUS DESCENDIENTES: UNA MAGNA OBRA HELENISTICA

El método de helenización consistente en crear o fundar, construir o restaurar, transformar o cambiar de nombre a las ciudades, practicado por Alejandro y los Diádocos, por Lágidas y Seléucidas y rechazado por los Asmoneos, que destruían con frecuencia sus frutos, fue restaurado por Pompeyo y Gabinio, y empleado una vez más por Herodes el Grande y sus sucesores, nuevos soberanos colonizadores de estilo helenístico

directo. Puede resultar clarificador, a este respecto, consignar algunos resultados de la política de estos últimos[20].

*Antípatris*

Ciudad reconstruida por Herodes, y así llamada en recuerdo de su padre Antípatro, en el año 9 a.C. (*Ant.* 16,142-143). Su emplazamiento era probablemente el de una ciudad cananea incluida en la lista de Jos 12,18, *Afeq* (en la actualidad Ras al-'Ayn), en la franja costera, a unos 15 kilómetros al noroeste de Jaffa[21]. En la época romana, la ciudad se encontraba en la encrucijada de las grandes vías de comunicación que conducían a Jerusalén, Cesarea y Jaffa (Hch 23,31). Sus numerosas fuentes forman el río Yarkón. El emplazamiento de Ras al-'Ayn se identifica asimismo con el puesto aduanero helenístico denominado «las fuentes» (en griego, *Pegai*).

*Cesarea*

La antigua Torre de Estratón, que recuperó su autonomía con Pompeyo y fue reconstruida por Gabinio. Durante cierto tiempo estuvo en poder de Cleopatra, pero luego Augusto se la devolvió a Herodes (*Ant.* 15,217), quien la engrandeció, embelleció y dio el nombre de Cesarea en honor al emperador (*Ant.* 15,331-341). Herodes la equipó sólidamente y «construyó en ella un puerto más grande que el Pireo y dispuso en sus entrantes profundos fondeaderos», escribe Josefo (*Bell.* 1,140). Llamó a dicho puerto *Sebaste* (en griego, *Sabastos limen,* «puerto Augusto»). La inauguración de Cesarea tuvo lugar el 13 a.C.[22]. A la muerte de Herodes, la ciudad pasó a Arquelao con toda Judea y permanecerá unida a la provincia judía. Ex-

[20] Cf. Marcus, *Josephus* VIII, 579-589 («The Building programme of Herod the Great. Annoted Bibliography») y mapa 4.

[21] Algunos sitúan la construcción de Antípatris en el emplazamiento de Aretusa, probablemente en Sefelah, una de las ciudades ocupadas por los judíos y restituidas a los no judíos por Pompeyo, según Josefo (*Ant.* 14,75 y *Bell.* 1,156). Sus habitantes griegos le habrían puesto el nombre de su ciudad de procedencia, siria o macedonia (que, asimismo, recogería su nombre de la famosa fuente de Sicilia). Cf. art. «Aphek», EAE I, 70-73. Con posterioridad a este artículo se han hecho importantes excavaciones arqueológicas.

[22] Sobre el problema de las fechas de la construcción de Cesarea, cf. Schürer I, 291-293.

ceptuando el breve reinado de Agripa I (41-44), se mantendrá como capital de la Palestina romana y bizantina. Había prosperado rápidamente y se confirmó como una de las mayores ciudades de Palestina. Se la llamó también *Cesarea de Estratón* y luego *Cesarea de Palestina* (Eusebio), para distinguirla de la otra Cesarea (ex Panión o *de Filipo*)[23].

*Antedón*

Una vez «liberada de la ocupación judía por Pompeyo y reconstruida por Gabinio (*Ant.* 15,88), fue ofrecida por Augusto a Herodes (*Ant.* 15,217), quien la restauró y la llamó *Agrippium* (en griego, *Agrippeïon*), en honor a su amigo Agripa (*Bell.* 1,416).

*Fasael*

Ciudad fundada por Herodes el Grande en el fértil valle de Jericó, al norte de esta ciudad y en memoria de su hermano Fasael, muerto el año 40 a.C. (*Ant.* 16,145; *Bell.* 1,418). Plinio (*Hist. Nat.* 13,4) alaba sus dátiles (lo mismo que los de Jericó, de *Arquelaïs,* oasis fundado por Arquelao al sur de Fasael y *Livias*). Herodes legó la ciudad a su hermana Salomé, quien, a su vez, se la legó a Livia, esposa de Augusto. De esta última pasó a su hijo Tiberio y permanecerá en manos del imperio hasta la época bizantina. Su emplazamiento se identifica, en la actualidad, con *Khirbet Fasayil,* denominación que conserva el nombre.

*Esbón*

Tras haber sido posesión asmonea, esta ciudad fue ocupada de nuevo por Herodes, quien la fortificó para dominar Perea y estableció en ella una colonia militar (*Ant.* 15,294).

El monarca actuará de modo similar con *Gaba,* situada al pie de la ladera noroeste del Carmelo, en la llanura que linda con la región de Tolemaida y Galilea. Instaló en ella una colo-

[23] Cf. J. Ringel, *Césarée de Palestine: Etude historique et archéologique* (París, 1975); L. L. Levine, *Caesarea under Roman Rule* (Leyde, 1976).

nia de caballeros retirados, lo que originó que se conociera también a la ciudad como *polis hippeon,* «ciudad de los caballeros» (*Bell.* 3,36; *Ant.* 15,294; *Vita* 114-118). La población era mayoritariamente no judía.

*Samaría*

Destruida por los hijos de Juan Hircano y ocupada quizá de nuevo bajo Alejandro Janeo (a tenor de las excavaciones arqueológicas), Pompeyo la sustrajo a la hegemonía judía y Gabinio se encargó de reedificarla (*Ant.* 14,75 y 88; *Bell.* 1,156 y 166). Augusto se la cedió a Herodes (*Ant.* 15,217; *Bell.* 1,396), quien la engrandeció considerablemente, dándole las dimensiones de las más importantes ciudades de su reino. Estableció en ella unos seis mil colonos, en parte soldados desertores y en parte habitantes de los alrededores. Se rehicieron sus fortificaciones, dándoles más amplitud, se erigió un templo a Augusto y se levantaron otros suntuosos edificios. Dotada de los esplendores de la cultura (helenística) de la época, Herodes la llamó *Sebaste* (Ant. 15,392; *Bell.* 1,403), en honor del emperador que acababa de adoptar el título de «Augusto» (en griego, *Sebastos*). El mismo año de su inauguración, probablemente el 25 a.C., comenzó para ella una nueva era.

*Cesarea* (de Filipo)

Polibio (16,18) es el primero en mencionarla con el nombre griego de *Panion,* reifiriéndose a la decisiva victoria que consiguió allí el 200 a.C. Antíoco III. Situada en el extremo norte de Palestina, al pie de la ladera meridional del monte Hermón, se llama también *Paneas* o *Panías,* adjetivo que sirve para calificar a la región (subsiste hoy en el nombre de la ciudad de Baniyas, en una de las fuentes del Jordán). La localidad fue helenizada en el siglo III a.C. y su población, como la de toda la región, era en su inmensa mayoría no judía. En el 20 a.C. Augusto se la cedió a Herodes, quien edificó en ella un grandioso templo dedicado al emperador (*Ant.* 15,363; *Bell.* 1,404). El tetrarca Filipo, hijo de Herodes, la heredó a la muerte de su padre.

En el 3-2 a.C. la denominó Cesarea (en griego, *Kaïsareïa*) en honor de Augusto (*Ant.* 18,28; *Bell.* 2,168). La amplió y

embelleció con gran magnanimidad, como si fuera su nuevo fundador. En el 53, Agripa II la engrandeció más aún y le dio el nombre de *Neronias,* por alusión a Nerón (*Ant.* 20,211), pero esta denominación no cuajó: en el siglo I, siendo todavía mayoritaria la población no judía (*Vita* 74), la ciudad era llamada corrientemente «Cesarea de Filipo» (cf. los evangelistas: Mc 8,27, etc., y Josefo: *Bell* 3,443), con el fin de diferenciarla de las demás ciudades del mismo nombre. Desde el siglo II, incluso después de Vespasiano, se empleará normalmente «Cesarea Paneas». A partir del siglo IV, desapareció la palabra Cesarea, quedando simplemente Paneas.

*Tiberíades*

(en griego, *Tiberias.*)

La fundación más importante de Herodes Antipas[24], tetrarca de Galilea. Fue su nueva y espléndida capital, en la ribera occidental del denominado lago de Tiberíades (Mar de Galilea). Construida entre el año 14 y el 18, se inauguró en el año 18. En esta fecha comenzó para ella una nueva era. Su emplazamiento estaba en un antiguo cementerio. Perentorias razones legales de carácter coactivo alejaron a los judíos y Antipas no tuvo más remedio que poner allí colonos a viva fuerza: gentes de los alrededores, mendigos, aventureros, esclavos libertos, etc. De ahí lo heterogéneo de la primera repoblación de esta nueva ciudad (para el relato de su fundación, ver *Ant.* 18,36-38).

El modelo y la organización de Tiberíades eran completamente helenísticos: había un «Senado» *(boule)* de sescientos miembros, con un «presidente» *(archon)* y un comité de «diez delegados» *(deka protoi),* «oficiales» (*hyparchoi: Bell.* 2,615) y un «inspector» *(agoranomos: Ant.* 18,149). Pero había también una sinagoga *(proseuche)* judía, «enorme edificio» *(megiston oikema)* según Josefo (*Vita* 277). Durante la revolución del 66, se comprobó que en la ciudad predominaba el elemento judío, pescadores en su mayoría[25]. Se ha descubierto la puerta que tenía la ciudad en el período romano[26].

[24] Sobre las fundaciones de Antipas, cf. H. W. Hoehner, *Herod Antipas,* 1972.

[25] Para la fundación de Tiberíades, cf. IEJ 1 (1951) 160-169 (Avi-Yonah); cf. el art. «Tibériade», EJ 15, 1130-1135.

[26] Cf. art. «Tiberias», EAE IV, 1171-1176.

### *Séforis*

Ciudad fortificada de la Alta Galilea (que debe identificarse probablemente con la moderna Saffuriyah). No es mencionada en el Antiguo Testamento, pero la literatura rabínica habla frecuentemente de ella. Josefo es el primero que la señala, a comienzos del reinado de Alejandro Janeo hacia el 103 a.C. (*Ant.* 13,338). En el 56 a.C., Gabinio la convirtió en capital del distrito de Galilea y en tiempos de Herodes llegó a ser una plaza armada (*Bell.* 1,304; *Ant.* 14,414). A la muerte de Herodes fue un nido de rebelión: Varo la destruyó y vendió a sus habitantes como esclavos (*Ant.* 17,289; *Bell.* 2,68). Herodes Antipas se apoderó de ella, la reconstruyó y la rodeó de murallas; entonces pasó a ser capital de Galilea y orgullo del territorio («ornato de toda Galilea», *Ant.* 18,27). La población era predominantemente judía y en tiempos de la guerra del 66-70 sería favorable a los romanos (*Vita* 30). En tiempos de Adriano, Séforis fue llamada Diocesarea *(Diokaisareia),* título empleado por los antiguos historiadores eclesiásticos y que figura en las monedas locales.

### *Livias*

(en hebreo, *Bet Haram,* Nm 32,36 y Jos 13,27.)

Ciudad situada en el valle del Jordán, al este del río y a unos 9 km. del Mar Muerto. Herodes el Grande poseía allí un palacio, destruido durante la rebelión que se produjo a su muerte (*Bell.* 2,59, donde Josefo llama Betaramata a la ciudad). Herodes Antipas la reconstruyó y fortificó. Primero la llamó *Livias,* en honor de Livia, mujer de Augusto, y a la muerte de éste fue denominada *Julias* (*Ant.* 18,27; *Bell.* 2,168)[27], por el nombre de la familia imperial Julia, en la que Livia entraba por adopción.

## PAPEL DE LAS CIUDADES GRIEGAS EN LA GUERRA CONTRA ROMA

El proceso de urbanización[28] del territorio palestino había

[27] Josefo menciona dos *Julias,* de las que ésta es la segunda.
[28] «Urbanización» significa también, de por sí, «helenización».

durado unos cuatro siglos. La ruptura que produjo la judaización forzosa que los asmoneos llevaron a cabo, al precio con frecuencia de destruir totalmente una ciudad y matar a sus habitantes, desembocó, con Pompeyo y Gabinio, en una política reconstructora más radicalmente helenizante que la anterior de Lágidas y Seléucidas. El propio Herodes el Grande y sus hijos adoptaron ese eficaz sistema grecorromano de colonización, para extender y consolidar sus reinos. Ahora bien, tras la desaparición de Herodes el Grande y su temible poder, la situación resultante de esa política fue, a lo largo del siglo I hasta el año 70, un grave factor conflictivo dentro de muchas ciudades entre el grupo más o menos minoritario de los judíos y el grupo (o grupos) de no judíos, por una parte, y entre judíos de una misma ciudad divididos en tendencias opuestas, por otra. Como aparecerá en la serie de ejemplos que siguen, en muchas ciudades palestinas se manifestaron importantes disturbios que determinarán, con mayor o menor cercanía, el desencadenamiento o el desarrollo de la guerra judía del 66 al 70.

### *Samaría (Sebaste)*

Cuando estalló la revolución en el año 66, Sebaste fue atacada por los judíos (*Bell.* 2,460). Poblada mayoritariamente por no judíos, la ciudad se mantuvo siempre del lado de los romanos. Lo mismo había ocurrido en los disturbios subsiguientes a la muerte de Herodes (*Ant.* 17,289; *Bell.* 2,69). Por el contrario, los samaritanos autóctonos de los alrededores adoptaron una actitud distinta y, reunidos en el monte Garizín, fueron pasados a cuchillo por una unidad enviada por Vespasiano (unos once mil sescientos, según *Bell.* 3,307-315).

Hay que tener en cuenta que los soldados naturales de Sebaste eran una cantidad importante de las tropas romanas estacionadas en Judea[29].

### *Gaba*

Los judíos la atacaron al principio de la guerra, pues su población era fundamentalmente pagana (*Bell.* 3,409). La ciu-

[29] Cf. Schürer I, 363-365.

dad, como réplica, tomó parte activa al lado de los romanos (*Vita* 115,118).

*Cesarea* (de Palestina)

Un contingente muy importante de judíos vivía entre una población de mayoría no judía (*Bell.* 3,409). Los conflictos entre ambos grupos fueron frecuentes. Se ventilaba la ciudadanía y los derechos municipales en exclusiva (*Ant.* 20,173-178; *Bell.* 2,266-270), a pesar de que parece que los disfrutaban todos por igual. En la última etapa del gobierno de Félix (¿60?), el conflicto se hizo violento. En consecuencia, Nerón privó a los judíos de sus derechos y declaró en el 61 a los no judíos dueños absolutos de la ciudad (*Ant.* 20,182-184). En el 66, la minoría judía fue víctima de los asaltos de la multitud no judía que se abalanzó sobre ellos. Según Josefo, habrían sido degollados en un hora los veinte mil judíos de la ciudad (*Bell.* 2,457; 7,362). La respuesta judía fue terrible (*Bell.* 2,458-460)[30].

*Ascalón*

Aunque constituía un enclave en su reino, Herodes el Grande la adornó de edificios públicos (*Bell.* 1,422). Parece ser que tuvo allí un palacio, que a su muerte pasó a su hermana Salomé (*Bell.* 2,98; *Ant.* 17,321). La antigua enemistad entre judíos y griegos de Ascalón salió trágicamente a flote en el 66, en detrimento, por lo demás, de ambos grupos. Los judíos tomaron la iniciativa destruyendo la ciudad, pero los ascalonitas ejecutaron una terrible matanza, según dice Josefo: «los ascalonitas degollaron a continuación dos mil quinientos de entre ellos» (*Bell.* 2,477). Según Filón (*Legatio ad Caium* 205): «los ascalonitas mantienen una irreductible e implacable animosidad

[30] «Cuando se enteró de esta desgracia, toda la nación judía fue presa de una cólera salvaje. Tras organizarse en grupos, los judíos devastaron las villas sirias y las ciudades vecinas: Filadelfia, Jesbón, Gerasa, Pella y Escitópolis. Luego cayeron sobre Gadara, Hippos, la Galaunítide, sembrando por doquier la destrucción e incendiándolo todo. Marcharon sobre Cadasa (que pertenece a los tirios), Tolemaida, Gaba y Cesarea. Ni Sebaste ni Ascalón pudieron resistir su empuje: las prendieron fuego y luego arrasaron Antedonte y Gaza. Saquearon multitud de villas alrededor de cada ciudad y degollaron a infinidad de prisioneros» (*Bell.* 2,458-460).

para con los judíos que viven en Tierra Santa y de quienes son vecinos».

*Escitópolis*

En la serie de represalias que llevó a cabo el ejército judío, tras la matanza de sus correligionarios de Cesarea (*Bell.* 2,457), atacó duramente a Escitópolis, a principios de la guerra del 66-70 (*Bell.* 2,458). Según Josefo, los judíos de la ciudad «se habían puesto del lado de los escitopolitanos, anteponiendo su seguridad personal a los lazos de sangre» (*Bell.* 2,466). Pero los naturales de Escitópolis no se fiaron de esta repentina alianza y degollaron a trece mil compatriotas judíos, tras hacerles caer en una emboscada (*Bell.* 2,468).

*Tolemaida*

Al final de su reinado, Claudio había instalado allí una colonia de veteranos, y la ciudad fue llamada *Colonia Ptolemais.*

Cuando estalló la guerra del 66, los dos mil judíos de la ciudad fueron asesinados por los habitantes (*Bell.* 2,477). El año siguiente, la ciudad pasó a ser base de las operaciones de Vespasiano contra Galilea.

*Tiberíades*

En el 66, la ciudad formaba parte del territorio controlado por Agripa II, a quien Nerón se la entregara en el año 61, al separarla de Galilea (a la muerte de Claudio se llamaba *Claudiopolis*).

La población judía, por lo que a la guerra se refiere, se dividió en tres tendencias: unos estaban con Agripa y los romanos; otros, la masa de los desheredados, se inclinaban decididamente por la rebelión, convencidos por las tesis nacionalistas duras; otros, en fin, adoptaban una actitud de prudencia (cf. *Vita* 32,42 y 66). Pues bien, el partido de la resistencia triunfó sobre los restantes. Uno de sus líderes fue Jesús, hijo de Saffias, a la sazón, *archon* o primer magistrado de la ciudad (*Vita* 66; *Bell.* 2,599), quien durante algún tiempo se alzó con la victoria. Pero cuando Vespasiano llegó a la ciudad tras someter a

la mayor parte de Galilea, no ofreció resistencia alguna. Abrió sus puertas e imploró la misericordia del vencedor. El general romano, en consideración a Agripa II, a quien restituyó la ciudad, la perdonó así como a todos sus habitantes. (*Bell.* 3,445-461).

### *Hippos*

El territorio de Hippos, como tantos otros, al estallar la guerra en el año 66 fue devastado por los judíos (*Bell.* 2,459). Justo de Tiberíades dirigió probablemente dicha acción (*Vita* 42). Los ciudadanos de Hippos se vengaron matando o encarcelando a los judíos de la ciudad (*Bell.* 2,478).

### *Damasco*

Hasta la llegada de Pompeyo a la ciudad, que pasó entonces a formar parte de la provincia romana de Siria, Damasco había sido gobernada sobre todo y de manera alternativa por Lágidas y Seléucidas (a juzgar por la numismática, parece haber predominado la presencia seléucida). Los Asmoneos no llegaron a anexionarla a su reino, por más que las fuentes la mencionen repetidas veces en sus campañas (1 Mac 11,62; *Ant.* 13,418; *Bell.* 1,115). Damasco fue durante cierto tiempo lugar de refugio de Herodes el Grande (*Ant.* 14,177). Según los escritos del Nuevo Testamento, vivía en ella una importante comunidad judía en el siglo I (Hch 9,2; 2 Cor 11,32). A comienzos de la gran rebelión y al ritmo de los reveses del ejército romano, numerosos judíos de Damasco fueron degollados por la población no judía: diez mil quinientos, según *Bell.* 2,561 o dieciocho mil, según *Bell* 7,368.

## CONCLUSIONES

1. La presentación de esta treintena de ciudades cuya historia política hemos trazado a grandes rasgos, resalta la amplitud de la helenización de Palestina a finales del Segundo Templo. En esos lugares colonizados, «ciudad» significaba implantación deliberada de la cultura helenística.

2. Esa red de ciudades palestinas no estaba aislada del mundo helenístico contemporáneo, sino que incluso se integraba en un amplio conjunto, cuyo equilibrio y permanencia quedaban asegurados por el sistema político de los Lágidas y los Seléucidas y luego de los romanos. Sembrado de ciudades griegas, como estuvo desde el siglo III a.C. hasta el I de la era cristiana, el territorio palestino fue en gran medida un ala importante en el edificio político de los grandes reinos helenísticos y finalmente de Roma.

3. La insurrección de los Macabeos y la instauración del Estado asmoneo no fueron un interludio ni menos aún la restauración decisiva de las estructuras profundas del judaísmo anterior a la helenización. Por todo lo que supusieron de negación y ruptura y por lo que destruyeron y quemaron, sirvieron más bien de trampolín para una helenización mucho más radical. Primero, la recuperación de los «territorios quemados», con la reconstrucción hiperhelenística de las ciudades devastadas, gracias a Pompeyo y Gabinio. A continuación vendrá el gran reinado, helenístico como el que más, de Herodes el Grande y de sus hijos y nietos. Ahora bien, Herodes el Grande era precisamente descendiente inmediato y directo de los idumeos que el asmoneo Juan Hircano obligó a convertirse al judaísmo.

4. Las ciudades palestinas, lugares más o menos autónomos de cultura griega y punto de enlace de intercambios comerciales, tanto en el interior como en el exterior del país, condicionaron el desarrollo de la lengua griega, lengua oficial en la corte de Herodes y necesaria a los diplomáticos y hombres de negocios para cualquier intercambio político, comercial y cultural. Incluso en Masada, uno de los últimos bastiones judíos en la guerra contra Roma, un tal Judas recibió una carta en griego en relación con un suministro de verduras[31]. Sin embargo, a diferencia de Alejandría y otras muchas ciudades de la diáspora, en las que se había impuesto rápidamente como lengua común para todos, judíos y no judíos, en Palestina el griego no será más que una «segunda lengua» para la cultura y los negocios, a la que la masa popular apenas tendrá acceso.

[31] Cf. IEJ 15 (1965) 110.

5. La discriminación cultural y lingüística de la que fueron objeto las capas más modestas de la nación judía, debido a la continua urbanización de Palestina, se vio acompañada de una escandalosa estratificación económica, tanto en las comunidades locales como en el conjunto de la misma comunidad judía. En efecto, encontramos, por un lado, la minoría de funcionarios o agentes diversos implicados ventajosamente en los negocios; por otro, una creciente mayoría, auténtico proletariado, compuesta por campesinos desarraigados, venidos a la ciudad sin medios para hacer frente a sus nuevas necesidades. La divergencia, a veces violenta, de las posiciones judías entre sí respecto a la guerra del 66-70 y a Roma, se explica en parte por el contraste de situaciones sociales. La aristocracia judía, de directa extracción ciudadana, apenas fue favorable a la guerra (cf. p. 232).

6. La situación económica explica, por su parte, los numerosos conflictos dentro de cada ciudad entre la comunidad judía frecuentemente minoritaria y sin gran influencia en los negocios, por una parte, y la población dominante no judía, por otra. La repoblación de nuevas ciudades mediante aluvión de grupos heterogéneos, como sucedió en tiempos de Herodes, comprometió también en gran medida la paz comunitaria de muchas ciudades. Las persecuciones populares contra los judíos en Escitópolis, Damasco, Ascalón y Cesarea en el año 66 y hasta antes son buena prueba de ello.

7. En síntesis, la historia de las ciudades griegas de Palestina representa una elocuente y concreta descripción de las condiciones que determinaron, gracias a los asmoneos conquistadores y destructores, el proceso que habría de llevar al Estado judío a su ruina por propia iniciativa.

CAPITULO IV

# *LA RESISTENCIA NACIONALISTA*

Tras el hundimiento del reino asmoneo y la irrupción irresistible de Roma en el territorio nacional judío, volvió a surgir rápidamente la antigua oposición entre la tendencia «progresista» (favorable a la helenización, con sus consecuencias políticas) y la tendencia nacionalista radical (cuyos representantes se habían aliado primero con los Macabeos, aunque más tarde apoyaron a los asmoneos). Este pugilato provocó varios movimientos armados[1], e incluso, dio origen a un auténtico linaje de caudillos guerreros, cuya trayectoria puede seguirse durante cerca de ciento veinte años (del 47 a.C. al 74, fecha de la caída de Masada). El reinado duro y autoritario de Herodes el Grande obligó durante un tiempo a silenciar todo propósito de rebeldía, pero ello no hizo sino retrasar e incluso duplicar sus efectos inmediatamente después de la muerte del monarca.

Rechazada en sus inicios, la acción continua y obstinada de la resistencia, movilizará por fin a la mayoría de las fuerzas judías, precipitando a la nación, muy a su pesar, a una desastrosa guerra contra Roma.

## UNA DINASTIA DE GUERRILLEROS

El personaje más antiguo del linaje dinástico de la resistencia judía contra Roma es un tal *Ezequías*. Siendo gobernador de Galilea, Herodes lo capturó en el 47-46 a.C. y lo hizo ajusticiar[2]. Probablemente se trataría de un feroz defensor de la causa asmonea, enfrentado enérgicamente a cuantos facilitasen la ocupación romana. Fue jefe de un grupo de guerrilleros que atacó las ciudades no judías de la frontera siria, llevando a

[1] *Bibliografía:* en Schurer II, 598-599 y las páginas que siguen de la presente obra.

[2] Como consecuencia de ese acto, considerado demasiado expeditivo y abusivo, Herodes sufrió la persecución del Sanedrín y pasó bastantes apuros para evitar que lo condenarán a muerte.

cabo actos de violencia y saqueos. Josefo califica al tal Ezequías de «jefe de salteadores *(archilestes)*» (*Bell.* 1,204 y *Ant.* 14,159), pero añade que fue «hombre de mucho peso *(epi mega dynethentes)*, a quien Herodes capturó con mucha dificultad» (*Ant.* 17,271).

En el 4 a.C., apenas conocida la muerte de Herodes, apareció un hijo del citado Ezequías, llamado *Judas*. Veamos lo que escribe Josefo: «En Séforis de Galilea, Judas, hijo de Ezequías —el jefe de salteadores *(archilestes)* que devastó la comarca antes de que el rey Herodes lo ajusticiara—, reunió una banda muy numerosa, rompió las puertas de los arsenales reales, armó a sus guerrilleros y atacó a los restantes candidatos al poder» (*Bell.* 2,56). Judas —siempre según Josefo— habría «manifestado sus pretensiones a la realeza *(zelosei basileiou times)*» (*Ant.* 17,272) y sembrado el terror en torno suyo en Galilea. La rebelión fue aplastada por Varo, gobernador de Siria (*Bell.* 2,68 y *Ant.* 17,289), pero ignoramos qué suerte corrió Judas después de la derrota de sus tropas.

Diez años más tarde, en el 6, después de la «reducción a provincia del territorio de Arquelao» (*Bell.* 2,117), apareció un galileo llamado *Judas*, que Josefo describe en los términos siguientes: «Intentaba soliviantar a sus compatriotas, reprochándoles su conformismo al pagar tributos a los romanos y a soportar, después de Dios, dueños mortales. Dicho sujeto era doctor *(sophistes)* de una secta *(airesis)* particular distinta de las demás» (*Bell.* 2,118). Judas era «gaulanita», natural de Gamala, al este del Jordán. Desde el comienzo de su actividad subversiva fue ayudado por un tal Sadoq, de obediencia farisea (*Ant.* 18,4).

Señala Josefo a renglón seguido (*Ant.* 18,23) que «Judas el Galileo» fundó una «escuela» *(philosophia)*, de la que fue su jefe *(hegemon)*, la «cuarta», dice él, al lado de los fariseos, saduceos y esenios (*Ant.* 18,9), pero nunca la nombra con exactitud[3].

El historiador judío añade que los sectarios de Judas coincidían «en general, con la doctrina de los fariseos», pero experimentaban un «irrefrenable amor a la libertad», considerando que «Dios era el único jefe y dueño» (*Ant.* 18,23-24). Sabemos

[3] Constituye, por tanto, una equivocación llamarla demasiado sistemáticamente la de los «zelotas».

por el Nuevo Testamento (Hch 5,37) que Judas el Galileo fue ajusticiado.

Hemos de plantearnos aún una delicada cuestión: ¿son idénticos el Judas del año 6 y su homónimo del año 4 a.C.? Es decir, ¿se trata en ambos casos de la misma persona, el hijo de Ezequías? La mayoría de los especialistas responden afirmativamente y no faltan sólidas razones para ello[4].

Josefo recuerda la actividad de Judas el Galileo cada vez que interviene en su relato alguno de sus descendientes más destacados. Su afán de articulación genealógica debe tenerse en cuenta. En primer lugar están *Jacob* y *Simón,* hijos (o nietos) del Galileo, crucificados por orden del prefecto de Judea Tiberio Alejandro hacia el 46-48 (*Ant.* 20,102). Luego, su otro hijo (o nieto) *Menahem,* que desempeñó un papel muy importante, por no decir capital, en los inicios de la rebelión del 66. Veamos lo que escribe Josefo a este respecto:

> «En esta época, un tal Menahem, hijo de Judas llamado el Galileo (el temible doctor —*sophistes deinotatos*— que ya bajo la administración de Quirino reprochó a los judíos su sometimiento a los romanos, siendo Dios su único dueño), tomó con él algunos hombres que le eran afectos y conquistó Masada. Hizo saltar las puertas de los arsenales del rey Herodes, proporcionó armas a los ciudadanos y también a algunos bandoleros *(leistas)* y, utilizando a estos últimos a guisa de guardia de corps, regresó a Jerusalén como un auténtico rey *(basileus)* y se puso al frente de la rebelión asumiendo la dirección del asedio del palacio» (*Bell.* 2,433-434).

Tras la conquista de Masada en el año 66 y el aplastamiento de la unidad romana que allí había, Menahem se dirigió a Jerusalén y obligó a rendirse a la guarnición romana. Fue entonces cuando creyendo representar sobradamente al conjunto de los sublevados de la capital, procedió a una «purga» en las filas de los judíos influyentes: hizo ejecutar al sumo sacerdote Ananías y a su hermano Ezequías (*Bell.* 2,441). Pero su acceso al poder no fue aceptado. Menahem se convirtió en «un tirano insoportable» (*Bell.* 2,442), hasta el punto de que los habitan-

[4] Esa es la opinión de M. Hengel, *Die Zeloten* (Leiden 1961), quien traza un panorama de la polémica (337), y también la de Schürer I, 381 (cf. Pelletier II, 205). Para la opinión contraria: D. M. Rhoads, *Israel in Revolution 6-74 C.E.* (Filadelfia 1976) 50. Sobre este informe, cf. Benoit, DBS IX, 705-715.

tes de Jerusalén «se decían unos a otros que después de haberse rebelado contra los romanos por afán de libertad, no era lógico entregársela a un verdugo de su propio pueblo» (*Bell.* 2,443). De modo que los hombres de Eleazar, hijo del sumo sacerdote Ananías, cayeron sobre Menahem, mientras estaba en el templo, y lo mataron con parte de su guardia. Josefo prosigue su relato así: «El pueblo, como he dicho[5], se sumó a esta acción esperando una especie de curación de la revuelta, pero los insurrectos no habían matado a Menahem porque desearan vivamente poner fin a la guerra, sino para proseguirla con mayor libertad» (*Bell.* 2,449)[6].

Fue entonces, en el año 66, cuando surgió otro miembro del clan de Judas el Galileo, *Eleazar, hijo de Jairo,* «próximo a Menahem por la sangre» (*Bell.* 3,447). «Algunos —relata Josefo— salvaron su vida escapándose clandestinamente a Masada. Entre ellos, Eleazar, hijo de Jairo... más tarde dueño absoluto *(etyrannesen)* de Masada *(ibíd)*[7]. Eleazar será comandante y defensor de esta ilustre fortaleza y ocho años más tarde exhortará e incluso obligará a todos los individuos a un suicidio colectivo.

*Masada* es el nombre de un promontorio rocoso rodeado de barrancos, que domina desde unos cuatrocientos metros la orilla suroeste del Mar Muerto, a 25 km. aproximadamente al sur de Engaddi. La única fuente de información sobre dicho emplazamiento y su historia es prácticamente Josefo. A su entender, esa inexpugnable roqueda fue primero acondicionada como fortaleza por el asmoneo Jonatán (161-142 a.C.), quien le dio su nombre (*Bell.* 7,285). Pero algunos opinan que fue más bien Alejandro Janeo, que también se llamaba Jonatán. Josefo señala, en otros pasajes, que dicha ciudadela, «extraordinariamente fuerte», fue «acondicionada por los antiguos reyes, para depositar en ella sus bienes durante las vicisitudes de las guerras y garantizar la seguridad de sus personas» (*Bell.* 4,399). Sea de ello lo que fuere (no hay vestigios de instalaciones preherodianas), Herodes el Grande, entre el 37 y el 31, convirtió a Masada en una fortaleza de gran importancia estratégica. Es

[5] «... con la idea de que una vez muerto (Menahem) se detendría la revolución» (*Bell.* 2, 445).

[6] Josefo es aquí testigo de que el deseo de luchar contra Roma iba ganando terreno y se generalizaba.

[7] Josefo califica a Eleazar de «hombre fuerte» (*dynatos aner, Bell.* 7,253). En *Bell.* 7,297 da a entender que participó en el asalto a la fortaleza de Masada realizado por Menahem en el año 66.

verdad que antes de ser rey efectivo de los judíos en el año 37 había comprobado, al precio de graves dificultades personales, el interés que podía tener dicho lugar. Desde el 42, sus enemigos y los de su hermano Fasael se habían instalado en ella (*Bell.* 1,236-238) y en el 40, antes de huir a Alejandría y después a Roma, trasladó allí a su familia por considerarlo un refugio seguro, viéndose obligado más tarde a intervenir para liberarla del asedio de los hombres de Antígono (*Bell.* 1,292-294). Parece ser que del 6 al 66 los procuradores de Judea destacaron allí algunas tropas, que fueron aniquiladas por Menahem al comienzo de la gran rebelión. Los sicarios de Eleazar vivieron allí con sus familias y organizaron una verdadera ciudad-guarnición hasta el decisivo asalto del gobernador romano Flavio Silva en el 74. Josefo nos da una desgarradora descripción del suicidio colectivo del millar de ocupantes de Masada (*Bell.* 7,252-406)[8]. El «discurso de Eleazar», persuasivo alegato para que todos los sicarios con sus familiares aceptaran el suicidio como la mejor salida en tan desesperada situación, constituye una pieza literaria especialmente emocionante[9].

En el período bizantino, Masada fue ocupada por unos monjes que edificaron allí una iglesia. A partir de entonces sobrevino el silencio. Hubo que esperar a 1838 para que el lugar fuera descubierto por unos viajeros americanos. Después de varias exploraciones parciales y fragmentarias, escalonadas entre 1842 y 1956, se realizaron excavaciones sistemáticas en Masada, sobre todo antre 1963 y 1965, por un importante equipo de arqueólogos y miles de voluntarios llegados de todo el mundo, bajo la dirección del eminente israelita Y. Yadin. Los descubrimientos se refieren a las tres épocas de ocupación: la de Herodes (37-4 a.C.), la de los sicarios (66-74) y la de los monjes bizantinos (siglos V y VI). Entre los numerosos restos, destacan cuatro: una sinagoga (cf. p. 159); monedas acuñadas sobre todo durante la gran rebelión (cf. p. 73); algunos óstraka[10] (más de setecientos, en hebreo y arameo, pero también en griego e incluso en latín, fechados entre el año 66 y el 74); textos bíblicos

[8] «Vivieron allí durante siete años, no tanto para mantener la posibilidad de un éxito militar imposible, cuanto con el objetivo implícito de mantener como una reliquia simbólica el Estado de Israel irremediablemente perdido. La roqueda fortificada de Masada será, en efecto, la compensación sacral del templo (estructura estatal central) incendiado, antes de convertirse en expresión ritual mediante el sacrificio "voluntario" de todos sus habitantes.» (A. Paul, *Le fait biblique,* 105-106).

[9] Cf. el correspondiente análisis de ese documento —el único «apocalipsis» que contiene la obra de Josefo, pero «apocalipsis de muerte»— en P. Vidal-Naquet, *Flavius Josèphe et Massada,* «Revue Historique» 260/1 (1978) 3-21, recogido en *Il buon uso...,* 161-183.

[10] En uno de ellos puede leerse «Ben Yair», nombre probablemente de Eleazar.

y no bíblicos (partes o fragmentos de catorce rollos, entre los que se encuentran los capítulos 39 al 44 del original hebreo del *Eclesiástico,* del siglo I a.C.).

Masada es hoy uno de los mayores centros turísticos de Israel. Constituye asimismo un símbolo, que mantienen como tal los reclutas del ejército blindado israelí, quienes juran bandera con esta fórmula: «Masada no se rendirá»[11].

## PLURALISMO EN LA RESISTENCIA: BANDIDOS, SICARIOS Y ZELOTAS

El examen del vocabulario que emplea Josefo para designar a los resistentes judíos contra los romanos y sus cómplices es un medio seguro para avanzar en el difícil estudio de este delicado punto de la historia judía[12]. En el desarrollo cronológico de los acontecimientos, en especial de la *guerra judía,* aparecen de manera decisiva, sin excluirse entre sí, tres palabras significativas: «bandidos», «sicarios» y «zelotas». No resulta arbitraria esta distribución cuando se la examina de cerca, sino más bien elocuente.

Aparecen, en primer lugar, los términos *leistai* y *leistikoi* («bandidos» o «bandoleros»). Así se denominan los partidarios de Ezequías (él mismo «jefe de bandoleros»), *(archileistes)* castigados por Herodes en el 47-46 a.C. (*Bell.* 1,204; 2,253). Por sus hazañas en el 66, son calificados de igual modo los guardias de corps y compañeros de combate de Menahem, probablemente descendiente de Ezequías (*Bell.* 2,433,441).

Luego vienen los «sicarios»[13]. El término latino *sicarius* (en plural *sicarii)* significa «asesino». Procede de *sica,* «puñal» de hoja corta y curvada. *Sicarii* fue helenizado en *sikarioi.* Se aplicaba, sin duda, por los ocupantes romanos a cualesquier resistente armado. Podría responder a lo que hoy denominamos «terroristas». Josefo lo adoptó como sucedáneo romanizado del término propio *leistai.* En *Ant.* 20,185 declara que ambas denominaciones son sinónimas: «Cuando Festo —escribe— llegó a Judea, el país se encontraba devastado por los bandidos *(leiston)...;* los llamados sicarios *(sikarioi),* es decir, bandidos *(leis-*

[11] *Bibliografía:* Y. Yadin (tr. esp. de M. Ballesteros), *Masada. La fortaleza de Herodes y el último bastión de los Zelotas* (Barcelona 1969); EJ 11, 1078-1091; Vidal-Naquet, art. cit. (con bibliografía).

[12] Cf. R.A. Horsley, *Josephus and the bandits;* JSJ X, (1979) 37-63.

[13] Cf. V. Nikiprowetzky, *Sicaires et zélotes. Une reconsideration:* «Semitica» XXIII (1973) 57-63.

*tai)* eran en dicha época especialmente numerosos». A continuación describe su actividad criminal y vuelve a repetirla a propósito de los acontecimientos ocurridos bajo Félix (52?-60), predecesor de Festo (¿60?-62) como prefecto de Judea. Veamos este texto:

> «...Otra categoría de bandidos *(leiston)* apareció en Jerusalén: se les denominaba sicarios *(sikarioi)* y asesinaban en pleno día y en el centro de la ciudad. Solían actuar sobre todo durante las fiestas, mezclados con la muchedumbre y llevando, disimulada bajo la ropa, una daga *(mikra xiphidia)*, con la que apuñalaban a sus enemigos. Al desplomarse sus víctimas, los asesinos unían sus gritos de horror a los de la gente y, de este modo, gracias a lo verosímil de su engaño, nunca eran apresados. El primero en caer bajo sus golpes fue el sumo sacerdote Jonatán. Después de este asesinato hubo varios cada día. El terror que esto producía era más temible que la misma desgracia, ya que cada cual, como ocurre en la guerra, esperaba caer muerto de un momento a otro. Cada uno se alejaba de sus enemigos y hasta cuando era un amigo quien se acercaba se desconfiaba de él. Pues bien, a pesar de estar sobre aviso y tomar precauciones, se producían los asesinatos, tan grande era la habilidad y rapidez de los conspiradores para evitar que les prendieran» *(Bell.* 2, 254-257).

Josefo hace, pues, intervenir a los sicarios como una «nueva categoría de bandidos», en tiempos del gobernador Félix (52?-60). Dichos «asesinos» continuaron haciendo estragos en tiempos de Albino (62-64), cuya venalidad fue ilimitada: recurrieron al secuestro de rehenes para obtener del procurador la libertad de sus prisioneros. Ahora bien, el significado de la palabra «sicario» parece haber experimentado un cambio en el relato de Josefo. En efecto, aunque de modo muy relativo, se ennoblece algo cuando se aplica a Eleazar, el defensor de Masada, y a sus partidarios. Antes de relatar el ataque de la fortaleza por Silva, el historiador advierte: «Los sicarios que se habían apoderado de ella estaban dirigidos por Eleazar, hombre fuerte descendiente de Judas... En dicha época, los sicarios habían constituido una sociedad secreta contra los que aceptaban someterse a los romanos, tratándolos, a todos los efectos, como enemigos... Decían que esos individuos en nada se diferenciaban de los extranjeros, puesto que sacrificaban alevosamente la libertad de los judíos ... *(Bell.* 7,253-255; cf. 7,275). Más adelante, llama Josefo sicarios a los guerrilleros que, ocho años antes, con Menahem y hasta bajo sus órdenes, ayudaron a Eleazar a apoderarse «mediante artimañas de la ciudadela»

*(Bell.* 7,297). Encontramos también sicarios fugitivos en Alejandría y Cirene, que intentan reavivar allí la rebelión contra Roma, tras la derrota del 70 (cf. pp. 147 y 149)[14].

Resulta claro, por consiguiente, que el término «sicario», aplicado primero a individuos particulares que actúan aisladamente, pasó a designar un grupo preciso y único, a saber, el de los resistentes de Masada a las órdenes de Eleazar (los «Sicarios» sustituyen de este modo a los «sicarios»). Por eso no aplica Josefo esa denominación, consolidada como tal lo más pronto en el 66, a los descendientes de Ezequías y de Judas el Galileo. No la utiliza en sentido retroactivo. El cambio de situación determinó que evolucionaran las funciones y, por tanto, los títulos. Las escaramuzas anárquicas de los partidarios de la violencia se convirtieron, después del 66, en una guerra nacional que movilizó todas las tendencias y particularismos. La transformación de los sicarios «asesinos» en sicarios organizados es un hito significativo.

Junto a los bandidos y los sicarios, hubo en la misma época otros extremistas judíos autodenominados *zelotas*[15]. El término, siempre en plural (en griego, *zelotai),* aparece por vez primera en Josefo en relación con Menahem y sus hombres, a partir de su llegada a Jerusalén en el año 66 *(Bell.* 2,444). Acompañado del adjetivo *enoplous* («en armas») posee el obvio significado de «fanáticos». Pero a raíz de los acontecimientos del invierno del 67-68 (en la *Guerra judía* desde el libro 4) un nutrido grupo de resistentes se presenta como el de los zelotas.

El adjetivo *zelotas* («que arde en celo por») y el verbo *zeloun* («tener fervor por») se emplean en la Biblia con el complemento «la ley» (cf. 2 Mac 4,2). Traducen literal y respectivamente los términos hebreos *qanna* y *qana.* En griego clásico, el verbo *zeloun* «expresaba el hecho de entusiasmarse por algo, haciendo de ello objeto de todos sus esfuerzos y, por último, buscar ardorosamente parecerse... La palabra reclama casi siempre un complemento que designe el objeto de dicha devoción. Los LXX, en cambio, emplean ese término para caracterizar al propio Dios (Ex 20,15; 34,14; Dt 4,29; 5,11, 6,15)[16]. Pues bien, en el judaísmo antiguo apareció simultáneamente un tipo de hombre que encarnaba de manera radical e intransigente ese ideal

[14] En *Bell.* 4,516 se trata de las «incursiones de los sicarios de Masada».
[15] Nikiprowetzky, *art. cit.*
[16] Giblet, RTL 5/4 (1974) 412.

de «celo». El modelo fue Fineés, quien atravesó con su lanza a una pareja culpable de haber violado públicamente la Ley (Nm 25,6-13). Reapareció con Elías (1 Re 19,10) y volvió a afirmarse con los Macabeos, aunque siempre en conexión con la figura de Finées (1 Mac 2,25-26)[17]. Esta tradición de «violencia sagrada» se encuentra en la literatura rabínica. En la Misná (*Sanhedrin* 9,6)[18], los *qannaim* o «celosos» son aquéllos judíos que castigan a los compariotas que violan leyes concretas; según el Talmud, su actividad se habría manifestado ya en la época asmonea, con el fin de salvaguardar las leyes matrimoniales.

Encontramos la palabra «zelotas» en el Nuevo Testamento a propósito del discípulo de Jesús, Simón, «apodado el fanático o zelote» (Lc 6,15; Hch 1,13). En otros sitios se llama también al mismo personaje «el Cananeo» (*ho kananaios:* Mt 10,4 y Mc 3,18), fórmula que no es sino la simple transliteración del término griego *qannâ,* «celoso», entusiasta. Como seguramente el término «zelotas» no poseía en tiempos de Jesús el sentido colectivo y político que adquirió después del 66[19], hay que ver en esta denominación un simple calificativo individual, en la acepción tradicional y, por tanto, religiosa del término. Así, Pablo se declara «celoso» *(zelotas)* de sus tradiciones ancestrales» (Gál 1,14; cf. Hch 22,3). En Hch 21,20, algunos judíos son llamados «ardientes partidarios de la Ley *(zelotai tou nomou)*».

Los zelotas se distinguen en varios aspectos de otros movimientos antirromanos. Su nombre, que sin duda se lo pusieron ellos mismos, los vinculaba a la tradición de un «extremismo» religioso muy antiguo. Eran algo completamente distinto de los «bandidos» y los sicarios. Además, la primera manifestación concertada de los zelotas fue probablemente su negativa a ofrecer sacrificios por Roma y el emperador en el año 66 (cf. p. 61), a instancias de Eleazar, hijo del sumo sacerdote Ananías y «joven de gran audacia» (*Bell.* 2,409). Según Josefo, los zelotas estaban «apoyados por los más ardorosos revoluciona-

[17] Cf. W.R. Farmer, *Maccabees, Zealots and Josephus* (Nueva York 1956); y Salomonsen, NTS 12 (1966) 164-176.

[18] «A quien sustrae la copa, blasfema por el Kossem o mantiene relaciones con una aramea (N.B. este término designa, de hecho, una romana), los celosos *(gannaim)* pueden matarlo». (Y el comentario del Talmud *Sanhedrin* 81b-82a). Cf. También, ya en Filón de Alejandría, según Morin, en RB 80 (1973) 340-372.

[19] Conocemos la obra de S. G. F. Brandon, *Jesus and the Zealots* (Manchester 1967) (tr. fr. *Jésus et les zélotes* (París 1975), según la cuál Jesús habría sido un Mesías que luchó, necesariamente con las armas como un residente judío, por la renovación espiritual y la independencia política de su nación antes de ser condenado a muerte y ejecutado por los romanos. Cf. las críticas a esta insostenible tesis en A. Paul, BCE 57/58 (1969) 195-198.

rios, pero sobre todo contaban con el jefe de la policía del templo, Eleazar» (*Bell.* 2,410).

Más adelante, el historiador judío evoca el papel explícito de Eleazar, «bajo cuyo mando estaban los zelotas» *(Bell.* 5,250). Pues bien, la negativa a sacrificar en favor del ocupante «extranjero» representaba un acto violento que equivalía a una auténtica declaración de guerra contra Roma. En virtud de sus motivaciones y objetivos (pureza y purificación del culto del templo), se trataba de un acto «zelota» en el sentido más original y tradicional del término. Sin embargo, a partir de este instante, el término adquirirá inevitablemente connotaciones militares cada vez más acusadas.

El grupo de los zelotas poseía características bastante populares y democráticas. En primer lugar, su composición: sacerdotes de la base jerárquica y hombres del pueblo, tanto de Jerusalén como de la compañía judía. Además, a diferencia de lo que ocurría con otros grupos de resistentes (por ejemplo, los sicarios de Masada a las órdenes del poderoso Eleazar, hijo de Jairo, o las formaciones de Juan de Giscala y Simón Bar Giora)[20], el grupo de los zelotas no estaba dominado por la exclusiva autoridad de un jefe «tiránico»[21]. Esto explica en parte que, desde la fase final de la guerra, en el 70, los zelotas fueran relativamente poco numerosos y no desempeñaran sino un oscuro papel entre los restantes resistentes.

El pro-romano Josefo menciona sus cualidades objetivas: «de los más ardorosos entre los revolucionarios» *(Bell.* 2,410) y reconoce su «juventud» e «intrepidez» *(Bell.* 4,193). En cuanto al fondo y la forma de sus actividades, se muestra tan severo con ellos como con los demás resistentes *(Bell.* 4,161; 7,268-271), lo que está de acuerdo con su opinión general sobre el origen, realización y desenlace de dicha guerra. Para él, los responsables de todas las calamidades de la nación fueron los propios judíos que se opusieron «criminalmente» a los romanos[22].

[20] Cf. *Bell.* 5,309: «Simón les inspiraba respeto y miedo y sus subordinados le tenían tal devoción que se habrían quitado la vida si él se lo hubiera ordenado».

[21] El término es de Josefo: cf. *Bell.* 2,447; 6,227.

[22] Josefo escribió la *guerra judía* poco antes del desastre, pero desde la perspectiva romana de la que era cómplice y no desde el punto de vista de los combatientes judíos con quienes se sentía radicalmente insolidario.

## DOS CAUDILLOS GUERREROS: SIMON BAR GIORA Y JUAN DE GISCALA

Uno de los mejores caudillos de la guerra contra Roma, en realidad el más grande, fue *Simón Bar Giora*. Según Josefo —quien señala su «fortaleza física» y su «audacia»— era natural de Gerasa, tranquila y gran ciudad helenística de Transjordania *(Bell.* 4,503). Giora, significa, en arameo, prosélito, lo que ha hecho pensar que el padre del héroe sería un convertido al judaísmo y, por tanto, habría salido de una familia de extracción modesta. En los primeros momentos al menos Simón reclutó a sus hombres entre la gente del pueblo (*Bell.* 2,652; cf. 4,508).

Simón destacó en el 66, merced a la batalla de Bet-Horon, en la que infligió una dura derrota al romano Cestio Galo (*Bell.* 2,521). A pesar de su éxito, fue expulsado de la capital, donde dominaba el partido de los moderados dispuesto a negociar con Roma. Obligado a huir, se refugió entre los sicarios de Masada (*Bell.* 4,503-508), colaborando en sus destructoras incursiones. Abandonó pronto la fortaleza y se dedicó a devastar la parte sur del país, atacando a cuantos consideraba enemigos de la nación. Fue haciéndose cada vez más poderoso[23], pero no llegó entonces a controlar Jerusalén. Combatió, en cambio, contra Idumea, y se apoderó de su territorio. En abril del 69, entró por fin en Jerusalén, al abrirle las puertas los enemigos de Juan de Giscala, quienes le habían pedido socorro (*Bell.* 4,574-577). Se encontró dueño de gran parte de la capital. La lucha entre él y Juan de Giscala prosiguió (5,21-23; cf. 5,439-441), para terminar en abril del 70, con la llegada de Tito a las murallas de Jerusalén.

Simón desempeñó a partir de entonces un papel predominante en el mando de las tropas judías de la resistencia. Al comenzar el asedio, su ejército de quince mil hombres era el más numeroso y su excepcional bravura atrajo a él muchos más. Los romanos lo trataron como al principal jefe, es decir, como al generalísimo de las fuerzas rebeldes de Jerusalén. Al triunfar Roma en el año 71 fue conducido a la capital del imperio, siendo azotado durante todo el trayecto y ajusticiado en

[23] «Un vez convertido en terror de las ciudades, despidió a numerosos hombres influyentes, en virtud de su fuerza y la serie ininterrumpida de éxitos que consiguió. Su ejército no estaba ya formado por esclavos o bandidos, sino que contaba con un respetable número de ciudadanos que le obedecían como a un rey» (*Bell.* 4,510).

el momento culminante de la fiesta en honor de los héroes Vespasiano y Tito (*Bell.* 7,153-155).

En la *Guerra judía* y la *Vida*, se extiende Josefo ampliamente sobre las actividades de otro jefe de la resistencia, el galileo *Juan de Giscala*. Resulta difícil reconstruir con precisión y certeza su ejecutoria[24]. No obstante, podemos reagrupar y ordenar algunas referencias prácticamente seguras.

En la primavera del 66, Juan mostró una oposición implacable respecto a Josefo, a la sazón alto funcionario y general en jefe de Galilea. Causó graves problemas al futuro historiador en relación con el pueblo (*Bell.* 2,585-619) y más tarde le acusó de traición ante las autoridades de Jerusalén, exigiendo que se le retirase el mando, con la idea de ocupar su puesto (*Vita* 189-203). Pero sus planes fracasaron y Josefo siguió en el cargo. Las actividades militares emprendidas contra Roma por Juan de Giscala no fueron excesivamente felices. Durante el invierno del 67, Tito se encontraba a las puertas de Giscala, última ciudad Galilea pendiente de conquista. Propuso a Juan la capitulación, pero éste pretextó las obligaciones del sábado con el fin de dilatar las negociaciones y huir a Jerusalén (*Bell.* 4,106).

Ya en la capital, Juan de Giscala no se sumó de inmediato al partido de los revolucionarios, sino que se puso en contacto con los dirigentes provisionales del momento, entre los que tenía buenas relaciones (al contrario que los demás jefes de grupos insurrectos). Nacionalista pragmático y ambicioso, aunque no fanático como los otros resistentes, consideraba la guerra contra Roma —que él creía propicia— como una ocasión de medro personal y, por tanto, de gloria.

Josefo, que, por otra parte, hace de él un retrato siniestro (*Bell.* 2,585-588; 7,263-264), le considera superior «en astucia» a Simón (*Bell.* 4,503) y recuerda su «energía en la acción y el pensamiento» (*Bell.* 4,392). Juan incitó a los habitantes de Jerusalén a proseguir contra Roma la guerra que los judíos habían perdido en Galilea. Se produjo entonces una pugna entre los habitantes de la capital, soliviantados por los círculos sacerdotales, y los Zelotas, «hombres de Eleazar que guardaban las primicias sagradas» (*Bell.* 5,21). Juan intentó hacer de mediador empleando la doblez (*Bell.* 4,204-215). Convencido rápida-

[24] En estas dos obras relata episodios correspondientes a la fase galilea de la ejecutoria de Juan de Giscala, en los que abundan las contradicciones.

mente de que era imposible conciliar ambas posturas, se alineó por fin con los zelotas. Al triunfar los moderados, los zelotas se hicieron fuertes en el templo. Durante algún tiempo, Juan de Giscala fue la autoridad predominante de Jerusalén (*Bell.* 4,503) y preparó la ciudad en previsión de un probable asedio. Pero sus contrarios (por ejemplo, los idumeos, como veremos más adelante) llamaron a Simón Bar Giora, quien lo suplantó erigiéndose en máximo responsable. Juan colaboró activamente con los demás partidos rivales en la defensa de Jerusalén y del templo. Tras el triunfo romano del 71, fue condenado a cadena perpetua (*Bell.* 7,118).

## LA UNIDAD MILITAR DE LOS IDUMEOS

Josefo menciona un quinto y último grupo, no tanto de resistentes como de combatientes: los *idumeos.* Intervinieron durante el invierno del 67-68 llamados por los zelotas. Estos se encontraban entonces cercados en el templo por los dirigentes «moderados» de la capital, quienes, según se rumoreaba, se disponían a entregar Jerusalén a Vespasiano (*Bell.* 4,288-232). Los idumeos pusieron en pie de guerra una fuerza importante a las órdenes de cuatro generales. Acudieron para librar a los zelotas y prevenir cualquier acto de derrotismo o traición. Parte de ellos se incorporó a las filas de Juan de Giscala, mas para amotinarse al poco tiempo (*Bell.* 4,466-470).

Los idumeos tomaron partido, finalmente, por Simón Bar Giora, siendo los responsables de su entrada en Jerusalén. Durante el resto de la guerra, combatieron a las órdenes de este gran cudillo, pero formando un contingente aparte (*Bell.* 5,358; 6,92,148). Desempeñaron un papel nada despreciable en la defensa de la ciudad asediada.

## CONCLUSIONES

1. Acabamos de pasar revista a cinco grupos o movimientos judíos que, por un motivo u otro, en uno u otro momento, participaron en la guerra contra Roma entre el año 66 y 70 (e incluso 74): *sicarios, zelotas,* unidades de *Simón Bar Giora* y *Juan de Giscala,* e *idumeos.* Hacia el final de la *Guerra judía* (7,253-274) y antes de relatar el asedio de Masada, Josefo incrusta un resumen recapitulativo, casi en idéntico orden, de

esos cinco grupos, cuyos rasgos y pasiones oscureció deliberadamente. Como hemos podido comprobar, describe siempre las condiciones morales de los resistentes como las de unos «criminales», pero en cambio reconoce en todos el valor de sus cualidades de acción, lo que permite suponer que eran reales e incluso excelsas.

Este pluralismo de movimientos y caudillos refleja la complejidad de la situación política en la tierra nacional judía, pero también, al menos al comienzo de la guerra, el grado de fragmentación del poder judío y de sus fuerzas de choque.

2. Uno de los grupos, el de los *sicarios*, era el más antiguo y se mantuvo hasta el último momento. Es verdad que el nombre lo recibió tardíamente, después del 66, pero su origen se remonta a Eleazar, rebelde proasmoneo de los años 40 a.C. probablemente.

La defensa y caída de Masada en el 74 fueron, en cierto modo, el último y sangriento eco de los avatares del Estado asmoneo. Una pseudo-dinastía de jefes guerreros, fanáticamente nacionalistas, puso fin entonces a un «reino» imaginario que había durado unos ciento veinte años. Los sicarios, descendientes de Ezequías y Judas el Galileo, apenas participaron en la guerra del 66-70. Tras el asesinato de su «rey» Menahem por los judíos de Jerusalén en el 66, su atrincheramiento en Masada equivalía a la reinstauración simbólica de un Estado judío en miniatura y como en reserva, con una población tanto civil, con mujeres y niños, como militar. Se trataba, pues, de algo más e incluso de algo distinto a la instalación de una fortaleza para resistir. Por lo demás, el hecho de que Masada fuera reducida tres años después del triunfo romano pone de manifiesto la marginación real de la ciudadela en relación con el desarrollo y las posturas políticas de la guerra.

3. El suicidio colectivo del grupo de Eleazar, hijo de Jairo, aunque con retraso, fue el punto culminante e incluso la celebración en forma de «holocausto» total, por así decirlo, del objetivo suicidio que, en el año 70, constituyó el destino del territorio nacional judío y de la misma nación. A la par que sus pobladores, Judea en especial fue muy castigada por la guerra, quedando gravemente comprometidos sus recursos naturales. Entre los productos de Palestina, el bálsamo era el más apreciado y de mayor prestigio. Ahora bien, en Plinio el

Viejo[25] puede leerse que, a partir de los grandes enfrentamientos, los balsameros de Jericó fueron objeto de encarnizados combates por parte de los resistentes judíos que querían destruirlos y los soldados romanos que deseaban salvarlos (algunos de esos arbustos, según el mismo autor, figuraron entre los cautivos cuando el triunfo del 71). Estos actos de los extremistas judíos, resignados a la ley de la «tierra quemada», cabe relacionarlos con el «anatema» que Juan Hircano y Alejandro Janeo practicaron con las ciudades griegas, a la vez que las anexionaban a su reino (cf. p. 180).

4. Aunque más tarde se situaron como reserva, los descendientes de Ezequías o futuros sicarios participaron, no obstante, con eficacia en el desencadenamiento de la guerra del 66. La matanza de la guarnición romana de Masada y los acontecimientos de Jerusalén, que culminaron en la muerte de Menahem, tuvieron mucho que ver con la ruptura de las hostilidades. Con todo, los protagonistas y efectivos responsables de la lucha fueron luego los demás. Influyó, desde luego, la fuerte intransigencia religiosa de los *zelotas,* «fanáticos» de Jerusalén refugiados habitualmente en el templo y cuyo último objetivo estribaba en la pureza del culto, pero su papel declinó a medida que se intensificaba la guerra y se acercaba el desenlace final. A decir verdad, los auténticos protagonistas de la resistencia fueron unos cuantos hombres ambiciosos que tuvieron la habilidad de aparecer en circunstancias propicias: *Juan de Giscala* y, sobre todo, *Simón Bar Giora,* quien eclipsó a todos los demás, hasta el punto de que los romanos le trataron como al comandante en jefe del ejército enemigo. Como ocurre con frecuencia en las insurrecciones prolongadas, esta guerra dio pie a que surgieran caudillos y, por último, *su* caudillo, pero un caudillo derrotado con sus tropas y todo el pueblo que tenía la misión de defender.

5. La unificación final de las fuerzas judías combatientes fue resultado de un proceso en el que se detectan dos clases de antagonismos. Por una parte, las luchas entre diferentes grupos, tendencias e intereses que componían la resistencia judía y que sólo a duras penas lograron ser reabsorbidos. Luego, la profunda estratificación social, manifiesta desde hacía siglos, a

[25] Reinach, *Textes,* 274-276; Stern, *Authors* I, 487-488.

pesar de los cambios de situación, entre partidarios de la paz, es decir, de un compromiso obligado con el ocupante, su política y su cultura, y los incondicionales defensores de la independencia nacional en su conjunto, a costa del eventual sacrificio de todos y de todo. De ahí que, hasta el comienzo de la última fase de la guerra, se produjeran graves enfrentamientos entre las dos tendencias irreconciliables. Desde el 66, el acto que supuso la declaración de guerra (la interrupción de los sacrificios en favor de Roma y del emperador) fue objeto de viva repulsa por parte de los «principales ciudadanos... con los jefes y notables fariseos» (*Bell.* 2,411-418). Algún tiempo después, «muchos ciudadanos eminentes» presionaron sobre el romano Cestio «para que viniera, prometiéndole que le abrirían las puertas» (*Bell.* 2,533). En otro momento, siempre según Josefo, «muchos judíos eminentes abandonaron la ciudad como si se tratara de un navío que zozobra» (*Bell.* 2,556).

Resulta, por tanto, que, en conjunto, las altas capas sociales eran moderadas e incluso hostiles a la guerra. Ante el aspecto sistemático e irreversible que ésta adquirió, no les cupo otra solución que resignarse, aunque sin apoyarla. La unanimidad en la defensa de Jerusalén fue militar y, hasta cierto punto, popular, pero no reflejó el consentimiento general, al menos de las clases elevadas de la sociedad judía.

6. Quienes se oponían a la resistencia y después a la guerra suministraron el marco del judaísmo tal y como se organizó, en cuanto comunidad y religión, tras el desastre del año 70. Cabe destacar entre ellos al más eminente, *Johanan ben Zakkai*[26]. Es uno de los jefes más sobresalientes del período que fue testigo de la desaparición del Segundo Templo y de la instauración del definitivo judaísmo sobre sus ruinas: la *Sinagoga* (cf. p. 158). Ahora bien, dicho personaje formaba parte de las gentes importantes que huyeron de Jerusalén durante las hostilidades del 66-70[27]. Se declaró, de entrada, partidario de la paz y, como otros muchos, deseaba una solución negociada del conflicto. Lo mismo que Josefo, con el que guarda un gran

[26] Sobre este personaje, cf. EJ 10,148-154, y J. Neusner, *A life of Yohanan ben Zakkai* (Leiden 1970).

[27] El comportamiento de los moderados, naturalmente aristócratas, de Jerusalén es similar al de Filón de Alejandría tan sólo veinte años antes (cf. páginas 117 y 145).

parecido, reprochó a los judíos haber sido los causantes de sus propias calamidades.

Johanán ben Zakkai abandonó Jerusalén probablemente en la primavera del año 68. Según algunos relatos rabínicos citados con frecuencia, se habría presentado a Vespasiano en persona (¡que se encontraba en Roma!). La tradición talmúdica le atribuye la famosa predicción al generalísimo romano en el momento de ser arrestado, y que Josefo, en cambio, se autoatribuye: «Tú serás emperador» (*Bell.* 3,400-401)[28]. Sea de ello lo que fuere, Ben Zakkai consiguió que los romanos le permitieran instalarse en Yamnia (cf. p. 196) y vivir allí, con los restantes maestros judíos de la ciudad, sin dificultades. Desde ese momento, y hasta el 135 Yamnia fue foco de animación y organización de la vida judía. Una de las tareas más importantes consistió en restablecer el canon judío de las Escrituras. Después del 70 se constituyó allí un sanedrín, puesto primeramente bajo la responsabilidad de Ben Zakkai. Este sobrevivió unos diez años a la destrucción del templo. Precisamente él, el de*sertor, pasará a la posteridad con aureola de santidad. La ve*neración de las siguientes generaciones hacia su persona y obra se expresa en la siguiente frase de la Misná: «Al morir Rabbí Johanán ben Zakkai se extinguió el resplandor de la sabiduría.»

[28] Cf. Pelletier II, 197-198.

# CUARTA PARTE

# *LA SINAGOGA*

## CONDICIONES NEGATIVAS DE UN NUEVO ESPACIO JUDIO

## INSTAURACION DE UNA SINAGOGA UNIVERSAL

CAPITULO PRIMERO

# *CONDICIONES NEGATIVAS DE UN NUEVO ESPACIO JUDIO*

Con la ruina del templo había muerto también la estructura central sobre la que reposaba el Estado judío y, paralelamente, la diáspora. Sin templo ya no había Estado judío y sin Estado judío más o menos independiente tampoco era posible la diáspora. Había sonado, pues, de nuevo la hora del exilio para la nación judía. Pero este exilio nunca se declaró como tal. Al contrario, los judíos organizaron su vida, en principio, sobre bases positivas. Más allá de sus fronteras rotas y aun a través de ellas, las severas medidas impuestas por los vencedores ampliarán y soldarán los vínculos judíos en la desgracia y la privación. A principios del siglo II, otras dos desastrosas guerras contra Roma ahondarán más el espacio en que se trazará y construirá luego su propio universo. Pero esta vez no estará en relación directa con un imprescindible territorio nacional, puesto que se tratará exclusivamente de una *comunidad*[1] que es preciso estructurar y de una *doctrina*[2] que debe ser codificada. Además, la historia política de los judíos se relacionará en lo sucesivo con la historia social de una religión con la que se identificaron: el *judaísmo*.

## EL IMPUESTO JUDIO UNIVERSAL

Poco tiempo después del desastre nacional, hacia el 71-72, Vespasiano adoptó una medida general respecto a los judíos cualesquiera que fuesen, que pretendía expresar que, donde quiera que se encontrasen, todos eran verdaderos «exiliados». Nos referimos al *fiscus judaicus* («impuesto fiscal judío»). Veamos lo que escribe Josefo: «(Vespasiano) impuso a todos los judíos, fuere cual fuese su residencia, un tributo anual de dos

[1] Llamada también la «Sinagoga».
[2] Es decir, la *Torá*.

dracmas por persona, a depositar en el Capitolio, lo mismo que antes era llevado al templo» (*Bell* 7,218)

Se trataba de un impuesto personal que cada cual debia pagar al emperador como castigo fiscal por la rebelion Pero su objetivo principal era financiar la reconstruccion del templo romano de Jupiter Capitolino, destruido por las llamas en el ano 69 Completamente vencida, la nacion debia soportar ese gasto *En virtud de la derrota, todos los judios eran solidarios* tanto si pertenecian a Palestina, es decir, directamente implicados en el conflicto, como si eran miembros de la diaspora

El *fiscus* se denomino primeramente *denarii duo judeorum* («los dos denarios de los judios») En lo que se refiere a Egipto, hay abundante documentacion Existen papiros[3] y numerosos óstraka descubiertos en Edfou, en el Alto Egipto[4] Segun dichos documentos, hombres y mujeres, ancianos o ninos (de tres a sesenta y dos años) estaban obligados a el Las colectas se llevaron a cabo con extremada dureza, sobre todo bajo Domiciano (81-96) La literatura talmudica esta plagada de lamentos, eco de la severidad de las tasas fiscales sobre la «Tierra de Israel» durante el periodo romano Hasta los esclavos (cosa sin precedentes) y, en ocasiones, los apostatas, tenian obligacion de pagarlo, verificandose sin pudor alguno la circuncision por los recaudadores de impuestos Con este motivo se produjeron muchos excesos, hasta el punto de que Nerva (96-98), sucesor de Domiciano, derogo esa practica degradante El asunto fue conmemorado mediante la emision de una moneda especial que llevaba la siguiente leyenda *fisci judaici calumnia sublata* («eliminada la verguenza del impuesto fiscal judio») Pero la condena de los excesos no impidio que el impuesto continuara en vigor

El *fiscus* constituyo una importante fuente de ingresos Solamente en Egipto parece haber proporcionado unos ocho millones de dracmas al ano Se responsabilizaba de la recaudacion un alto funcionario romano, el *procurator ad capitularia judeorum* («procurador para la capitacion de los judios») No se sabe a ciencia cierta hasta cuando estuvo en vigor la medida Un papiro de una ciudad del Fayum confirma su vigencia en el 146 o 168 (Tcherikover, *Corpus* III, 17 18) Segun el testimonio de Origenes (*Ad africanum* 14), se aplicaba todavia

[3] Cf Tcherikover *Corpus* III nums 421 y 460

[4] *Ibid* II 110 136

durante la primera mitad del siglo III Algunos creen que lo abolio Juliano el Apostata (361-363)

El *fiscus judaicus* venia a ser el forzado relevo del impuesto del «medio siclo» (cf pp 160-161) que cada judío pagaba anual y voluntariamente al templo Pues bien, a esta carga se anadian otras, sobre todo la *laographia* instituida por Augusto (cf paginas 116s) Era una carga excesivamente onerosa para las familias con varios hijos, ancianos y esclavos Por eso, segun los ostraka de Edfou muchos hogares judios tenian pocos hijos o ninguno Fue esa una razon suplementaria de la despoblacion de la comunidad judia Con dichas medidas fiscales, los judios, especialmente los de Egipto se encontraban doblemente castigados la *laographia* les habia asimilado a los egipcios en inferioridad con los griegos Ahora la discriminacion era absoluta, puesto que solo ellos quedaban afectados De hecho el *fiscus* era una forma terrible de «marcar» al judio en la sociedad, economica y moralmente Se le reducia a la miseria y encima se le obligaba a viva fuerza a entregar al culto pagano de los vencedores la suma que antes ofrecia al santuario de Jerusalen Despues de la destruccion del templo que la habia dado sentido quedaba dolorosamente declarado, en forma de disposicion legal el fin de la diaspora En todo el mundo (romano) el judio era un «extranjero», un «exilado» que debia pagar al emperador el alquiler de su tierra A pesar de todo, no se prohibio que los judios vivieran segun las leyes de sus antepasados y practicaran su religion como se desprende de la actitud de Tito con los ciudadanos de Antioquia (cf p 140)

El *fiscus judaicus* no fue en la historia de los judios unico en su genero Posteriormente se adoptaron otras medidas similares El ejemplo mas sorprendente sera en plena Edad Media el *Guldenpfennig* o *Opferpfennig* Se trata de un impuesto decretado en 1342 por el emperador del Sacro Imperio Romano Germanico Luis IV de Baviera Todo judio que hubiera cumplido los doce anos y poseyera veinte guldens debia pagar un gulden al ano «para ser mejor protegido» Al igual que en tiempos de Vespasiano este impuesto se debia a una urgente necesidad financiera Los cronistas cristianos lo justificaron a posteriori alegando que dicho emperador sucesor legitimo de los emperadores romanos era el beneficiario del derecho al impuesto tradicional que los judios pagaban tras la destruccion del templo Para acentuar moralmente el caracter oneroso de dicho impuesto llamado *donatio* por la chancilleria se llevo la ironia hasta el extremo de recaudarlo el dia de Navidad

La solidaridad de todos los judíos del mundo romano se iba a poner nuevamente de manifiesto a través de un movimiento de gran envergadura. Al contrario que el *fiscus judaicus*, impuesto por la autoridad imperial, la iniciativa partió esta vez de los judíos. Se trata de una rebelión generalizada, cuyo desenlace reduplicará las anteriores penalidades de la nación judía. Se produjo a finales del reinado de Trajano (98-117), hacia el 115-177[5]. Disponemos, como fuentes, de algunos papiros (Cf. Tcherikover, *Corpus*, n. 435-450), y de los testimonios de Dión Casio (LXVIII, 32) y Eusebio de Cesarea *(Historia Eclesiástica* IV, 2)[6].

Como en los precedentes conflictos en que los judíos se vieron envueltos, en Egipto en el 41 y en Palestina en el 66, se originó con una violenta embestida de éstos contra los ciudadanos griegos de la localidad. Cuando intervino Roma para restablecer el orden, se convirtió en una auténtica guerra. Esta vez la revuelta fue contagiosa. Los judíos de Cirene y de Egipto, tanto de Alejandría como de la *chora*, de Mesopotamia y, en menor grado, de Palestina intervinieron en ella. Parece ser que los instigadores fueron los judíos de Cirene. En el 115, la conquista de Mesopotamia movilizaba a Trajano y sus tropas, con lo que quedaba libre el terreno en el otro extremo del imperio para esos «anti-pogroms»[7]. El jefe de los sediciosos, como había ocurrido en Palestina y otros lugares desde la muerte de Herodes hasta el 70[8], adoptó el título de «rey», lo cual significaba al menos un deseo popular de «liberación».

A juzgar por las fuentes, en especial las arqueológicas, muy numerosas en el caso de Cirene, el desenfreno de los judíos fue ilimitado. Numerosos templos fueron deteriorados o destruidos. Sabemos por una inscripción que Trajano envió a dicho lugar tres mil veteranos con el fin de que repoblasen la ciudad arrasada. Egipto, desde el Delta a la Tebaida, se vio también involucrado en la insurrección, que se prolongó a lo largo de tres años, desde el 115 al 117. No se pudo aplastar hasta el primer año del reinado de Adriano (117-138). Según

[5] Smallwood, *The Jews*, 389-427; Schürer I, 529-534; Neusner, *The Jews*, 76-79. En H. H. Ben Sasson, *Geschichte des judischen Volkes* I (Munich 1978) 455, puede verse un mapa geográfico que describe el despliegue de la rebelión.

[6] Leer el texto que se cita en la nota complementaria de p. 69.

[7] Applebaum, JJS 2 (1951) 177-186, y *op. cit.* en p. 148.

[8] Cf. Tcherikover, *Corpus* I, 90 y Paul, IB III/1, 208.

los papiros, los judíos fueron sumamente violentos, entregándose a muchas atrocidades. Destruyeron templos egipcios y, por vez primera, fueron calificados de «impíos» *(anosioi)*. Cuando Trajano se aproximó a Ctesifonte, capital del Imperio parto, los judíos se rebelaron a su espalda. El romano tomó muy en serio esta rebelión en las fronteras extremas de su imperio y la hizo reprimir con gran ferocidad por el príncipe mauritano Lucio Quieto, uno de los generales de su ejército.

Esta guerra extendió al conjunto del mundo judío los estragos de la rebelión palestina del 66-70. Fue detenida y reprimida en todos sus focos, siempre con la mayor severidad, por las tropas romanas. Sus causas fueron, en parte, de orden económico.

Efectivamente, el sistema romano de ocupación deterioró mucho el nivel de vida de los judíos. Pesados impuestos *(laographia* y *ficus judaicus)* habían contribuido a agravar pesadamente la situación de estos últimos. Es comprensible, pues, que echaran la culpa principalmente a la fuerza opresora que constituía para ellos en cada ciudad el grupo de ciudadanos griegos y hasta algunos autóctonos privilegiados.

Además, después del 70 no existía línea alguna de demarcación entre judíos de Palestina y otras regiones. Si una parte de la nación judía se encontraba en los territorios controlados por los partos, las compañías romanas tendían a ampliar hasta esas lejanas tierras las fronteras del imperio. No hay que olvidar tampoco el sentimiento, más o menos latente, de revancha militar. Parece indicarlo la presencia de un «rey» al comienzo del movimiento.

Entre los dos momentos particularmente desdichados que vivió Judea —la gran decepción que siguió a la dura guerra del 66-70 y más tarde el triste desenlace de la intervención armada de Bar Kokba en el 135— este asalto (o sobresalto) universalizado manifestaba la asombrosa cohesión de la comunidad internacional judía. Apenas había ya fronteras para ella, ni geográficas ni políticas ni culturales. Sólo quedaba la sistemática separación social que la designaba y marcaba en todas partes como un grupo distinto y «castigado».

## VACIO JUDIO EN EGIPTO Y PALESTINA

El judaísmo de Egipto fue prácticamente aniquilado con-

secuencia de la guerra del 115-117[9] El silencio de los papiros, entre otros indicios, revela que apenas hubo vida en la *chora* hasta finales del siglo III La comunidad de Alejandria, por su parte, perdio toda su importancia su gran sinagoga fue destruida, su tribunal probablemente clausurado y su *gerousia* disuelta Habia terminado la gran aventura de los judios egipcios, tanto tiempo a la cabeza de los judios del mundo entero Culturalmente, sera Filon el último testigo, aunque equivoco Se hundio muy pronto en el olvido y sus obras fueron objeto de una especie de ocultamiento de cara a los cristianos, que seran quienes las recuperen[10] Desde el punto de vista politico, la rebelion del 115-117 fue como el estertor que precede a la agonia Los supervivientes disponian de una doble alternativa o bien integrarse lisa y llanamente en la sociedad egipcia o volver, con mayor o menor resignacion, a la tradicion de sus antepasados Muchos de ellos optaron por lo primero Ese fue el destino de los judios que vivian en pueblos o ciudades pequeñas Los demas se esforzaron en volver a encontrar, en su autentica pureza, la etica nacional de sus antepasados cambiaron los nombres griegos por sus equivalentes hebreos y resucitaron el hebreo como lengua hablada En resumidas cuentas, cualquiera que fuese su eleccion, los judíos de Egipto rompieron con su historia anterior y adoptaron un aspecto que los orientaba ya hacia el judaismo medieval

A partir del periodo bizantino e incluso desde el año 300, se oye hablar de nuevo de comunidades judias en Egipto Los papiros mencionan campesinos y comerciantes Y sabemos que el hebreo reemplazo al griego en las sinagogas Pero el desarrollo del cristianismo sobre las cenizas del judaismo de Alejandria, del que en parte era heredero, obstaculizo la vigorosa rehabilitacion de la vida judia Hasta la dominacion arabe, a partir del 641-642, la comunidad judia de Egipto no experimentara un impulso renovador, pero no podra compararse con el que tuvo durante el reinado de los Tolomeos

En Palestina, la fatidica rebelión de Bar Kokba (cf p 64) produjo el vacio social de la vida judia La antigua ciudad de Jerusalen habia recibido, a la par que su nombre latino *(Colonia Aelia Capitolina)*, la estructura de una colonia romana, que

[9] Cf EJ 6 490 491 (bibliografia 503) Tcherikover JJS 14 cit 31 32

[10] Cf A Paul *Los escritos judios en tiempos de Jesus* tomo 7 de esta Introduccion

conservará largo tiempo A partir del siglo II, y sobre todo del III, la influencia de la presencia cristiana fue haciendose mas sensible cada vez y pasó a ser dominante y oficializada como tal, cuando el emperador Constantino se adueño, en el 324, de Palestina Constantino renovó la prohibicion de entrar en Jerusalén que pesaba sobre los judios, a excepcion, no obstante, del día noveno del mes de Ab (quinto del año), dia de lamentación, considerado tradicionalmente como el de la destruccion del templo

La antigua capital judia se consolidó como una gran metropoli cristiana, con obispos de renombre como Cirilo (350-386) Las peregrinaciones hacian confluir alli numerosos grupos de cristianos de todos los países de Bretaña o la Galia al oeste, de Etiopia al sur o de la India al este Si dejamos de lado el frustrado intento de reconstruir el templo de Jerusalen a cargo de Juliano el Apóstata (361-363), sólo después de la conquista árabe volverá a instalarse una autentica comunidad judia en Jerusalén

En un momento indeterminado, pero probablemente poco despues de la destruccion del templo, los judios instauraron la costumbre de «lamentarse» por Jerusalen (Sion) y su santuario[11] De esta costumbre nacio una cofradia de ascetas que se llamaron los «afligidos de Sion» (en hebreo, *abele Ziyon,* formula extraida de Is 61,3) Se habla de ellos en dos pasajes del Talmud En el primero (*Baba Batra* 60b), se discute del duelo por Sion asi como del ayuno voluntario de carne y vino tras la destruccion del templo En el segundo (*Baba Kamma* 59b), mas tardio pero mas explicito, se relata que un hombre fue arrojado a la carcel por los cortesanos del exilarca, a causa de haberse declarado «afiligido de Sion» Ambos pasajes constituyen testimonios formales de la existencia de un grupo considerado heterodoxo y hasta ilegal por las autoridades judias en la epoca talmudica, es decir, a partir de los siglos IV o III e inclusive antes Resulta curioso que en los siglos IX y X los caraitas judios disidentes llegados de Persia e Irak, estuvieran ligados al mismo ideal piadoso «volvian» a vivir en Jerusalen proclamando que eran «afligidos de Sion»[12] Disponemos de otros testimonios que muestran como dicho movimiento, mas o menos marginal o sospechoso, se convirtio en una verdadera institucion En el siglo IX, un judio italiano hizo tres peregrinaciones a Jerusalen y en cada una de ellas llevo regalos a los «afligidos de Sion» Y en el siglo XII, el gran viajero judio Benjamin de Tudela encontro a un grupo casi monastico de «afligidos de Sion» en Arabia del sur e incluso en Alemania

[11] Cf Bogaert SC 144 135 142

[12] Cf A Paul *Qaraïtes* 120 121

CAPITULO II

# *INSTAURACION DE UNA SINAGOGA UNIVERSAL*

Los judíos de Egipto y de Palestina, es decir, los dos grupos política y socialmente más estructurados al final de la historia del Segundo Templo, experimentaron consiguientemente un declive y un vacío idénticos y simultáneos, a la espera de resurgir, también a la par, con la ocupación árabe. La comunidad judía de Babilonia[1], por el contrario, estuvo alejada de los problemas políticos y los conflictos armados. La transformación de las condiciones sociales que trajo consigo la venida de los romanos apenas le hizo mella. La guerra contra Trajano fue una excepción, que no la afectó más que en parte, como momentáneo fue el grave «pogrom» de Seleucía, a raíz de las extravagancias de Asineo y Anileo (cf. p. 126). Esa continuidad pacífica engendró una situación de calma, cuyo signo institucionalizado vino a ser la persistencia de la *era de los Seléucidas* bastantes siglos después de la destrucción del templo.

Según se aplique el cómputo macedonio o babilonio, la *era seléucida* comenzó el 7 de diciembre del 312 o el 3 de abril del 311 a.C. Dicha era fue ampliamente adoptada incluso por las mismas comunidades judías. La de Babilonia siguió utilizándola ininterrumpidamente bajo la dominación de los partos (141 a.C.-226) y luego de los sasánidas (229-651), incluso más allá de la conquista árabe. En este punto no imitó a sus hermanos palestinos, quienes destacaron algunos acontecimientos nacionales abriendo una nueva era, casi siempre de corta duración: así procedió el jefe asmoneo Simón en el 143-142 a.C.; luego los resistentes de la guerra del 66-70 con la era de «la redención de

[1] Puede admitirse la siguiente definición de Babilonia en la época a que nos referimos: «Es la inmensa llanura fluvial que se extiende desde el grado 34 de latitud norte, unos kilómetros río arriba de Bagdad, hasta el Golfo Pérsico al sur, y que comprende dentro de la zona todo el territorio que media entre el Eufrates y el Tigris. Cabe añadir también la región occidental del Eufrates, hasta las montañas de la frontera persa» (J. Obermeyer, *Die Landschaft Babylonien in Zeitalter des Tkalmuds und des Gaonats* (Francfort 1929) 72.

Sión», o los de la rebelión de Bar Kokba con la era de la «liberación de Israel»[2].

Los judíos de Babilonia tomaron progresivamente conciencia de que la era seléucida no tenía para ellos significado histórico ni político alguno. Llegó un día en que la reemplazaron por la era «de la creación del mundo» *(ab creatione mundi)*, que es la era actualmente en vigor para todos los judíos. El empleo de la era del *anno mundi* comenzó a extenderse en los siglos VIII-IX (según atestiguan algunas tumbas judías de Italia) y se impuso a partir del siglo XI. En el XII hay unanimidad en admitir su comienzo en el 3761 a.C., presunta fecha de la creación del mundo. Este guarismo resultaba de cálculos establecidos con datos cronológicos de la Biblia y otras cifras extraídas de la literatura judía extrabíblica. El primer escrito judío sobre cronología que establece la «era de la creación del mundo» es el *Seder Olam* («El orden del mundo» o «Crónica universal») atribuida a un rabino del siglo II[3].

## ORGANIZACION JERARQUICA

Merced a su alejamiento de los focos conflictivos y lugares de combate, el grupo de judíos de Babilonia se desarrolló favorablemente y se organizó en forma asombrosamente concertada. Tras el hundimiento de los judíos de Egipto y Palestina, fue capaz de asumir el liderazgo no sólo de la comunidad oriental, sino también de casi todo el conjunto de la nación judía.

Desde el siglo III, los judíos de Babilonia estuvieron dirigidos por una especie de magisterio, cuya autoridad desbordó rápidamente las fronteras locales. En la cúspide se encontraba el exilarca[4] o «jefe del exilio» (en hebreo, *resh haggalut* y en arameo *resh galuta*). Durante largo tiempo residió en la ciudad académica de Sura y luego se estableció en Bagdad, joven capital abasida. El primero cuyo nombre conocemos fue Nahún, que asumió el cargo hasta el año 170. Sin embargo, parece que la instauración de la función coincidió con la actividad represiva de Adriano (134-135). Los judíos de Babilonia quedaron entonces privados de toda dirección e incluso de toda referen-

[2] Según las leyendas que aparecen en las monedas: cf. Schürer I, p. 605-606.

[3] Cf. A. Paul, *Los escritos judíos en tiempos de Jesús*, tomo 7 de esta Introducción.

[4] EJ 6, 1023-1034; A. Paul, *Qaraïtes*, p. 46; Neusner, *The Jews*, p.53.

cia palestina, viéndose obligados a buscar entre ellos una autoridad significativa. De ahí parece haberse originado una institución que, modesta en sus inicios, no dejará de organizarse, hasta convertirse en una prestigiosa e incluso poderosa institución.

Antes de la conquista árabe, bajo los Sasánidas, el exilarca fue un personaje importante, una especie de papa de la «Sinagoga universal». Considerado con frecuencia como un personaje providencial y carismático, se le dio, en ocasiones, el título de «rey». Se le aplicaron las profecías de Gn 49,10 y 2 Sm 7,16, y se le vinculó genealógicamente a la estirpe de David[5]. Su cargo era, por consiguiente, hereditario. Las relaciones con las autoridades políticas, primero persas y luego árabes, fueron en general excelentes. Por lo demás, el exilarca se instaló cerca del califa, desde que Bagdad (fundada en el 762) se convirtió en prestigiosa capital del Imperio árabe. Hasta el siglo XIII no hubo más que raras y cortas interrupciones en la cadena de los exilarcas. El último de nombre conocido es Samuel ben David (1240-1270). Bajo su reinado, en 1258, Bagdad cayó en manos de los tártaros, quienes trataron a los judíos con indulgencia. Parece que la institución se mantuvo a trancas y barrancas hasta la nueva toma de Bagdad en 1393 en la que desapareció de la ciudad, al igual que toda vida judía organizada. ¡Había durado doce siglos!

El exilarca era el juez supremo de los judíos babilonios, responsable de la seguridad y buena conducta de sus subordinados. Designaba a los jueces e incluso deducía impuestos. Cuando éstos se desarrollaron, controló las actividades comerciales de los judíos. En varios países nombraba a los rabinos y demás funcionarios al servicio de las comunidades locales. Responsable de la sinagoga de Babilonia, su jurisdicción de hecho, si es que no sus pretensiones, se extendía a todos los territorios del Oriente Medio, Palestina, Egipto, Africa y España, donde vivían los judíos.

## CENTRALISMO ACADEMICO

Junto al exilarca, en calidad de responsables de la comunidad judía, se encontraban los «excelentes» (en hebreo, *Geo-*

[5] Cf. EJ 7, 382 (artículo «Genealogy»). En EJ 6, 1024 y 1026 se encuentra un cuadro cronológico de los efilarcas.

*nim*). Se trata de dos personalidades que presidieron las Academias judías de Irak, en Sura y Pumbadita, desde finales del siglo VI al IX (y luego en Bagdad desde el 1070 al 1288)[6]. La época «gaónica» es, en la historia judía, un espisodio oficial que sigue a la «época talmúdica», lo cual indica la influencia y el impacto de las generaciones de *Geonim*. El reclutamiento de los excelentes era simi-hereditario, dentro de un restringido círculo de familias. Su nombramiento lo ratificaba luego el exilarca. «En la comunidad judía desempeñaban los *Geonim* funciones muy importantes y precisas... Eran dos personajes que, además de la dirección de una casa de estudios donde colaboraban maestros y discípulos, poseían una autoridad que a veces se aproximaba e incluso hacía la competencia a la del exilarca. Al igual que éste, recababan impuestos que les permitiera cubrir sus gastos. Nombraban también en los cantones funcionarios que dependían de su jurisdicción y que en algunas épocas podían extenderse a Palestina, Africa e incluso España»[7].

El cargo de los *Geonim* se apoyaba en el gran centralismo con el que se llevaba a cabo la animación y regulación de los judíos de Babilonia y de la comunidad judía casi en su totalidad. Las Academias[8], en las que se enseñó durante mucho tiempo en arameo o hebreo y después en árabe (escrito al principio con caracteres arameos), eran frecuentadas por judíos que venían seguramente de Irak y Persia, incluso de países tan alejados como España, pasando por Palestina, Egipto y Africa. Aquel que deseaba adquirir grado académico, para ocupar un puesto elevado en la enseñanza oficial, precisaba acudir a esos maestros, únicos habilitados para estampar un sello legal auténtico[9]. El verdadero Talmud, por otra parte, fue siempre el de Babilonia, que llegó a suplantar al Talmud de Palestina (llamado «de Jerusalén») hasta en su propia patria, lo que da a entender la amplitud ideológica y moral del poder centralizado de los judíos de Babilonia desde el siglo II.

Como en los últimos decenios que precedieron a la guerra palestina del 66-70, la época talmúdica (s. III-V) y el período gaónico (s. VII-XI) conocieron también extraños y fanáticos lí-

[6] Cf. la lista cronológica de los *Geonim* en EJ 7, 319-322.
[7] A. Paul, *Qaraïtes*, 48.
[8] Cf. D. M. Goodblatt, *Rabbinic instruction in Sasanian Babylonia* (Leyde 1975).
[9] Resulta inevitable evocar a la Iglesia romana, que todavía hoy sólo concede en Roma grados en ciencias bíblicas.

deres, seductores de masas a las que arrastraban a la muerte. Más de una vez, en efecto, movimientos armados, más o menos disidentes, aunque casi siempre esporádicos, movilizaron a las masas populares judías[10]. Estas vivían alejadas de los focos intelectuales y administrativos. El Talmud les resultaba inaccesible y abrumador. Sabemos que desde el siglo II el pueblo inculto manifestaba su animadversión hacia los rabinos y su casuística, lo que ocurría también en la época gaónica. Las prestigiosas academias de Babilonia sólo atraían a una élite reclutada entre las capas más desahogadas de la sociedad urbana. Además, los judíos de distintas comunidades, sobre todo los de Palestina, tendían a conservar cierta autonomía y a mantener sus propias tradiciones. Las situaciones sociales y económicas particulares, por lo demás, hacían incómodo ajustarse a las reglas unitarias del estado-mayor babilonio.

En este contexto se incubaron y estallaron luego varias rebeliones contra los ocupantes del país, sasánidas primero y árabes después. Casi todas nacieron en la llanura iraní, cuyos jefes estaban reclutados, en su mayoría, entre los judíos persas, que todavían conservaban tras la conquista árabe tribus medio independientes de pastores avezados al manejo de las armas. Las más importantes oleadas de rebelión se manifestaron en el siglo VII. Una de las primeras hay que situarla entre el 643 y el 648, años antes de que Persia fuera completamente dominada por los árabes (651). Siguió otra a continuación, a finales del siglo VII, siendo ya los musulmanes dueños de todo el territorio: fue la aventura del famoso Abu 'Isa. Este agitador preparó una acción militar contra el invasor, reuniendo un auténtico ejército. Será derrotado y muerto, pero sus discípulos sobrevivientes lo considerarán eternamente vivo. Uno de éstos, Yudgan, recogerá la antorcha al frente de las masas populares a principios del siglo VIII. Como Bar Kokba en Judea en el 132-135, fue declarado «Mesías» por sus partidarios. En el 938, un pequeño grupo de yudganitas vivía aún en Ispahan.

[10] Cf. A. Paul, *Qaraïtes*, 49-52.

CAPITULO III

# *CONCLUSION FINAL*

## UN NUEVO EQUILIBRIO NACIONAL

El templo de Jerusalén era el necesario núcleo de un sistema político coherente, que acabó de derrumbarse en el año 70. Sobre las ruinas de este sistema se establecieron y reafirmaron decisivamente una comunidad y una doctrina, es decir, la «Sinagoga» y la «Torá». Pero esto no implicó, a pesar de todo, una fundación desde la raíz. Es cierto que la desaparición del templo, con todo lo que posibilitaba y significaba política, económica y simbólicamente, produjo un corte total e irreparable en no pocos planos hasta entonces esenciales. Pero la nueva organización, en lo que tenía de original y distinto, se apoyó en dos fundamentos seguros que estaban a su disposición: 1) en la misma tierra nacional, «resto» de supervivientes, cuya función sería determinante; 2) en una «dispersión» pacífica, serena y atenta, sobre todo en Babilonia.

1. Tras la caída de Jerusalén en el año 70 y la destrucción de cuanto quedaba del Estado nacional judío, el judaísmo se reorganizó como comunidad y como religión. Un equipo de brillantes fariseos la definió y codificó enseguida. Se trataba de «laicos» institucional y espiritualmente, reunidos en Yamnia en torno a eminentes maestros, entre los que se encontraba el célebre Johanán ben Zakkai, quien, al parecer, fue al principio el principal responsable. Inmediatamente después apareció una sólida institución, que desplegó su esfuerzo en una especie de precoz magisterio. La tarea fue doble.

Había que asegurar y verificar en primer término las condiciones de funcionamiento de la vida judía, y para ello era preciso reunir cuantos valores, tradiciones y leyes subsistían. Antes que nada importaba consitituir un medio que reemplazara de manera adecuada, es decir, globalmente, al templo desaparecido. Ese sucedáneo tomó el nombre de *Torá*[1].

[1] *Torá* es una palabra hebrea que significa literalmente «doctrina», pero que corrientemente se traduce por «ley». Es central en la religión judía. La

Por otra parte y de manera simultánea era preciso situar y defender los cánones de esta religión sin templo ni Estado, frente al joven cristianismo, movimiento disidente que se anunciaba tanto más vigoroso y competitivo cuanto que se encarrilaba por los mismos senderos para manejar similares ausencias. En ambas comunidades, generaciones de jefes espirituales, de autoridad y renombre excepcionales, llevarán las riendas. Por parte de los judíos estuvieron los *rabinos*[2]. Se habla habitualmente de «judaismo rabínico» para designar la religión y doctrina posteriores al año 70.

2. Los judíos de Babilionia habían permanecido ajenos a las luchas de sus hermanos de Palestina, que apenas habían hecho mella en ellos. Además, durante diez siglos se convirtieron en los representantes privilegiados de casi toda la comunidad judía, amén de alzarse con el liderazgo. Un fuerte movimiento centralista se produjo enseguida entre ellos, probablemente desde finales del siglo II. El Talmud, espléndido monumento que representó y continúa representando la verdadera «tradición» para todo judío, fue un producto de los judíos babilonios entre los siglos III y V.

Durante este período y el que siguió a continuación, la comunidad judía o Sinagoga, con sus exilarcas y «geonim», se enfrentó admirablemente a la comunidad cristiana o Iglesia. Y ello hasta en el pluralismo, es decir, en las desviaciones que por una y otra parte acompañaron favorablemente al proceso centralizador[3].

enseñanza oficial salida de Yamnia distinguió más tarde (finales del II o III siglo) la *Torá escrita* —en sentido estricto el Pentateuco, pero en sentido más amplio el canon de las escrituras tal y como se definió— y la *Torá oral*, es decir, el conjunto de las tradiciones fijadas sobre todo en la Misná. Ambas se consideraban reveladas por Dios a Moisés en el Sinaí (Se encontrarán más amplias anotaciones en A. Paul. *Los escritos judíos en tiempos de Jesús*, tomo 7 de esta Instroducción).

[2] *Rabino* procede del arameo *rabbi*, «mi maestro». Todavía hoy el rabino es el responsable espiritual de una comunidad judía. No es sacerdote, sino animador que guía e instruye. En el umbral de la era cristiana, y más tarde todavía, era un maestro habitualmente reconocido, es decir, un jefe de escuela. Su tarea consistía en tener numerosos discípulos, enseñar y comentar la Torá (cf. A Paul, libro citado en nota anterior).

[3] Cf. la obra de G. Stemberger, *Das klassische Judentum. Kultur und Geschichte der rabbinischen Zeit* (Munich 1979).

## HUELLAS INDELEBLES DE LA TIERRA PERDIDA

El advenimiento del judaismo rabínico, apoyado e impulsado por un «resto» de supervivivientes destacados, sorprende por la facilidad con que se produjo e impuso. Se llevó a efecto sobre el nuevo fundamento ideológico de un nacionalismo despolitizado, que tomó el relevo del antiguo nacionalismo político. De hecho, como en múltiples ocasiones se ha demostrado, «lo judío», tal y como se afirmaba ahora, se encontraba ya latente, gestándose desde largo tiempo atrás y mantenido como en reserva. Tras la ruptura del 70, sobrevino un despertar y una toma de conciencia colectiva, primero a nivel de un grupo de líderes y luego de la nación entera, pero no hubo improvisación. Es bien sabido que los judíos del territorio nacional no eran, en cierto modo, sino una parte de la inmensa y total diáspora. En las regiones «extranjeras» en las que habían florecido social y culturalmente, sobre todo en Egipto, experimentaron el mismo declive que en el país de sus mayores. La historia literaria, por su parte, precisará y confirmará ese hecho. También sabemos que los rechazos hiper-nacionalistas de los asmoneos y los resistentes contra Roma no hicieron otra cosa que acentuar e intensificar el proceso que condujo a la destrucción de los mismos fundamentos del Estado judío.

Pues bien, las persistentes luchas, internas o externas, que precedieron a la catástrofe del 70 y luego a la del 135, dejaron huellas indelebles. Lo que estaba en juego, en efecto, era el territorio nacional, inolvidable e imprescriptible y ello grababa hereditariamente en toda memoria judía una huella que nada ni nadie podría borrar. Sin embargo, la oposición entre los nombres de «Palestina» y «Tierra de Israel» (cf. p. 94) significaba de por sí la permanencia, por lo menos simbólica, de un combate que las mismas armas habían mantenido abierto durante siglos. Dichas huellas determinarán, hasta en sus contradicciones y excesos, las fuerzas motrices de la posterior historia judía. De este modo, tras condenar con extrema severidad la guerra de los judíos contra Roma e instalarse en calidad de cortesano en libertad en el mundillo romano de los Flavios, el historiador judío Josefo pone en boca de Balaán esta impresionante profecía unos veinte años después del desastre del 70:

> «Este pueblo —dijo (Balaán)— es dichoso, porque Dios puso en sus manos innumerables bienes y le otorga su providencia *(pronoia)* como aliada y guía para siempre. No existe en verdad

> raza humana a la que no aventajeis a causa de vuestra virtud y el fervor con el que ejerceis las mas nobles ocupaciones Dejareis esta herencia a unos hijos aun mejores, ya que Dios solo tiene ojos para vosotros y os concede generosamente todo lo necesario para que seais el pueblo mas afortunado bajo el sol Asi, ocupareis el pais al que El mismo os envia Quedara sometido a vuestros hijos y su fama llenara tierra y mar Abasteceréis al mundo entero de habitantes salidos de vuestra raza Asombraos, pues, oh ejercito bianaventurado, de ser la gran progenie de un antepasado unico Pero solo unos pocos de vosotros dominarán la tierra cananea Sabed que el mundo entero se extiende ante vosotros como morada permanente La mayoria ireis a vivir tanto a las islas como al continente, mas numerosos incluso que las estrellas del cielo Pero por numerosos que seais, la divinidad no dejara de entregaros en abundancia los bienes mas variados durante la paz, y la victoria y el triunfo en la guerra Que los hijos de vuestros enemigos sientan deseos de luchar contra vosotros, que se enardezcan, tomen las armas y lleguen a las manos con vosotros Porque ninguno de ellos volvera triunfante ni a regocijarse con sus hijos y sus mujeres A ese grado de valor os elevara la providencia divina, que tiene poder para aminorar lo que excede y suplir lo que falta» (*Ant* 4,114-16)[4]

Otros ejemplos o referencias a las susodichas huellas pueden encontrarse en la literatura judia posterior a la caida del Segundo Templo Merece ser citado de forma especial, entre ellos, el siguiente

El Talmud de Babilonia contiene, en efecto, un relato muy interesante de la creación del hombre Se dice que el «polvo» con el que fue formado Adan «fue recogido en el mundo entero» Pero el origen del primer hombre va perdiendo su universalidad a medida que se desciende a los detalles de la creacion Efectivamente, el tronco de Adan procede —segun el texto— de la tierra de Babilonia, su cabeza de la «Tierra de Israel», sus órganos genitales de una comarca de la parte mas baja de Babilonia *(Akra Deagma))* Solo sus miembros proceden de los «demás países» (tratado *Sanhedrin* 38b) Dicho de otro modo, el origen del polvo del que el hombre ha surgido refleja la distribución geografica de la nacion judia con su territorio nacional como centro permanente Lo esencialmente vital cabeza, tronco y órganos genitales emana, en este orden jerarquico,

[4] Algunas lineas de esta abundante parafrasis de Nm 23 10 han sido citadas *supra*, p 153

de la tierra de Israel y luego de la gran tierra del exilio La homologia de este relato con el que acabamos de leer en Josefo es asombrosa[5]

EL HOMBRE JUDIO Y SU AUTENTICA GENEALOGIA

La definicion del *hombre judio,* basada en los analisis historicos, se articula a traves de una vigorosa paradoja

El hombre judio, es representante, por un lado, de una nacion que, despues del ano 70 y sobre todo del 135, fue despojada de todo «territorio nacional» propio Nacion, ademas, que en su mayor parte estaba establecida desde hacia siglos, y sin renegar en nada de sus bienes ancestrales, fuera de las tronteras de Judea Mas, por otra parte, el hombre judio lleva en si y sobre si, colectiva e individualmente, el sello cuasi sacramental de una tierra cuya particularidad estriba en ser historica y mitica En efecto, es el territorio perdido sobre el que antes se constituyo Israel y ademas el terreno virgen de donde se extrajo, en sus origenes, el polvo que se transformo en hombre El judio, de esta suerte, sera hombre de una «nacion», nunca miembro de una «iglesia» Quien dice iglesia, dice de hecho *jerarquia* y hasta jerarquia sacerdotal Pues bien, el judio es, desde el ano 70, exclusivamente hombre de una *genealogia* Es judio más por su genealogia, *genealogia nacional,* que por efecto de una jerarquia Los propios fundamentos de su genealogia son los que conserva con la huella indeleble de su tierra en su doble funcion historica y mitica Las condiciones de su jerarquia las perdio para siempre con su templo y sus sacerdotes

La Iglesia es jerarquica y no genealogica Toda su doctrina la manifiesta y justifica como tal No es una nacion Es mas y menos que una nacion, ya que no tiene ni sus limites ni sus raices Como nacion, la Sinagoga es, por su parte, mas y menos que una Iglesia, ya que no posee ni sus dogmas ni su estructura[6]

[5] Segun una antigua tradicion judia de inspiracion nacionalista que se encuentra desde el siglo *II* a C en el libro de los Jubileos y luego a traves del Targum del Pentateuco y la literatura de los Midrashim la lengua del primer hombre en el jardin del Eden era el hebreo «lengua del santuario» o «lengua santa» que hablan los angeles del servicio celestial (cf A Paul *op cit* )

[6] En *Los escritos judios en tiempos de Jesus* mostraremos que la Tora de los judios es tambien mas y menos que una *Biblia*

En síntesis: en la memoria judía la gran ruptura de los años 70 y 135 disoció la tierra, fundamento histórico y mítico de una genealogía «nacional», del templo, condición política y simbólica de una jerarquía «eclesial». El judaísmo ha sublimado la tierra perdida como su única señal sacramental y el cristianismo ha hecho del templo destruido su propia huella inmemorial[7].

[7] ¿No volvemos a encontrar la distinción entre *genealogía* y *jerarquía*, aunque en un plano distinto y en forma gravemente adulterada, en los dos términos nacidos en la segunda mitad del siglo XIX; «antisemitismo» y «anticlericalismo»?

## *1. Libros bíblicos*

Abd ...... Abdías
Ag ........ Ageo
Am ....... Amós
Ap ........ Apocalipsis
Bar ....... Baruc
Cant ..... Cantar de los Cantares
Col ....... Colosenses
1 Cor .... 1.ª Corintios
2 Cor .... 2.ª Corintios
1 Cr ...... 1.° Crónicas
2 Cr ...... 2.° Crónicas
Dn ........ Daniel
Dt ........ Deuteronomio
Ecl ....... Eclesiastés
Eclo ...... Eclesiástico
Ef ......... Efesios
Esd ....... Esdras
Est ....... Ester
Ex ........ Exodo
Ez ........ Ezequiel
Flm ....... Filemón
Flp ....... Filipenses
Gál ....... Gálatas
Gn ........ Génesis
Hab ...... Habacuc
Heb ...... Hebreos
Hch ...... Hechos
Is ......... Isaías
Jr ......... Jeremías
Job ....... Job
Jl .......... Joel
Jon ....... Jonás
Jos ........ Josué
Jn ......... Juan
1 Jn ...... 1.ª Juan
2 Jn ...... 2.ª Juan
3 Jn ...... 3.ª Juan
Jds ........ Judas
Jdt ........ Judit
Jue ....... Jueces
Lam ...... Lamentaciones
Lv ........ Levítico
Lc ........ Lucas
1 Mac .... 1.° Macabeos
2 Mac .... 2.° Macabeos
Mal ....... Malaquías
Mc ........ Marcos
Mt ........ Mateo
Miq ...... Miqueas
Nah ...... Nahún
Neh ...... Nehemías
Nm ....... Números
Os ........ Oseas
1 Pe ...... 1.ª Pedro
2 Pe ...... 2.ª Pedro
Prov ...... Proverbios
1 Re ...... 1.° Reyes
2 Re ...... 2.° Reyes
Rom ..... Romanos
Rut ....... Rut
Sab ....... Sabiduría
Sal ........ Salmos
1 Sm ..... 1.° Samuel
2 Sm ..... 2.° Samuel
Sant ...... Santiago
Sof ....... Sofonías
1 Tes ..... 1.ª Tesalonicenses
2 Tes ..... 2.ª Tesalonicenses
1 Tim .... 1.ª Timoteo
2 Tim .... 2.ª Timoteo
Tit ........ Tito
Tob ...... Tobías
Zac ....... Zacarías

2. *Revistas y series enciclopédicas*

| | |
|---|---|
| AB | *Anchor Bible* (Nueva York) |
| ASTI | «Annual of the Swedish Theological Institute» |
| BCE | «Bulletin du Comité des Etudes» (Compagnie de St-Sulpice) |
| DBS | *Dictionnaire de la Bible. Supplément* |
| EAE | *Encyclopaedia of Archaeological Excavations in the Holy Land* |
| EJ | *Encyclopaedia Judaica* (Jerusalén) |
| EU | *Encyclopaedia Universalis* |
| FGH | *Die Fragmente der griechischen Historiker* (Jacoby) |
| IDB | *The Interpreter's Dictionary of the Bible* |
| IEJ | «Israel Exploration Journal» |
| JBL | «Journal of Biblical Literature» |
| JEA | «Journal of Egyptian Archaelogy» |
| JJS | «Journal of Jewish Studies» |
| JQR | «Jewish Quarterly Review» |
| JSJ | «Journal of the Studies of Judaism» |
| JSS | «Journal of Semitic Studies» |
| JThS | «The Journal of Theological Studies» |
| LAPO | *Littératures Anciennes du Proche-Orient* (París) |
| NTS | «New Testament Studies» |
| OPA | *Œuvres de Philon d'Alexandrie* (París) |
| RB | «Revue Biblique» |
| REG | «Revue des Etudes Grecques» |
| REJ | «Revue des Etudes Juives» |
| RHR | «Revue d'Histoire des Religions» |
| RGG[3] | *Die Religion in Geschichte und Gegenwart,* 3.ª ed. |
| RSR | «Recherches de Science Religieuse» |
| RTL | «Revue Théologique de Louvain» |
| SC | *Sources Chrétiennes* (París) |
| SHi | «Scripta Hierosolymitana» |
| TWNT | *Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament* |
| ZDPV | «Zeitschrift des Deutschen Palästinavereins» |

3. *Obras diversas*

| | |
|---|---|
| Abel, *Géographie* II | F.M. Abel, *Géographie de la Palestine* II (París[3] 1967). |
| Abel, *Maccabées* | F.M. Abel, *Les livres des Maccabées* (París[2] 1949). |
| *Ant.* | Josefo, *Antigüedades judías.* |

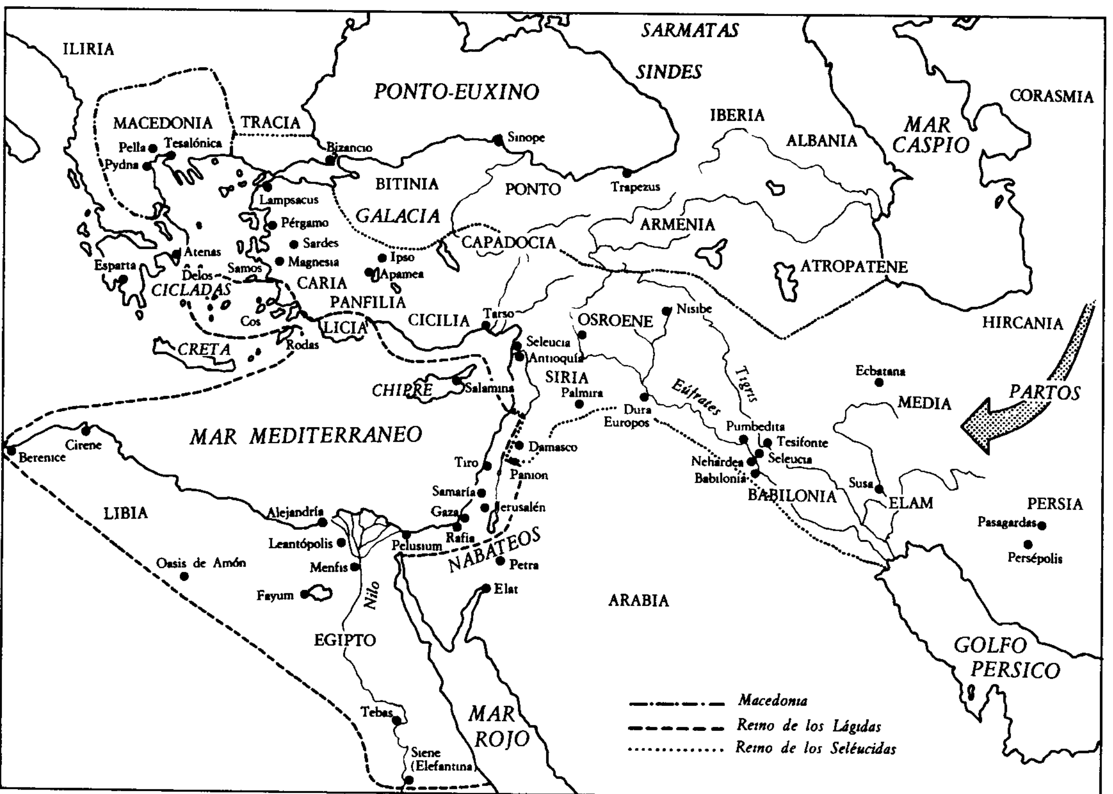
| | |
|---|---|
| *Apión* | Josefo, *Contra Apión.* |
| ANET | *Ancient Near Eastern Texts* |
| Baron, *Histoire* I et II | S.W. Baron, *Histoire d'Israël. Vie sociale et religieuse* I y II (París 1956-1957). |
| Bauer | *A Greek-English Lexicon of the New Testament* (Cambridge[4] 1952). |
| Briend-Seux, *Textes* | J. Briend et M. J. Seux, *Textes du Proche-Orient ancien et histoire d'Israël* (París 1977). |
| Bright, *History* | J. Bright, *A history of Israel* (Londres 1960; ed. española *La historia de Israel,* Bilbao 1970). |
| Charles, *Pseudepigrapha* | R. P. Charles, *The Apocrypha and Pseudepigrapha of the Old Testament,* 2 vols., Oxford 1913 (reimpr. 1963). |
| Charlesworth, *Pseudepigrapha* | J. H. Charlesworth, *The Pseudepigrapha and Modern Research* (Missoula 1976). |
| Deissmann, *Licht* | A. Deissmann, *Licht vom Osten. Das Neue Testament und die neuentdeckten Texte der hellenistisch-römischen Welt* (Tubinga 1923). |
| Frey, *Corpus* | J. B. Frey, *Corpus Inscriptionum Iudaicarum,* I y II (Roma 1936-1952). |
| *Bell.* | Josefo, *Guerra judía.* |
| HE | Eusebio, *Historia eclesiástica.* |
| Hengel, *Judentum* | M. Hengel, *Judentum und Hellenismus* (Tubinga, 1969); (trad. inglesa: *Judaism and Hellenism.* Filadelfia 1974). |
| Heyes-Miller | J. H. Heyes et J. M. Miller, *Israelite and Judaean History* (Londres 1977). |
| IB III/1 | *Introduction à la Bible. Nouveau Testament.* Vol. 1, *Au seuil de l'ère chrétienne* (París 1976). |

| | |
|---|---|
| Kasovsky, *Thesaurus* | C. Y. Kasovsky, *Thesaurus Mishnae. Concordantiae verborum...*, 4 vols (Jerusalén 1956-1960). |
| Kuhn, *Konkordanz* | K. G. Kuhn, *Konkordanz zu den Qumrantexten* (Gotinga 1960). |
| LXX | Biblia griega de los Setenta. |
| Liddel and Scott | *A Greek-English Lexicon* (Oxford 1966). |
| Marcus, *Josephus* | *Josephus*, 9 vols. (Londres 1926-1965). |
| *Mélanges Robert* | *Mélanges bibliques rédigés en l'honneur de André Robert* (París 1957). |
| *Mélanges Simon* | *Paganisme, Judaïsme, Christianisme. Influences et affrontements dans le monde antique. Mélanges offerts à Marcel Simon* (París 1978). |
| Momigliano, *Sagesses* | A. Momigliano, *Sagesses barbares. Les limites de l'hellénisation* (París 1979). |
| Neusner, *The Jews* | J. Neusner, *A History of the Jews in Babylonia*, I. *The Parthian Period* (Leiden 1969). |
| Paul, *Qaraïtes* | A. Paul, *Ecrits de Qumrân et sectes juives aux premiers siècles de l'Islam. Recherches sur l'origine du Qaraïsme* (París 1969). |
| Pelletier, *Guerre* I et II | A. Pelletier, *Josèphe. Guerre des Juifs*, t. I (libro I) et t. II (libros II y III) (París, «Les Belles Lettres», 1975-1980). |
| Perrot, *Jésus* | Ch. Perrot, *Jésus et l'histoire* (París 1980; ed. española: *Jesús y la historia*, Madrid, Ed. Cristiandad, 1982). |
| Préaux I et II | Cl. Préaux, *Le monde hellénistique*, I y II («Nouvelle Clio» n.º 6 y 6 bis; París 1978). |
| Reinach, *Textes* | *Textes d'auteurs grecs et romains relatifs au judaïsme* (París 1895; reimpr. Hildesheim 1963). |

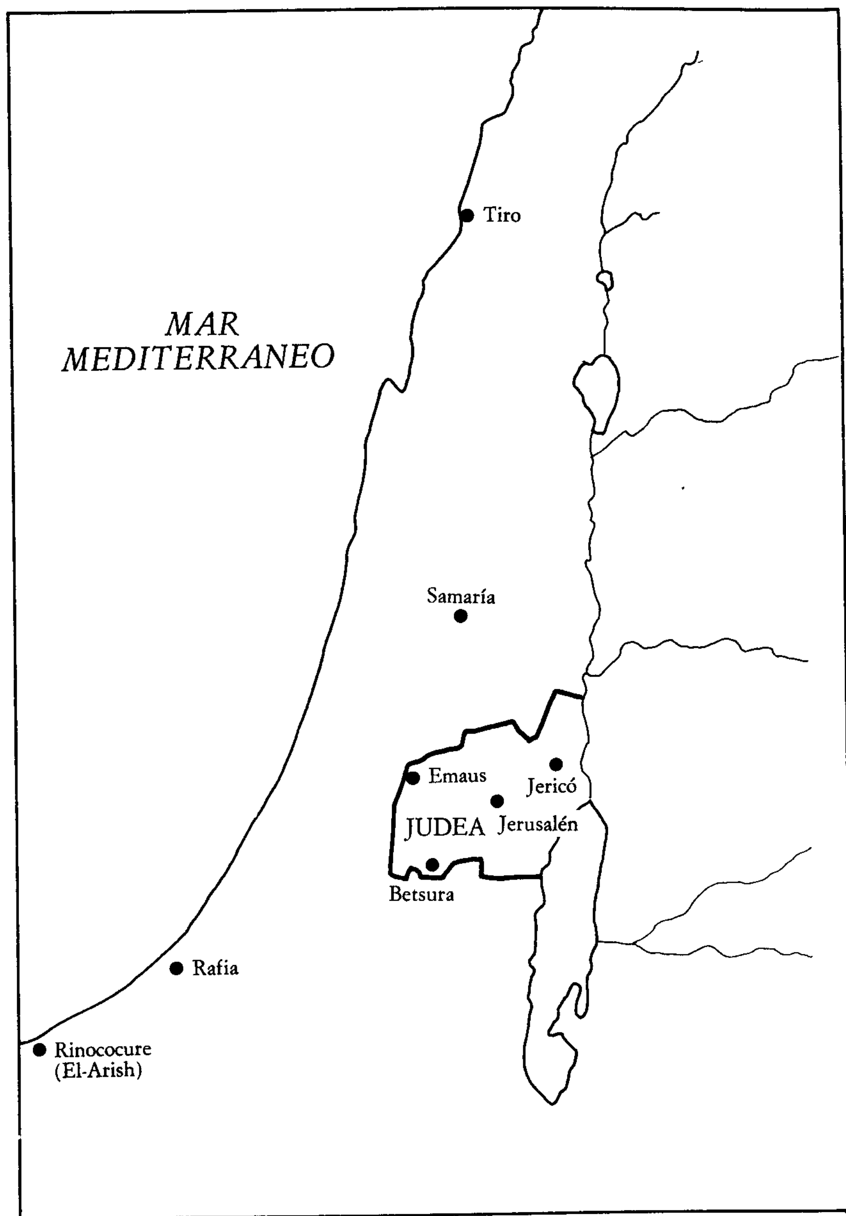
| | |
|---|---|
| Safrai-Stern I et II | S. Safrai, M. Stern, etc., *The Jewish People in the First Century* I y II (Assen 1974-1976). |
| Schalit, *König* | A. Schalit, *König Herodes. Der Mann und sein Werk* (Berlín 1969). |
| Schürer (1909) 3 | E. Schürer, *Geschichte des jüdischen Volk im Zeitalter Jesu Christi*, 3 vols. (Leipzig 1909; reimpr. Hildesheim 1964). |
| Schürer I et II | E. Schürer, *The History of the Jewish People in the Age of Jesus Christ*, nueva ed. por G. Vermes, F. Millar y M. Black (Edimburgo 1973-1979: ed. española de próxima aparición en Ediciones Cristiandad). |
| Smallwood, *The Jews* | E. M. Smallwood, *The Jews under Roman Rule. From Pompey to Diocletian* (Leiden 1976). |
| Stern, *Authors* I et II | M. Stern, *Greek and Latin Authors on Jews and Judaism* I y II (Jerusalén 1976-1980). |
| Strack, *Introduction* | H. L. Strack, *Introduction to the Talmud and Midrash* (Nueva York 1978). |
| Strack-Billerbeck | H. L. Strack et P. Billerbeck, *Kommentar zum Neuen Testament aus Talmud und Midrasch*, 6 vols. (Munich 1965). |
| Tcherikover, *HC* | V. A. Tcherikover, *Hellenistic Civilization and the Jews*, Filadelfia-Jerusalén[2] 1961. |
| Tcherikover, *Corpus* I, II et III | V. A. Tcherikover, A. Fuks, *Corpus Papyrorum Judaicarum* I-III (Cambridge 1957-1964). |
| TOB AT | *Traduction œcuménique de la Bible.* Ancien Testament. |

| | |
|---|---|
| Vidal-Naquet, *Les Juifs* | P. Vidal-Naquet, *Les Juifs entre l'Etat et l'apocalypse,* en Cl. Nicolet, *Rome et la conquête du monde méditerranéen,* II. *Genèse d'un empire* («Nouvelle Clio» n.° 8 bis; París 1978) 846-882. |
| *Vida* | Josefo, *Autobiografía* (o *Vida de Josefo*). |
| Will I² et II | E. Will, *Histoire politique du monde hellénistique (323-30 av. J.C.)* I, (Nancy 1979), II (Nancy 1967). |

# *INDICE ANALITICO*




*MAPA 1* *Los reinos helenísticos hacia el 270 a. C.*




*MAPA 2 Judea bajo los seléucidas (200-164 a. C.)*




*MAPA 3 El reino de Alejandro Janeo (103-76 a. C.)*




*MAPA 4 Palestina bajo los Herodes*